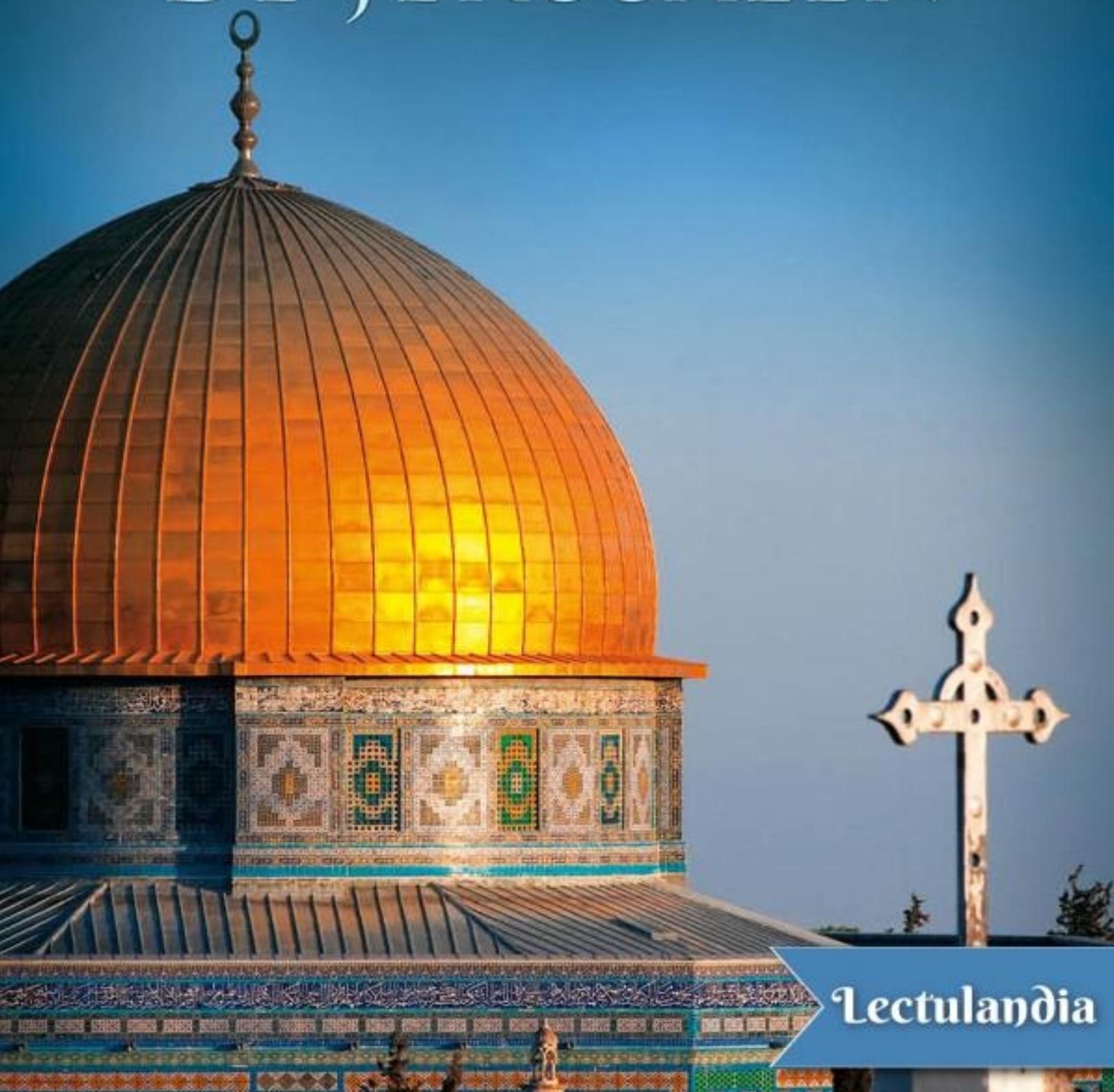


JUAN BOLEA

EL SÍNDROME
DE JERUSALÉN



Lectulandia

Cuando el detective Florián Falomir es contratado para esclarecer el robo de una talla de la Virgen que aparentemente no tiene ningún valor especial, no puede imaginar hasta qué punto se van a complicar las cosas. Pronto se verá envuelto en una trama vertiginosa cuya clave podría estar en los misteriosos sucesos de años atrás, cuando tres niños realizaron una serie de supuestos milagros tras una aparición mariana.

Las pistas conducirán a Falomir —un inolvidable investigador de origen armenio que merece un puesto de honor en el actual panorama del género negro— hasta la ciudad de Jerusalén, donde entrará en acción la inspectora Martina de Santo, el personaje fetiche de Juan Bolea.

Una novela de intriga llena de sorpresas y giros inesperados en la que no faltan los toques de humor —blanco y negro— y un final extraordinario, a la altura de la originalidad del argumento.

Lectulandia

Juan Bolea

El síndrome de Jerusalén

ePub r1.0

Titivillus 08.11.17

Título original: *El síndrome de Jerusalén*
Juan Bolea, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mari Cruz Soriano y Juan Alberto Belloch, fuentes de inspiración y
amistad

1

Aquella tarde hacía demasiado calor.

Era 24 de junio, festividad de San Juan, uno de mis santos predilectos porque se alimentaba de langostas, como yo antes de mi segundo infarto. Obviamente, las langostas del Bautista y las mías pertenecían a especies distintas, pero el bochorno de Israel y el del valle del Ebro venían a ser parejos. Al menos, durante aquel tórrido verano.

Como si estuviéramos en Jerusalén, el termómetro de la plaza del Pilar marcaba 40° C a la sombra. Sin necesidad de lumbre, se habrían podido prender hogueras en las calles.

Otro termómetro, el de la calle Alfonso, en el corazón del casco viejo de Zaragoza, donde abre mi agencia de investigación, llegaría a señalar por la tarde 44° C al sol.

¿Un infierno? ¡El infierno!

No fue una buena jornada de San Juan. Todo se torció, incluido el tobillo de Ana María, mi novia. Terca aragonesa como era, se empeñaba en andar sola por ahí sin el perro guía. A pesar de que acababan de instalar semáforos ultrasónicos de última generación —o quizá por su falta de costumbre de utilizar el nuevo sistema— caminando sin ayuda se cayó al cruzar el paseo de Echegaray y Caballero. Tuvieron que darle varios puntos en una rodilla.

¿Más calamidades en aquella adversa jornada de San Juan? Me atraganté con un taco de atún que engullí en el primer bar que encontré al salir del ambulatorio donde habían atendido a Ana María y casi tuve que ingresar también porque una espina se me clavó en la tráquea. La sentí dentro, como una astilla, y me asusté. Cuando ya estaba buscando en mi cartera, entre mis tarjetas falsas, el carnet de la Seguridad Social, conseguí tragar la espina con un bolo de miga de pan tan gordo que se me atragantó, obligándome a beber agua como un pez y soltándome las tripas. Tuve que meterme aprisa y corriendo en el lavabo del bar, donde no había papel, y utilizar una factura que llevaba en el bolsillo. De tan alterado como estaba, olvidé mi cita de las dieciséis quince en el bufete de Lecumberri & Sandiniés, uno de esos asuntos de absentismo laboral de los que vivimos los detectives. Llamé para disculparme, pero era tarde. La secretaria, muy irritada por el plantón, me comunicó que uno de sus jefes —bien el letrado Lecumberri, bien Sandiniés— había decidido contar en adelante con otra agencia de investigación «más seria».

Reuniendo los restos de mi maltrecha dignidad, repliqué indignamente:

—También yo le diré algo en serio, señorita: no la encontraré.

La secretaria de Lecumberri & Sandiniés me colgó con cajas destempladas y volví a mi agencia con el rabo entre las piernas.

Desde la oficina llamé a Ana María, a la que había dejado en su casa, al cuidado de su madre. Se encontraba mejor. No me necesitaba y, para compensar la pérdida de la cuenta Lecumberri & Sandiniés, intenté concentrarme en una denuncia de espionaje industrial de otro de nuestros clientes, Lavadoras Moncay.

Jesús *el Sucio* Moncay, su propietario, había estudiado conmigo en el Liceo. Era el más guarro de la clase, y siguió siéndolo hasta que hubo terminado Empresariales y su familia lo hubo colocado al frente de la firma de electrodomésticos. Días atrás vino a verme con caspa en los hombros, en el cogote un quiquiriquí de no haberse peinado al levantarse de la cama y muy inquieto porque sus «competidores de la línea blanca no jugaban limpio». Pronunció los adjetivos «blanca» y «limpio» con la reivindicación de un converso, pero me ahorré los juegucitos de palabras porque, con un poco de suerte, Moncay iba a salvarnos las cuentas del mes. Me puse a estudiar el caso, pero el aire acondicionado de mi despacho se había estropeado y no se podía estar de calor, por lo que decidí salir a respirar a la ribera, con la esperanza de que refrescara un poco.

¡Vana ilusión! Un aire seco, quemado, me sofocó al cruzar el puente de Piedra. Como malsana niebla flotaba sobre el río una bochornosa calima. Caminar con semejante temperatura podía acarrear un golpe de calor, pero seguí avanzando con buen paso porque, a raíz de mi segundo infarto, mi médico, el doctor Tortajada, me había ordenado andar dos horas diarias, y lo cumplía a rajatabla. Cualquier sacrificio sería llevadero con tal de evitar un tercer colapso coronario. Bueno, cualquiera, no... Cuando mi siempre hambriento estómago se enfrentaba a una barra bien provista con criadillas, manitas o setas de temporada, la dieta se venía abajo y los azúcares arriba... Consecuencia de mis debilidades alimenticias, mi historial clínico sumaba más ingresos que mi pasaporte. Entre los peligros de mi corazón y los riesgos de un detective no había compañía que me suscribiera un seguro de vida.

Además de poco rentable, la mía no era nada segura. Había sufrido tres heridas de bala, un intento de linchamiento y una mutilación. Más dos infartos, como les decía. El primero me tumbó cinco años atrás en la noche de San Ivo, patrón de los abogados. El segundo, este último verano en una cama del Gran Casino de Castellón, tras una noche de loca pasión... Ayunar, caminar... En esos dos se encerraban los diez mandamientos del doctor Tortajada para quemar lípidos y desobturar arterias... Ajustándome a sus mandatos, alargué la zancada y llegué sudando como un buey almizclero al puente de Hierro. Lo dejé atrás bajo un sol faraónico y seguí hasta el azud, en cuyas plácidas aguas entrenaba un solitario remero.

De joven fui piragüista y hoy siguen gustándome los kayaks. Adoro sus limpias estelas cortando el agua como cuchillos líquidos. Cuando necesito pensar en algún caballero susceptible de darme de comer o en alguna dama que me pueda quitar el apetito suelo ir a ver las canoas. Nada me agrada tanto como tomar un vino blanco, y acaso unas almejitas, en la terraza del Club Náutico, contemplando las aguas del Ebro y soñando con el no tan lejano mar... Pero no todo era idílico en la ribera. Sin necesidad de adentrarme en los sotos, aprecié restos de botellón, papeles, cristales rotos... Una cuna, neumáticos, plásticos... Estaba contando los preservativos colgados de los tamarices cuando recibí una llamada en el móvil.

—¿Falomir?

Era Valentín Vila, secretario del arzobispo de Zaragoza. Más popularmente conocido, por su elegancia en el vestir, como fray Valentino. Mucho más que un simple cura, incluso que un canónigo. Sacerdote con mando en plaza, su perfil respondía al de un palaciego eclesiástico, político, intrigante, muy influyente, con quien yo venía manteniendo una relación tan interesada por mi parte como ambigua por la suya. Éramos blanco y negro, carne y pescado. Si yo gozaba de la suerte de poder hacer lo que me gustaba, a fray Valentino le gustaba demasiado el poder. Y lo ejercía, ¡ya lo creo!, con la ventaja de tener a Dios de su parte.

—Buenas tardes, padre Valentín —lo saludé con tono servil—, ¿cómo se encuentra?

—Divinamente, gracias al Señor. Veo que me ha reconocido a la primera, Falomir.

—Le tengo en mi lista de contactos, pero aunque así no fuera habría identificado su voz. Es inconfundible.

El halago lo endulzó.

—¿Cómo de ocupado está, Falomir?

—Verá...

—¿Podría acudir al palacio arzobispal?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Podría en un rato, sí —condicioné, como si estuviera desbordado de faena. Mi experiencia como investigador privado me ha enseñado que hacerse esperar equivale a hacerse valorar, y que hacerse valorar equivale a cobrar—. ¿Querría adelantarme el fondo del asunto, padre Valentín?

—Un robo.

—¿De alguna pieza sacra?

—Preferiría no hablarlo por teléfono, si no le importa.

Y colgó.

Con la debida calma, a fin de hacerme esperar y, en consecuencia, valorar, crucé el río por el puente de Hierro y me dirigí paseando tranquilamente hacia el palacio arzobispal.

El secretario me estaba aguardando en su despacho de la archidiócesis, sentado muy derecho detrás de un escritorio de brillante y barnizada madera, tan atrincherado de papeles que el crucifijo de alabastro se apoyaba entre dos pilas de legajos por cuyo resquicio asomaban su afilada nariz y sus pobladas cejas.

Fray Valentino («¡Cómo le cuadra el mote!», pensé) lucía un clériman de impecable factura, con blanquísimo alzacuellos y perfecto asentamiento en solapas y hombros. No en vano, recordé, le cosía a medida un sastre romano especializado en vestir a los príncipes eclesiásticos con las mejores lanas y gorinas, respunteando a mano los ojales y el delicado raso de los forros.

Tanta urgencia como tenía en verme se tornó indiferencia en cuanto me tuvo delante. No se levantó para recibirme y ni siquiera me dio las gracias por haber acudido a su cita. Sin dejar de escribir, se limitó a ordenarme con una voz tan afilada como el abrecartas que descansaba cerca de su mano diestra, como un arma presta a ser empuñada:

—Aguarde a que concluya, Falomir.

No me indicó que me sentara, pero yo lo hice frente a su pulcra imagen de galán de confesionario y a su mirada oblicua, inclinada sobre la nerviosa escritura, frente a su tersa piel y a su frondoso pelo castaño. A su espalda colgaba un san Jerónimo de la escuela de Bayeu que mi hermanastra Pilarcha había restaurado cuando aún recibía encargos de la diócesis. Había sido un buen trabajo y me sentí orgulloso de ella. Pero la facturación de Pilarcha había disminuido desde que el arzobispado tomó la decisión de abrir su propio taller de restauración. El promotor de dicha iniciativa no había sido otro que aquel todopoderoso fray Valentino de quien se aseguraba mantenía secuestrada la voluntad del arzobispo. Desde entonces, la mayor parte de las restauraciones de óleos y tallas, retablos y libros sagrados se llevaban a cabo en el sótano del palacio diocesano.

—Estoy acabando la homilía de don Jesús —se excusó, sin dejar de rascar el pliego con una Parker Duofol de resina jaspeada, cuyo precio, y sé lo que digo, pues algo entiendo de estilográficas, no bajaría de cuatrocientos setenta y cinco euros—. Es para hoy. ¡Todo para hoy! —protestó, como si el peso de la diócesis descansara sobre sus hombros.

Un rato siguió aún concentrado en tachar y corregir el sermón. Su marmórea mano sobrevolaba el papel. En el anular lucía un sello con la paloma del Espíritu Santo, pero fray Valentino no era ningún santito. Su carrera eclesiástica se debía tanto a su inteligencia como a su buen porte y malas artes para la intriga. A sus cuarenta años, el secretario del arzobispado era un hombre atractivo pero sombrío, del que

emanaba una oscura seducción, la de alguien con demasiados secretos y muy escasos o ningún confidente a quien revelárselos. No se confesaba ni confiaba en nadie, muchos menos en mí, aunque a veces me contratara para algún trabajillo. Su óvalo facial, de angulados pómulos, subrayaba su aire tenebroso y aristocrático, con excepción de la mínima boca, apenas una rosada línea, un trazo cruel de labio lívido que, si brillaba con una sonrisa, no era tanto para agradar como para emboscar sus verdaderos pensamientos.

—Creo que ya está —juzgó, releyendo con indulgencia sus propios párrafos—. Confiemos en la aprobación de don Jesús, aunque últimamente ande de mal humor. ¡Por todo protesta!

Ese comentario no dejó de extrañarme porque yo tenía al arzobispo de Zaragoza, Jesús Azofra, por hombre campechano, un poco al modo de los antiguos párrocos rurales, aquellos, según mi madre, «de pellizco, bendición y pollo a la chilindrón». En absoluto intransigente o quisquilloso.

—¿Y qué irrita tanto al señor arzobispo, si puede saberse?

—Sus frecuentes desmemorias, que si ha olvidado la cartera, el misal, que si se le ha pasado afeitarse o tomar sus kiwis para desayunar, más los conflictos que otros obispados, en particular el de Lérida, le hacen padecer. ¡No hay peor cuña que la de la propia madera!

Lo primero —esos olvidos— podía responder a un rumor no confirmado, el que venía atribuyendo a monseñor Azofra un principio de Alzheimer. En cuanto a lo segundo, lo entendí a la primera, no en vano fray Valentino acababa de referirse a la llamada «causa». Una histórica reclamación de los obispados aragoneses a los catalanes por culpa de un centenar de obras artísticas, románicas y góticas que, con la excusa de ser restauradas, habían sido trasladadas desde sus legítimas propietarias, las parroquias aragonesas limítrofes con Cataluña, al Museo Diocesano de Lérida, en cuyas salas se exhibían como propias. El Vaticano había fallado a favor de la devolución de las piezas a Aragón, pero monseñor Sistac, el obispo de Lérida, ignorando las sentencias de los tribunales vaticanos, que daban la razón a los curas aragoneses, dejaba pasar el tiempo sin restituirlas a sus dueños. De vez en cuando, monseñor Azofra o los obispos de Huesca y Barbastro se lo recordaban, urgiéndole la devolución de los tesoros artísticos, los cálices, los retablos, las vírgenes, a sus parroquias de origen, pero era inútil. Y a esa greña andaban, con idas y vueltas a los tribunales vaticanos y rumor de sotanas de fondo.

Yo empezaba a preguntarme para qué diablos se me habría convocado cuando fray Valentino se atusó el cabello, encapuchó la pluma y desveló con aire enigmático:

—Y lo que ha sucedido en Arenas de Huerva no ha contribuido precisamente a mejorar el ánimo del señor arzobispo.

—¿Y qué ha sucedido en Arenas de Huerva, padre Valentín?

—Que alguien ha robado la Virgen. Los ladrones aprovecharon unas obras para entrar en la ermita.

—¿Ladrones, padre Valentín? ¿Se refiere a una banda?

—Era una forma de hablar... No sabemos si fue uno o fueron más. El caso es que se llevaron la talla.

—¿Tan solo robaron una virgen, nada más?

—Únicamente.

—¿Es muy valiosa?

El secretario se encogió de hombros.

—No.

La respuesta me confundió. ¿Para qué habrían llamado a un detective, entonces?

—¿Disponemos de documentación de la pieza sustraída?

—En esa carpeta —indicó, señalándome un archivador más cerca de mí que de sus largos brazos.

—¿Cuándo ha sido el robo, esta pasada noche?

—No. Hace ya... algún tiempo.

Le contemplé con la severidad de esa mirada mía de abogado defensor cuya traducción, más o menos, reza así: «Si quieres que mienta por ti, ayúdame con la verdad».

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el robo, padre Valentín?

—Un mes. —Enrojeció.

La conclusión era obvia: la Guardia Civil no había logrado dar con la talla y por eso acudían a un investigador privado. Ser plato de segunda mesa no iba a ofenderme, pues según mi biblia parda los últimos serán los primeros... en cobrar. Con gesto de aceptar el encargo saqué mi pluma, una Pelikan que uso para diario, y una libretita.

—¿Podría decirme cuál fue la fecha exacta del robo, padre Valentín?

—La víspera del uno de mayo.

Abrí la boca, la cerré y la volví a abrir.

—¿No cree que ha pasado demasiado tiempo?

—Depende de para qué —se defendió con alacridad.

—Mes y medio —subrayé.

—Sé sumar, Falomir. Cincuenta y cinco días.

—Pero no en Pekín.

—En Pekín no había vírgenes —replicó fray Valentino, enviscando la voz—. Aunque sí numerosos ateos como usted.

A punto estuve de responderle que entre el Altísimo y yo se había restablecido una cierta y acaso cordial relación, condicionada a que Él hiciese funcionar debidamente mi corazón, que yo, en justo intercambio, me aplicaría a depurar de impurezas mi alma, pero aquel nuevo encargo iba a suponer ingresos que buena falta me hacían, por lo que me limité a abrir la carpeta y a leer en silencio la información sobre la pieza sustraída en Arenas de Huerva.

Además de una copia de la denuncia del robo ante la Guardia Civil, se incluían un

par de fotos que representaban a una Virgen normal y corriente, de madera, de unos cincuenta centímetros de altura, barnizada en un tono marrón oscuro y tocada con una túnica y un velo de gasa con estrellitas. El cincel del anónimo artista había logrado conferir dignidad a los rasgos de aquella pieza de aire vagamente arcaico, pero nadie habría dicho que se trataba de una obra maestra.

Ni siquiera, concluí, de «una obra».

—No parece trabajo de un profesional. El botín no lo justificaría.

—Coincidimos, Falomir —masculló fray Valentino, un tanto ausente, como si su cerebro se hubiera puesto a dar vueltas a otra cosa—. Un hurto tan anecdótico jamás llevaría la rúbrica de Erik *el Belga*, por citar un mal ejemplo, si no el peor.

En tal caso, ¿para qué me contrataban?, volví a preguntarme. ¿Y a santo de qué venía la mención a Erik *el Belga*? El famoso ladrón había traído de cráneo a la archidiócesis en los años ochenta. El Belga desvalijó un buen número de ermitas, colegiatas e iglesias. Era muy profesional, disponía de información exacta y trabajaba rápido, sin dejar pistas. Una red de contactos le ayudaba a colocar la mercancía en el extranjero, entre una clientela de millonarios excéntricos y coleccionistas particulares. A juzgar por la cantidad y calidad de lo que robó, debió ganar una fortuna.

Mi padre y él se conocían. Nunca supe de qué, pues papá, mientras estuvo al frente de nuestra tienda de antigüedades, jamás aceptaba materiales de dudosa procedencia. Él no tenía mala opinión de Erik. Quien, dándole en parte la razón, acabaría arrepiñándose públicamente y solucionando sus deudas con la justicia a base de confesiones que facilitaron el rescate de algunos de los tesoros expoliados, como la silla del obispo Ramón de la catedral de Roda de Isábena. El Belga, convertido en una celebridad, vino a vernos a Zaragoza. Yo era muy niño, pero recuerdo que mi padre reservó mesa en un lujoso restaurante, que la comida entre ambos se alargó hasta el atardecer y que cuando fui a buscarles tenían cierta dificultad para expresarse en cristiano, de lo que habían bebido. ¿De qué habrían hablado durante tanto rato? Nunca lo supe. Mi padre tenía sus secretos. No tantos como los de Erik *el Belga*, seguramente, pero los tenía.

El silencio del secretario me indicaba que la entrevista había finalizado. Me puse en pie con la carpeta debajo del brazo.

—¿Puedo quedarme la documentación?

—Es para usted. En un sobre encontrará el teléfono del párroco de Cariñena, de quien depende Arenas de Huerva. Fue el primero en alertar del hurto. Le sugiero que contacte con él.

—Lo haré.

—¿Alguna otra pregunta?

—¿Y respecto a mis honorarios, padre Valentín...?

—Los discutiremos en cuanto el señor arzobispo me autorice el gasto.

Me acompañó a la puerta. Al abrirla, vimos al arzobispo en el corredor inundado

de sol, a pocos pasos de nosotros.

Monseñor Azofra iba acompañado por un ciudadano llamado Fernando Serret, a quien muy a disgusto reconocí. Su padre, Luciano Serret, me había despedido de uno de mis pocos trabajos fijos, dejándome seis mil euros a deber. Durante tres años me había confiado la seguridad del Gran Casino de Castellón, que era de su propiedad, hasta que un mal día me puso en la calle, acusándome de incompetencia y dejación de funciones, entre otros cargos presentados por sus abogados. Que debían ser bastante buenos porque perdí el pleito.

Don Luciano inspiraba división de opiniones. Para unos, era un gran empresario, benefactor y mecenas, caballero de la Virgen del Pilar, vicepresidente del Real Zaragoza, presidente de la Cámara de Comercio de Castellón y un largo etcétera de cargos honorarios y ejecutivos; para otros, entre los que yo me contaba, un mafioso con quien mis códigos para hacerse respetar y valer, incluso para cobrar, no funcionaban.

Monseñor Azofra también nos había visto. Con cierta dificultad, debido a su peso, se dirigió hacia nosotros. Por su apariencia externa, nadie habría adivinado su rango. Llevaba una simple sotana y, colgada al cuello, una cruz de madera sencilla como la de un cartujo. Nada de bonete púrpura ni anillo episcopal.

—¡Cuánto me alegra verle, Falomir!

—No más que a mí, eminencia.

—Déjese de protocolos... Hacía que no coincidíamos...

—Una eternidad, santidad.

El prelado soltó una risa de ogro.

—¡Santidad! ¡Qué cosas dice usted, Falomir! ¡Siempre tan obsequioso! Sepa que está delante de un gran pecador. Pero tampoco vaya a aplicarme dicho tratamiento...

De nuevo rio guturalmente, su nuez subiendo y bajando como un níspero por su garganta de toro.

—¿Cómo está su hermana, mi queridísima y devotísima Pilarchica?

—Soltera y sin compromiso. ¡Mucho mejor que yo!

Azofra dio una suave palmada en el aire y siguió sonriéndome con aire bondadoso. ¿Dónde habría quedado ese supuesto mal humor de que se quejaba su secretario? Todo era inocente alegría en aquel enorme y casto varón, cerca de dos metros con hechuras de mesa camilla, una cara ancha, sonrosada, y una mirada chispeante aferrada a un carácter jovial. Nacido en Calatayud, hijo de agricultores, Jesús Azofra había sido en su juventud cantador de jotas. Se rumoreaba que durante la visita del papa Juan Pablo II, que se había alojado en el palacio arzobispal, deleitó al pontífice con una selección de las más populares, dedicadas a la Virgen del Pilar. Era también un notable teólogo, con tres carreras universitarias y dominio de las lenguas clásicas. Contaba con el respeto intelectual de la curia y de buena parte de la sociedad civil, y con varias publicaciones sobre las modernas formas de apostolado y

devoción popular.

Con aire malicioso, don Jesús agregó:

—Que no le oiga quejarse, Falomir, que menudo angelico le ha caído del cielo en forma de novia...

No suelo hacerlo, pero me ruboricé.

—Ana María Romero y yo tan solo...

—Les vi la otra mañana por la plaza del Pilar. Hacen muy buena pareja.

—Gracias a ella, que es...

—Una mujer para toda la vida, Florián, téngalo bien presente. Si requieren mis servicios a pie de altar, me proporcionará sumo gusto unirles en santo matrimonio.

El prelado volvió a celebrar su ocurrencia con otra risa y me introdujo a su acompañante.

—¿Se conocen ustedes? Don Fernando Serret, uno de nuestros arquitectos. Está acometiendo la reforma del Museo Diocesano. Y de paso —volvió a reír— las cañerías de mi alcoba.

Asentí mirando con provocativa fijeza a los ojos caídos e insípidos de Fernando Serret, cuya soberbia actitud era sustancial a su naturaleza, como el fango lo es al agua clara del arroyo. Con los políticos e instituciones, con el poder, no sé por qué, ese airecillo de superioridad, que en el fondo solo respondía al intento de maquillar sus complejos, le funcionaba. Yo había tenido que tragarme unas cuantas humillaciones suyas cuando trabajaba para su padre, y lo tenía clasificado como afeminado y esquivo. Iba de intelectual. Solía vérselo en actos culturales, conciertos, exposiciones, presentaciones de libros... Había escrito uno acerca del Renacimiento italiano, creyéndose el muy iluso un nuevo Taine, un Ruskin. Me tomé la molestia (lo fue) de leerlo. Un refrito, un eco. Como él.

Aquella irrespirable tarde, Fernando Serret vestía con estudiado descuido un traje de alpaca que debía haberle costado la mitad de lo que su padre me había dejado a deber, y casi lo que me darían de tercera mano por el Volkswagen Escarabajo de 1968 (matriculado en mayo) que yo había comprado de segunda a Rodolfito Lugo, gerente del Bora-Bora, un *café-concert* que hizo furor en la ciudad y donde, por primera vez, pudo verse un *streptase* integral. El aspecto de Fernando Serret era el de un hombre de treinta y tantos años, pusilánime y resbaladizo, ya digo, pero a quien la vida se empeñaba en mantener bien comido y mejor servido, aunque él permaneciera casi siempre triste o distante y acaso secretamente ofendido, como lamentándose en el silencio de su alma por las injusticias que el mundo había cometido contra él.

—¿Qué tal la familia? —me interesé con retintín.

—Mi padre, como un tronco —repuso con ahusada voz—. Todos en casa disfrutando de buena salud.

—¿Y su hermana, cómo sigue?

—¿Cuál de las dos?

—Catalina.

—En el último curso de Medicina y muy centrada con su novio.

—¿Uno nuevo?

El arquitecto se mordisqueó el labio inferior.

—Salen hace tiempo.

—¿También lo conoció en el Gran Casino de Castellón?

—El novio de Catalina es uno de sus profesores.

Fray Valentino me lanzó una mirada admonitoria, pero era demasiado tarde para detenerme y me lancé sobre Serret como el águila sobre la res.

—¿De qué asignatura? ¿Anatomía comparada?

La ira enrojeció su rostro y pensé que iba a golpearme, pero el único hijo varón de don Luciano no había salido a su padre y dio un paso atrás renunciando a la pelea. Para evitar mayores males, el secretario me tomó del brazo, apartándome hacia el rellano de las escaleras de piedra que descendían al patio. El arzobispo se alejaba a su vez con el arquitecto cuando se giró, como si acabara de recordar algo.

—¡Un momento, Falomir, no se vaya aún! Acabo de comprender el motivo por el que ha venido. Le habremos llamado por el robo de Arenas de Huerva. ¿No es así, padre secretario?

—Así es, don Jesús.

—¿Podemos confiar en su eficacia, Falomir?

—Haré todo lo posible por recuperar la talla robada —prometí.

—Se lo ruego —me acució el arzobispo, cogiéndome las manos. Su mirada denotaba una intensa preocupación—. Cuando se profanan objetos sacros es como si me arrancaran trocicos de alma, pero el secuestro de esa pobre Virgen me ha llegado al corazón.

—¿Ha sido secuestrada? —me asombré.

—¡Hay que liberarla! —Fue su respuesta.

Parecía hondamente conmovido. Su diestra se alzó como para bendecirme, pero en el último instante la moderó a una paternal caricia y sentí en la mejilla su palma caliente como una torta recién sacada del horno.

—Hay que ser desalmado para hacer algo así —agregó el prelado—. Llevarse una pobre Virgen a la que yo, a la que yo...

Le faltaba el aliento y no pudo concluir. Le aseguré que me consagraría en cuerpo y alma a recuperar la talla y volvió a darme las gracias y a cachetearme fraternalmente. Guiñó los ojos varias veces y, como si perdiera el oremus, pregunto a su secretario si había visto su misal, pues no conseguía recordar «dónde *recontra* lo había dejado». Tras repetir que tenía que despachar con el arquitecto, se alejó por el acristalado corredor.

Fernando Serret le adelantó para abrirle con deferencia la puerta de sus estancias privadas, donde yo no había estado y probablemente jamás entraría. La doble hoja lacada en blanco, con decoración de espigas doradas y plateados peces, se cerró tras ellos.

No sin recordar a fray Valentino que mis honorarios, conforme al índice de carestía de la vida, se habían incrementado un tres por ciento desde el encargo anterior, me despedí para regresar a mi territorio natural: el mundo, el diablo, la carne.

6

Al día siguiente no me apeteció utilizar el Seat Toledo que mi socio y yo empleábamos para las vigilancias, y que habitualmente quedaba guardado en la plaza del Carbón a razón de cuarenta euros al mes, por lo que me dirigí al aparcamiento de la calle Sepulcro, próximo a mi casa, en cuyo tercer sótano, a razón de treinta euros mensuales, duerme mi veterano y querido Escarabajo, con sus trescientos mil kilómetros y buena parte de mi historia sobre sus cuatro ruedas.

La mecánica del Escarabajo andaba un poco como mi corazón. A veces resollaba y le costaba arrancar, pero aquella mañana debía andar listo para una nueva aventura porque en cuanto introduje la llave de contacto ronroneó como si se alegrara de verme.

Su aire acondicionado, como el de la agencia, se había estropeado, y el presupuesto de reparación que me dieron en el taller era inasumible, de modo que bajé la capota, metí marcha atrás, maniobré hasta romper a sudar porque más que un guardacoches ese garaje es una catacumba y subí la estrecha rampa helicoidal con los cinco sentidos para no rayar unos recodos con más muestras de colores que un catálogo de pintura plástica. La salida daba a un Ebro reducido a un riacho por la sequía. Tan agostado que habría podido cruzarse con agua a la rodilla.

Cerca de media hora me llevó atravesar media ciudad con un tráfico lento y espeso, contaminado de gases, ruidos y malhumorados conductores, hasta enfilarse la carretera de Valencia.

La autovía había sido abierta, pero yo seguía prefiriendo la antigua ruta. De Arenas de Huerva, en los alrededores del puerto de Paniza, me separaban cuarenta kilómetros. El Escarabajo se puso a recorrerlos a noventa por hora. En la antigua carretera nacional, ahora rebajada de categoría, el calor se concentraba como un río de lava. La fragua de Vulcano, pensé, estaría más fresquita. Torbellinos de aire ardiente me centrifugaron el cogote. Lo protegí con un panamá, recuerdo de mis estancias caribeñas.

En la carpeta que me había entregado fray Valentino constaba un número telefónico, el del cura de Cariñena, el padre Ángel Capapey, de quien dependía la ermita asaltada. Tuve la precaución de llamarle antes de salir de Zaragoza y nos citamos en Cariñena, en un café paradójicamente llamado El Polo Norte.

Bajo la sombra de su toldo, pero con la cara congestionada por el calor, estaba el párroco, embutido en un traje de paño negro, frotándose las manos de impaciencia y oteando la calle por la que yo debía aparecer.

Frené y se me quedó mirando como si yo fuera un marciano y mi Escarabajo un platillo volante.

—¿Padre Capapey?

—¿Detective Falomir? —asintió en voz baja, aunque no había un alma en la acera.

Sonreí y estiré un brazo abriéndole la portezuela.

—Para servirles.

—¿Por qué se expresa en plural?

—Porque serán dos los pasajeros. ¿O no viene usted con Dios?

—Así lo quisiera —deseó el cura con una sonrisa de esperanza, como si acabara de reconocer a otro cristiano ávido de revelación.

Se acomodó en el asiento y se pasó por el pecho el cinturón de seguridad, pero sin anclarlo. Le advertí:

—¿No se lo ajusta, padre? ¡La Guardia Civil podría echarnos el alto!

Su monástica respuesta fue:

—Exceptuando los lazos de religión, rechazo cualquier atadura.

—Una actitud admirable —le adulé sin pudor—. Si algo nos distingue es el libre albedrío —desbarré, pensando si, en el fondo, yo era libre o no; pero sin un jerez y unas aceitunillas iba a ser incapaz de elevarme hasta una incierta indagación que, con buen criterio, decidí aplazar hasta mejor oportunidad—. ¿Nos ponemos en marcha?

—Cuando quiera. ¿Conoce el camino a Arenas de Huerva?

—No recuerdo el desvío.

—«Nosotros» le guiaremos —se animó el párroco.

Tenía un aire excéntrico, pero inspiraba confianza. Calculé que habría cumplido con creces los sesenta años. Era cetrino de piel, de hombros vencidos, vientre escurrido y ojos oscuros y demasiado juntos, arrimados, casi, como los que pintaba Francisco de Goya. Quien, por cierto, había nacido no lejos de allí. El pintor vino al mundo en un pueblecito cercano, Fuendetodos, donde se conserva la que aseguran es su casa natal, aunque hay dudas de que en verdad lo sea. De vez en cuando, sin un motivo especial, simplemente porque me emociona pisar sus modestísimas alcobas, cruzar sus bajísimos umbrales, imaginar al niño que llegaría a soñar las pinturas negras jugando a las tabas o dibujando con un palo en el polvo, la visito.

—Gire por esa rotonda —me orientó el mosén, que es como en muchos lugares de Aragón se sigue llamando a los curas. Y estalló—: ¡Cuánta señal y mandanga y qué poco me gustan estas moderneces!

—¡Es usted de los míos! —Aplaudí.

Coincidiendo conmigo, el padre Capapey comentó que, desde la entrada en funcionamiento de la autovía con sus «fatídicos» carriles de acceso, cada vez cogía menos su coche, un Corsa de la época en que General Motors había instalado su factoría en Figueruelas.

—Mi Corsita será contemporáneo, más o menos, a esta reliquia suya... Es del 79. ¿Y el suyo, de que año? ¿Del 68, en serio? ¡Quien de verdad está vetusto soy yo! Solo cojo el volante los domingos, para cantar la misa por esos pueblos de Dios, o si hay que administrar los santos óleos. Otros sacerdotes se han comprado últimos modelos, si con ordenador, si con marchas automáticas... En lo tocante a automóviles, me he quedado en el Deuteronomio.

—Pues yo, en el Génesis.

Seguimos charlando de temas intrascendentes hasta que, colgadas de una loma, divisamos las casas de Arenas de Huerva.

Muchas se hallaban en mal estado, con desconchones y vigas de refuerzo para evitar derrumbes. Prendido al abrasado cielo se desprendía esa clase de premonitorio abandono que anticipa como una amenaza el retorno de la naturaleza, su voluntad de recuperar espacios que le fueron desamortizados por el avance de la civilización.

En las calles reinaba el silencio. No se veían mujeres ni niños, apenas unos pocos hombres desocupados en esa inerme y como parasitaria inacción del agricultor cuando no está faenando en los campos.

Dejamos el coche en la única esquina sombreada de la plaza de España, tan angosta que apenas daría cabida a un puñado de compatriotas.

Hasta la ermita de San Roque, situada a unos quinientos metros a las afueras, sobre las eras, ascendimos a pie, bajo un sol enemigo, por un sinuoso y empinado camino de tierra surcado por herrajes de caballerías y llantas de tractor.

El mosén ascendía ligero, sin apuro. Yo, en cambio...

—¿Cómo va, Falomir?

—Se va subiendo —boqueé sin resuello.

La ermita de San Roque, de mediados del siglo XVIII, estaba mal conservada, pero desde su enclave, sobre un repecho cuyas aristas de cuarzo destellaban bajo la luz, se divisaba la serpiente del río Huerva discurriendo entre cañaverales.

Un precinto de cinta aislante rodeaba el ábside. El párroco me explicó que la Guardia Civil había instalado un candado nuevo, en sustitución del que los ladrones partieron a golpes de cizalla.

Una de las llaves se la habían confiado a él. Abrió la puerta y entramos.

Enseguida, en una capilla lateral, vi un nicho vacío. El mosén se lamentó:

—Ahí estaba la pobrecica...

Tiré unas fotos a la hornacina encalada que había cobijado a la Virgen, así como a la cuarteada peana de pino, igualmente humilde, sobre la que se había erguido, e inspeccioné la nave, que era pequeña, con apenas una docena de bancos, un par de capillas y un confesonario. Al terminar, formulé al párroco las elementales preguntas de obligado rigor: cómo se enteró del robo; si algún vecino de Arenas o de pueblos cercanos era capaz de planearlo; si se habían descubierto hurtos en otras iglesias de la comarca...

Capapey se rascó la mal rasurada barbilla, que sonó a papel de lija, y recordó:

—Conocí el hecho sacrílego a la mañana siguiente, 2 de mayo. Era domingo. La misa empezaba a las once. A eso de las diez llegaron las mujeres para preparar el altar, las flores y el vino de consagrar, y para comprobar si había suficientes hostias para la comunión. De inmediato, me llamaron, sobresaltadas. ¡La virgen había desaparecido! Vine a toda prisa, suspendí el oficio y avisé a la Guardia Civil. Había huellas de pisadas dentro y fuera de la ermita, perfectamente se veían sobre el aguachirle de cemento y el barro de las mezcladoras, pero tanto podían pertenecer a los ladrones como a los albañiles que habían estado trabajando hasta el sábado, preparando el hormigón para apuntalar un contrafuerte.

—¿Posibles sospechosos, padre Capapey?

—Ni entonces ni ahora osaría señalar a nadie. En veinte años que llevo como párroco no recuerdo un solo robo.

—¿Cuál es el valor de la talla desaparecida?

—¡Robada, puede mejor decir! Yo diría que muy escaso.

Volví a extrañarme, como antes con la respuesta del secretario del arzobispo, el padre Valentín Vila. ¿Por qué, si el producto del hurto era de tan escasa entidad, el arzobispado se estaba tomando tanto interés?

Para acabar de confundirme, el padre Capapey remachó:

—A la vista estaba que no era más que una imitación de las vírgenes románicas, barnizada en un tono demasiado renegrido para mi gusto, tocada con un velo de gasa y una túnica de terciopelo bordado que acaso valiera más que la propia escultura...

Algo pasó por su cabeza porque sus ojillos de gorrión brillaron con más intensidad.

—También es verdad que debía tener algún significado o valor especial, porque personas muy nombradas venían a rezarle.

—¿Quiénes? —pregunté sin curiosidad.

—El señor arzobispo —me confió, bajando la voz, como si incluso en aquel remoto paraje monseñor Azofra (o más bien, pensé, su inseparable sombra, el siempre vigilante fray Valentino) pudiera escucharnos.

—¿Qué me está diciendo, padre Capapey?

—Lo que acaba de oír. Y el señor arzobispo no acudió una sola vez a esta ermita, sino en dos ocasiones. Para mi sorpresa, don Jesús se presentó de incógnito a oficios míos. Cuando los fieles hubieron salido tras recibir mi bendición, se hincó de rodillas ante la hornacina de nuestra virgen, en el duro suelo, y se puso a orar como un simple peregrino.

—Qué raro...

—Extrañísimo.

—¿Le explicó el arzobispo a qué obedecía su gesto?

—No, ni yo se lo pregunté.

—¿Recuerda las fechas en las que se presentó don Jesús?

—La primera, a poco de instalarse la talla. Sería el año pasado, a principios de mayo.

—¿Y la segunda?

—En noviembre, con un frío de bigotes.

—¿Recuerda el día exacto?

—Déjeme pensar... Puede que sobre el día 10 de noviembre.

—Entonces —recaí—, ¿la virgen robada solo llevaba un año aquí, en esta ermita?

—Un año justo —corroboró el párroco.

—¿Y antes, dónde estaba?

—En ningún sitio. Yo diría que es de nueva fábrica, pero puede preguntárselo al secretario del señor arzobispo, que fue quien la trajo aquí.

—¿El padre Valentín Vila?

—En persona. Él mismo trasladó la talla. Previamente —siguió exponiendo Capapey con un aire confidencial que me hizo pensar que había decidido fiarse de mí

—, uno de los restauradores del arzobispado se había llevado el san Roque que originalmente ocupaba esta misma hornacina porque su pintura, debido a la extrema sequedad del clima, se estaba agrietando y descascarillando. En su lugar, en régimen de depósito temporal, el padre Valentín Vila nos trajo la virgen que ahora han expoliado.

—¿Le contó a la Guardia Civil que el arzobispo Azofra vino a orarle en alguna ocasión?

—No me pareció relevante.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí? ¿Ahora es sustancial esa información?

Capapey volvió a vacilar.

—Porque viene de parte del arzobispado y porque he tenido la impresión de que es usted una persona íntegra y mejor cristiano.

—Se equivoca. He sido un gran pecador. Gula y lujuria.

Sonrió, aunque me pareció que, más que por mi chiste, lo hacía aliviado de que no le siguiera preguntando por monseñor Azofra.

—Al conjugar el verbo en pasado, amigo Falomir, ya me está hablando con toda claridad de su nuevo ser, renacido a la fe.

—Me ve con demasiados buenos ojos, padre, y por eso no me ve.

—¿No se da cuenta de que la divina providencia le ha señalado una misión como soldado de Cristo?

Me pregunté cuánto, amén del plus de la eternidad, se cobraría por eso, y formulé al mosén nuevas preguntas sobre el robo, pero sus respuestas poco más me aportaron.

Hice otras fotos de la ermita y su entorno y volvimos al coche.

De regreso a Cariñena, Capapey insistió en invitarme a almorzar en un mesón regentado por la familia de su ama, «una noble casa de comidas donde bordan el conejo al hinojo», pero, temiendo que me agarrara palique y que, animados por los caldos de la tierra, nos enredáramos en una de esas copiosas comidas de las que se emerge a media tarde sin otro horizonte que la siesta, me disculpé y opté por regresar a la ciudad, cuyas torres se transparentaban a lo lejos, abrasadas bajo una ardiente calima, tan vaporosa que no dejaba ver los Pirineos.

Desde la plaza del Pilar, llamé a la agencia para preguntar si habíamos conseguido arreglar el aire acondicionado. Al no ser así, decidí no acercarme.

Tenía la lengua como un pedazo de beicon recalentado al microondas, por lo que fui a refrescarme a la Taberna del Gato.

Hacía demasiado calor como para sentarse formalmente a comer, pero la barra ofrecía un surtido de mariscos sobre un manto de hielo picado y esa refrescante visión, junto con el Ribeiro de Rías Bajas que me recomendó el camarero, me animó a emprenderla con una docena de gambas para, acto seguido, despachar un centollo en alabanza al Señor por haber dotado a sus más humildes y submarinas criaturas con esa suave carne con esencia a mar.

Al hilo de mi devoción gastronómica, hora sería de presentarme debidamente.

Mi apellido, Falomir. Mi nombre, Florián, aunque la gente me conoce popularmente como «Flo». El diminutivo me lo pusieron de chico y se me quedó. Al inspirarse en mi artístico nombre, y no en mi fálico apellido, nunca me ha incomodado. ¿Por qué iba a acomplejarme? Ni soy susceptible ni desciendo de la pata del rey, sino de una metedura de pata de mi padre, el armenio Adam Menuciam, anticuario de profesión, músico y poeta, con tiendas en Esmirna, Zaragoza y Jerusalén.

Él se habría presentado con su habitual elocuencia: «Hombre de Dios, hombre de mundo».

Sin más pruebas que mis sospechas, yo podría añadir: «Y, probablemente, con otros vástagos, amén de mi hermanastra Pilarcha, por el orbe esparcidos».

Adam jamás me reconoció como hijo suyo, aunque, en honor a la verdad, siempre se ocupó de que no me faltara de nada. Mi casa de la calle Pabostria, en la Zaragoza antigua, fue donación suya. A Pilarcha le compró otra vivienda y la tienda de la calle Ossaú, que hoy sigue llamándose Antigüedades Menuciam.

Retirado de los negocios con los que acumuló una fortuna que algún día espero pase a mis manos (y a las de mis hermanastros y hermanastras repartidos por el orbe), mi padre había regresado a Jerusalén, a su casatienda de la Vía Dolorosa, junto a la Primera Estación del Viacrucis, excavada en una bodega de piedra de la época del emperador Adriano. Por nostalgia, supongo, pues no lo necesitaba para vivir, mantenía abierto el comercio de alfombras con que mi abuelo Kamo, original de los Montes Tauros, en Armenia, se había instalado en Jerusalén allá por los años cincuenta, cuando miles de judíos de muy diversos orígenes, armenios, rusos, polacos, regresaban a Israel como a la tierra prometida.

Con su pelo blanco, su perfil semítico y su bastón de iroco con empuñadura de ámbar, mi padre, a sus ochenta años, sigue encarnando un seductor personaje. Cuando fuma su cachimba en los cafés del barrio cristiano de Jerusalén o se ofrece a los turistas para visitar el Santo Sepulcro nunca le faltan curiosos ávidos de escuchar

sus anécdotas, narradas con maneras de actor y una grave voz que parece brotar de las arenas del Sinaí.

Desde que le operaron del talón de Aquiles, Adam apenas ha venido a España. De su última visita a Zaragoza han transcurrido unas cuantas Navidades. En la última ocasión, se alojó en el Gran Hotel. Pilarcha y yo celebramos con él la comida de Año Nuevo. Fuera de carta, Adam había encargado cuscús, cordero especiado y dulces de miel. Brindamos con raki, y nos deseamos lo mejor para el año entrante.

A pesar de lo mal que acabó con mi madre, Isabel Falomir —hoy residente en Berlín con su segundo marido, profesor de literatura, como ella—, desde un principio preferí inclinarme a creer —y, con el transcurso de los años, llegaría a persuadirme de ello— que mi padre me había querido desde un principio, aunque no siempre lo demostrara.

Pilarcha, nacida de los amores de mi promiscuo progenitor con una señora de la burguesía zaragozana, Pilar Lanaja, ya fallecida, experimentaba, más o menos, mis mismos sentimientos hacia él. La desquiciante ambigüedad afectiva del hombre que nos había dado la vida y el ejercicio de su patriarcal autoridad hicieron que, a medida que íbamos creciendo, aprendiéramos a adorarle y aborrecerle al mismo tiempo. Ahora ya no me importa confesar que odié a Adam por humillarnos a mi madre y a mí. Poco a poco, sin embargo, fui acostumbrándome a su forma de entender la paternidad, a su idea, tan oriental, de la familia, y resignándome a mi condición de hijo ilegítimo, que admití, que superé, aunque de niño —de joven, incluso—, el hecho de ser bastardo me hiciera sufrir.

Por fortuna, y aunque en más de una ocasión me sentí como un perro abandonado, nadie me colgó un mote parecido a «Siete Leches». Fue en el Liceo donde empezaron a llamarme Flo. Como el superviviente nato que era, me pareció preferible a cualquier otro apodo. Obraría, presumí —y así ocurrió—, a modo de cortafuegos, emboscando mi situación familiar frente a la incendiaria imaginación de aquellos alumnos que se dedicaban cruelmente a abrasar a los demás.

Como resultado de estos y otros azares, ese, o alguien parecido, era yo. Florián Falomir. Cincuenta años, uno ochenta y cinco de estatura, noventa y cinco kilos de peso (ciento veinte, antes del primer infarto). Indagador, viajero, amante de la buena vida, de mi Escarabajo y de mi novia Ana María. Algo filósofo y demasiado curioso para vivir tranquilo, pudiendo conocer un poco más a fondo la naturaleza humana. Y a menudo, y sin saber por qué, melancólico y sentimental, como si quisiera emprender una gran aventura o enviar a una chica un ramo de rosas, ahogándose tales propósitos en una efervescencia poética, pero sin llegar a materializarse ni a proporcionarme emoción, sorpresa o felicidad.

Pensar en mi familia me ponía nervioso y la tensión me abría el apetito. En la barra de la Taberna del Gato, los ojos se me fueron hacia una cazuelica de perdices aderezadas con chalotas. Arrimé el taburete y di buena cuenta de una doble ración y de media botella de un Campo de Borja que pagué muy a gusto, sintiéndome al

abandonar la tasca mucho mejor, pleno de energía y ácido bórico, con ganas de vivir y de ganarme la vida, en el supuesto caso de que trabajo y placer fuesen compatibles más allá de la mera hipótesis.

La calle Ossaú, donde, con mi hermanastra Pilarcha, experta en imaginería religiosa, al frente, seguía abriendo Antigüedades Menusiam, quedaba a un par de manzanas.

Pilarcha no solía bajar la persiana a mediodía. Se llevaba un sándwich de pan para celíacos y una pequeña nevera portátil con sus Coca-Colas Zero. Di por hecho que estaría en la tienda y me encaminé hacia la calle Ossaú para consultarle mis dudas sobre la virgen de Arenas de Huerva.

Mejor consejera que ella no iba a encontrar.

Sin que se diera cuenta, la estuve observando a través del abigarrado escaparate de Antigüedades Menusiam.

Pilarcha estaba sentada detrás de un escritorio *art déco* con incrustaciones de nácar que representaban ciruelas, limones y hojas de lis. No había cumplido aún los cincuenta y cinco años pero ya tenía el pelo completamente blanco, aunque conservaba el travieso aire respingón de su juventud, apresado en una mujer madura, alegre y sola. Sobre todo, solitaria... Era mi única hermana, pero yo no le dedicaba la debida atención. Si me ponía a pensar en eso, me entraba cargo de conciencia... Mi única y querida hermana, sangre de mi sangre... Tan tradicional y católica para unas cosas como caótica y alternativa en su manera de comportarse y vestirse... Pero no por ello se había quedado soltera, sino más bien, maliciaba yo, debido a su incauto corazón, pronto a ser herido por las falsas promesas de un número indeterminado de representantes del género masculino, entre los cuales hubo algún amigo mío, y no precisamente de los más recomendables. De vez en cuando, uno de tales romeos permanecía algo más a su lado, unos meses, incluso un año o dos, pero el amor acababa extinguiéndose. Y no, ya digo, por culpa de ella, que lo daba a manos llenas.

Al empujar la puerta de Antigüedades Menusiam sonó una campanilla que siempre me recordaba a mi padre. Adam había pasado tantos años detrás de aquel mismo escritorio que casi me pareció volver a verle, inmóvil como un busto de terracota, la eterna pipa de espuma de mar humeando en el cuenco de su mano izquierda, mientras con la diestra escribía o pasaba páginas de un libro. Regio, indiferente... Pero no fue él, claro, sino Pilarcha, quien alzó la cara apuntándome con unas raras gafas progresivas en forma de antifaz, de pasta negra con rayas de cebra. Nunca nos habíamos parecido demasiado, aunque últimamente ella se había cargado de kilos y de una papada cuyo grosor se aproximaba a la mía. En los ojos, sí... La luz de cera quemada de su mirada levemente rasgada era Menusiam pura.

—¡Hola, hermano! —me saludó alegremente.

—Hermanastros, Pilarchica, eso es lo que legalmente somos, aquí, en Armenia y en Jerusalén, patrias de nuestro bíblico pero nada evangélico progenitor.

—¡Cómo eres, Flo! ¡Menos mal que sé que me amas!

—Más que otros que te lo juraron de rodillas por los siglos de los siglos —sonreí, entregándole un ramillete de nardos que acababa de comprar en el Mercado Central y besándola en la boca, como siempre hacíamos para saludarnos, así hubiera gente delante.

Recibió las flores con el entusiasmo de una novia.

—¡Eres un sol, Flo!

—Prefiero la luna, incluso las lunas de miel. ¡Cuántas veces habré soñado que nos casábamos! ¿Darías el paso? Legalmente podríamos casarnos en algún país del Tercer Mundo. Sería un buen motivo para emigrar.

—Hasta en la última tribu amazónica iría contra natura, Flo.

—¿Tan pronto has olvidado las noches en que dormimos juntos?

Toda relación entre Pilarcha y yo tenía su explicación, incluidas nuestras morganáticas pernoctas. A raíz de la muerte de su madre, junto a la que Pilarcha vivió su niñez, nuestro padre se desentendió de su condición de huérfana y ella tuvo que trasladarse a vivir con mi madre y conmigo a nuestro piso de la calle Sagasta. Pilarcha tenía catorce años, por once yo, de manera que mi madre, Isabel Falomir, no juzgó escandaloso que durmiésemos juntos, ni que acabásemos ovillados en las noches de tormenta, que me daban pavor, porque era muy miedoso. Con el paso de los años, los papeles se irían invirtiendo y la que fue cogiendo pánico a la oscuridad, a los ruidos de la escalera fue Pilarcha. Ahora soy yo quien alguna vez me quedo a dormir en su piso de soltera, situado dos plantas por encima de la tienda. El primer piso está ocupado por un despacho de abogados. A partir de las ocho de la tarde, no hay nadie. Pilarcha siempre está temiendo que hagan un butrón y le entren a robar.

Mi hermanastra se levantó para poner los nardos en agua, me invitó a sentarme en un tresillo isabelino, volvió a besarme con ternura en los labios y encendió un cigarrillo cuyo aroma apenas enturbió el olor de Antigüedades Menusiam, su seco perfume a madera, polvo y barniz.

—Te recuerdo que el tabaco es perjudicial para la salud —la amonesté.

—¿Y el incesto no?

—A mi corazón y a mi estómago les conviene la continencia.

—¿Por qué será que te encuentro hoy tan canónico, Flo?

—¿Quizá porque vengo de hablar con los curas?

—Que son, en el fondo, tu compañía natural. Deberías haberte ordenado. ¡Recapacita, Flo! Puede que aún estés a tiempo de tomar los hábitos.

—Primero tendría que desenamorarme de mi pecadora hermanastra.

—¡Me tratas como a una Jezabel!

—O como a una Magdalena.

—¡Deberías ir al psiquiatra, Flo!

—¿Quién mejor que tú para analizar mis traumas?

—Que son muchos. ¿Sabes cómo creo que me ves? Como una madrastra. Eso es lo que soy para ti.

—¿Una «hermadrastra»?

Pilarcha se echó a reír y volvió a ofrecerme el paquete de Lark. Esta vez no pude resistirme y encendí uno. Se me quedó mirando con curiosidad.

—Flores, bromas, te apuntas a fumar... ¿Qué andas buscando, granuja?

Sonreí a mi vez, haciéndome el enigmático por el puro gusto de jugar con ella, como cuando, siendo niños, le contaba historias de terror —«de mucho terror», suplicaba Pilarcha, antes de terminar debajo de la cama, única protección segura contra los atroces monstruos surgidos de mi enfermiza imaginación—, y me retrepé en el tresillo aspirando a fondo el aire de la tienda, embalsamado con la memoria de

los muertos que una vez disfrutaron de todos aquellos objetos a la venta, peines de marfil, cepillos de pelo de yak, cómodas, relicarios, almanaques, espejos. Las alfombras importadas de Afganistán seguían siendo las mejores de la ciudad y me acordé de cuánto me gustaba pisarlas descalzo cuando mi padre cerraba la tienda y se ponía a fumar en pipa tras aquel mismo escritorio. Adam repasaba las cuentas con un lapicerito de plata tarareando canciones armenias que seguían resonando en mis oídos como salmodias entonadas en las hogueras de un caravasar. Si le rogaba que me contase alguna buena historia, Adam se remontaba a su aldea natal en los Montes Tauros y al pueblo de sefardíes, en la frontera del Golam, al que los Menuciam emigraron desde la montañosa Armenia, antes de instalarse en Jerusalén. Nadie como mi padre para recrear las apariciones de Yavé a Moisés, los atardeceres en el valle del Jordán, el color del cielo y de las sagradas aguas que bautizaron a Cristo y en las que se bañaron las concubinas de Herodes el Grande...

—¿Sigues aquí, Flo, o has echado a volar?

—Me estaba acordando de papá —murmuré—. Cada vez que vengo a la tienda me pongo nostálgico.

—¿Sabes algo de él? Yo, nada.

—No hace mucho recibí una carta suya. Adam está perfectamente, no te preocupes. ¡Aunque no lo creas, ha aprendido a enviar fotos con el móvil! Le ha dado por los *selfies*. Mira, me ha enviado unos cuantos en distintos lugares de Jerusalén.

Le mostré un par de imágenes en las que se veía a nuestro padre delante del Santo Sepulcro, de la Puerta de Damasco y del Museo del Holocausto. Estaba más delgado y yo diría que incluso bastante más descuidado de lo habitual, con una americana que le iba demasiado grande y que no estaba bien cortada, y con barba de varios días.

—Es Adam quien no se preocupa de mí, Flo —se quejó Pilarcha—. Pero no hablemos más de nuestro místico, machista y egoísta padre. Deja de tenerme en ascuas y cuéntame a qué has venido.

—A consultarte un asunto bastante raro. Me han llamado del arzobispado para investigar la desaparición de una Virgen, la de la ermita de Arenas de Huerva. Justamente acabo de volver de hablar con el párroco de Cariñena, de quien depende ese santuario. Mira, esta es la pieza robada.

Le mostré las fotos. Pilarcha reaccionó con sorpresa:

—¡Si es la que la policía anda buscando!

Señaló el libro de registros, que tenía a mano.

—¿La policía te ha requerido el libro?

—Ayer mismo, y van tres veces en el último mes. ¡Se están tomando tanto trabajo como si hubieran robado la mismísima Virgen del Pilar! Sé que han visitado a otros colegas.

—Alguno se habrá echado a temblar.

—Supongo —sonrió Pilarcha.

Antigüedades Menuciam no tenía nada que ver con las actividades irregulares de

ciertos anticuarios porque siempre nos habíamos movido en circuitos legales. Mi padre nos enseñó a comprar en las casas de los vendedores, o directamente a los herederos de los coleccionistas, y a rechazar la adquisición de aquellos objetos que un desconocido cualquiera viniese a ofrecernos. Aunque, en honor a la verdad, hubo episodios ambiguos... Más de un canónigo se presentó con bultos que Adam abría en la trastienda, sin enseñarlos a nadie ni ponerlos a la venta, objetos que permanecían durante un tiempo en nuestro almacén, hasta que súbitamente desaparecían... ¿Quién podía saber si una custodia, un candelabro o un brazalete faltaban de los inmensos sótanos del Pilar, o un san Valero o una medalla conmemorativa de la sacristía de alguna parroquia acuciada por las deudas? Por norma oficial, toda pieza a la venta debía quedar registrada con sus datos técnicos y los nombres del vendedor y del comprador a disposición de la policía. Si se descubría algún robo de importancia, lo primero que haría la policía o la Guardia Civil sería consultar a los anticuarios.

—Esa Virgen de Arenas —seguí explicando— no tiene apenas valor, pero el interés demostrado por el arzobispado, y ahora por nuestros amigos de las fuerzas del orden, sugiere que podría tenerlo y que, en cualquier caso, en este asunto hay gato encerrado. Por otro lado, el párroco de Cariñena me ha contado que monseñor Azofra fue un par de veces a Arenas de Huerva, de incógnito, por sorpresa, para rezarle a esa Virgen. Solo, sin avisar, sin protocolo alguno.

—¿El arzobispo en persona?

—En carne mortal y pecadora.

—¿Pecadora, Flo?

—Bueno, eso ya no lo sé... Si me preguntases por fray Valentino y los garitos de ambiente te diría que hay uno en la calle Las Armas particularmente sórdido en cuyas intermediaciones se le ha visto merodear...

—¡No se te ocurra ir diciendo esas cosas por ahí, o me arruinarás el negocio, que también es tuyo!

—En un mísero siete por ciento —me quejé.

—Tu porcentaje fue decisión de Adam, no mía. Pero olvidemos los pleitos familiares, no nos pongamos a discutir con el calor que hace... Dime, Flo, ¿por qué iría todo un arzobispo a rezar a una ermita perdida? ¿Por una devoción personal?

—Podría ser en el caso de que la talla fuese muy venerada, pero esa circunstancia no se da en la ermita de Arenas de Huerva. Su Virgen imita a las tallas románicas, pero es nueva. Tiene solo un año, el que ha pasado desde que la depositaron en la ermita de Arenas. Es muy probable que la tallasen en el taller de la diócesis, yo diría que en un bloque de pino negro, para ahorrar.

—Déjame ver —pidió Pilarcha, premiando con otra sonrisa esa maldad mía alusiva a la falta de competencia del departamento oficial de restauración que de tantos encargos la había privado.

Cogió mi cámara, pulsó el zoom y estuvo observando las fotos hasta que meneó la cabeza.

—Fíjate en esos orificios, Flo, junto a las orejas.

—Los veo. ¿Qué son?

—Perforaciones colmatadas con cera. Esta pieza ha sido tratada contra la carcoma. Y no una vez, sino varias.

—¿Estás segura, Pilarcha?

—Sé lo que digo, Flo. La clase de porosidades no deja lugar a dudas. Son inconfundibles.

—¿Quieres decir que la Virgen de Arenas es antigua?

—Pudiera ser.

—¿Y por qué iban a barnizarla y hacerla pasar por una nueva?

—Precisamente para eso, Flo, para que pareciera nueva.

Si un misterio se escondía detrás de aquello, escapaba a mi comprensión.

—No lo entiendo, Pilarcha —confesé.

—Ni yo. Pero tú eres el detective. Yo solo tu «hermadrastra», recuérdalo.

Sonreía con toda la boca, que fue donde la besé.

—¿Cenamos juntos?

—Tengo un compromiso.

—¿Con otro romeo?

—Pronto lo sabrás.

—¿Ingeniero en informática, guapo y veinte años más joven que tú?

—¡Me encanta tu poder de adivinación!

—Que se afina cuando estoy celoso. ¿He acertado?

—¡Sigue tu camino, vaquero!

—Lo haré. Pero vuelca en tu ordenador esas fotos, que yo pondré precio a los cuatrerros.

—Comprobaré mis archivos de vírgenes, los cotejaré con la de Arenas de Huerva y te llamaré con el resultado.

—¡Eres mi hermana favorita!

—Porque solo tienes una, canalla...

—¿Estás segura?

—Conociendo a nuestro padre...

—¿Quién no ha oído hablar de la tribu de los Menusiam, irredentos salvajes del Cáucaso, endogámicos, morganáticos, tímidos, sensuales?

—¿Sensuales, Flo?

—Tengo mucha imaginación.

—¿Tímidos, Flo?

—¿No has oído hablar de mi modestia?

Pilarcha volvió a besarme suavemente en los labios, y con la misma delicadeza me recomendó:

—Insisto, hermanito: deberías ir al psiquiatra.

Salí de la tienda. Sobre el recalentado cemento de la acera, un nocivo calor envenenaba el aire. Aquel verano estaba resultando el más agobiante de los últimos años.

De vuelta a la calle Alfonso, empezó a entrarme tal sed que me senté a la sombra en la terraza de la Cafetería Mefisto, en la plaza de Sas, y pedí a Vicente, el camarero, una botella helada de agua con gas.

—¿H₂O, Flo? ¿Te encuentras mal? —se alarmó—. ¿No estarás enfermo?

—Puede, Vicentico.

—¿De qué?

—De buena salud, que es de lo que se muere la gente.

—¡Frase histórica, Flo! ¿Es tuya?

—Tanto como el dinero con que pienso pagarte.

—Aquí no se te considera un cliente.

—¿Un primo?

—Un filósofo.

Era un claro intento de corromperme por el débil flanco de mi vanidad intelectual, pero yo no iba a dejarme degradar por un materialista hostelero.

—Vengo en calidad de lo primero, de modo que ¡sírvenme!

—¡Tirano!

—¡Antisistema!

El índice de Vicente se movió pendularmente.

—No te conviene excitarte, Flo. Recuerda que cada latido de tu corazón puede ser el último. Tictac, tic-tac...

—¿Quieres que hablemos de tu mercenario corazón, Vicente? De haber medido medio metro más, ¡qué gran gigoló habrías sido!

—¡Voyeur!

—¡Psicópata!

De tan fraterna manera solíamos relacionarnos Vicente Casamián y yo. Llevábamos años tomándonos mutua y sanamente el pelo, y lo que nos quedaba... A veces, yo fantaseaba con que Vicente podría haber sido hermano mío, otro subproducto de mi inexistente familia... Hablando en serio, Vicente era una gran persona, un tipo excelente y un profesional de los pies a la cabeza. Hostelero a la vieja usanza, se uniformaba incluso en verano. Bajo aquel solazo de finales de junio su calva cabeza brillaba como un orinal de latón. Estaría transpirando bajo su ceñida chaquetilla de camarero de velador de mármol, pero no me lo imaginé atendiendo en camiseta y luciendo el elástico del calzoncillo como el chico de la pizzería de la plaza de Los Sitios donde Ana María y yo habíamos cenado la noche anterior un engrudo de pasta que me había atorado el tránsito como cemento vertido al estómago.

—¿Agua, entonces, Flo?

—Los médicos...

Vicente se encogió de hombros y entró a la barra a por mi consumición. En la terraza de su cafetería —Mefisto era de su propiedad, aunque le gustara hacerse pasar por simple camarero— no había un solo cliente.

Yo no había podido dormir una siesta, como solía, y me estaba entrando modorra. Me abaniqué con la carta de helados y estiré las piernas. Mis zapatos estaban rozados de tanto caminar. Eran de rejilla y habrían espantado a mi segunda esposa —seguramente, también a la primera—, pero me proporcionaban sensación de frescor. Solía combinarlos con un panamá, recuerdo de mis estancias caribeñas, cuando fui asesor electoral de algún impresentable candidato y un muy presentable espía por cuenta del Gobierno español. En Cuba, ni siquiera tenía que presentarme como algo distinto. Todo el mundo sabía lo que, en mi calidad de consejero cultural de la embajada, realmente era.

Desde la plaza de Sas no se veía la puerta de mi agencia, que abría al otro lado del chaflán, en la calle Alfonso, pero sí dos de sus ventanas. A través de los cristales de una de ellas se transparentaba —ya que de Cuba hablábamos— el negro azulado cabello y la morenísima espalda de Benita Cortés, mi secretaria.

A partir de sus hombros de color cacao mi vista fue descendiendo por la fachada hasta la luna de La Española, una confitería en la que, previamente a mi segundo infarto (con el primero no escarmenté) me abastecía de dulces poco recomendables para mi salud. El escaparate de La Española era una obra de arte: frutos de Aragón, cerezas al marrasquino, adoquines, bizcochos de Calatayud y otras delicias ahora vedadas para mí. Trufas de licor, sardinas del Ebro, gajos de naranja acaramelada, chocolate puro o con leche... Al pensar en los guirlachicos, la tentación cayó sobre mí como Satanás sobre el Nazareno en sus días de ayuno y flaqueé. A punto estaba de levantarme para comprar unas trufas cuando recibí en el móvil una llamada de Benita, cuya desnuda y morena espalda de sirena habanera yo seguía admirando a través de la ventana de mi agencia.

—¿Allô, Flo?

—¿Sí, Beni?

—¿Dónde estás?

—Tan cerca y tan lejos de ti...

—¡Siempre de fiesta, diablo de hombre!

—De humor es de lo único que no se muere uno, Beni. Fíjate en Fidel Castro.

—¡Porque no tienes que aguantar sus sermones, que si fueses cubano...!

Hija de una de mis confidentes habaneras, la lengua Benita prosiguió con su monserga contrarrevolucionaria, inspirada por las consignas de Miami, hasta que le urgí:

—¿Cuál es el motivo de tu llamada, Beni, la defensa del capital?

—Acaba de entrarnos un caso. ¡A trabajar, Flo!

—¿Desde cuándo ese verbo figura en mi diccionario? Creí que me conocías...

—¡Euros, Flo!

—Eso ya suena un poco mejor.

Por unos felices segundos, mi subconsciente navegó en la abundancia planeando locuras, viajes vacacionales... Burdeos, Corfú... Neumáticos para mi Escarabajo. Otro par de zapatos de verano. Tenía fichados unos en El Pingüino Andarín, en la calle Méndez Núñez, con plantilla anatómica para mis pies planos. Un abono para el festival de Bayreuth. Un juego de palos de golf...

Beni me acució:

—¡Ven enseguida, Flo! El cliente está a punto de llegar. Es una mujer, sería de mala educación hacerla esperar.

—¡A la orden!

Pero no me moví. En lugar de incorporarlas, reacomodé mis nalgas en la silla de la terraza porque Vicente se me acercaba sosteniendo una destellante bandeja con un helado vasito en su centro, junto con la nota.

—Tu medicina, Flo.

—Gracias, Vicentico. Tanto tardabas que iba a llamar a una ambulancia, no te hubiera dado un síncope detrás de la barra... ¿Eso que viene en el platillo es la dolorosa? ¿Así demuestras tu confianza en mí? ¿Estoy fichado entre los que se largan sin pagar?

—Con un detective forjado en el espionaje internacional, nunca se sabe.

—Lo sabrás en cuanto necesites mis servicios, porque los pagarás al contado.

—Confío no tener que contratarte, Flo.

—Espera a equivocarte de mujer o de socio. Jamás digas de esta agua no beberé.

—Por eso he decidido servirte mi remedio —repuso Vicente, señalando mi consumición.

—¿H2O?

—Puedes castigarte con total confianza.

Me llevé la copita a los labios y cerré los ojos porque el anís de Colungo que Vicente había decidido servirme por su cuenta en lugar del agua mineral que yo le había encargado con la boca chica me produjo una instantánea sensación de bienestar. Sin la menor prisa, seguí saboreando el licor y percibiendo a través de la ventana, a solo una veintena de metros de mí, cómo Beni colgaba y descolgaba el teléfono, tecleaba en la pantalla del ordenador o arrancaba las hojas a un racimo de zanahorias.

Un momento... ¿Zanahorias? ¿En mi agencia de investigación?

Con esta Benita, me temí, cualquier cosa... Era habanera, refugiada política. Su padre, el coronel Jacinto Cortés, fue fusilado por el castrismo, acusado —yo siempre pensé que injustamente— de insurrección militar y narcotráfico. En La Habana conocí a su viuda, Marlen, y a sus hijos. Benita era la mayor. Finalizada mi misión, consistente en informar sobre las actividades de etarras refugiados en la ciudad de Matanzas, partí de la isla y no regresé, pero mantuve contacto epistolar con Marlen.

Ella iba ilustrando sus interminables cartas con fotos de su familia. De envió postal en envió postal, su niña Benita fue creciendo hasta convertirse en una aplicada estudiante de Comunicación Aeroespacial en la Universidad de Santiago de Cuba. Tuvo un hijo. Después, de diferente padre, otro. Había terminado la carrera cuando la abuela Marlen me comunicó que, siendo de por sí insostenible la situación en La Habana, el régimen castrista se la hacía más agobiante aún como viuda de un presunto traidor a la revolución. En consecuencia, enviaba a Beni a España —me la confiaba— con la esperanza de abrirse camino. «No te apures, Flo —me tranquilizó con cubanísima sorna—. A los nieticos me los quedo yo».

Beni se había presentado en Madrid con lo puesto, que era más bien escaso. Una bolsa de viaje contenía todas sus pertenencias. Llevaba mi número de teléfono y me llamó desde Barajas, recién aterrizada de La Habana. Tenía visado para dos meses. Por todo capital, cuatrocientos dólares. Le indiqué que tomase un tren a Zaragoza y fui a buscarla a la estación. Al andén descendió toda una mujer, con una ajustada falda de lunares y zapatos blancos de tacón.

Ana María no había entrado aún en mi vida y los primeros días alojé a Beni en mi casa, donde vivía solo. Cada noche, después de cenar, viendo juntos la televisión, ella arrimaba su palmito un poco más en el sofá. El roce hace el cariño y, como uno no está hecho de piedra sillar, sino de primigenio barro, pronto me vi en un doméstico lío porque estaba loco por vérmela encima galopándome con sus jabonosos muslos de delfín. Para alejarla de mis concupiscentes pensamientos, le busqué una pensión. Beni fatigó la ciudad con ofertas de empleo, pero no tuvo suerte. Pasaron semanas sin que encontrase un trabajo decente, por lo que me decidí a hablar con mi socio, Fermín Fortón. Acabábamos de abrir la agencia y no teníamos secretaria. «¿La preparación de la tal Beni?», me consultó Fortón. «Comunicación aeroespacial», repuse, maravillándome una vez más de las exóticas titulaciones isleñas. «Idónea para una agencia de lunáticos», me soltó él con una de sus caballunas risas. Y Benita quedó contratada.

—¿Allô, Flo?

—¿Sí, Beni?

—Han pasado diez minutos desde que te llamé y sigo sin saber nada de ti.

—¿Por qué estás tan estresada? ¿A qué tanta prisa?

—La clienta que viene a verte parecía tenerla.

—¿Quién es?

—La señorita Serret.

Fue como un crochet en la mandíbula. Necesité otro buche de anís y unos segundos para recuperarme, pero esta vez el agua milagrosa de Vicente no funcionó y no me levanté de la lona.

Beni insistió:

—Catalina Serret, Flo. Ella me dijo: él (o sea, tú) me conoce de sobra.

Di otro sorbo al anisado y casi me atraganté porque al conjuro del nombre de

Catalina un turbi3n de im3genes procedentes de mi oscuro pasado sentimental excit3 mi cerebro como una inyecci3n de 3cido lis3rgico. V3rtigo, Ma3lstrom mental... 3Qu3 si conoc3a a Catalina Serret? Una vez, incluso b3blicamente... Sola una vez, 3o mejor olvidar aquel episodio?

Catalina era hija de Luciano Serret, due3o del Gran Casino de Castell3n, entre otras muchas propiedades. Ella era el 3nico miembro de la poderosa familia Serret a quien yo apreciaba. Una ni3a mimada, s3, atractiva y caprichosa, con una 3tica inspirada en la marihuana y m3s peligro que una caja de bombas, pero tierna y c3mplice y, sobre todo, muy divertida... 3Qu3 podr3a querer del gordo Flo, de su amigote el detective? 3Su nuevo novio hab3a desaparecido en Katmand3? 3Se habr3a extraviado su cachorro de cocker spaniel?

Di otro traguito a mi an3s. Su dulce e intenso sabor no consigui3 eliminar la tentaci3n de unas cerezas al marrasquino, una onza de chocolate blanco, el azucarado sabor del cacao deshaci3ndose en mi paladar con gloriosas sensaciones... 3Por Dios! A punto estaba de levantarme y dirigirme con las peores intenciones hacia el glorioso escaparate de La Espa3ola cuando Beni me ultim3:

—Te recuerdo que he citado a la se3orita Serret a las cinco en punto. 3Dentro de un minuto! Dijo que nos pagar3 espl3ndidamente. 3Euros, Flo!

Sin moverme, repuse:

—Enseguida ir3 para all3.

—3Qu3 hago si no llegas a tiempo? 3La invito a algo? 3A un caf3?

—3Acaso tenemos cafetera, Beni?

—No, pero bajar3 al Mefisto.

—3Ni se te ocurra! Adem3s, ella preferir3 un whisky.

—Ir3 a la tienda a comprar una botella.

—Hay una de Four Roses en mi estanter3, detr3s del C3digo Penal.

Cuatro Rosas... El cuatro es mi n3mero favorito, por cuatro razones. Primera: soy el cuarto hijo var3n de Adam Menusiam, seg3n 3l me confes3 en una de sus borracheras de raki. Segunda: solo he ganado una vez a la ruleta, y fue al n3mero cuatro. Tercera: en Honduras, en una misi3n secreta, un mercenario dominicano me cort3 el dedo me3ique de la mano izquierda, por lo que valoro doblemente los cuatro que me quedan. Y, finalmente, cuatro han sido las mujeres de mi vida: Isabel Falomir, mi madre; mis dos esposas y Ana Mar3a, mi actual pareja, con la que mantengo una relaci3n desparejada y feliz.

—Lo sab3a —admiti3 Beni, soltando el trapo.

—3El qu3?

—Lo de tu botella.

—3En serio? 3Y c3mo lo sab3as, Beni, por ciencia infusa o acaso se me esp3a en mi propia agencia?

—Nanda encontr3 el whisky sacando el polvo.

Se estaba refiriendo a una prima suya, tambi3n cubana, Fernanda Mar3a Cort3s.

Había llegado a España unos meses después que Beni, y seguido la misma ruta desde Barajas a la estación de Zaragoza. Fernanda había estudiado Energías Renovables, también en Santiago de Cuba, pero tampoco había encontrado un puesto de trabajo acorde a su formación. Desde que estaba con nosotros, se encargaba de la limpieza de nuestra agencia. Y, tres tardes a la semana, de adecentar mi vivienda particular en la calle Pabostria, esquina con la catedral del Salvador, más conocida como La Seo.

Para no poner más nerviosa a Beni ni hacer esperar a la señorita Serret, me levanté de la terraza del Mefisto, crucé la plaza y abrí la pesada puerta de roble del número 14 de la calle Alfonso.

El vestíbulo estaba caliente como la caverna de un dragón. Peldaño a peldaño fui remontando el entresuelo hasta la primera planta, donde abren nuestras oficinas, en cuya placa se puede leer:

FLORIÁN FALOMIR & FERMÍN FORTÓN

AGENCIA DE INVESTIGACIÓN «LAS CUATRO EFES».

FIABILIDAD — FIDELIDAD — FORTALEZA — FACILIDAD DE PAGO

Catalina Serret no había llegado aún. La puntualidad no era su fuerte.

Beni seguía detrás de su mesa, con la pantalla del ordenador, el fax y el teléfono a mano, además del portátil y del móvil. Toda clase de terminales para atraer el poco trabajo que había, y que, nos gustase o no a Fortón y a mí, compartíamos con otras cinco agencias de detectives establecidas en la ciudad.

Nuestra secretaria lucía un floreado vestido, muy veraniego y habanero, que dejaba al aire sus robustos brazos. Se había aplicado una capa de maquillaje para clarearse el cutis y pintado los labios con un tono fucsia que le confería una primitiva y lujuriosa emanación a manigua húmeda, a pecado de manglar.

Al dirigirme hacia su mesa, noté algo raro. Tengo un sentido del olfato muy desarrollado y las aletas de mi nariz acababan de dilatarse frente a un intenso estímulo. El ambiente estaba enrarecido. Olía a una mezcla de lejía y... ¿estiércol?

Escruté los ojos brillantes como lunas negras de Benita Cortés.

—¿A qué huele? ¿Qué es lo que escondes, condenada? ¡Déjame ver!

Ella soltó un resuello, dio un caderazo y su butaca rodó a un lado dejando ver una jaula con una bola de pelo dentro. Una mordisqueada zanahoria asomaba entre los barrotes y del lecho de papel espolvoreado de pelotillas negras como perdigones ascendía un olor fénico. Di un paso atrás.

—¿Podrías explicarme...?

Con el meloso tono que utilizaba con los clientes al presentarles la minuta, Beni me informó:

—Se llama *Pacho*.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡El conejo!

—¿Ese bicho es un conejo?

—De raza española.

—¿No vivían en el campo?

—*Pacho* es muy educado. Urbano. ¡Un señorito!

—¡Veremos si me da las gracias cuando me lo zampe a la chilindrón! ¿Cómo diablos ha entrado esta bestezuela? ¿Y de quién es?

—De Nanda. Se ha ido unos días de vacaciones y no tenía con quién dejarlo, de modo...

—¿Fernanda se ha ido de vacaciones? ¿Durante cuánto tiempo?

—Una semana. Lo que le tocaba por convenio.

—¿Qué convenio? ¿Os habéis creído que somos la General Motors?

—Nos están asesorando en el sindicato.

—¿Nos?

—Sí, Flo, a mí también. Hay algunas cláusulas de mi contrato que me gustaría revisar.

—¿Cuántas? ¿Cuáles?

—El abogado dice que todas.

Suspiré.

—Os sindicáis, me traéis un portador de mixomatosis y ahora me anuncias que de aquí al domingo nadie lavará mis calzoncillos. ¿Qué es esto, una conspiración? ¿Estamos en vísperas de una revuelta?

Beni rezongó:

—¡Explotador!

—¡Ingrata!

—¡Dictador!

—¡Mira que te devuelvo a Fidel!

Eran bromas de oficina, como las que Vicente y yo nos gastábamos en el Mefisto, y Beni y yo acabamos riendo como dos gansos, pero al mirar de nuevo a *Pacho* la sonrisa se me borró de la cara. Es posible que Beni lo ignorase por entonces, pero tengo fobia a los animales. A toda clase de bichos, sin excepción. Perros, gatos, serpientes, canarios, mulos de infantería... ¡Y un conejo, por los Infanticos del Pilar! Pero el tal *Pacho* no era ningún ingenuo. Se me había quedado mirando con sus ojos tristes, tratando astutamente de ablandarme con una expresión semihumana. Le señalé con el índice, amenazándole con la olla, pero no solo no se arredró, sino que se encaramó sobre sus patas traseras frotando el morrillo contra los barrotes.

Antes de sulfurarme más (¿hasta el umbral del tercer infarto?) me encerré en mi despacho. La bomba de aire seguía estropeada. Hacía un calor irrespirable. Abrí la ventana y entró fuego. Puse una ópera de Rossini y me serví un lingotazo de la botella de Four Roses oculta tras el Código Penal. «Solo falta que te enciendas un puro», pensé, taquicárdico. ¿Qué aceleraba mi corazón, relegando las sedantes recomendaciones del doctor Tortajada? Demasiado bien sabía yo —¿para qué engañarme?— que mi excitación no obedecía al calor, a mi acumulado estrés laboral ni a la invasión del conejo *Pacho*, sino a Catalina Serret.

Pensando en ella me quité la americana, dejé caer mi sudorosa humanidad en el orejero de cuero y, con el vaso en la mano, encendí un habano cuyo afrodisíaco humito me transportó al paraíso perdido del fumador y del amor, al sueño imposible de aquellos amantes que, como Catalina y yo, nunca llegamos a ser...

Debí quedarme adormilado. A veces me traspongo a deshoras, apenas unos minutillos.

Pasado un cuarto de hora desperté de golpe sin que la señorita Serret hubiera aparecido. La puntualidad, ya les adelantaba, no era una de sus prendas. Intenté relajarme fumando con calma y dejando errar la mirada por mi jaula de oro.

Mi despacho de investigador privado había sido decorado según mis estrictas instrucciones, con suelo de tarima, molduras de escayola, un ventilador grande, de techo, que me apresuré a conectar (simultáneamente, se activó una cámara oculta que grababa todas mis entrevistas de trabajo, lo cual no era legal, ilegal ni todo lo

contrario), y paredes de color perla al gotelé, con indirectos apliques de luz sobre los tres paisajes de Gárate, sendos obsequios de mi padre por otros tantos y justificados motivos: mi graduación en Derecho y Criminología y mis dos matrimonios.

El escritorio, una pieza del siglo XIX, era de ébano con vade de piel de gacela, recado de escribir, papel de cartas con el anagrama de Las Cuatro Efes, dos tinteros de plata, uno para tinta negra, otro para tinta roja y, guardada en su estuche de piel, pero siempre cargada y lista para escribir, mi Parker Snake de 1910, con cuatro pequeñas esmeraldas engarzadas a las órbitas de sus cabezas bífidas.

Las estilográficas son mi perdición y escribir a mano uno de mis hábitos. Anoto los detalles de los casos, nombres y hechos según van sucediendo y encadenándose entre sí. Intuiciones, esquemas, hipótesis... Primero en un borrador y después a limpio en mis cuadernos. Uno para cada investigación.

En mi despacho no hay ordenadores. Solo un teléfono convencional. En la calle utilizo cámaras, micrófonos y, si es necesario, armas, pero en mi santuario la atmósfera debe contribuir a remansar el espíritu.

Ni Rossini ni el bourbon habían templado mi ánimo cuando escuché a Beni por el interfono:

—La señorita Serret acaba de llegar, Flo. Ha llamado al portero automático y está subiendo la escalera. ¿Le digo que pase?

Gruñí un sí, aparté el puro en un cenicero con dolor de corazón, pero sin matarlo aún, y me puse en pie al tiempo que se abría la puerta y una sandalia romana con ligaduras de cuero que dejaban al aire un tobillo de cristal y las cinco uñas del pie pintadas de verde pistacho pisaba —¿profanaba?— mi santuario laboral, como cuando el divino pie de Salomé introdujo la tentación en la celda de Juan el Bautista.

Al igual que el profeta, yo estaba a punto de perder la cabeza.

Catalina Serret no había cambiado sino a mejor. Su belleza salvaje, rotunda y sin clase me cortó la respiración.

—¡Gracias por recibirme, Flo! —dijo, besándome en la comisura de los labios—. Doy por supuesto que estabas muy ocupado con otros asuntos y que lo has dejado todo para atenderme.

—Como te mereces, querida.

—¡Eres tan mono!

Volvió a besarme, esta vez en mi famoso hoyuelo. Fingía alegrarse por nuestro reencuentro, pero de sobra sabía yo que esa euforia era social, puro protocolo y puesta en escena. Nunca había acabado de entender por qué a Catalina le gustaba tanto actuar, obteniendo, como solía obtener, la rendición de todo hombre que tuviera ojos a ambos lados del puente de su nariz. Poseía el don de ponerlos a sus pies, así fueran varios a la vez. Yo me contaba entre sus numerosos admiradores, aunque procuraba no evidenciarlo ni siquiera cuando la sorprendía a altas horas de la madrugada en cualquier tugurio, a menudo mal acompañada y perjudicada de copas u otras sustancias.

—¡Hace tanto calor como en un baño turco, Flo! No sé cómo puedes aguantar. ¡Dan ganas de desnudarse!

«Con lo que llevas puesto no tardarías nada», pensé indicándole una butaca frente a mi escritorio. Con un ágil y gracioso movimiento, como el de una gimnasta, Catalina tomó asiento y giró el cuello para echar un vistazo a mi oficina.

—No me gusta nada tu cueva, Flo.

—Pues la diseñé personalmente.

—¡Se nota! Tiene tantas ínfulas como su dueño. Es como el despacho de un director general, solo que tú no diriges nada, ¿verdad?

Iba a replicarle, pero se acarició la garganta con tal sensualidad que mi antena erótica se desplegó como un faro en la tormentosa noche del deseo. Catalina lucía un ajustado top que resaltaba el bronceado de su piel, transparentando cuanto tenía debajo. La muy lagarta se dio perfecta cuenta de que me había turbado y sus embaucadores ojos sonrieron burlándose de mí. Aquella mujer me trastornaba por lo que tenía de hembra primordial, de sacerdotisa del amor, el más sagrado de todos los fuegos. Noté el paladar tan seco como si hubiera tragado un puñado de polvo, y algo así como un pellizco en la nuca, como si algún roedor de la familia de *Pacho* me hubiera clavado sus repugnantes incisivos.

—No te imaginas cómo me gusta tu manera de mirarme —susurró Catalina, echándose atrás la melena y doblando las rodillas.

—¿Y cómo te miro?

—Con pecado.

Por un segundo, tuve la loca sensación de que estábamos en un lugar más íntimo,

en la habitación de un hotel, en el piso de un amigo que me hubiera dejado las llaves.

—¿Sabes? —Siguió ella, con su ronca voz, pasándose la lengua por los golosos labios—. Durante aquella época en que estuviste hociqueando en mi vida por encargo del cabronazo de mi padre me excitaba pensar que el juego del ratón y del gato te gustaba tanto como a mí. ¿Era recíproco? Dime la verdad, Flo: ¿también tú te ponías caliente?

Su falda era tan corta como la cuerda que me ataba a la razón. Elevé la vista hacia sus brazos, moldeados por las pesas, hacia sus pechos como cálices, hacia sus intensos ojos azules de iris dilatados por la adrenalina del placer de estar disfrutando a mi costa, cuando la oí añadir con picardía:

—Pervertido espía... ¿Te gustó lo que veías, Flo?

Me sentí como aquel alumno del Liceo, no otro que *el Sucio Moncay*, a quien pillaron espionando a la profesora de gimnasia por una rendija del vestuario, y balbuceé:

—Me limitaba a hacer mi trabajo.

—¿Cuál, descubrir y denunciar mis gravísimos crímenes? ¡Yo era inocente, Flo! Tomaba demasiados cócteles y me cepillaba al pavo con el que salía entonces, pero nada de aquello era delito, ¿verdad?

Técnicamente, no. Del episodio al que Catalina acababa de referirse había pasado algún tiempo. Por entonces, yo trabajaba para su padre como jefe de seguridad del Gran Casino de Castellón. A ella le gustaban las noches jóvenes y los hombres maduros, pero la afición de aquel cuarentón novio suyo a las drogas podría haberle llevado a la cárcel.

Me acordaba bien de él. Se llamaba Roberto Agualuz. Era atractivo y un jugador habitual en las salas del Casino. El propietario, y padre de Catalina, Luciano Serret, sospechaba que Agualuz hacía trampas. Probablemente, tenía razón. Pero Agualuz no era el clásico fullero, y tampoco un don nadie. Por las mañanas, trabajaba en la Confederación de Empresarios, y por las tardes jugaba a la ruleta y al blackjack. No contento con cerrar cada noche el casino, regresaba de madrugada al centro de Castellón para refugiarse en el reservado de una whiskería de dudosa fama, La Oriental, donde culminaba la velada con unas rayitas de coca y unas manitas de póker. Su aspecto atildado y sus maneras eran propias de un profesional del juego, y eso fue lo que acabó sosteniendo mi informe a don Luciano. «Desde luego, mucho más profesional que usted», me soltó el patrón en su despacho del Casino, decorado con un Tàpies y un Pradilla que se daban de encontronazos, al constatar que tampoco yo había sido capaz de descubrir los trucos de Agualuz, su método para derrotar a los crupieres. Don Luciano había reclamado mi minuta a un secretario y mi estilográfica a mí. Con mi propia pluma, restó un cero a mi cuenta y me señaló la salida. Punto final a mis servicios.

—Deberías adelgazar —me aconsejó su hija Catalina, invitando a desvanecerse esos recuerdos, y con ellos la despótica figura de su padre.

—Si prácticamente no como nada...

—Eres el detective más gordo que conozco, Flo. Aunque, ahora que lo pienso, no he tratado con ningún otro, salvo con ese paleta que trabaja contigo.

—Tiene nombre y apellido.

—¿El señor nadie?

—Fermín Fortón.

—¿Empleado tuyo?

—Mi socio.

—¿No deberías ser más exigente? El caso es que estás hecho una foca, Flo, con lo mono que eras... Pero tengo la solución. No para tu soltería, no te hagas ilusiones... De momento, solo para tu obesidad. Proyecto incorporar una unidad de nutrición al spa del Casino. Dietética, talasoterapia, acupuntura, cirugía estética... Antes, deberé convencer a mi padre para que invierta, y eso nunca es fácil con don Tacañón, como sabes. Yo soy más gastadora, como tampoco ignoras... Mientras hago cuentas para abrir mi propio negocio, ¿por qué no te vienes conmigo a una clínica de Marbella?

—¿Necesitas perder peso? ¿Tú?

—Estoy como una cerda —se lamentó Catalina observando críticamente su plano estómago.

—¿Cuánto te sobra, medio kilo? —ironicé.

—Tanto no sé, pero trescientos gramos... ¿Qué? ¿Te apuntas?

—¿A Marbella? No me lo puedo permitir.

Ella señaló los Gárates.

—¡No te hagas el indigente! Me irrita la gente que no asume su condición social. A simple vista se nota que esos cuadros son buenos. ¡Vende alguno y date vida!

—Me los regaló mi padre. No pienso desprenderme de ellos.

—¡Cuánta sensibilidad!

—Una cierta afición artística es lo único que tu padre y yo tenemos en común. Con la diferencia de que su colección vale millones y la mía, dos duros.

—¡Deja de lamentarte, Flo! No va con tu condición de tipo duro.

—No lo soy.

—Conmigo no necesitas fingir. Algún día me contarás qué hacías por Sudamérica. He oído rumores. Sé que fuiste comando o mercenario de élite, y que mataste a un montón de tipos menos preparados que tú.

—No me he cargado a nadie y no me gusta hablar de mi pasado institucional.

—Hablemos entonces de dinero, Flo. ¿Ese tema te gusta más?

—Más que las historias de espías, pero menos que tú.

—¿Eso es lo que soy para ti, una historieta, un asuntillo?

—Un ensayo sobre el amor.

—¡Adulador! Para el carro, detective... Confianzas conmigo, pocas.

—¿Estás hablando como mi nueva jefa?

—¡Tu suerte acaba de cambiar, Flo! Con lo que pensamos pagarte, podrás

comprar lo que te dé la gana.

—¿Pensamos?

—Mi madre y yo.

—¿Tu madre y tú me vais a contratar?

—Si te dejas...

—Depende.

—¿Normalmente te haces tanto de rogar?

—Depende.

—¿De qué?

—Del fondo de la cuestión.

—¡Si aún no lo sabes! ¿Quién te has creído, mi abogado defensor?

—Puesto que todo abogado acaba conociendo el delito de su patrocinado, yo debería saber con antelación qué faltas pretendes que cometa por ti.

Catalina sonrió como una gata antes de zamparse a un canario.

—Mi madre te lo explicará.

—¿Sabe tu padre que has venido a verme?

Ella lo negó con la cabeza.

—¿Qué opinará cuando se entere?

Catalina se encogió de hombros. Aquella, la de trabajar para otra rama de la familia Serret, era una variante inesperada, con un suplementario encanto para mí, el del sabor de la venganza. Fuese cual fuese el encargo, seguramente iba a cobrar bastante más que si me pagase el padre. Porque si yo era el hombre de las cuatro eses, Luciano Serret podría perfectamente ser el de las cuatro erres: rico, raro, retraído y... rácano. Sobre todo, roñoso.

—Cinco erres —expresé en voz alta.

—¿Cómo dices?

—El carácter de tu padre. Su terquedad. Erre que erre...

—¡Olvida el pasado, Flo! —me rogó Catalina—. Mis problemas son muy actuales.

—Vamos a ellos.

—Mi madre ha dado un bajón.

—En ese caso, necesitas un médico, no un detective.

—Ambos me harán falta para recuperarla.

—¿Qué ha perdido, la salud o una pulsera de diamantes?

—Tiene cáncer —anunció su hija, encendiendo un cigarrillo sin molestarse en pedirme permiso, lo que aproveché para recuperar mi habano del cenicero y reanimarlo con una llamarada del mechero de Catalina, un Dupont de oro con sus iniciales grabadas.

—Lo siento mucho, Cata.

—Los médicos solo le conceden unos meses de vida.

Se levantó y, tras dar la vuelta a mi escritorio, se inclinó sobre mí. Uno de sus

pechos se amoldó en mi clavícula como un pájaro en su nido.

—En este despacho tuyo hace una temperatura angustiosa, Flo. Estoy a punto de desmayarme.

Yo también me estaba ahogando, pero con su perfume, con la tibieza de su piel... Arrimándose más a mi costado, Catalina me mostró en su móvil una imagen de su madre. ¿Meses? Yo no le daría ni unas semanas de vida.

—¿Sabe ella que está tan enferma?

Catalina se llenó los pulmones de humo. Era un sí.

—Mamá es una luchadora nata. Jamás da un paso atrás.

—¿Hay esperanzas?

—Muy pocas. Ella es la única que tiene alguna.

—¿De qué clase?

—Su fe. Con su ayuda, cree que podrá vencer la enfermedad.

—¿Qué tipo de fe? ¿En algún tratamiento oncológico?

Una desolación que la hacía todavía más bella afloró al semblante de mi amiga.

—Se ha sometido a los más avanzados, aquí y en Estados Unidos. Pero tampoco en aquella carísima clínica de Buffalo... No, Flo, mi madre solo piensa en encontrar a la única persona que, según ella, puede curarle.

—¿Un médico?

—No nos consta que lo sea.

—¿Quién, entonces?

—Alguien a quien llaman El Sanador.

Catalina regresó a su butaca, tomó otro cigarrillo entre sus finos y morenos dedos y exhaló el humo hacia mí.

—¿Habías oído hablar de él, Flo?

—¿El Sanador? No. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Juan Dragonara.

Rebusqué en mi memoria, pero fue en vano. Ni siquiera en sus repliegues más íntimos apareció alguien apellidado Dragonara y apodado El Sanador. Yo había conocido a toda clase de milagreros y curanderos, pero no a este.

—¿Qué sabes de ese tipo?

—Debe ser un chalado. Aseguran que de niño vio a la Virgen en un pueblecito del Maestrazgo. Mi madre está convencida de que ha hecho milagros.

—¿Qué clase de milagros?

—Curaciones, Flo. La de mi propio padre, para empezar, hace muchos años... O eso, al menos, cree mamá. Hace poco, al parecer, llevó a cabo otro milagro en el cabo de Gata, donde ha estado viviendo en una cueva. Logró que una mujer paralítica se levantara de su silla de ruedas y volviera a caminar.

No disimulé mi escepticismo.

—Suelo leer los periódicos y una noticia así me habría llamado la atención.

—No lo sé, Flo... Yo tampoco creo en estas cosas. Mamá, sí. Es de otra época,

devota a machamartillo, carne propiciatoria para curas y monjas, ayunos y novenas... Sigue yendo a misa a diario y por casa vienen toda clase de postulantes... La pobre se pasa el rato dando limosnas. Pero últimamente está haciendo cosas raras. Su chófer me ha confesado que la lleva con inusual frecuencia al banco. Dispone de una cuenta para sus gastos, y me temo que la esté mal empleando.

—¿Alguien podría estar extorsionándola?

—Tanto como eso... Aunque, desde luego, no es imposible que El Sanador o algún otro pícaro se haya aprovechado de su candidez para sacarle dinero.

—¿Quién tiene acceso a la cuenta corriente de tu madre?

—Solo mi padre.

—¿Se lo has comentado?

—No me he atrevido, bueno es papá... ¡A saber cómo reaccionaría!

—¿Dónde está ese individuo, el curandero? ¿Sigue en el cabo de Gata?

—No lo sabemos. En eso consistirá tu trabajo, Flo. Tendrás que encontrarlo...

¡Por Dios, qué calor hace aquí!

—Puedo ofrecerte un whisky con hielo.

—¡Muy servicial! ¿Has comenzado a trabajar para mí?

—Yo diría que sí.

—No tenías otra opción.

—Yo diría que no.

—¡Eres tan mono! Pónmelo doble, ¿quieres?

Serví las copas, desprecinté un cuaderno y destapé mi Parker Snake.

—Empecemos por el principio, Cata... Me decías que ese individuo, Juan Dragonara, sufrió de niño episodios de misticismo religioso. ¿En qué consistieron? ¿Trances, visiones? ¿De verdad se le apareció la Virgen María?

Mi clienta levantó el vaso e hizo tintinear los hielos.

—Infinidad de veces.

—¿Hablas en serio?

—Solo sé lo que le he oído contar a mi madre. Soy tan escéptica como tú, Flo, aunque... Esas supuestas apariciones tuvieron lugar en un pueblecito del Maestrazgo, Gavín. Con malas comunicaciones, aislado entre las sierras. Allá donde Cristo perdió los clavos...

—A pesar de lo cual, la Virgen lo encontró y se dejó ver por allí.

—Cientos de veces. Varias al día, durante meses.

—¿Solo la veían los tres pastorcillos?

—Únicamente.

—¿Hace cuánto de eso?

—Unos veintitantos años... Mis hermanos y yo éramos muy pequeños. Mis padres habían hecho un viaje a África. Papá quería introducirse en el negocio de las maderas preciosas. A la vuelta, tuvo que ingresar en un hospital porque había cogido un virus. Una de esas bacterias tropicales... Se deshidrató y le dio fiebre altísima, con

una infección resistente a los antibióticos, que los médicos no sabían cómo atajar. Mi madre temía lo peor cuando oyó en la radio que en Gavín se estaban produciendo fenómenos sobrenaturales. Nos dejó con los abuelos, se instaló en la fonda del pueblo y se ganó la confianza de los videntes. Según ella, disfrutó de la experiencia más hermosa de su vida. Poco después, mi padre se curaría de su enfermedad, sin que le quedase la menor secuela de la infección que había estado a punto de matarlo.

—¿Uno de esos niños videntes de Gavín era Juan Dragonara?

—Sí.

—¿Tu madre realmente creyó que la Virgen María curó a tu padre gracias a su intercesión?

—Lo creyó y lo sigue creyendo.

—¿Y asimismo está convencida de que, muchos años después, ese mismo niño, ya convertido en un hombre del que apenas sabéis nada, únicamente que lo llaman El Sanador y que ha estado en el cabo de Gata haciendo milagros, va a regresar con vosotras para curarla a ella, ahora de un cáncer?

Catalina fumó reflexivamente contemplándose las uñas de los pies, pero con gesto hosco, como si no acabara de gustarle el barniz con que se las había lacado.

—Sé que es absurdo, pero sí... es lo que mamá cree. Ella te sacará de dudas, Flo... Quiere hablar contigo. Te espera el 27, pasado mañana, a las doce. La cita será en nuestra casa. Pero no en la de Zaragoza, sino en nuestro *mas* de Castellón, en el Desierto de las Palmas. ¿Sabes dónde está?

—Cerca del Gran Casino, lo encontraré. Allí estaré, descuida... ¿Te marchas?

Catalina se había puesto en pie estirándose la falda, si es que podía llamarse así al diminuto pedazo de tela que llevaba alrededor de la cintura.

—Tengo una cita.

—¿Quién es el afortunado? ¿O debería preguntar: la víctima?

—Alguien casi tan anciano como tú.

—¿Tu nueva recaída con hombres maduros me permite alimentar alguna esperanza?

—Confórmate con ser mi amigo, Flo. Tuviste tu ocasión y la tiraste por la ventana. ¡Me despreciaste!

Enrojecí. Era un golpe bajo. Mi única oportunidad con Catalina se había presentado entre mi primer y segundo infarto. A las tres de la madrugada de aquella noche, desde una discoteca llamada El Sueño, donde ella había montado una bronca arrabalera porque no le servían más copas, la llevé a mi casa. En el ascensor nos besamos y no recuerdo más. Hubiese jurado que ella estaba en peores condiciones que yo, pero Catalina siguió atacando mi mueble bar en solitario hasta que me quedé frito. A la mañana siguiente, desperté solo en mi cama. Catalina no estaba. Había dejado una nota escrita con lápiz de labios en el espejo del baño: «Hay trenes y mujeres que solo pasan una vez».

—Aquella noche había tomado demasiadas copas, Cata.

—Aquella noche yo necesitaba un hombre, no un saco de patatas. ¡Adiós, Flo!
Se puso de puntillas y me plantó un beso en la boca. Tuve que hacer un esfuerzo inhumano para no abrazarla.

—Antes de irte, ¿tienes una foto del Sanador? Iré adelantando trabajo.

—Mamá te proporcionará toda la información.

—Puedo ir rastreando por mi cuenta.

—¿Tú, Flo? ¿Ya has aprendido a encender el ordenador?

—Mi secretaria es experta en búsquedas de extraterrestres. Estudió Ingeniería Aeronáutica en Cuba.

—¿Es un chiste, Flo? Yo lo intenté y no encontré nada. Juan Dragonara no existe, o es como un fantasma. Hasta pasado mañana, querido... Ponte un traje decente para venir a visitarnos, no quisiera avergonzarme de ti después de haber recomendado tus servicios.

Apagó con descuido el cigarrillo en la bandeja de mis tinteros, a menos de dos centímetros del plumín de oro de veinticuatro quilates de mi Parker Snake, y se dirigió a la puerta con la espalda como un mástil y la cabeza tan erguida que me hizo sentirme inferior. Como si, a pesar de ganarme la vida honradamente y pagar mis impuestos tuviera que hacerme perdonar por la clase social a la que ella pertenecía. A cuyo servicio, por otra parte, me interesaba seguir si quería mantener los sueldos de Fermín Fortón y de Benita y Fernanda Cortés. Incluso las zanahorias del conejo *Pacho*, cuya peste se colaba hasta mi oficina, arruinando el perfume almizclado de la chica más excitante y loca de la ciudad.

—Siento lo de tu madre, Cata.

—¿No le guardas rencor a mi padre por haberte despedido?

—Si fuera vengativo, no me querrías como amigo.

—Es cierto, Flo. ¡Eres tan mono!

En el vestíbulo, Catalina casi tropezó con un hombre que en ese momento salía a toda prisa del despacho de mi socio, Fermín Fortón, situado frente al mío.

Era un sujeto alto y bastante delgado, con un fino pelo rubio cortado a cepillo, e iba embutido en un veraniego traje celeste con botones blancos.

Al ver a Catalina se detuvo, la dejó pasar y le abrió con exagerada cortesía la puerta de la agencia.

Antes de salir, ella me tiró un beso con la punta de los dedos.

—Ojalá ese saludo tan especial fuese para mí, señorita —deseó el desconocido con acento norteamericano y una almibarada voz. Pero no debía ser tan educado, porque salió detrás de Catalina mirándole con descarado las piernas.

Algo que, en honor a la verdad, también estaba haciendo yo.

Debía ser el calor.

Volví a encerrarme en el despacho y estuve un rato terminando el puro y pensando en Catalina Serret, en su millonario padre y en su enferma, cándida y beata madre, hasta que la puerta volvió a entornarse para recortar el torvo perfil de Fermín Fortón.

—¡Hola, Flo! ¿Puedo pasar?

—¿Desde cuándo pides permiso?

—Desde que recibes a señoritas de la alta sociedad. Esa tía está buenísima — agregó, aludiendo a Catalina—. Lleva en la frente un cartel que dice: «¿A qué estás esperando?».

—Demasiado largo, Fermín.

—¿Podría resumirse en una sola palabra? ¿Estamos pensando en la misma? ¡Buen granuja estás hecho, Flo! Dime la verdad, ¿te la has beneficiado?

Columpié la cabeza no solo para extirpar esa idea de la suya, sino también porque mi socio presentaba un deplorable aspecto. Llevaba una camisa negra que oscurecía su de por sí agitanada piel, un rozado pantalón vaquero, un cinturón con una hebilla como para abrir las chapas de las botellas de cerveza que bebía a cualquier hora y unos botines con los que se podría haber puesto a bailar flamenco.

—¡Venga, Flo! Suéltalo, te hará bien liberarte de ese peso. ¡Acuérdate de Dominguín y Ava Gardner!

—Nada me gustaría tanto como haber toreado en esa plaza, créeme, Fermín, pero Catalina Serret y yo solo somos amigos. Seguramente, por suerte.

—¿Amigos? ¿Por suerte? No hay quien te entienda, Flo... ¡Si está como para untar pan!

Decididamente, mi socio no tenía remedio. En su día me había propuesto refinarle, pero mis esfuerzos resultaron inútiles. Le había invitado a buenos restaurantes y a mejores vinos, a exposiciones de pintura, incluso a un concierto de la Filarmónica de Berlín cuyas entradas me costaron un ojo de la cara, pero él siempre regresaba a sus tabucos de La Magdalena y timbas de tute, a sus cañas, carajillos y vermús, a frecuentar un tipo de mujeres al filo de algún abismo, las drogas, la prostitución, cualquier otro oscuro pozo... Y, sin embargo, al margen de nuestros gustos, desde un punto de vista operativo éramos complementarios. En los aspectos profesionales no había entre nosotros apenas divergencias, sino una cohesionada labor en equipo. Así como yo representaba la imagen de «Las cuatro eses», la fachada del negocio, y —según me gustaba creer— la inteligencia deductiva, Fortón manejaba —además de cuando hacía falta, los puños— la trastienda de la agencia, componendas y acuerdos de los que a menudo yo ni siquiera me enteraba. O, para no engañarme, en la mayoría de ocasiones prefería no darme por informado.

—Acaba de entrarnos un caso —me comunicó con alborozo.

—Y otro a mí, Fermín.

—¡Doble tacada! ¿Será hoy nuestro día de suerte?

—Sería hora.

—Sí, porque llevábamos una racha... Quiero mostrarte algo, Flo. Voy un segundo a mi despacho y vuelvo. ¡No te me escapes!

—No pensaba hacerlo.

—¿Ni aunque te llamase, suplicándote que corrieras a su lado, esa increíble mujer?

—¿Quién?

—No te hagas el loco. ¡La Serret!

—No me llamará.

—Si lo hace, me la pasas. Yo sí sabría qué hacer con ella. ¿Y sabes lo primero que haría después? ¡Contártelo, en plan Dominguí!

Fortón salió de mi despacho abandonando un fuerte olor corporal. Ya no era aquel chico flaco a quien yo había conocido en el Liceo, sino un hombre taciturno que inspiraba desconfianza a quien no lo hubiese tratado o lo conociera como yo.

La vida le había pasado por encima. Tuvo oportunidades, pero las desperdió. Era hijo del guardagujas de la antigua estación de Casetas, un apeadero rural situado a pocos kilómetros de la estación central de Zaragoza. Estudió con beca. Quería ser policía, pero cuando en el Liceo jugábamos a polis y cacos él prefería el papel de ladrón. Mi madre, con su instinto custodio, me previno contra su influencia. Naturalmente, no seguí su consejo. Fortón no brillaba en clase, pero tenía desparpajo, condiciones físicas de atleta y un valor suicida a la hora de hacer el caballito con la moto o pelearse con los chicos mayores. Juntos salíamos los sábados por el *tontódromo* para ligar con las chicas más ligeras de cascos e invitarlas a un bocadillo de calamares, a cambio, si había suerte, de besarlas sin lengua en un banco del paseo Marina Moreno (hoy, Constitución) y meterles mano por encima del sujetador en el reservado del Hawái Bombay (hoy, un *outlet* de ropa pija).

Fortón no llegó a la universidad. Se puso a trabajar en hostelería. De camarero, durante algunos años, aunque más tarde disfrutaría de un golpe de suerte en forma de un billete de la lotería de Navidad. Con el premio abrió una marisquería que alcanzaría cierto renombre. Yo la frecuentaba porque era de los pocos locales que servían zamburiñas, que me vuelven loco. Pero le sobrevino una mala racha, perdió lo ganado y emprendió su particular descenso a los infiernos. A falta de mejores opciones, se introduciría en el mundo de la seguridad privada y acabaría como portero de una discoteca, alcoholizado y adicto a la cocaína.

Una noche me lo encontré sentado en el pretil del puente de Piedra, con una botella de coñac entre las piernas y la mirada perdida en las turbias aguas que, como gárgaras de un saurio, se arremolinaban abajo, junto a los pilares del puente. Lo llevé a tomar un café y le convencí para que se sometiese a una cura de desintoxicación. Cuando estuvo limpio volvimos a quedar y le hablé de mi idea de montar una agencia de detectives. Fortón se entusiasmó de tal modo que se mostró dispuesto a vender su piso para entrar en sociedad conmigo a partir de los treinta mil euros que yo le había

adelantado estaba dispuesto a invertir. Le planteé que su mejor capital sería su trabajo y hablé con mi gestor para establecer un criterio a la hora de repartir beneficios, si los hubiere.

Abrimos Las Cuatro Efes. Al principio, los contactos de Fortón fueron claves para conseguir los primeros clientes, pero poco a poco conocidos míos fueron llamando a nuestra puerta, a menudo con los más peregrinos encargos. Pronto acuñamos una cierta reputación y nos alcanzó para pagar el alquiler de nuestra oficina y el crédito solicitado para adquirir el mobiliario y el material informático, los móviles de última generación, el Seat Toledo para seguimientos y vigilancias, máquinas fotográficas, equipos de escucha, gafas especiales con cámara incorporada y las dos pistolas Astra de nueve milímetros con sus correspondientes licencias.

La mía, al margen de las prácticas de tiro, estaba prácticamente sin estrenar. La de Fortón había abatido al menos a un hombre. Que yo supiera.

Fortón regresó a mi despacho con unos cuantos papeles en una mano y en la otra una foto que me mostró en alto.

—¿Te acuerdas de él?

Había envejecido, pero lo reconocí.

—¡Jaime Pisano!

—Buena memoria, Flo. Veo que todavía no te han presentado al señor Alzheimer. No tenía ningún mérito. Pisano había sido compañero nuestro en el Liceo.

—¿Ha venido por la agencia?

—Él, no. Su cuñado.

—¿Quién era? ¿Ese individuo alto y rubio que acaba de salir?

—Sí. Se llama Jorge Evans. Es mexicano.

—Pues tiene pinta de yanqui.

—Nació en Estados Unidos, de padre mexicano y madre norteamericana, pero es de nacionalidad española. Vaya lío, ¿verdad? El propio Evans me ha parecido un liante, de esos que dan muchas vueltas antes de...

—Deja tú también de darlas, Fermín.

—Tienes razón, Flo. Iré al grano. El tal Evans está forrado. Me ha soltado un *Bin Laden* para los primeros gastos.

Mi socio blandió triunfalmente un billete lila recién salido de prensas, crujiente como solo cruje el papel de banco.

—Quinientos euros —murmuré reverencialmente—. Hacía tiempo que no veía uno.

—Y no era el único que llevaba encima. Por el filo de la cartera le asomaba otro *Bin Laden*. A partir de ahí, le presté toda mi atención. ¡Adoro a los nuevos ricos!

Fortón tenía la mala costumbre de menospreciar a nuestros clientes. Yo, en cambio, les adulaba de tal forma que acababan creyéndose mejores personas de lo que eran. ¿Existe un veneno más eficaz que el elogio?

—Dime, Fermín. ¿Para qué nos ha contratado Jorge Evans?

Fortón consultó sus notas. Algunas palabras estaban en mayúsculas y sorprendí una sonrojante falta de ortografía.

—Comenzaré por las parientas, Flo. Jorge Evans y Jaime Pisano están casados con dos mujeres del mismo apellido.

—Hermanas.

—Supongo.

—Si fueran primas, ellos no serían cuñados.

—Entiendo —vaciló mi socio, pero se estaba embrollando.

—¿Son norteamericanas, mexicanas, españolas...?

—Aragonesas. Fairén de apellido. Evans teme que su cuñado le esté poniendo los cuernos a su mujer, esto es...

—A su cuñada.

—Esto es... Sospecha que Pisano la engaña con una amante y quiere que le sigamos para comprobarlo.

—¿Seguir a quién?

—¿A quién va a ser?

—¿A la amante?

—Al cuñado.

—A Pisano.

—Esto es...

—¿Y qué ganan su cuñado y su cuñada con ello?

Fortón luchó por no entrar en una de sus fases de desorientación léxica. A veces, no sé por qué, me divierte atormentarle un poco. Será mi lado sado, imagino.

—¿Qué gana Evans, quieres decir?

—Sí, Fermín —asentí—, porque lo que esté ganando Jaime Pisano con sus presuntas maniobras familiares en la oscuridad será asunto nuestro.

—Entendido... Evans me dio a entender que Jaime y él tienen negocios comunes, intereses que podrían verse perjudicados a causa de su infidelidad.

—En una palabra, que nuestro amigo Jaime le está robando a su cuñado y socio, y encima se lo monta con una querida.

—Esa pinta tiene, Flo.

Pero algo básico no me encajaba.

—¿El bueno de Jaime un adúltero y un ladrón? ¡No me cuadra, Fermín!

—¿A cuál de tus lados? ¿Al sentimental?

Fortón llevaba razón. Un investigador no debe mostrar sus sentimientos y Jaime y yo habíamos sido muy buenos amigos en el colegio. Tanto, que el apodo de Flo me lo había puesto precisamente él. Cuando teníamos trece o catorce años, Jaime empezó a llamarme así no con mala intención, sino porque él era tartamudo —defecto que iría corrigiendo a base de mucho esfuerzo y la ayuda de un logopeda— y le costaba pronunciar mi nombre, Florián.

En el Liceo, a Jaime Pisano le apodábamos *Pisja*. Su personalidad, un tanto líquida y gaseosa, como su mote, era muy diferente a la mía, aunque los dos flotásemos en un amniótico limbo de adolescentes dudas. Supongo que el mote le haría rabiar, pero era un ángel, un chico con gran corazón, noble, humilde. Raramente hablaba de él, como si le diera vergüenza o tuviera un humilde concepto de sí mismo. Sacaba sobresalientes, cantaba en el coro y jugaba muy bien al fútbol. Nunca se mostraba altanero ni vanidoso. Dispuesto, mucho. Hacía cualquier favor sin pedir nada a cambio.

Mi madre llegó pronto a la conclusión de que mi ángel bueno era Jaime Pisano y el malo Fermín Fortón. En esencia, yo estaba de acuerdo con ella, pero como me divertía mucho más con mi demonio particular pasaba el tiempo libre con Fortón, ganduleando por la calle Moneva, del Calamar Bravo a La Nicanora, o por la zona

universitaria, entre La Croqueta, El Granuja y un despacho de vinos que llamaban El Marrano y del que era prácticamente imposible salir sereno. Con Fortón, en su divertida e inquietante compañía, ligaba, hacía carreras de motos, fumaba, bebía y jugaba al póker Montana. Con Jaime estudiaba en la biblioteca del colegio e iba a ver películas de arte y ensayo. Mi espíritu se amansaba en su compañía, y cuando hablábamos en serio intuía que la amistad podía alcanzar niveles profundos. Jaime era creyente. El Crucificado era para él verdad, luz... Con Fortón, por el contrario, planeábamos el modo de crucificar a los profesores.

Pregunté a mi socio:

—¿Sabes en qué anda trabajando Jaime? La última vez que me lo encontré tenía el bufete a tope.

—Lo último que sé de él es que se volvió a casar. Con María Fairén.

—Y la mujer de Jorge Evans se llama...

—Teresa Fairén.

—Las hermanas Teresa y María Fairén —repetí, ensimismado—. El caso es que me suenan, pero ¿de qué?... ¿Y cuáles son esos negocios familiares que peligrarían debido a la supuesta infidelidad de nuestro amigo Jaime?

—Según Evans, una agencia de viajes y algunas residencias.

—¿De ancianos?

—No lo sé, Flo, puede... Volveré a hablar con Evans, me ha dejado un número de teléfono. Elaboraré un dossier y te pasaré todos los datos.

Entre mi socio y yo no solía haber problemas en cuanto a trasvases de información.

—Te lo agradeceré, Fermín. ¿Qué más sabemos de la supuesta amiguita de Jaime?

—Evans me dijo que es una ejecutiva bancaria. Con clase.

Por una fracción de segundo me detuve a pensar qué entendería mi socio por el concepto de una mujer con clase. Pero el tema era demasiado complejo y lo pospuse para mejor ocasión.

—¿Ella y Jaime se ven a menudo?

—Evans me dijo que quedan a cualquier hora en el centro de la ciudad.

—¿Dónde vive Jaime, lo sabes?

—Evans me dijo que en una urbanización de las caras, por el canal. Evans me ha proporcionado su dirección, teléfono móvil, horarios y lugares que frecuenta. Jaime va en coche a todas partes. Tiene un Mercedes Compact. Si te parece, le pondré un localizador.

No me hacía gracia invadir la privacidad de un amigo, pero consentí, encareciendo a mi socio que me mantuviera informado.

Dos casos en un mismo día... Completamente distintos, sin nada que ver, salvo sus buenas expectativas económicas. Un motivo para celebrar tras meses de sequía profesional y la pérdida de la cuenta del bufete de abogados Lecumberri & Sandiniés.

La botella de Four Roses seguía en el escritorio. Repuse hielos, incliné el gollete y me serví un bien ganado lingotazo.

Me acosté temprano, pero por culpa del calor no pude dormir apenas.

De niño solía oír comentar a mi madre que en nuestros agobiantes meses veraniegos «no corría una gota de aire». Aquella noche, ni media.

Ana María me despertó varias veces, pataleando como un bebé. Suele dormir desnuda. A la luz de la luna que entraba por la ventana abierta, y durante la eterna vigilia en que el insomnio me mantuvo desvelado, sudoroso y con los ojos como platos, permanecí inmóvil a su lado oyéndola respirar y agitarse en sueños, preguntándome cómo era posible que semejante ángel se hubiese enamorado de un veterano como yo, teniendo ella veintiocho años y toda la vida por delante.

En medio de la madrugada no tuve más remedio que tomar una ducha fría, pero no logré dormirme hasta el amanecer. No soñé con Ana María, con su dulce rostro de *madonna*, sino con Catalina Serret en un onírico escenario de playas y palmeras salvajes. Sin la parte superior de su bikini, Catalina corría hacia el mar llamándome para que me uniera a ella entre las olas. Padecí luego otro sueño bastante peor —una pesadilla, realmente—, con un irreconocible Fermín Fortón disfrazado de pirata, lanzando puñales al público desde un tablao flamenco.

Desperté con jaqueca, como si hubiera bebido más de la cuenta.

Estiré el brazo sobre el cobertor, pero Ana María no estaba. Supuse que se habría levantado a las seis y media, como de costumbre, para ir a trabajar a un sitio con nombre de número —la ONCE—, pero me acordé de que tenía permiso para faltar en tanto se cerraba la herida que se hizo el día anterior al caerse en la calle. Andaría por mi casa, seguramente trajinando en la cocina. La noche anterior habíamos acordado desayunar juntos tranquilamente y, si ella era capaz de desplazarse con la muleta que le habían proporcionado en el ambulatorio, tomar un aperitivo en el Náutico. Ana María me acompañaba a veces en mis terapéuticos paseos por las riberas del río. No podía ver las piraguas, pero sí sentir el aire más húmedo y oír el ritmo de las paladas y los gritos de ánimo de los remeros. En una ocasión, me atreví a subirla a bordo de un kayak, pero mis brazos ya no conservaban el vigor de la juventud y a punto estuvimos de ser arrastrados cauce abajo. A partir de aquella arriesgada experiencia, nos limitamos al más contemplativo deporte de levantamiento de vidrio en el Club Náutico.

Efectivamente, Ana María estaba haciendo el desayuno. Oí hervir el café, y a su clara voz gritando:

—¡Última llamada para el oso perezoso!

Me deslicé de la cama con mi pijama de seda, me puse mis babuchas y el batín, pasé por el cuarto de baño para cepillarme los dientes y repeinar los cuatro pelos que me quedan y me senté a la mesa de la cocina, por cuya ventana entraba un raudal de luz, como si fuese mediodía. Para desayunar había huevos fritos, beicon, un revuelto de setas y esas divinas tostadas de hogaza que Ana María bajaba a comprar en la

plaza de Santa Marta. Todo un desayuno sorpresa... ¡Y mi chica estaba tan guapa con su vestido nuevo!

—Es maravilloso, amor... ¡Qué dulce despertar! ¿Cómo has sido capaz de preparar todo esto en cinco minutos?

—Llevo despierta más de una hora, Flo. He dormido mal, con unos sueños muy raros.

—¿Te duele la herida?

—Un poco menos que ayer.

—¿Hay algo que te preocupa y por eso no has descansado bien?

—No hay nada que me preocupe.

—Entonces, ¿qué te sucede, cielito? ¿Por qué estás inquieta?

Sus ojos se clavaron en los míos. Era la silenciosa mirada sin vida de una estatua viviente, pero en ningún caso una puerta a la oscuridad, sino a una nueva luz en mi existencia. Mi vida había cambiado desde que estaba con ella.

—¿Sabes qué día es hoy, Flo?

—Martes, 25 de junio.

—Una fecha muy especial, ¿no crees?

—¿Ah, sí? ¿Qué se celebra?

—Nuestro aniversario. Nos conocimos hace un año.

—¡Tienes razón! —me apresuré a exclamar, aunque me había cogido por sorpresa—. Fue en el concierto de Dudamel, aquel inolvidable Beethoven... Hace dos meses que vives conmigo.

—Eso no es estrictamente cierto, cariño.

—¿No fue en el concierto de Dudamel? ¿Tal vez en el de Zubin Mehta?

—¡No te hagas el tonto, Flo! No me he venido a vivir contigo, todavía no.

—Estás aquí, incluso con tu maltrecha rodilla.

—Pero mis cosas, no.

—No soy fetichista. Me conformo con poseer mi ideal, que eres tú. Y hablando de posesiones, ¿qué te parece si después de desayunar nos volvemos a meter a la cama y nos poseemos mutuamente?

Ella me amenazó riendo con un cucharón.

—¡Eres incorregible! Anda, siéntate a reponer fuerzas.

—¿Porque tal vez vayan a hacerme falta?

Después de desayunar opíparamente la camelé con mis malas artes de viejo seductor, volvimos a hacer el amor y ya ninguna duda tuve de hallarme con la mujer de mi vida. Veneraba su cuerpo, su alma y esos ojos ciegos de nacimiento, pero que veían mucho más allá que los de cualquiera que disfrutara del sentido de la vista.

Salimos a dar el prometido paseo. El calor no abrumaba aún. Ana María caminaba con dificultad, apoyándose en la muleta. Bajamos lentamente por la calle Alfonso. Estábamos cruzando el río por el puente de Hierro cuando sonó mi móvil. A punto estuve de no contestar, pero era una llamada de la agencia. En Las Cuatro Efes teníamos dos números. El que estaba parpadeando era el de emergencias. No había opción. Descolgué.

—¿Flo?

—¿Beni?

—¡Es importante, jefe! ¡Fermín está ingresado en un hospital, muy grave!

Histérica, nuestra secretaria me explicó que un coche acababa de atropellar a mi socio. El propio Fortón había avisado desde un servicio de urgencias. El accidente había ocurrido en una calle muy céntrica, cerca de la iglesia de Santa Engracia. Desde allí, habían trasladado a Fortón a un hospital.

—¿A cuál, Beni?

—Espera, lo tendré apuntado por algún lado. Con los nervios igual lo he perdido... No, aquí: Hospital Miguel Servet.

Me sabía el número de memoria. Llamé y conseguí hablar con un celador que me confirmó el ingreso de Fermín Fortón. Su vida no corría peligro. Se le había practicado una cura de emergencia en heridas epidérmicas, pero había que someterlo a varias pruebas para descartar traumas internos y precisar un diagnóstico.

—¿Podría verle?

—De momento, no.

—¿Y esta tarde, a última hora?

—No lo sé. Vuelva a llamar.

Nuestro paseo matinal había terminado. Se lo expliqué a Ana María, detuve un taxi y la dejé en casa de su madre, en la calle Predicadores. Indiqué al conductor que girara en el Teatro del Mercado para retomar el paseo Echegaray y Caballero y subir por la calle don Jaime. Era un trayecto considerable y me costaría unos cuantos euros, pero no había manera más rápida de llegar a «Las cuatro efes».

Una vez en la agencia, Beni me dijo que también ella acababa de hablar con un médico del Hospital Miguel Servet. Le habían confirmado que Fortón estaba en un box de urgencias.

—¿Has intentado llamarle al móvil?

En cuanto pisé mi despacho, donde ya funcionaba el aire acondicionado, lo intenté yo mismo. Esta vez, mi socio lo cogió.

—¿Fermín?

—Hola, Flo...

El tono de un moribundo sería más alegre.

—Acabo de enterarme, Fermín... ¿Cómo te encuentras?

—Como aquella vez que se me ocurrió correr el encierro de ese santo de Pamplona que lleva mi nombre y un Vitorino de quinientos kilos me estampó contra las vallas de la calle Estafeta.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que puede haber fracturas. Tengo una pierna, la derecha, hecha cisco. Estaré fuera de combate unos cuantos días.

«¿Unos cuantos días? ¿Quién se habrá creído que es, un futbolista de primera división? —pensé, maldiciendo internamente—. Con suerte, estará de baja unas semanas y, ¿adivinan quién hará mientras tanto su trabajo?».

—Lo siento, pero te va a tocar sustituirme —avanzó él, leyéndome el pensamiento.

—Lo importante ahora es que te pongas bien, Fermín.

—Gracias, socio. Hasta entonces, hazme un favor.

—Pide por esa boquita.

—No pierdas de vista a Jaime Pisano. Me da en la nariz que su cuñado tiene razón y que nuestro compañero de colegio está metido en asuntos turbios.

—¿Qué has averiguado?

La garganta de Fortón emitió un ruido sordo, como si se hubiera tragado un hueso. Me lo representé tumbado en una camilla en los pasillos de urgencias, con una bata celeste anudada al cuello y el culo al aire. Tragó saliva y dijo:

—Verás, Flo. Esta mañana, a eso de las ocho, me puse a seguirle. Jaime fue directo al Gran Hotel para tomar café con una mujer. ¡Su querida, sin duda!

Me había delegado el caso. Lo acepté como un hecho e indagué:

—¿Aspecto de esa mujer?

—Le hice unas cuantas fotos. En cuanto colguemos, te las enviaré al móvil.

—¿Cómo sabes que Jaime y ella son amantes?

—No se magrearon en la cafetería ni subieron a las habitaciones para echar un polvo, Flo, pero tengo ojos en la cara. A propósito, no te puedes imaginar cómo la llevo... Puras magulladuras... ¡Dios ladrón, qué dolor! ¡Si hasta se me va la cabeza! Me estabas preguntando cómo adiviné que están liados... ¡No soy ningún estúpido, Flo! A través de los cristales de la cafetería vi sus miraditas, sus arrumacos de tortolitos.

—¿Cuánto rato estuvieron juntos?

—Unos veinte minutos. Tiempo para tomar sus cafés y hablar de sus cosas. Cuando se estaban despidiendo en la calle pasé junto a ellos con la gorra bien calada para que Jaime no me reconociera y les oí decir que volverían a quedar hoy mismo, a las cuatro y media de la tarde, en el hotel El Corzo.

—Lo conozco. Está en la carretera de Castellón.

—Exactamente. Es el clásico motel de carretera de «aquí te pillo, aquí te mato». Jefes y secretarias, adúlteros de toda clase... Supongo que te habrá tocado hacer guardia alguna vez.

—Más de una.

—Pues no creo que en la próxima Jaime y esa ejecutiva vayan a reunirse para trabajar otra cosa que no sean los músculos de sus respectivas entrepiernas. Harías bien en apostarte cerca, Flo. Recuerda: cuatro y media de la tarde, hotel El Corzo.

—Allá estaré, descuida. Pero dime, Fermín, ¿qué hicieron Jaime y su amiga cuando salieron del Gran Hotel? ¿Cada uno se fue por su lado?

—Se despidieron en la puerta dándose ceremoniosamente la mano, como dos ejecutivos al terminar una reunión. Él se dirigió hacia el paseo de Independencia y ella se metió en la sucursal del Banco Espíritu Santo de la calle Joaquín Costa. Pensé que a lo mejor trabajaba en esa entidad y me disponía a comprobarlo cuando un coche se me echó encima. ¿Crees que se detuvo a auxiliarme? ¡Nada de eso! ¡El muy cabrón se dio a la fuga!

—¿El conductor era un hombre?

—No lo sé...

—¿Fue intencionado? ¿Iba a por ti?

—Pudiera ser.

—¿Viste la matrícula?

—No.

—¿Cómo era el coche?

—De color granate o rojo oscuro, bastante grande. Una berlina, tal vez.

—¿Hubo testigos?

—La calle estaba llena de gente.

—Hablaré con la policía.

—¡Agarra a ese hijo de perra, Flo!

Fortón siguió desahogándose durante un buen rato, hasta que acabó por recuperar su obsesivo hilo.

—¡No dejes de seguir a Jaime Pisano, socio! Con un poco de suerte, hoy mismo lo pillarás con esa mujer y cobraremos de Jorge Evans. El tipo está forrado. ¿Te dije que me adelantó un *Bin Laden*? No le importará soltarnos unos cuantos más.

—Yo me ocuparé, Fermín. Tenme al tanto de lo que te digan los médicos. Si puedo y me dejan, pasaré a verte por el hospital.

—Aquí seguiré, supongo —se resignó él—. Gracias, Flo. ¡No te olvides de Pisano! Grábatelo en la memoria: hotel El Corzo, cuatro y media de la tarde.

Nada más colgar, me llegaron al móvil las fotos que mi socio había disparado furtivamente en el Gran Hotel a Jaime Pisano y a la mujer con quien se había citado aquella mañana a primera hora.

Y que no era otra, comprobé con estupor, reconociéndola con certeza, aunque solo la había visto unas pocas veces, que Gloria Serret, la hermana pequeña de mi amiga Catalina.

Permanecí el resto de la mañana en la agencia, analizando la información existente en la red sobre Jaime Pisano y Gloria Serret.

Beni me la iba imprimiendo a medida que la localizaba en los buscadores. Por separado, porque asociando ambos nombres no descubrió ninguna referencia.

Individualmente, en cambio, abundaban. Como profesionales que eran, ambos aparecían en numerosos archivos y en diferentes contextos.

En el caso de Gloria Serret, la mayoría estaban relacionados con la bodega familiar, sus añadas y catálogos, sus reconocimientos y premios, sus redes de venta y distribución en diversos países.

Gloria figuraba como consejera delegada de la compañía vitivinícola Viñedos Serret, presidida por su padre, Luciano. La empresa embotellaba y exportaba marcas muy acreditadas para los aficionados al buen vino, como Reino de Montes Negros o Vid de la Piedra. Garnachas fuertes, con grado, aterciopeladas por la propia esencia de la uva y atemperadas por modernas técnicas enológicas. Gloria había sido elegida empresaria del año por la Asociación Nacional de Productores Vitivinícolas, y concedido varias entrevistas a medios especializados. Sus respuestas, en las que eludía cualquier elemento íntimo, familiar, que permitiese intuir sus opiniones personales, costumbres, aficiones o gustos, eran puramente profesionales y revelaban un alto grado de preparación técnica, acorde a sus estudios realizados en universidades americanas.

En las fotos, Gloria posaba invariablemente con el pelo recogido en un discreto moño, trajes de falda y chaqueta y camisas de seda cruda, sin joyas y con un maquillaje muy tenue. Carecía de todo punto de las tendencias exhibicionistas, del talante provocador y de la carnal sensualidad de su hermana Catalina. De hecho, Gloria era su polo opuesto, equilibrada, discreta, dueña de sí, de un trabajo estable y seguramente de un prometedor futuro. En el plano sentimental, la menor de las Serret permanecía soltera. No se le conocía pareja, pero eso en absoluto avalaba la hipótesis de que estuviera manteniendo un idilio secreto con mi amigo Jaime Pisano.

A este se le citaba en la red como un abogado experto en derecho mercantil y asesoramiento a empresas.

Jaime aparecía también repetidamente —siendo esto lo que en mayor medida llamó mi atención— como destacado integrante de una fundación de la que yo no había oído hablar, denominada Luz del Cielo. Cuyas sedes, tres, se distribuían en otros tantos puntos geográficos muy distantes entre sí: El Salto (población cercana a Guadalajara, capital del estado mexicano de Jalisco), Gavín (Teruel, España) y Nueva York.

Luz del Cielo tenía su propia página web. En apariencia, se dedicaba exclusivamente a actividades religiosas, cursos, retiros espirituales articulados en torno a una comunidad católica, Hijos de Santa María de Gavín, más conocidos como

gavinianos. Nada se decía de sus fundadores o actuales rectores, ni de sus órganos de dirección, pero miles de devotos —más de treinta mil, según su página oficial— habían ingresado en aquella hermandad, secta o lo que fuera, unidos por la devoción mariana y por una fanática defensa de las apariciones de la Virgen María en la población turolense de Gavín.

Una detallada memoria documental, ilustrada por una hemeroteca digitalizada, con abundantes testimonios, se refería a los acontecimientos acaecidos en 1977 y 1978, años de las milagrosas apariciones, cuando «la Señora del Cielo se encarnó nimbada en celestial luz» para comunicarse con tres niños del pueblo, «por Ella elegidos», y lanzar al mundo mensajes de regeneración moral, advirtiendo a la humanidad que iba por el peor de los caminos al haber olvidado la práctica de la oración, y previniendo a la Iglesia sobre los peligros de su degeneración, al estar, según la Virgen había comunicado a los niños, «corrompida por dentro».

En la actualidad, tres décadas después, el Vaticano seguía sin reconocer las apariciones de Gavín como acontecimientos milagrosos, de idéntico relieve y trascendencia —así lo exigían sus adeptos— que las de Lourdes, Guadalupe o Fátima. Pero el silencio de la Iglesia, a juzgar por la frenética actividad de los gavinianos en sus sedes de España y Norte y Centroamérica, no había desanimado a sus defensores. La web de Luz del Cielo informaba de una manera atractiva y proselitista, con vídeos históricos y actuales y entrevistas a los principales protagonistas, sobre el sentido, la vigencia, el alcance, los estudios monográficos y efemérides relacionadas con las apariciones de la Santa Madre de Dios en Gavín, sus certificaciones, legado y memoria.

En la conmemoración anual de la primera de las apariciones, acaecida en Gavín el 10 de noviembre de 1977, dos de los testigos de las visiones, las hermanas Teresa y María Fairén, solían comparecer habitualmente, año tras año, ante las congregaciones gavinianas, foros de cientos de seguidores agrupados en improvisadas carpas o espacios naturales. Teresa y María dirigían la oración en ceremonias de acción de gracias que eran filmadas y recogidas en la videoteca digital, combinando esas intervenciones con las imágenes históricas de los milagros, cuando, con doce y trece años, Teresa y María Fairén, junto a otro niño de corta edad, Juan Dragonara, primo suyo, recorrieron las calles de Gavín en actitud orante, como heraldos de María, sus infantiles cabecitas elevadas al cielo en medio de los tricornos de los guardias civiles, de las sotanas de los sacerdotes, de decenas de enfermos en camillas y sillas de ruedas, amén de la multitud de creyentes que les seguía hasta la ermita del Monte Sacro, cuya cumbre se alzaba sobre los tejados de Gavín, con la esperanza de que la Virgen se apiadara de su dolor.

Leyendo, visionando, subrayando y anotando todo aquel material a medio camino entre la magia y la devoción, la superstición y la fe, me dieron las dos de la tarde.

No estaba hambriento, sino más bien nervioso, desasosegado, y decidí salir a distraerme, a pensar un poco y a tomar un ligero aperitivo. Para lo cual, me dirigí a otra de mis tabernas favoritas, La Taurina, en el Campo del Toro.

Las calles seguían ardiendo bajo un sol incandescente, pero La Taurina, excavada en una bodega mozárabe, estaba muy fresca y me encontré más que a gusto al fondo, bajo los cuernos de un toro corniveleto con una finca en cada pitón, al que Raúl Gracia, *el Tato*, había cortado las dos orejas en la Feria del Pilar de 1999.

Una vez sentado, me entró una bulímica avidez y, olvidando las recomendaciones del doctor Tortajada, liquidé, mientras pasaba distraídamente las páginas de un periódico y escuchaba como rumor de fondo un boletín de radio en el que pronosticaban que las temperaturas podían dispararse hasta los 45° C, un plato de judías con chorizo y un bistec con pimientos, más una cuajada con miel, dos tazas de café negro y una copa de aguardiente por taza.

En mis años jóvenes, yo había querido ser matador. Llegué a lidiar en capeas, hasta que un novillo me metió entre las costillas flotantes un cuarto de asta y se me rajó la vocación. Otros colegas, maletillas, en su mayoría, que recorrían conmigo las ferias taurinas de Navarra, Soria, o los cosos de Aragón, llegarían a integrarse en cuadrillas como subalternos y banderilleros, aunque ninguno alcanzaría vitola de figura.

Pagué a Israel, el dueño de La Taurina, un antiguo picador, diecisiete euros al contado, porque no se aceptaban tarjetas de crédito (tampoco nosotros, si podíamos evitarlo, en la agencia), dejé un billete de cinco en el bote de las viudas de los toreros muertos y salí a la plaza de toros de La Misericordia, con su arquería de inspiración mozárabe, dovelas en vainilla y grana, sangre y arena, colores del albero, de la vida y la muerte.

Caminando bajo el cósmico fuego que se abatía sobre la ciudad rompí a sudar como si llevara puesto un traje de luces. Las palmeras de Conde Aranda no daban sombra al cénit. Bajo los toldos de los cafetines,orros de marroquíes y libaneses fumaban y bebían té. La vieja Zaragoza iba tomando un aire a medina.

Al doblar la esquina de Escolapios, el termómetro marcaba 39° C a la sombra. Tuve que pararme bajo el toldo de un estanco para secarme el sudor de la frente.

Miré el reloj. Iban a dar las tres. Era hora de ponerse a pensar en Jaime Pisano.

Fui al garaje de la plaza del Carbón, saqué nuestro vehículo de trabajo, el Seat Toledo, crucé el centro por la avenida de Valencia y salí al tercer cinturón.

De ahí, con menos tráfico, al cuarto. En su quinta salida, tomando por el canal Imperial, derivé a un área residencial, llamada Las cigüeñas. «¿Por qué no habrá una sola urbanización con un nombre decente?», pensé. Deberían dar un premio a la imaginación y rebautizarlas todas.

El entorno de Las cigüeñas estaba tranquilo. Apenas había circulación, unos pocos coches de residentes, todos de alta gama, entrando o saliendo de las urbanizaciones de lujo establecidas a ambas orillas del canal.

Me aposté a un centenar de metros de la verja de acceso. El vigilante, sentado dentro de la garita, parecía tener tanto sueño como yo.

Había aparcado el Toledo bajo la sombra de un olmo. Su fresquillo me invitó a abandonarme y eché mi reglamentaria cabezada. Al despertar, pasados unos minutos, me acordé de llamar a Fortón.

Mi socio continuaba en el hospital, en la misma camilla.

—¡No puedo más, Flo!

—¿Tienes el resultado de las pruebas?

—¡Todavía no! Sigo atiborrado de calmantes y cada vez más dolorido, ignorado y cabreado.

—¿Has comido algo?

—Una sopa de verdura del color del hule de la mesa camilla de mi abuela Lorenza, que en paz descanse, como a este paso yo también reposaré en una tumba más cómoda que esta maldita camilla.

—Maldecir no te servirá de nada. ¡Tranquilízate, Fermín! Le pediré a Beni que vaya a verte.

—Sería peor el remedio que la enfermedad... Estoy en pelotas, Flo, con un babero atado al cuello y la pierna derecha como un salchichón de Cantimpalos. No puedo levantarme ni para ir al baño. Será por los nervios, pero todo el rato tengo ganas. Cuando necesito aliviarme, la enfermera me trae una botella de plástico. La llama cubeta.

—No conocía tu vena metafórica. Deberías ponerte a rebautizar los nombres de las urbanizaciones.

—¿Por qué lo dices, Flo?

—Porque son patéticos y porque estoy en la verja de una llamada Las cigüeñas.

—¡La residencia de Jaime Pisano! ¡Bien hecho, Flo! ¿Ha salido el pájaro?

—Todavía no.

—Estará a punto de echar a volar en busca de su periquita. ¡No le pierdas!

—¿Sabes quién es ella, Fermín? No lo adivinarías. Una de las hijas de Luciano Serret. La hermana de Catalina, Gloria.

—¡No me digas! ¿A qué se dedica?

—Dirige una bodega familiar. Se supone que representa a la parte seria de la familia.

—¿Qué tienen que ver los Serret con Jaime Pisano?

—Eso es algo que deberemos averiguar.

—¡Pues a la faena, Flo!

—Cuídate, Fermín.

Colgué y, para despejarme, me lavé la cara como un torero, pero no con agua de un botijo, que naturalmente no había a mano, sino del canal.

Seguí esperando la salida de mi antiguo amigo y ex compañero de pupitre hasta que, a las tres y cuarenta y cinco, Jaime Pisano se materializó en la puerta de Las cigüeñas a bordo de un Mercedes Compact de dos puertas, cuya negra chapa relucía como si fuera de hulla.

Jaime bajó la ventanilla para saludar al portero y pude ver su frente retraída, descargada de pelo, y su nariz grande y chata en medio de una cara alargada y más bien triste.

No podía sospechar que le seguía y no tomó la menor precaución.

Salí tras él hacia el cuarto cinturón. Mi amigo enfiló la autovía de Castellón conduciendo a medio gas, como si hubiese comido demasiado y estuviese adormilado por la digestión.

Dejamos atrás la ciudad. El sol caía a plomo sobre los amarillentos campos. De tan violenta, la luz hacía rezumar una cenicienta calima.

Hasta el mismo cielo parecía enfermo.

Unos veinticinco kilómetros más adelante, el Mercedes de Pisano abandonó la carretera, rodeó un polígono industrial con varias filas de naves y bastante actividad para la hora que era y estacionó en el aparcamiento de un modesto hotel de cuatro plantas, separado de la zona industrial por una gasolinera y un descampado cubierto de escombros: El Corzo.

Jaime salió del coche atusándose el cabello y cambiando sus gafas de sol por otras de cristales transparentes. Vestía un traje de un tono arena mojada y una camisa blanca con dos botones desabrochados más de los que habría llevado en la ciudad.

Entró al motel y se dirigió a la recepción. Habló brevemente con una empleada, cogió su llave y, según pude vislumbrar a través de las cristaleras, fue directo al ascensor. La cabina se cerró y él desapareció en su interior.

Estuve haciendo fotos a los clientes que entraban o salían de El Corzo hasta que, un cuarto de hora después, a las cuatro y media, una de las persianas del tercer piso se levantó y Jaime se asomó al marco de la ventana mirando a uno y otro lado, como si esperase a alguien y estuviera impaciente debido a su tardanza, temiendo que no llegara o que le diese plantón.

Yo me encontraba a unos cuarenta metros de él, en un extremo del parking. Jaime no podía verme y, sin embargo, estuvo un rato mirando hacia mi posición. Cuando alcé la vista, él había bajado la persiana. Deduje que acababa de recibir a alguien.

Tal vez, aunque yo no la había visto llegar, a Gloria Serret.

Para comprobarlo, salí del coche, en cuyo interior estaba a punto de cocerme vivo, y entré al motel.

Conocía de otras veces a la recepcionista, no en vano El Corzo era un escondrijo habitual de parejas clandestinas. La investigación de unos cuantos adulterios me había llevado allí, casi siempre con resultados positivos.

La recepcionista se llamaba Francisca Ortiz, Paca. Estaba sola tras el mostrador, mano sobre mano, con un pequeño ventilador portátil enfocado a la cara.

En un principio, no se mostró dispuesta a colaborar, pero en cuanto la hube estimulado con un billete de veinte euros recuperó milagrosamente la memoria y comenzó a contestar de buen grado a mis preguntas. Lo primero que me dijo fue que, hasta ese momento, desde que ese cliente se había registrado, nadie se había interesado por Jaime Pisano.

—¿Estás segura, Paca? ¿Nadie ha preguntado por él ni subido a su habitación?

—No. ¿Quién tenía que subir?

—Por lo que sé, el señor Pisano había quedado con una señorita.

—Sería la primera vez —comentó ella con una sonrisita ruin.

—Explícate, Paca.

—Las anteriores veces siempre se citó con un hombre.

—¿Con quién?

—¿Cómo voy a saberlo? Por aquí vienen cientos de caballeros, o que se creen tales, y no todos son clientes nuestros ni me enseñan el carnet de identidad.

—¿Cómo era? Descríbemelo.

Paca lo hizo con un solo y contundente adjetivo:

—¡Un zarrapastroso!

—¿Un mendigo?

Paca vino a decir que sí, que el amigo de Jaime era un trotamundos, y siguió dibujándole como a un hippy vestido de blanco, pero con ropas raídas, pelo largo y crecidas y descuidadas barbas.

—¿Edad?

—Unos cuarenta.

—¿Estatura?

—Alto.

—¿Cómo de alto, Paca?

—¿Tú cuánto mides, Flo?

Se lo dije.

—Como tú o más.

—¿Y la cara, y los ojos?

—La cara muy chupada y la mirada rara, como de loco.

—¿Color de pelo?

—Muy negro y liso, como el de un chino.

—Gracias, Paca, lo estás haciendo muy bien... ¿Cómo llega ese individuo al hotel, conduce hasta aquí o lo trae alguien en su coche?

—Viene caminando.

—¿En serio? ¿Desde dónde?

—No tengo ni idea.

Quedé pensativo. Por mi cabeza pasaron unas cuantas posibilidades más o menos descabelladas. Especulé:

—¿Tiene pinta de... ya sabes, un chaperero?

—¿Un puto? No. Aunque, con la necesidad que hay...

Saqué mi Pelikan, tomé algunas notas sobre la descripción del desconocido y seguí preguntando a Paca:

—¿Cuántas veces se ha alojado Jaime Pisano en este hotel?

—Tres o cuatro en el último mes, puede que en los dos últimos meses.

—Compruébalo y me anotas las fechas, si eres tan amable.

—Amable soy, Flo, pero también necesitada. Te costará un suplemento.

Saqué con resignación otro billete de diez euros, que ella se apresuró a guardar.

—Dime, Paca, ¿qué hace ese hombre... el zarrapastroso, al llegar? ¿Se limita a preguntar por Pisano y a subir a su habitación?

Así era, más o menos. La misma o parecida escena se había repetido varias veces. El zarrapastroso se presentaba en recepción como «un amigo de Jaime». Nunca «de

Pisano» o del «señor Pisano». Solía añadir («con bastante educación —especificó Paca—, y con una voz que no tenía acento de ningún sitio») que quería verle y que le estaba esperando. Paca consultaba telefónicamente con el huésped, le informaba que tenía una visita, recibía su consentimiento y facilitaba al visitante el número de su habitación.

—¿Cuánto tiempo solía quedarse ese individuo en la habitación del señor Pisano?

—Entre una hora y dos.

—¿Por qué lo sabes con tanta seguridad, Paca?

—Porque le he visto salir.

—¿A cuál de los dos?

—A Pisano.

—¿Y al otro?

—No, al zarrapastroso nunca lo vi salir del hotel.

Aquello no tenía mucho sentido.

—¿Le ves entrar pero no marcharse? ¿Cómo se explica eso, Paca? ¿El hippy sale volando?

Ella se encogió de hombros. Di un vistazo en derredor del vestíbulo y lo entendí. La explicación a aquel aparente misterio no podía ser más simple. Junto a los aseos de la planta baja, semioculta, como asimismo lo estaba el arranque de la propia escalera, por jardineras de plantas tropicales, la puerta de la salida de emergencia daba a la fachada trasera del hotel. Estaba pintada de blanco, como la pared. Supuse que el misterioso amigo de Pisano bajaría por las escaleras y que, mientras Jaime pagaba la cuenta en recepción y devolvía la llave, abandonaría el establecimiento por aquella disimulada puerta, sin ser visto por la recepcionista.

Por qué razón se comportaría de ese modo, ya no iba a ser tan fácil de esclarecer.

Regresé sudando al coche, a mi vigilancia. Del terrible calor que hacía el alquitrán del parking estaba a punto de fundirse. De hecho, los mal rematados bordes presentaban una textura pastosa, con chorretones de chapapote resbalando por el escalón.

A los pocos minutos, un ejecutivo entró al hotel quitándose la corbata; lo fotografié. Otros dos huéspedes, una pareja de mediana edad, salieron para fumar bajo la marquesina; los fotografié igualmente y seguí inmortalizando a todos los que entraron o salieron. Un chico joven, un grupo de mujeres con pinta de vendedoras de productos cosméticos...

Al rato, sobre las cinco, otra mujer, sola, se presentó en un Mini Morris de color violeta con el techo blanco.

Yo habría dado un bote en el asiento si se hubiera tratado de Gloria Serret, pero no me pareció que fuese ella porque el color de pelo era distinto. Aparqué, apagué el motor y, sin salir de la cabina, con la ventanilla a medio bajar y un codo fuera, se quedó un rato fumando y mirando hacia las ventanas del hotel. No distinguí sus rasgos porque llevaba unas globosas gafas de sol que le tapaban la mitad de la cara,

pero cuando se hubo bajado del coche para dirigirse hacia la marquesina de recepción pude jurar que su cuerpo, enfundado en un minivestido rojo y encaramado sobre unos tacones de aguja, habría resucitado a un muerto.

Sin embargo, esa despampanante mujer no llegó a entrar al hotel. Paca, al verla, salió como una centella de recepción y se le encaró. La trató como lo que debía ser, una buscona, prohibiéndole a grito pelado merodear a la captura de clientes. La otra se hizo la remolona, encendió un nuevo cigarrillo y se fue a fumarlo cerca de la valla.

La estuve observando hasta que mi mirada se desvió hacia la carretera, que quedaba próxima, separada por un terraplén, y entonces el corazón me golpeó con fuerza porque vi alejarse por el arcén a un hombre alto y flaco, vestido con un pantalón blanco y una camisa también blanca que el viento ardiente que se había levantado a media tarde hacía flamear. Su cabello largo y muy negro debía ser lacio y fino porque igualmente flotaba a su impulso.

No pude verle la cara porque el desconocido (¿el zarrapastroso?, barajé, muy excitado) se alejaba del hotel a grandes trancos, apoyándose en un robusto bastón. Más bien, un cayado. Antes de que desapareciese por la curva, me acerqué a la valla y le tiré unas cuantas fotos a contraluz, con el sol de frente.

En ello estaba cuando oí fuertes gritos.

Eran de Paca. Había salido a la marquesina seguida por otra mujer vestida con una bata, que también gritaba como una loca. Ambas agitaban los brazos y pedían auxilio.

—¡Ayúdenos, por favor! ¡Han matado a un hombre! ¡En su habitación, está en su habitación!

Corrí hacia ellas. La mujer que estaba con Paca, y que debía ser una trabajadora del hotel, me dijo a trompicones, trabándose a causa de los nervios, que se encontraba limpiando en la tercera planta cuando vio una habitación entreabierta, se asomó y tropezó con el cadáver de un hombre tumbado en el suelo. Tenía la cabeza cubierta de sangre.

Subimos a toda prisa las escaleras, junto con otros dos huéspedes que, al oír las voces de alarma, habían salido precipitadamente de sus habitaciones.

Delante de la número 32, un líquido que se parecía demasiado a la sangre iba tiñendo la moqueta del pasillo.

La puerta estaba entornada. Fui el primero en entrar. El único ocupante de esa habitación seguía dentro, pero no iba a poder responderme.

Era Jaime Pisano. Lo habían abandonado sobre la moqueta de color garbanzo, con el cráneo partido por golpes de tal violencia que una grisácea masa encefálica le asomaba por una hendidura del parietal izquierdo, colgándole como un amasijo en forma de repulsivo despojo de cabello, sangre y piel.

No respiraba. Le tomé el pulso; no latía. Busqué su vena carótida y no la encontré. Su epidermis todavía estaba tibia, pero la poca vida que le quedaba dentro huía a toda prisa.

Había muerto, y ninguno de los que allí estábamos podíamos hacer nada por devolverle lo que su asesino le había arrebatado para siempre.

Me identifiqué como investigador privado, saqué a las dos empleadas y a los huéspedes al corredor y llamé al comisario Jerónimo Coscolín. No tenía su móvil y lo hice al número de la Jefatura Superior de Policía, donde no siempre soy bien atendido.

Esta vez lo fui. Quizá porque también Coscolín había estudiado en el Liceo y en nuestra condición de ex alumnos conservábamos antiguos lazos. Pero la comunicación entre los mandos policiales y un detective particular no es sencilla y casi nunca me resultaba fácil hablar con él. Pese a la urgencia de mi llamada, tuve que pasar por un agente de guardia y por una secretaria antes de que me lo pusieran al aparato.

—¿Jerónimo? Soy Florián Falomir.

—¡Hola, Flo! ¿Dónde andas?

—Puede que te interese saberlo.

—¿En el Café Levante, tomándote un chocolatico con churros?

—Frío.

—¿El chocolate o los churros?

—El fiambre.

Coscolín sacaba notable en lengua. En ese momento, demostró saber qué era un seudónimo.

—Aguarda un segundo, Flo... ¿No te estarás refiriendo a un cadáver?

—Así es, Jerónimo. Al que tengo delante.

Oí entrechocarse algo, un choc-choc. ¿Sus muelas?

—¿Un cuerpo? ¿De quién?

—¿Te acuerdas de Jaime Pisano?

—¡Como si lo estuviera viendo! Oye, Flo, aguarda otro segundo... ¿No me estarás diciendo que se lo han...?

—Sí.

Escuché una segunda dentellada suya, como un perro de presa intentando cobrarse un faisán herido.

—¿Asesinado?

—Le han partido el cráneo.

—¡Por Jesucristo! ¿Quién?

—Me temo que él no podrá decírnoslo.

—¡Basta de acertijos, Flo! ¿Dónde estás?

—En un hotel llamado El Corzo, kilómetro veintiocho de la carretera de Castellón. Habitación número treinta y dos. Pisano no se moverá, y yo tampoco. Puedes llegar en veinte minutos.

—Estaré en quince. ¿Hay alguien contigo?

—La recepcionista y...

—¡Que nadie toque nada! Y otra cosa, Flo... ¿Qué estás haciendo ahí? Espero que puedas justificar tu presencia en el escenario de un crimen.

No me gustó su tono y repliqué:

—¿Qué me estás pidiendo, Jerónimo, una explicación o una coartada?

El comisario no me contestó. Después de soltar un juramento y ladrar un par de órdenes al subordinado que tuviera más cerca, había cortado.

Guardé mi móvil y me quedé sentado en el filo de la cama sin deshacer, contemplando con impotencia aquel cuerpo que ya no albergaba a mi amigo, que no era ya ni siquiera un hombre, sino un tronco desgajado de su raíz y descendiendo el río de los muertos...

A lo largo de mi carrera, me ha tocado ver unos cuantos cadáveres. Mi primera impresión es siempre de estupor, pero de inmediato me invade un terror supersticioso.

Lo mismo me sucedió entonces. Aunque en la habitación hacía mucho calor (por la razón que fuera, Jaime no había conectado el aire acondicionado), un frío insano me hizo tiritar. Con la boca seca y la espalda mojada por un sudor helado estuve observando la mancha que crecía a un lado de la cabeza de mi antiguo compañero escolar, de qué manera su sangre dejaba de manar para tornarse más oscura, casi negra sobre la moqueta, y cómo el tono rosado de su semblante, el tónico de la salud, iba retirándose hasta hacer palidecer su piel como el agua de una fuente nocturna.

A fuerza de mirarle me pareció que respiraba, que movía un dedo... De repente algo, un órgano o una arteria palpitó en su interior con un chasquido como el que haría un zapato al pisar un palo y el vello se me erizó. Sugestionado, casi esperé que Jaime reviviera y, poniéndose en pie, se disculpara por haberme gastado una broma tan pesada e hiciera planes para acudir conmigo a la próxima reunión de ex alumnos del Liceo.

Pero eso, naturalmente, no ocurrió.

Cuando no pude resistir la sensación de angustia, salí al corredor, abrí una ventana y me puse a fumar un arrugado Camel. Como siempre que estoy intentando dejar de fumar, suelo llevar encima uno o dos cigarrillos.

En el corredor no había un alma. Paca y la limpiadora debían de haber bajado al vestíbulo para esperar a los policías, y de los huéspedes no quedaba rastro.

Era como si nada hubiese sucedido.

Con la primera bocanada, recordé una anécdota colegial. En una ocasión me enfrenté con el profesor de formación cívica, religión y filosofía, que en el Liceo era uno y el mismo. Don Ulpiano, el único cura del centro. Nuestra discusión fue a propósito de la existencia de Dios. Yo acababa de leer a Nietzsche y defendí su muerte (la de Dios). Ante el resto de la clase, don Ulpiano se había preguntado con sarcasmo «hasta dónde podría llegar con semejantes lecturas (las de Nietzsche) alguien tan infradotado como usted, Falomir». Humillado, ahogué en rabioso silencio una respuesta que habría supuesto mi expulsión, cuando Jaime Pisano contestó por mí desde el pupitre de atrás: «A lo mejor, Falomir llega a ser profesor de filosofía». Don Ulpiano se acalabró de ira y nos echó a los dos. En el recreo abracé a Jaime y partí mi bocadillo con él.

Una oleada de afecto me hizo pensar que alguien debería informar a su familia. A sus padres, a sus parientes más próximos... Y quizá, también, a aquella novia de La

Consolación con la que Jaime había llegado a casarse. Su primera mujer.

Roberta, así se llamaba... La única chica que le hacía un poco de caso. La primera, la única novia del tímido Jaime. Seguí fumando, cerré los ojos y la evoqué hasta prácticamente volver a verla, plana como una puerta, con las piernas arqueadas y un envirutado cabello de color serrín.

Jaime y ella formaban una rígida pareja. Cuando paseaban, era como si un invisible guardián desfilara entre ellos, alejando la tentación y administrando sus conversaciones en párrafos temáticos, el colegio, los amigos, la familia, rutinarios diálogos con los que cualquier otra pareja habría visto marchitarse su pasión como una flor regada con el veneno del tedio, pero a base de cuyos lugares comunes ellos fueron construyendo un refugio, un nido, sábado a sábado, curso a curso, pasito a paso por el paseo de Independencia, hasta la calle Doctor Horno, donde vivía Roberta, en cuyo portal Jaime la besaba en la mejilla como a una monja, aunque en noches de gloria tal vez le robase un beso en los labios. Siendo esa, pensábamos maliciosamente los demás, su máxima aproximación a la concupiscencia.

Roberta y él habían empezado a salir a los quince años, en la parada de autobús donde, después de las clases, los alumnos del Liceo coincidíamos con las chicas de La Consolación.

Nosotros no llevábamos uniforme. Ellas, blusa amarilla y falda a cuadros. Roberta era tímida, pero si le gastaban bromas soltaba cantarinas risas que resonaban por todo el autobús. Las chicas permanecían junto al conductor, quién sabe si obedeciendo a un defensivo atavismo, mientras los chicos nos amontonábamos en la parte trasera. En pleno alboroto bajábamos por Isabel la Católica hacia la plaza Aragón, desde donde íbamos caminando hasta el Calamar Bravo para devorar bocadillos con mayonesa y salsa picante.

Tres paradas atrás, en la plaza de San Francisco, solíamos ver al padre de Jaime, Armando Pisano. Era mecánico. Tenía a medias con otro un taller de electricidad, chapa y pintura del automóvil, Talleres Repis (Reglado y Pisano). A Jaime no le importaba que desde el bus avizorásemos a su padre enfundado en un mono, con la cabeza metida en un motor, o limpiándose las manos de grasa mientras daba presupuesto a un cliente. Pero en el Liceo había mucho pijo y, de vez en cuando, Jaime tenía que soportar despectivos comentarios acerca del «hijo del mecánico».

En ese instante, oí un teléfono sonando en la habitación 32, cuya puerta había dejado entreabierta. Tiré el cigarrillo por la ventana y volví a entrar a toda prisa.

El aparato estaba en la mesilla, junto a la lámpara de noche. Para cogerlo, tuve que rodear el cadáver de mi amigo.

—¿Diga?

Nadie contestó, pero noté con claridad que había alguien al otro lado. Percibí su contenida respiración y un ruido de fondo que fui incapaz de identificar, aunque me resultó vagamente familiar.

—¿Quién llama?

Oí un clic y el sonido regular, intermitente, de la línea. Colgué a mi vez y marqué el número de recepción para preguntar a Paca si había sido ella quien había pasado esa llamada a la número 32.

Me dijo que sí.

—¿De quién era la llamada, Paca, de un hombre o de una mujer?

—De una mujer.

—¿Gloria Serret?

—No me dijo su nombre.

—¿Se lo preguntaste?

—No.

—Está bien, Paca... ¿Con quién quería hablar esa mujer: con Jaime, con Jaime Pisano o con el señor Pisano?

—Con Jaime Pisano.

Dejé la góndola y, de inmediato, otro teléfono se puso a sonar.

Esta vez, el sonido era acolchado. Aturdido como estaba, me llevó unos segundos entender que el receptor tenía que estar entre las ropas del muerto. Efectivamente, era el móvil de Jaime. Sonaba y sonaba, pero recordé a tiempo que no debía tocar nada y me abstuve de palparle las ropas. Mientras el invisible móvil seguía sonando volví a sentarme en el filo de la cama y observé con desesperación el estático viaje de Jaime hacia el olvido, la resurrección o la nada, cómo su nariz se afilaba, el ojo que había quedado abierto perdía brillo y la boca se hendía como habiendo emprendido ya su tarea de devorarse a sí misma hasta el paladar.

Aquella enloquecedora llamada no se interrumpió hasta los treinta pitidos, que conté uno a uno.

Cuando por fin cesaron, apenas había quedado la habitación en silencio, se oyó un ulular de sirenas. Salí al pasillo y me asomé a la ventana. La policía había desplazado un primer coche en avanzadilla. Se trataba de un vehículo camuflado de los que en argot llaman *apolos*, en este caso un Renault color plata. Tras derrapar tan bruscamente que los neumáticos se dibujaron en el asfalto, tres agentes de paisano saltaron de su interior. Eran de la Científica, se les reconocía por el patrón: pelo corto, estilo militar, vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas.

Desde la ventana les indiqué dónde era y subieron la escalera a paso de carga.

El comisario se presentó apenas unos minutos después, en otro vehículo policial.

Jerónimo Coscolín no me saludó al pisar la escena del crimen. Tampoco se dirigió a sus hombres, que se habían pegado a una pared y aguardaban sus órdenes observando en completa reserva el cadáver de Jaime Pisano, ensangrentado y tendido en el suelo, entre la puerta y la cama de matrimonio de la habitación, con los brazos en cruz y las piernas separadas y levemente encogidas.

El comisario llevaba un traje de color chocolate de un paño que a primera vista parecía demasiado grueso para el verano —debía de estar cociéndose—, y una corbata de rombos que habría estado de moda cuando las fuerzas del orden perseguían al Lute. Su anticuado corte de pelo proporcionaba un volumen abombado a su cabeza y se estaba dejando prosperar un bigotito a lo Clark Gable. En el Liceo le gustaban los pantalones de campana. Desde entonces, su estilo no había mejorado mucho.

Ante el cadáver de nuestro común amigo clavó una rodilla y se inclinó hasta acercar su cara a pocos milímetros de la suya. Su mirada, por lo común impávida, se veló con una contenida emoción. Recordé que en el Liceo Jaime y él habían sido buenos compañeros. Solía vérselos juntos por el patio y jugaban en el mismo equipo de fútbol. Coscolín se alineaba de zaguero, repartiendo leña; Jaime, en el centro del campo, urdiendo sutiles jugadas. Antes de que Jaime conociese a Roberta, y Jerónimo Coscolín a una tal Cecilia que fue su primera novia, salían de dos en fondo por el *tontódromo*, pasando una y otra vez frente a los bancos de chicas. Nunca ligaban y acababan refugiándose en los futbolines. Fortón sostenía despiadadamente que eran «un par de pajeros».

Volví al presente porque el comisario se había incorporado con un rabioso impulso.

—Un golpe... ¡El único que necesitó esa bestia!

—¿Un solo golpe? —intervine para hacerme notar—. ¿Y un solo agresor?

Me destinó una mirada que, de no haber sido por el sofocante calor de la habitación, habría resultado polar.

—Llevábamos bastante tiempo sin vernos, Falomir.

—Y no puede decirse que nos reencontremos en las mejores circunstancias, ¿verdad?

Cruzó la moqueta directo a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Gestiones laborales.

Sonrió torcidamente porque consideraba el mío un oficio poco serio. Sus dudas sobre mi participación en aquel trágico suceso también debían serlo porque observó con sorna:

—Se te ve muy tranquilo, Flo. Como si esto no fuera contigo.

—Te equivocas, Jerónimo. Apreciaba a la víctima tanto como tú. Estoy muy

afectado.

El comisario volvió a sonreír ladinamente, me dio la espalda y se puso a impartir instrucciones a sus hombres.

Acababa de llegar un nuevo coche camuflado, con más policías dentro. En nada, vaticiné, se iban a juntar en El Corzo más agentes que a la hora de almorzar en el Viri, el bar de los polis, que abría en el chaflán de la Jefatura Superior, y donde servían buen café y mejor cerveza, pero la peor tortilla de patata de la ciudad.

Coscolín estaba ordenando por un *walkie* que peinasen los alrededores, pero mi intuición me dijo que no iban a encontrar nada.

En algún recóndito lugar de mi cerebro, allá donde germinan mis mejores y peores ideas, estaba empezando a brotar una relacionada con el desconocido de pelo largo y ropa blanca, con su modo de comportarse, saliendo por la parte trasera del hotel y alejándose por la carretera después de permanecer un rato en la habitación de Jaime haciendo... ¿qué? ¿Aguardando el momento propicio para saltar sobre él y hundirle a golpes las paredes del cráneo? ¿Qué, si no? En mi mente, el zarrapastroso se estaba transformando en el depositario de alguna clase de secreto, en una especie de enviado o mensajero, alguien que ponía en contacto mundos diferentes.

Oí al comisario ordenar a sus agentes que tomasen huellas, fotografiaran y videografiaran la escena del crimen, y noté su mano en mi hombro, empujándome hacia el pasillo.

—Vamos fuera, Flo. Quiero hablar contigo.

El uso del diminutivo por su parte no era mala señal. Pero no las tenía todas conmigo y decidí adelantarme a su previsible interrogatorio. Le confesé:

—Estaba siguiendo a Jaime, por eso vine.

—Eso ya lo suponía, Flo. ¿Por cuenta de quién?

—De un familiar suyo.

—Te he preguntado: ¿de quién?

—Su cuñado.

—¿Nombre?

—Jorge Evans.

Coscolín sacó una libretita, un Bic de cuatro colores y lo anotó.

—¿Por qué razón te contrató Evans?

—Pensaba que Jaime estaba engañando a su mujer.

—¿Qué ganaba Evans comprobándolo?

—Temía que esa relación extramatrimonial afectara a sus intereses económicos. Jaime y él tenían negocios comunes.

—¿Qué tipo de negocios?

—Una fundación, y puede que propiedades inmobiliarias.

El comisario se rascó la cabeza. Su pelo marrón, sin una cana, era tan espeso que la uña desapareció entre sus capas, como si le hubiesen amputado la falange.

—No me cuadra que Pisano tuviera un lío amoroso, Flo. Por lo que recuerdo de

él, era un hombre serio, responsable. De fiar.

—Su cuñado sospechaba lo contrario. Por eso solicitó mis servicios.

Coscolín se me acercó tanto que en sus iris vi unas manchitas amarillas, como cabezas de alfiler:

—¿Y el cuñado tenía razón? ¿Jaime engañaba a su mujer?

El aliento le olía a café y a algo ácido que habría tomado para comer. Me eché un poco hacia atrás.

—Jaime venía con cierta frecuencia a este hotel, pero no para verse con una mujer, sino con un hombre.

Las aletas de su nariz se dilataron como las agallas de un pez.

—¿Era gay, es eso lo que pretendes insinuar?

—No lo sé, Jerónimo.

—¿Quién es el hombre que venía a verle?

—Tampoco lo sé.

—¿Qué es lo que sabes, Flo?

Le resumí lo poco que podía contarle. Que no había visto llegar a ninguna mujer con la que Jaime estuviera relacionándose, y sí, en cambio, alejándose por el arcén de la carretera a un tipo con quien tal vez Pisano acabara de entrevistarse en su habitación, como al parecer lo había hecho otras veces en los últimos meses.

—Su aspecto físico coincidía con la descripción de la recepcionista —añadí—: Le hice fotos.

El comisario me recriminó airadamente:

—¿Un sospechoso? ¡Haber empezado por ahí! ¡Reenvíame esas fotos inmediatamente!

Me facilitó un mail al tiempo que sacaba su móvil con el gesto con que hubiese desenfundado la pistola y con cuatro frases como otros tantos ladridos ordenaba cerrar la ciudad. Yo conocía aquel operativo. En otro ejercicio de desbordante fantasía, lo llamaban Clave 2. Controles en todas las salidas, alerta al resto de comisarías y Guardia Civil.

Pasado apenas un minuto del reenvío, el comisario estudió con atención las fotos del misterioso individuo que yo acababa de enviarle al móvil.

—¿En ninguna se le ve la cara?

—Me temo que no.

Pese a ello, Coscolín remitió a su vez mis fotografías al registro policial de datos. Habló con sus hombres para que peinaran la carretera y el polígono industrial, en busca del fugitivo, y llamó al Juzgado y al Instituto de Medicina Legal para notificar la violenta muerte de Jaime Pisano a manos de un desconocido a quien se estaba dando caza.

Hecho todo esto, se me quedó mirando con un poco más de empatía.

—¿Habrá una cafetería decente en este indecente hotelucho?

—No lo creo, Jerónimo.

—Siempre has creído en pocas cosas, Flo.

Estuve a punto de contestarle que había creído en el fervor de nuestra juventud, en el sentido sacramental de la amistad que por entonces cultivábamos, en Jaime Pisano, en su sonrisa abierta y en su noble corazón, pero no llegué a expresarlo y me limité a seguirle a través del precario vestíbulo de El Corzo, con su roñosa moqueta, una barata estantería para folletos turísticos y un sofá en cuyos pelados cojines las nalgas de mil huéspedes habían dejado una grasienta huella.

Balanceando sus atléticos hombros, el comisario se acercó a recepción, donde, acodada al mostrador con ojillos de alcohólica y un descolorido moño del que resbalaban grasientas guedejas, permanecía una atribulada Francisca.

A la primera pregunta de Coscolín, Paca se puso más nerviosa de lo que ya estaba, tanto que le falló la voz. Trémulamente, repuso al comisario que solo conocía a la víctima de vista. En los dos últimos meses, Pisano se había alojado en El Corzo hasta en cuatro ocasiones.

—Imagino que las fechas exactas figurarán en su registro de reservas.

—Sí, señor comisario, en el libro. Lo llevo al corriente.

Paca siguió explicando que el señor Pisano solía llamar el día anterior para alquilar una habitación. Nunca se quedaba a dormir. Siempre se marchaba a media tarde. No permanecía en el hotel más de dos horas, el rato que solía coincidir con su visita masculina.

«El zarrapastroso», pensé.

Coscolín cuestionó:

—¿Ese hombre vino todas las veces que el señor Pisano se alojó aquí?

—Sí, señor comisario.

—¿El señor Pisano no recibió a nadie más en su habitación?

—No, señor comisario.

—Hágame una descripción del individuo en cuestión.

Paca volvió a dibujarlo como un desgredado individuo de mediana edad, estatura elevada, cabello negro y barba desaliñada...

El comisario le mostró una de mis fotos.

—Se le ve de espaldas, pero ¿podría ser este?

Paca no vaciló.

—Es él.

Coscolín me llevó a un aparte.

—¿Tienes más material, Flo? ¿No te estarás guardando algo?

—Hice fotos de todos los que han entrado o salido del hotel, entre las cuatro y las cinco.

—Pásalas, que yo las vea.

Comencé a mostrárselas una por una. En el visor fueron apareciendo ejecutivos, aquel grupo de mujeres con aire de vendedoras, y esa otra mujer, la prostituta, que había llegado a bordo de un Mini Morris. Vehículo, me fijé, que ya no estaba en el

aparcamiento. Se había esfumado.

Al ver su foto, el comisario hizo un gesto de sorpresa.

—¿La conoces?

Él negó con la cabeza. No hubiera sabido decir por qué, pero me pareció que mentía.

—Era solo una puta —comenté.

—Se nota a la legua —coincidió él, y se volvió hacia Paca—: ¿Hay cámaras en el hotel?

—No, señor comisario.

—¿Algún sistema de vigilancia?

—No, señor comisario.

—¿Ni siquiera por la noche?

—La puerta se cierra. Dentro queda un portero.

—¿Y durante el día?

—No hay nadie.

—¿Y si pasa algo?

—Podemos avisar al encargado de la gasolinera, que pertenece al mismo dueño. O a la policía —se apresuró a añadir Paca diplomáticamente.

Desviamos nuestra atención hacia los ventanales, en cuyas lunas reverberaba el sol como si estuvieran en llamas. La estación de gasolina quedaba a un centenar de metros, junto a la autopista.

Coscolín insistió:

—¿Qué otros testigos han podido ver a ese tipo de las melenas? ¿Las mujeres de la limpieza, alguien del personal?

—Es posible, señor comisario. El encargado de mantenimiento tenía turno esta tarde.

—Localíceles y que acudan al vestíbulo para tomarles declaración. Prepáreme un listado con todos los clientes de los últimos días y sus números de habitación. Ponga un círculo en los habituales y un asterisco en los que se han alojado por primera vez.

Coscolín le formuló un par de preguntas más, pero estaba claro que Francisca no iba a aportar nuevos detalles.

El comisario anotó las fechas en las que Jaime Pisano se había alojado en El Corzo. Fueron, concretamente, el 10 de mayo, el 26 de mayo, el 10 de junio y, por último, esa misma tarde, el 26 de junio, fatídica para él.

—Hay una pauta clara —evidenció—. Es algo que nos puede ayudar.

—Las citas se han venido celebrando cada quince días —redundé—. Habrá que ver qué significado tiene.

—Lo tendrá. Pero ahora necesito un café.

Definitivamente, no había cafetería. Salimos al parking. En un ángulo muerto había una máquina de bebidas. Coscolín metió un euro y sacó una lata de Pepsi tan helada que tuvo que retirar con la uña una capita de hielo del tirador.

—¿Tomas algo, Flo?

—Una cerveza.

Señaló mi barriga.

—¿Te conviene?

—Dicen que los gordos tenemos mejor carácter.

—¿Quién lo dice, tu madre?

No me gustó que me hablara en ese tono, pero cerré la boca, metí un euro en la máquina para evidenciar que no deseaba dejarme invitar y oprimí el botón de una Ámbar. Tenía la garganta seca y me bebí media lata de un trago.

—Este calor me machaca —se quejó el comisario con la frente perlada de sudor—. Pero hay cosas que todavía me sientan peor, Flo.

—¿Por ejemplo?

—Que me tomen el pelo. Te recuerdo que en mis calabozos el aire es más irrespirable aún.

—¿Tantas ganas tienes de ponerme las anillas?

—Me da en la nariz que ocultas algo.

—Jamás lo haría, Jerónimo.

—No sería la primera vez.

Coscolín llevaba razón. En una ocasión, yo le había negado información sobre un determinado caso.

—Porque afectaba a la privacidad de uno de mis clientes —me justifiqué retrospectivamente.

—¡Clientes, bonito eufemismo! De no ser por mí, aquel juez te habría imputado en una causa criminal, y habrías podido dar con tus huesos en la cárcel... Era la última vez que te cubría las espaldas, ya te lo advertí... Pero vayamos a los hechos, Flo. La policía acaba de encontrarte en la habitación de un hotel de dudosa reputación en compañía del cadáver de un hombre que no te era desconocido y al que vigilabas de cerca.

—No olvides que fui yo quien os llamé.

—¿Y qué? Protocolariamente hablando, sigues siendo el primer sospechoso. Conocías a la víctima y estabas en el lugar del crimen a la hora en que fue cometido.

Sonreí, pero con el miedo dentro.

—Podéis tomarme las huellas.

—Las tenemos hace tiempo.

El sol me daba en la cara y me retiré hacia una sombra. Era el momento de sacar todas mis cartas a la luz. Para demostrar a Coscolín que jugaba limpio y no me reservaba nada, le hablé de María y de Teresa Fairén.

—Esposas, respectivamente, de Jaime Pisano y de Jorge Evans. Los cuatro son miembros de una fundación religiosa, Luz del Cielo, dedicada a actividades piadosas. Y hasta aquí lo poco que sé —concluí—. No he tenido tiempo para investigar más.

—Nosotros lo haremos, Flo, no te preocupes.

Coscolín apuró su Pepsi, arrugó el envase con la presión de una sola mano y lo arrojó a una papelera. Iba a decirme algo más cuando un subinspector se presentó en el aparcamiento con los guantes de látex todavía puestos para informar a su superior de que el teléfono móvil de la víctima, que acababan de chequear, había recibido una llamada en la última hora. Yo me apresuré a corroborar esa información y a asegurar que no había tocado el móvil de Pisano.

—¿La estáis rastreando?

—Sí.

—¿La víctima contestó?

—No.

—¿Porque ya estaba muerto?

—Probablemente, señor. Lo sabremos con seguridad cuando el forense concrete la hora.

Para cubrirme las espaldas, añadí que, estando yo en la habitación 32, y un minuto antes de que sonara el móvil de la víctima, una mujer que no se identificó había intentado hablar con Pisano a través de la centralita, llamada que sí atendí, pero sin que me contestase nadie. El comisario, de nuevo irritado por mi falta de diligencia, envió de inmediato un hombre a recepción para comprobar con Francisca la hora exacta de esa llamada. Con cara de pocos amigos se dispuso a regresar al teatro del crimen, pero no lo hizo sin ordenarme con sequedad:

—No será necesario que hagas ninguna otra gestión laboral, Flo, como tú dirías.

—¿Ni siquiera llamar a la viuda de Jaime para darle el pésame?

—Nosotros nos encargaremos. Este caso ha terminado para ti, ¿está claro?

Dormí tan mal que desperté varias veces a lo largo de la noche, preso en el laberíntico interior de vividas pesadillas, con el fantasma de Jaime Pisano persiguiéndome con la herida abierta reclamando venganza por su violenta muerte.

A las siete de la mañana, después de desayunar en el bar de abajo y leer los periódicos, que abrían con el crimen del abogado zaragozano, me dirigí al parking a por mi Escarabajo y me lancé a la carretera de Castellón.

Para llegar a la residencia privada de los Serret, en el paraje llamado el Desierto de las Palmas, donde había quedado con Catalina y con su madre, tenía que dirigirme a los puertos de Beceite.

Tres horas después, bajé de las sierras a la plana de Castellón y dejé atrás las nuevas urbanizaciones enfrentándome a un sol mediterráneo capaz de taladrarme las meninges. No me había quitado las gafas oscuras, pero debido a la refulgente reverberación los ojos se me estaban cociendo como los huevos de codorniz que saboreaba en Casa Blas con lecho *de foie* y turbante de cebolla caramelizada. Acababa de levantarse una brisa marina tan asfixiante como el aliento de un león. Dejé atrás los huertos, su perfume a naranjas, y me adentré por otra serranía de colores ocres, amarillentos, sienas, calderos... La cinta de asfalto sin arcén fue serpenteando de curva en curva hasta que se recortó el toro del anuncio de Osborne y detrás, como un varado bajel, emergió la dorada silueta del reino del juego y del placer, el Gran Casino de Castellón.

El edificio tenía forma de barco, con una antena de telecomunicaciones surgiendo de sus entrañas a modo de palo mayor. Estaba orientado de este a oeste, apuntando la proa al Mediterráneo, cuyas playas, aunque no se vieran, en línea recta no se encontraban a más de media docena de kilómetros. Tres unidades formaban el complejo. El bloque correspondiente al hotel, a modo de puente de mando, quedaba a popa, elevándose siete pisos sobre la depresión arcillosa en que cimentaba sobre un subsuelo pobre, horadado de cavernas, a través de cuyas burbujas de aire la lluvia se desvanece sin fertilizar las calizas laderas de la cordillera costera, limitándose los regueros a correr entre los espartos hasta encontrar suelo poroso y filtrarse a profundidad.

Las salas de juego quedaban en la proa. Las rodeaba un lago artificial, con barcas, restaurantes y una discoteca. Su líquida superficie, en la que el astro solar se reflejaba como en una bandeja de mercurio, volvió a deslumbrarme con un efecto de lujo y frescor.

Cuando me encargaba de la seguridad yo había estado muchas veces en su bar tropical, tratando de averiguar el verdadero motivo por el que tal o cual cliente ruso, afgano o brasileño cargado con un historial delictivo lo suficientemente grave como para inquietar a la dirección había recalado en el Gran Casino de Castellón, habiendo tantas otras salas de juego en España. Incluso había tenido algún romance allí.

Mientras me iba alejando por la estrecha carretera de montaña que ascendía en curvas cada vez más cerradas hacia el Desierto de las Palmas, donde se levantaba el *mas* de los Serret, recordé aquella aventura.

Ella se llamaba Angie, pero no podía ser su verdadero nombre. Nunca se lo pregunté.

En la suite más alta del Gran Casino habíamos hecho el amor con las ventanas abiertas de par en par y una botella de vino blanco en una cubitera rebosante de hielos junto a una cama de agua. Recuerdo haberme sentido como el capitán de un crucero seduciendo a una de sus pasajeras, la más bella y misteriosa... A menudo, tengo la impresión de que la vida no es más que eso, encuentros fortuitos con otros seres a la deriva, una mínima ración de complicidad y consuelo, la precaria y momentánea salvación a través del milagro de un beso cuya humedad nos devuelve al origen de la vida y cuya dulce energía nos invita a sentirnos integrados con una comunidad de seres con los que hablar, reír, compartir la comida, la conversación, el descanso, el sueño. Tal vez algunas esperanzas; tal vez, la risa, el dolor... Angie estaba junto a mí cuando me dio el segundo infarto. Avisó a recepción para que enviaran un médico y me practicó la respiración artificial. Gracias a eso, salvé la vida. Porque Catalina, que estaba trabajando como auxiliar del médico del casino, un borrachín amigo de don Luciano, tardó veinte minutos en llegar a mi habitación. La ambulancia, treinta. Más adelante, Catalina me confesaría que no había podido presentarse antes porque se estaba tirando al socorrista en la camilla de la enfermería. Por fortuna, el ataque coronario fue menos virulento que el primero y me recuperé pronto.

Angie desaparecería de mi vida poco después. Había encontrado un trabajo en Benidorm, de camarera. Tan cerca y tan lejos... Durante algún tiempo, recibí mensajes suyos interesándose por mi salud. Después, nada.

Unos diez kilómetros más adelante, avisté la mansión de los Serret. Se situaba justo al fondo de un valle de variada y rica vegetación, con alcornoques y pinos, madroños y lentiscos, carrascas y olivos, y con las laderas más escarpadas cubiertas de vides en bancales, hasta las rojizas cumbres.

Generaciones atrás, los Serret habían sido muleros y recolectores de miel. Modestos, con lo justo para ir tirando, hasta que en los años sesenta Luciano compró a crédito las minas de sal del collado de La Garza, en el término de Griegos, cuyos depósitos se creían exhaustos, reabrió las galerías e inició una nueva etapa de explotación. El banco le prestó dinero porque había descubierto mineral para los próximos años y porque era amigo del gobernador civil de Teruel, hombre de confianza, a su vez, de Francisco Franco. Una relación le condujo a otra y obtuvo contratos con el ejército y con un gobierno que, adecuadamente orientado, decidiría combatir con camiones de sal industrial las heladas invernales de las carreteras de montaña. Los sacos del collado de La Garza llegaron a media España, a fábricas de piensos, a laboratorios, a cocinas de cuarteles y hospitales, a los supermercados... Luciano invertiría sus beneficios en la compra de inmuebles y en fundar una

constructora que empezaría a levantar viviendas sociales en el entorno de las capitales levantinas y aragonesas. Pisos pequeños y feos, pero muy económicos, destinados a fijar en sus barriadas la emigración rural que acudía a las fundiciones y empresas químicas surgidas con el desarrollismo industrial de los últimos años sesenta en el valle medio del Ebro, y a los murcianos y andaluces que buscaban en Castellón y Valencia trabajo en la construcción de pisos y marinas.

Cuando Franco hubo muerto y se modificaron las leyes del juego, Luciano abrió su primer Casino, muy cerca del puerto de El Grao.

Era más pequeño que el actual y apenas ofrecía servicios, pero fue un éxito desde su apertura, y causa directa de que unas cuantas familias de ilustres apellidos se arruinaran en poco tiempo. La ruleta hizo estragos —no digamos, el póker—, pero también fue cierto que, para aquellos aburridos caballeros y para las ociosas señoras que acudían con chófer a salas donde se permitía fumar y tomar cócteles, y donde se dejaban caer prostitutas y buscavidas, supuso una suerte de prohibido paraíso terrenal. La estricta moral y las rígidas normas de aquella burguesía más agraria que industrial se diluían, como sus bolsillos, al traspasar las puertas de aquel garito colmado de humo, ambiciones, alcohol, tentaciones y sueños de riqueza y placer.

Luciano Serret no tenía buena fama. Se rumoreaba que era él en persona quien contaba el dinero por las noches, cuando se levantaban las mesas, y quien, con secreta frecuencia, conducía hacia la frontera con unos cuantos millones en el maletero para ocultarlos en Andorra o en Suiza.

Siempre fue muy reservado. Se había casado con Anunciación Marés, una chica de Mirambel. Habían tenido tres hijos. Fernando, el arquitecto; Gloria, que dirigía la bodega, y Catalina, la mayor, la oveja negra.

La familia Serret había residido en Zaragoza, en un apartamento vulgar y corriente de la avenida Valencia, hasta que Luciano emprendió las obras del Gran Casino de Castellón y, simultáneamente, la reforma del viejo *mas* familiar del Desierto de las Palmas, que reconvertiría en su residencia y cuartel general.

Decidido a enriquecerse, Luciano seguiría dedicándose a los negocios, cada vez más variados, las veinticuatro horas del día. Incrementó su influencia en el sector del juego abriendo salas de bingo e instalando máquinas tragaperras en bares y cafeterías de distintas ciudades. Inauguró una oficina en Madrid, compró terrenos y se aficionó a visitar galerías de arte y a adquirir piezas por las que pagaba fuertes cantidades de dinero. Pero más que el arte o la cultura, que en él siempre fueron una pátina, lo que de verdad le distraía era pasear por el campo en compañía de sus perros y asistir los domingos al estadio de La Romareda. Se había abonado a un palco e invitaba a los partidos a los mineros que habían comenzado con él y que, con el correr del tiempo, se convertirían en socios suyos en nuevas empresas. Se decía que había llegado a poseer acciones en más de una cincuentena. Daba trabajo a cientos de personas, y su fortuna crecía sin cesar.

Mi padre y él se conocían. En una ocasión, el magnate, cuya vida profesional

discurría entre las sedes de sus negocios, Madrid, Castellón, Zaragoza, se había dejado caer por nuestra tienda, Antigüedades Menusiam, para comprar un Ramón Casas valorado en siete millones de pesetas. Adam me dijo que Luciano había sacado los billetes de un maletín y puesto uno encima de otro, sin pestañear. Rechazó la factura alegando que ya tenía demasiados papeles y se llevó el cuadro sin envolver debajo del brazo.

Cuando se inauguró el Gran Casino de Castellón, el periódico *ABC* dedicó a su dueño, Luciano Serret, un reportaje titulado: «El hombre de sal se hace de oro». Debajo, se podía leer: «El rico empresario, de pastor de cabras a minero y monarca del juego».

—¡Salga del coche!

Yo acababa de detenerme frente a una verja de hierro forjado que habría podido cerrar un edificio tan grande como la Biblioteca Nacional, con una S mayúscula igualmente inmensa presidiendo un frontispicio de arabescos. Quien tan imperativamente me había dado el alto añadió a gritos:

—¡Su documentación!

Era un guarda jurado más o menos de mi envergadura, con la diferencia de que, en lugar de mi bañera de grasa, sus hombros y su cintura eran los de un campeón del peso wélter. Mientras examinaba mi documento de identidad con el celo de un aduanero vi dentro de la garita de control a otro tipo, sentado frente a varias pantallas. Era calvo, y su mirada aviesa. Le reconocí y le puse nombre: Luis Cerdán, un ex policía violento y poco de fiar.

—Creí que estabas en excedencia, Cerdán —le saludé sin bajarme del coche—. O en el paro.

Con idéntica y corporativa solidaridad me replicó:

—¿A lo tuyo se puede llamar trabajo?

—A ver si adivino desde cuándo estás con los Serret, Cerdán. ¿Desde que me despidieron a mí?

—Justamente. Y ya ves que no necesité tu recomendación.

Intercambiamos una desdeñosa mirada, pero abrió la verja, señal de que mi visita había sido anunciada, y aparqué junto a una hilera de modelos de lujo que debían pertenecer a los miembros de la familia Serret. Sus carrocerías brillaban sin una mota de polvo. A su lado, mi humilde Escarabajo parecía un pariente pobre.

La residencia, con su gran bodega, oficinas y almacenes adjuntos, quedaba a una cierta distancia de la verja. Para llegar a ella, seguí un camino de guijarros blancos a través de amplios jardines que el paisajista había concebido como una especie de oasis. Estanques artificiales con peces de colores refrescaban el cuidado césped, cuyo mantenimiento debía costar un dineral. Coquetos puentes de madera de aire vagamente japonés los cruzaban con una desubicada gracia oriental, invitando al visitante a desembocar en un bosquecillo de palmeras y yucas. Consciente de que el juego de cámaras estaría registrando mis movimientos, saqué del bolsillo una corbata, me la anudé y saludé burlón a Cerdán.

La bodega, situada delante de la residencia familiar, era inmensa y muy moderna. En algún sitio había leído que fue obra de un arquitecto francés. Fernando, el hijo de don Luciano, no había participado en su proyecto, ni tampoco, que yo supiera, en ninguna de las grandes promociones urbanísticas impulsadas por su padre.

La bodega presentaba una estructura ovalada, con un revolucionario techo de aleación metálica que hacía un efecto ígneo, como el caparazón de un escarabajo dorado o la cúpula de una ciudad espacial. Detrás de su parque para vehículos pesados y altas torres de palés, los viñedos se extendían hasta perderse de vista. Don

Luciano había invertido en conservar las cepas de uva garnacha, negándose a seguir el ejemplo de otros bodegueros que arrancaban las viejas vides y mezclaban o rebajaban sus caldos.

En contraste con la bodega, el *mas* que hacía las veces de residencia familiar seguía deparando su tradicional aspecto.

Yo sabía, por haberlo leído en un manual de arquitectura popular, que había sido restaurado según su primitivo alzado de principios del siglo XIX, cuando Narciso Serret, un oficial de Fernando VII que había hecho fortuna en la corte, lo construyó, levantándolo de la nada en aquel terreno agreste, como un regalo a su esposa. En las guerras carlistas, el general Cabrera, *el Tigre del Maestrazgo*, lo había empleado como cuartel durante su feroz asedio a Castellón. En origen había tenido, y se mantenía en pie, una planta rectangular de dos alturas coronadas por un raro torreón octogonal de aire templario, cubierto por tejas árabes, con aleros de madera y balconadas de forja. Con una baja y estrecha puerta principal de roble y portones más altos a ambos lados de la fachada, que antiguamente, supuse, se utilizarían para la entrada de ganado y maquinaria agrícola.

Un hombre bajo y fornido me salió al paso. Llevaba una ajustada camiseta y un pantalón de chándal. Tanto podría ser un entrenador personal como un guardaespaldas, aunque su mirada alerta me pareció más propia de un vigilante. Se limitó a asegurarse de que Florián Falomir era yo y a teclear algo en su tableta digital.

En cuanto sus dedos dejaron de escribir, se abrió la puerta de roble y una silueta femenina se recortó en el umbral, bajo el quemante sol.

—¡Flo!

Era Catalina Serret. Iba medio desnuda. O a medio vestir, según se mirara. Descalza y con una camiseta de tirantes sin sujetador, bajo cuya tela las puntas de sus pechos se marcaban como fresones maduros.

—Como tardabas, me puse a hacer un poco de ejercicio. Me has cogido en Pilates. Si fueras argentino, no habría empleado el verbo coger. ¿Lo coges?

Sonreí. En el fondo, era como una niña.

—No había estado en tu casa, Cata. Es una verdadera mansión.

—¿Mi padre nunca te invitó?

—Jamás.

—Bueno, él es así. ¿Y qué te parece, te gusta?

—La finca es muy bonita y tú estás preciosa.

Me sonrió. Todo lo contrario que el tipo con ropa deportiva que no me perdía de vista.

—Seguiremos con la sesión después de comer, Braulio —le indicó Catalina—. Quiero quemar unos cuantos gramos más.

Braulio desapareció nada cordialmente hacia un gimnasio en el que se veían espalderas, cintas de correr y un tatami.

—¿Es tu *coach*, tu guardaespaldas o un dos por uno?

—¡Cómo eres, Flo! Braulio sabe hacer un poco de todo... Abandona el papel de inquisidor y pasa.

Nada más entrar al caserón, me recibió un dulce frescor. Los espacios interiores eran enormes. El vestíbulo tenía bóveda de ladrillo, suelo de losa cocida y encalados muros decorados con útiles de labranza. Irregulares peldaños de piedra arenisca descendían a un caño, del que procedía la humedad que suavizaba el ambiente.

—Mamá no se encuentra demasiado bien —me advirtió Catalina, jugueteando con mi corbata. Estaba tan cerca de mí que creí ahogarme con su olor a perfume y sudor, como el de una yegua bañada por las olas—. Hay días en que no puede soportar el dolor. Dice sentir cuchillas bajo la piel, como si se le abriesen las carnes. Le he dado un calmante. Por calor que haga, se le hielan los huesos. Lo llama «el frío de la muerte», y se te ponen los pelos de punta. Pero te recibirá, como estaba previsto. ¿Serás paciente con ella?

—Como lo soy contigo, Cata.

—¡Eres tan mono!

Salimos a un patio interior, alrededor de cuyo pozo artesiano se disponían los antiguos corrales, que habían sido transformados en lujosas estancias. Afuera, en las terrazas, había un invernadero de flores exóticas, entre las que se afanaba un jardinero.

Por una escalera con peldaños recubiertos de azulejos subimos a un salón de planta rectangular, alargado y estrecho. Estaba casi a oscuras, con las contraventanas cerradas a cal y canto. Su tenue y parpadeante iluminación procedía de un hogar situado al fondo. De no verlo no me lo habría podido creer, pero el fuego estaba encendido. El calor era insoportable, aunque la chimenea tiraba bien y no molestaba el humo.

Doña Anunciación, la madre de Catalina, estaba sentada cerca del hogar, en una sencilla silla de anea. Parecía un personaje de Zurbarán. Su canosa cabeza se inclinaba sobre un librito con hojas de papel biblia, que leía atentamente a la luz de las llamas.

Como si no me hubiera visto, no me saludó ni interrumpió su lectura. Oí murmurar a Catalina:

—Ha llegado el señor Falomir, mamá. El detective.

Indiferente a mi presencia, doña Anunciación prosiguió con su piadoso recogimiento. Al leer movía los reseco labios, pero de su boca no brotaba sonido alguno. Su demacrado rostro no se me antojó desproporcionado en relación a su largo y desmadejado cuerpo. Debía tener, como mucho, sesenta y pocos años, pero aparentaba más de ochenta. Vestía de negro, sin joyas, con un escapulario al pecho en el que resaltaba casi obscenamente el rojo vivo de un Corazón de Jesús.

Tosí para reclamar su atención. Ella puso una guía de tela entre las páginas del Evangelio y, con parsimoniosa lentitud, me dedicó una mirada ajena, como si, comparado con el pasaje sagrado en cuya lectura estaba embebida, mi embajada no tuviera la menor trascendencia.

—Gracias por recibirme, señora.

Con un comedido gesto me indicó que me sentara. Lo hice en la cadiera, al otro lado de la chimenea, junto a una pila de cuñas de encina a la espera de alimentar el fuego. Las llamas se interponían entre nosotros, iluminando el rostro de mi anfitriona con un rojizo resplandor. En el centro de la tierra, pensé, cerca del incandescente magma y el hierro primordial, el calor no sería más intenso.

Catalina permanecía callada junto a su madre, pero un paso detrás, como habría hecho una sirvienta. Debido al extremo calor de la sala, su rostro se estaba congestionando, al igual que el mío. La dueña de la casa, sin embargo, estaba más que desmejorada. Su semblante mostraba un pajizo color, como si su marchita y refractaria piel no respondiera a la proximidad de una fuente calórica tan viva como el fuego que ardía a sus pies.

Con voz débil quiso saber:

—¿Le ha anticipado la niña para qué le he hecho llamar?

—Sí, señora. Quieren que encuentre a un hombre llamado El Sanador.

—¿A qué viene ese vulgar apodo, Catalina? —Se enfadó su madre, estirando hacia atrás el descarnado cuello.

—Porque hace milagros. ¿No los viste tú misma?

—¿Qué clase de milagros? —intervine para evitar una discusión entre ambas.

Doña Anunciación me clavó sus enrojecidos ojos.

—Curaciones.

—¿De alguien a quien usted haya conocido?

—Libró a mi marido de una infección mortal, salvándole de una muerte segura.

—¿Fue ese hombre quién lo curó?

—Fue Ella.

—¿Quién, la Virgen?

—¡Ella, sí! A través de mis rezos, de mis súplicas y de Juan Dragonara, de Juanillo.

—¿El niño vidente de Gavín?

—Un querubín —me corrigió ella.

Tuve la impresión de que aquella escena en un rústico salón del Desierto de las Palmas donde se encendía fuego en los meses de verano flotaba en un limbo de irrealidad, en el marco de un relato fantástico. Pero era real, estaba ocurriendo ante mis propios ojos. Aparentando una credulidad que estaba muy lejos de sentir, rogué a doña Anunciación que me confiara sus experiencias con los «querubines» de Gavín.

—¿Qué recuerda usted de aquellos acontecimientos, señor Falomir? —me preguntó a su vez.

—Lo que leí en la prensa.

—Se expresa con descreimiento. ¿Le parecieron paparruchas, supersticiones?

—No quería insinuar...

—Fueron hechos, señor Falomir —zanjó doña Anunciación con autoridad; su voz sonaba más firme—. Hechos y nada más que hechos. Comenzando por la primera de las apariciones, el 10 de noviembre de 1977.

—Recuerda la fecha con precisión, aunque han pasado muchos años.

—¿Cómo olvidarla? Los mensajes de la Señora se sucedieron sin interrupción hasta el 30 de noviembre, fecha en que abandoné el pueblo porque mi marido había vencido la enfermedad. Durante aquellas tres semanas, no me moví de Gavín. Me alojaba en la fonda de doña Paula, que aún vive...

La memoria de doña Anunciación acababa de abrir una ventana al pasado y por ese hueco se asomaron algunos de sus viejos fantasmas, huéspedes de la pensión de Gavín, sacerdotes a los que conoció entonces... A riesgo de irritarla, insistí en que me relatase con exactitud los fenómenos de los que había sido testigo. Sus párpados se abatieron bajo la gravedad de los recuerdos y las yemas de sus sarmentosos dedos acariciaron el escapulario como si fuera un amuleto. Estaba rezando. Salmodió un avemaría y sus ojos se abrieron con otra luz, como si una divina gracia los hubiera purificado.

—Lo que vi, lo que sentí... Es lo mismo, señor Falomir, como tres Personas, siendo en realidad Una sola, comparten el trono del creador... En aquel tiempo, Gavín tenía escasamente dos centenares de habitantes. El 10 de noviembre de 1977, a las tres en punto de la tarde, en un camino de carros, tres pastorcillos del pueblo, dos niñas y un niño, vieron a la Santísima Virgen María. Nadie les creyó, pero en los días siguientes ellos siguieron viéndola una y otra vez. El párroco de Gavín, mosén Dativo, los acompañó en sus éxtasis, verificó su autenticidad y comunicó el acontecimiento al obispo de Teruel. El obispado comisionó a un exorcista y a un médico psiquiatra para estudiar el caso. Sus informes a la jerarquía fueron concluyentes: los niños no fingían, sus arrobos eran auténticos, durante la suspensión estática quedaban aislados del mundo, insensibles a su realidad, a otras voces, a los alfileres que el exorcista les clavaba en los brazos para comprobar que no estaban simulando, que no fingían ni jugaban... ¿Cómo explicar su insensibilidad, la ausencia de dolor, el hecho de que no les quedaran marcas en la piel? ¡Y no solo eso! Otros

fenómenos sobrenaturales sin explicación racional posible se dieron cita en Gavín.

—¿Por ejemplo?

—Los niños veían con claridad en la oscuridad de la noche, adivinaban los nombres de los peregrinos que acudían al pueblo y se expresaban en lenguas desconocidas.

—Hábleme de la curación de su esposo.

La mirada de doña Anunciación se aceró con el fognazo de una llama interior que pareció atravesar no solo el fuego, sino mi masa corpórea y hasta los propios muros del salón, para proyectarse hacia aquel pueblecito turolense de casas de piedra sillar y una ermita románica donde, supuestamente, se había aparecido la Virgen a tres menores de edad. Debió emocionarse al recordar episodios tan íntimos como la agonía y curación de su marido porque de sus pestañas escapó una lágrima. Tardó unos segundos en recuperarse y siguió narrando:

—En el verano de 1977, Luciano y yo hicimos un viaje a África. Estuvimos en Camerún, Guinea, Sierra Leona y otros países ecuatoriales porque mi marido quería invertir en el negocio de las maderas preciosas. Cuando volvimos a España, Luciano se sintió enfermo. Tenía fiebre muy alta, fuerte dolor de estómago... Tuvimos que ingresarlo en un hospital. Había desarrollado una agresiva bacteria y los médicos no acertaban con el tratamiento. Lo trasladé a una clínica especializada en enfermedades tropicales, pero tampoco consiguieron bajarle la fiebre ni detener las hemorragias. Empecé a temer por su vida. Velándole junto al lecho, oí en la radio la noticia de las apariciones de Gavín y sentí una clara llamada. No me lo pensé dos veces. Dejé a Luciano al cuidado de mi hermana y cogí el coche. Por entonces, no existía la actual carretera, ni era fácil llegar a Gavín. Había que seguir el río Arás por una pista forestal. Las llantas patinaban en el barro, y estuve a punto de chocar con los abetos. Colgado del cielo, custodiado por altas y frías sierras, con las torrenceras tronando a sus pies, Gavín permanecía anclado en la Edad Media.

Una cavernosa tos la obligó a interrumpirse.

—¿Te encuentras bien, mamá? —se alarmó Catalina—. Ten, toma un pañuelo.

Me pareció que la señora Serret se lo devolvía manchado de sangre.

—Gracias, hija, déjame seguir... Hacía un frío intensísimo, señor Falomir, pero los heraldos de María Santísima no parecían sentirlo. En cuanto escuchaban la voz de la Virgen, y la percibían con nitidez, tal como usted está escuchando la mía, salían de sus casas con lo que llevaran puesto. Eran dos niñas de doce y trece años, María y Teresa, hermanas, y Juanillo, primo hermano suyo, de un año más, catorce. Vivían en dos casas separadas. Las niñas y Juanillo no tenían modo de comunicarse, pero en cuanto la Señora les reclamaba con una voz que solo ellos tres podían oír corrían a encontrarse en el pórtico de la iglesia para, desde allí, buscar a la Virgen y caer de rodillas allá donde Ella se les apareciera, en un huerto, en los pedregales del río Arás, junto a las bordas de los pastores, o más arriba, en el Monte Sacro, frente a las centenarias encinas y los vetustos pinos... No había trampa, señor Falomir, no había

truco. Era verdad, ¡todo era verdad! Realmente los niños veían a la Virgen y escuchaban sus palabras, en forma de mensajes y mandatos. Nosotros nos limitábamos a seguirles y a arrodillarnos cuando los niños comenzaban a rezar ante la Reina de los Ángeles con una expresión de dicha como yo jamás he vuelto a ver en ningún ser humano, y como seguramente no volveré a ver hasta que Dios me convoque a su vera y me permita contemplarme en el espejo de su felicidad.

Doña Anunciación calló para tomar aire y pasarse la lengua por los reseos labios. Puede que fuera efecto de las llamas, a través de las cuales su rostro adquiriría un perfil casi malévolos, o tal vez un sugestivo efecto derivado de aquel escenario, con los cuadros devotos de temas religiosos, profetas, santas, vírgenes que decoraban la estancia sombríamente iluminados por el fuego, pero me pareció que la punta de su lengua tenía un color negruzco, con las papilas gustativas marcadas como granos de café.

—¿Qué les decía la Virgen María a los niños? —pregunté para romper el silencio.

—Les daba consejos para redimir a la humanidad de sus pecados y corregir a la Iglesia en sus errores.

—Supongo que a los curas no les haría ninguna gracia —fue mi comentario, que doña Anunciación no corroboró—. ¿Tal vez por esa razón la Iglesia no ha reconocido las apariciones?

—¿Otra vez duda usted, señor Falomir?

—Yo no...

—¡No lo haga! —me conminó la anciana, alzando los brazos en una colérica actitud—. ¡No dude más! Yo fui testigo, ¡yo lo vi! Hombres y mujeres acudían a Gavín en demanda de curación. Enfermos de leucemia y de cánceres terminales desafiaban el barro y la lluvia, el frío y la nieve para remontar los senderos con la esperanza de que la Virgen les librara de sus males. Sillas de ruedas y camillas subían a la cumbre del Monte Sacro impulsadas por esperanzados brazos. Los enfermos quedaban tendidos sobre la nieve, delante de los divinos pastores, rogando a María, a Teresilla y a Juanillo que intercedieran por ellos, que hicieran saber a la Señora sus calamidades, que les impusieran las manos para arrojar lejos de ellos la enfermedad y el dolor... Había jornadas en que la Virgen se aparecía dos y tres veces. Yo me pasaba el día pendiente de los «avisos», como los mensajeros denominaban a las llamadas de la Madre. Si me dormía, la patrona tenía orden de despertarme en cuanto los tres niños salieran de sus casas. Al amanecer, de noche cerrada, nevara o lloviese... Una tarde, recién oscurecido, salieron a la calle obedeciendo a una nueva llamada de la Madre, con la peculiaridad de que lo hicieron caminando hacia atrás. Estaba cayendo una densa aguanieve. Iban descalzos y con muy poca ropa, pero ni siquiera tiritaban. No tropezaron una sola vez. Alguien trajo una linterna, pero ellos no necesitaban otra luz que la de su revelación interior. Por la embarrada senda del Monte Sacro les fuimos siguiendo, los pequeños siempre caminando hacia atrás, de espaldas, sin volver la vista. No se cayeron. No tropezaron ni vacilaron al elegir los

atajos. Subieron la montaña de espaldas, con las manos y las cabezas alzadas al cielo nocturno, inundadas sus miradas de celestial gozo. En la cumbre, el viento soplaba con fuerza. El frío era tan agudo que yo no sentía la cara. Pero ellos, con las piernecillas al aire, ni siquiera tenían piel de gallina. Me arrodillé junto a Juanillo y pude ver su arrebatado de puro éxtasis, la maravillosa sonrisa con que se entregaba a su visión... ¡Porque estaba viendo a la Madre, tenía ante sí la imagen divina de María Santísima! Di con mis rodillas en el barro y me puse a rezar fervorosamente.

Doña Anunciación también lo hizo ahora, y con la misma fe con que debió orar entonces. Hundió la mandíbula en el pecho y murmuró otra letanía, hasta que sus ojos volvieron a escrutarme a través de las llamas.

—De pronto —siguió susurrando con una voz que no parecía la suya—, noté que había alguien cerca de mí en el Monte Sacro. Era una presencia espiritual, pero de tal potencia que mi ánimo se inundó de paz y empecé a llorar con mansedumbre. Completamente segura de que la Virgen me estaba escuchando, oré y le supliqué por la curación de mi esposo. Imploré y seguí rezando avemarías hasta que Juanillo se puso en pie, me cogió las manos y con una angelical expresión me anunció que Luciano se había curado de su enfermedad, pues la Señora, atendiendo mis súplicas, así lo había querido. ¿Cómo sabía Juanillo el nombre de mi marido, cómo podía saber que era él quien estaba tan enfermo? Yo no se lo había dicho a nadie. Me dominó una intensa congoja y empecé a sollozar, pero estremeciéndome con una alegría como jamás he vuelto a sentir. Un reconfortante calor se extendía por todo mi cuerpo, colmándome de bienestar. Las niñas, Teresa y María, estaban a mi lado y me sonreían... En aquel instante, los pies de Juanillo se alzaron de la nieve y ascendió en el aire. Tuve calor, la sensación de que igualmente yo me elevaba, y me desvanecí...

Doña Anunciación calló repentinamente, como si el esfuerzo que acababa de realizar la hubiera dejado exhausta. Sus hombros se habían vencido y pensé que se nos iba a caer redonda, pero solo un poco antes de que yo también me derrumbara porque la temperatura del salón era inhumana y apenas me entraba aire a los pulmones.

En un aparador había una jarra. Catalina ofreció a su madre un vaso de agua.

—Estoy bien, hija, no te preocupes por mí.

—Deberías acostarte, mamá.

—Déjame terminar, hijita... En la mañana de aquel venturoso día llamé a la clínica para comprobar cómo seguía tu padre. El médico me dijo que había pasado buena noche y que tenía mejor aspecto. En breve, no quedaría rastro de su infección. Fue un milagro, señor Falomir, créalo. ¿O todavía duda?

Catalina me entregó un maletín de piel. Ninguna de las dos me dijo que no lo abriera y me puse a hojear su contenido. Incluía un informe de otra agencia de investigación y varias fotografías de un hombre enjuto y alto, de unos cuarenta años, con pelo largo y barba, vestido con una camisa blanca y un pantalón igualmente claro, aunque muy rozado. En una de las fotos estaba sobre un acantilado, de

espaldas, con los brazos extendidos frente a un mar de tierra. En otra, caminaba descalzo por la cuneta de una solitaria carretera, bajo las luces del atardecer.

El pulso se me disparó. No es que aquel sujeto fuese muy parecido al sospechoso del crimen de Jaime Pisano, al hombre que yo había fotografiado en el arcén, junto al hotel El Corzo.

Era él.

—¿Juan Dragonara? —quise asegurarme, señalando la fotografía.

—Juanillo —asintió doña Anunciación, y un rosáceo rubor como de mujer encandilada animó sus consumidos carrillos.

—¿De qué fecha son estas fotos? ¿Recientes?

—De hace poco, creo —repuso Catalina—. De cuando vivía en el cabo de Gata.

—Donde sanó a una paralítica —apostilló doña Anunciación en el mismo tono en que hubiera dicho que la tierra era redonda.

Alguien tenía que seguir haciendo de abogado del diablo y yo era el único candidato.

—¿Hubo testigos de ese milagro?

—Lo tiene todo en el informe —replicó la madre de Catalina. Unas anaranjadas manchas, como de fiebre, le escarchaban las mejillas—. No olvide que Juanillo es un ángel, hijo querido y amantísimo clarín de María Santísima. Posee fuerzas sobre la naturaleza, la facultad de derrotar la enfermedad, tal vez a la propia muerte... Sé que me han desahuciado, señor Falomir, no soy tonta. ¡No, Catalina, no me interrumpas! ¿Qué poder tienen ellos, esos médicos que tanto saben? Cuando usted encuentre a Juanillo, señor Falomir, él me sanará. ¡La Virgen sabrá cómo!

Con un desmayado gesto, doña Anunciación volvió a coger su Biblia y la abrió por el pasaje que estaba leyendo.

La entrevista había concluido.

Catalina me tomó del brazo. Salimos del salón y bajamos al patio.

En su centro se abría un viejo pozo. Mi amiga me invitó a esperar junto al brocal mientras entraba a la casa para extenderme un cheque. ¿Cómo decidir si informarle o no de que Juan Dragonara, en quien su madre había puesto todas sus esperanzas de curación, era un peligroso criminal buscado por la policía? Mi sentido del deber me impuso informar previamente al *comisario* Coscolín, a pesar del prepotente modo en que me había tratado.

La vista desde las terrazas del *mas* era sublime. Allá abajo se extendía un verde tapiz de huertos y árboles, con la nota de color de los frutos en sazón como mínimas pinceladas de un lienzo puntillista. Más allá, junto a la línea del mar, los altos edificios de Benicassim brillaban con una blanca luz que rebotaba en el Mediterráneo haciendo imposible, sin gafas de sol, mantener la mirada en el horizonte. El cielo era tan azul que daban ganas de morirse para verlo más de cerca, mientras Castellón parecía querer abrazarlo, entregarse a él como una concha marina se deja rodar por la marea.

Catalina regresó con un talón al portador. La cifra me impactó. Tres mil euros.

—Eres muy generosa.

—Si necesitas más, silba.

—Si lo hago, será para pedirte una cita.

Ella sonrió murmurando algo sobre la incorregibilidad de cierto detective.

—¡Ponte en movimiento, Flo! Encuentra a ese milagrero y tráenoslo.

—Aunque lo haga, no servirá de nada, Cata, y tú lo sabes. Tu madre no va a recuperar la salud porque un iluminado que se parece a George Harrison venga a imponerle las manos.

—¡Hazlo por nosotras!

—Insisto, Cata, no te hagas ilusiones...

—Hazlo por mí.

Se puso de puntillas y me besó en los labios. Farfullé:

—No sabía qué era el éxtasis, pero ahora... ¡Igual me pongo a levitar!

—¡Eres tan mono!

Noté que se me disparaba el pulso, pero no por mis coqueteos con Catalina, sino debido a que en la galería del patio acababa de aparecer Luciano Serret, su padre.

El magnate me había visto y vino hacia nosotros.

—¡Vaya sorpresa! Buenas tardes, Falomir —dijo con su pedregosa voz—. ¿Quieres dejarnos solos, hija?

Catalina se fue, pero Serret y yo no nos dirigimos al interior de la casa, sino, simplemente, unos pocos pasos más allá, hasta un emparrado situado al otro lado del pozo, con gruesos y retorcidos sarmientos y una cortina de trepadoras sombreando el suelo de tierra plana que alguien había regado a mano, para refrescarlo. Bajo la

pérgola de forja, que debía tener por lo menos un siglo y medio de antigüedad, había un juego de la rana y una mesa de cine con fichas de dominó en la que, quién sabía, llegaron tal a vez a jugar los soldados del general Cabrera.

Las sillas eran de hierro pintado de blanco. Serret se sentó en una y yo hice lo propio frente a él, al tiempo que me quitaba el panamá y me aflojaba el nudo de la corbata.

Don Luciano no había cambiado apenas durante el tiempo que yo había dejado de verle. Seguía teniendo el mismo rostro arrugado y enteco de labrador, y su enjuto físico de siempre. Pese al extremo calor, y a encontrarse en su casa, iba vestido con el permanente traje que cambiaba de tejido según la estación, pero jamás de color, el gris, y calzado con unos mocasines que dejaban ver sus puntiagudos tobillos. Sus ojos seguían siendo oscuros, negros, prácticamente, de expresión inteligente y cruel.

Le dije que le encontraba con buen aspecto.

—Tú eres el que ha venido muy elegante, Florián.

—La ocasión lo requería.

—Pero te estás quedando calvo. Gastarás poco en peluquería.

—Cualquier ahorro es bueno cuando algunos no pagan lo que deben.

Con esa obvia indirecta quise aludir a la deuda que tenía conmigo, al dinero que había dejado de pagarme cuando me despidió del casino, pero si lo recordaba no lo denotó.

—¿Puedo saber qué estás haciendo en mi casa?

—He venido a ver a su hija.

—¿A cuál de las dos?

—A Catalina.

Tomé aire y añadí:

—Y a su mujer.

Su rostro permaneció imperturbable. Si le había sorprendido, disimulaba muy bien.

—¿Las has visto?

—Arriba, en un salón con el fuego encendido, donde casi me convierto en detective a la brasa.

Ni siquiera sonrió. El humor no era su fuerte.

—¿De qué habéis hablado, si puede saberse? ¿Cuál fue el motivo de la conversación?

—¿La verdad, don Luciano?

—Por delante siempre, Florián.

—No fue eso lo que usted me enseñó.

—Nunca aprendiste nada de mí.

—Porque no me gustaban sus reglas.

El magnate amagó una sonrisa. Lo único que había aprendido de él era a temerle mientras sonreía.

—Que no son buenas ni malas. Que están, sencillamente, para cumplirlas. Mandar no es tan difícil, Florián. Un hombre solo no precisa compañía, pero sí estímulo; dos, un proyecto y disciplina; tres, mucho espacio y un tribunal. Pero en las mujeres rigen otras pautas... Ellas son sustanciales, en el fondo no desean cambiar nada, aunque a veces provoquen movimientos imprevisibles... ¿Qué querían de ti mi hija y mi mujer? ¿Qué puedes tú darles que no hayan podido pedirme a mí, que no pueda regalarles yo?

Por muy ofendido que yo estuviera, desobedecer a don Luciano, y en su propio terreno, era el peor consejo que podría darme a mí mismo. De modo que le revelé:

—Su esposa y Catalina quieren que encuentre a un individuo muy peculiar, y que lo traiga a su presencia.

—¿Quién es?

—Una especie de milagrero o curandero místico.

—¿Para curar a quién?

—A doña Anunciación, claro. Porque Catalina no tiene remedio.

Estuve a punto de carcajearme con mi propio chiste, pero tampoco esta vez don Luciano iba a celebrarlo.

—¿Piensan pagarte bien?

—Creo que no podré quejarme.

—Ni yo oponerme.

—No sabe cuánto me alegro.

Cogió una ficha de dominó y jugueteó con ella.

—Acepta ese dinero, que es mío, actúa con prontitud, como yo te enseñé, y da satisfacción a mis seres queridos.

Era la primera vez que le oía hablar en tono relativamente cariñoso de los suyos y no supe discernir si lo hacía en serio o no. La tradición familiar apuntaba a lo segundo. Cuando, años atrás, don Luciano me había encargado que vigilara a Catalina, se refería a su hija como «esa cabra loca». También le oí calificar por entonces a Fernando como «el inútil de mi hijo». Gloria era a todas sus luces su predilecta. De su mujer, doña Anunciación, jamás le oí una sola palabra, ni buena ni mala. Silencio administrativo. Nada.

Reclamé su colaboración.

—Tal vez pueda ayudarme a encontrar a ese individuo. Le llaman El Sanador. Su verdadero nombre es Juan Dragonara. ¿Le suena?

Meneó pensativamente la cabeza de un lado a otro. Tenía la frente tan curtida por el sol que la piel le tiraba como un tambor.

—No, no me suena.

—¿Sabía que El Sanador fue uno de los niños videntes de Gavín, al que su esposa rogó por su curación, cuando usted, poco después de casarse, contrajo una enfermedad tropical?

Guardó silencio, impertérrito. Su cara era una pura máscara. «De sal», pensé,

recordando sus orígenes.

—¿Ha oído hablar de una hermandad o secta religiosa fundada en torno a santa María de Gavín? ¿De una fundación llamada Luz del Cielo? ¿De los llamados gavinianos?

Negó con un rictus, manteniendo apretados los delgados labios. Enseguida, y cambiando de tema, se puso a hablarme de lo bien que le iban los negocios, de un rascacielos que quería construir en Madrid, de otro casino que estaba a punto de abrir en Cartagena... Esta última referencia me despertó un reflejo asociativo.

—Tengo familia allí.

—¿En Cartagena de Indias?

—Me refería a la Cartagena española... No sabía que sus empresas hubieran saltado el charco.

—Hace mucho que tengo negocios en América. Me divierten. ¿Y a ti, cómo te va, Florián? ¿Has vuelto por el casino?

—Desde que usted me despidió ilícitamente, no.

—Me porté mal, lo sé... Quisiera enmendarme. No con dinero —se apresuró a descartar—. Podría reservarte una suite y regalarte unas cuantas fichas... por valor de unos cuantos miles de euros.

—Lo pensaré.

—Acepta mis obsequios, Florián.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque están cargados de afecto y porque todavía me debes un respeto.

—Compruebo que no ha cambiado usted para nada. Sigue pensando que todo el mundo tiene un precio.

—El tuyo siempre fue económico, Florián. Nunca supiste valorarte ni hacerte valer.

—Puede despreciarme cuanto quiera, no por eso dejará de deberme dinero. Y, lo más importante para mí, una explicación.

—Te encuentro alterado, Florián, un poco nervioso. Podría recomendarte para que alguna chica guapa te relaje con un buen masaje. En el Gran Casino tenemos una tailandesa nueva con unas manos de ángel...

El mafioso volvía a ganar al empresario, y el tipo odioso y maleducado que Serret llevaba dentro al buen anfitrión. Me levanté bruscamente y me alejé de él como de la víbora que era. ¡Era tal el aborrecimiento que me provocaba que habría deseado verle muerto!

Me dirigí a buen paso hacia la salida a través de los jardines, en cuyos árboles, debido al calor, que los habría asado, no cantaba un solo pájaro.

Un sol egipcio hacía refulgir la cúpula de la bodega como la cápsula de una nave espacial. Se había levantado viento, pero lo que se filtraba en mis pulmones era un vapor pesado, el irrespirable oxígeno de un planeta no apto para la vida.

Al atravesar el bosque de palmeras volví a fijarme en una piscina en forma de óvalo que había visto al llegar. Entonces no había nadie, pero ahora una mujer estaba nadando en sus transparentes aguas.

Sin pensármelo, me acerqué. El bañador negro de la nadadora y su gorrito de baño invitaban a presumir que se trataba de una señora de cierta edad, una tía de la familia, tal vez, pero en cuanto salió del agua —lo que hizo a rápidas brazadas, nada más verme—, una melena oscura y brillante se desparramó en húmedos bucles sobre sus hombros y pude reconocer a Gloria Serret, la hermana de Catalina. Todo lo que Cata tenía de provocativo y de —¿cómo decirlo sin ensuciar mi sincero sentimiento de amistad hacia ella?—, de vulgar, todo aquello promiscuo o plebeyo en mi amiga se tornaba equilibrado y digno en su hermana. Pero al verme, sus ojos, de un verde aguamarina, destellaron con hostilidad.

—¿Quién es usted?

Invité a brillar a mi mejor sonrisa y levanté las manos como si me apuntara con un arma, pero ella hizo un gesto de miedo y retrocedió hacia una sombrilla para voltear una toalla sobre sus hombros desnudos y anudarse un pareo a la cintura.

—Soy el detective Florián Falomir, de la agencia de investigación Las Cuatro Efes.

—¿Cuatro efes?

—Fiabilidad, fidelidad, fortaleza, facilidad de pago.

Gloria se llevó una mano a la boca como reprimiendo un principio de hilaridad, pero de inmediato volvió a mostrarse altanera.

—¿De qué manicomio ha escapado y cómo se ha colado en mi casa?

—Soy un amigo de su hermana Catalina. He venido a requerimiento de su madre, para un asunto de trabajo. O de salud, no estoy muy seguro...

—¿Le está molestando, señorita Gloria?

La consulta, formulada a gritos por el mismo individuo que antes estaba con Catalina, el tal Braulio, aquel híbrido entre fisioterapeuta y maestro de artes marciales, había sonado a mis espaldas. Braulio no estaba lejos, apenas unos metros encima de mí, en las palmeras, dispuesto a saltarme encima como un orangután bien adiestrado.

—No pasa nada, Braulio —lo calmó Gloria, y se me encaró—. ¿Qué tiene que decirme? ¡Suéltelo y márchese!

—Una mala noticia, me temo.

—¿Cuál? —quiso saber con aire desafiante, como si entre mis facultades no figurase la de poder perturbarla.

—Referente a un amigo suyo y mío: Jaime Pisano.

Una de sus manos se cerró sobre la otra.

—Apenas conozco a ese señor.

—Pero no le resulta un completo desconocido, ¿verdad?

—Le conozco de vista. ¿Qué sucede con él?

—La pregunta sería: ¿qué le ha sucedido? Se la responderé, señorita Gloria: ha muerto.

Lo anuncié mirándola fijamente a los ojos y su labio inferior se descolgó dejando ver una hilera de dientes diminutos y blanquísimos, como los de un felino.

—¿Muerto?

—Asesinado.

Dejé que el participio flotara en el aire caliente parpadeando como un mal actor porque el sol me daba en la cara fundiéndome la piel como si estuviera a punto de convertirse en una careta de cera. Debíamos estar a más de 40° C. A saber cuántos más habríamos soportado en el salón o tumba egipcia de doña Anunciación, con la chimenea encendida y las ventanas cerradas. Yo estaba empezando a encontrarme mal, destemplado, con frío y una nauseabunda sensación de mareo. ¿Un brote de insolación? Probablemente... Gloria había dejado en una mesita una bebida refrescante en la que aún no se habían disuelto los hielos. Una limonada, tal vez un *ginlemon*. Hubiera dado cualquier cosa por beber un trago.

Le seguí informando:

—Alguien ha matado a Jaime Pisano en un motel de la carretera de Castellón, El Corzo. ¿Conoce ese establecimiento?

—No.

—Pero a Jaime sí le conocía.

—Se lo acabo de decir. Apenas.

—¿De qué?

—Nuestra relación es... era puramente profesional. Jai... El señor Pisano iba a asesorarme sobre determinadas estrategias empresariales e inversiones relacionadas con la expansión de nuestros vinos en América Central. En México, especialmente.

Estaba empezando a cansarme de tratar a aquella familia con tantos miramientos y la interrumpí sin mostrarle el más mínimo respeto.

—¿Se acostaba con él?

Tuvo que sentirse insultada, pero la habían educado para dominarse y exhibió su capacidad de autocontrol.

—¿Es usted un maleducado! Acabo de decirle que nuestra relación era profesional. ¡Nada más!

—Escúcheme —dije avanzando un paso hacia ella, pero simultáneamente retrocediendo en mi posición moral y, en consecuencia, un tanto avergonzado de lo

que me proponía hacer—. Un investigador privado es diferente a un policía. Las funciones son distintas. Sus lealtades y comportamientos, también. En la mañana de ayer —proseguí con vivacidad para impedir que me arrebatara la palabra—, mi socio, Fermín Fortón, la vio a usted en el Gran Hotel de Zaragoza junto a Jaime Pisano. Pudo escuchar cómo se citaban a las cuatro y media de la tarde en El Corzo. Lo negará cuantas veces quiera, pero siempre habrá un testigo.

—¿Un testigo de qué, señor Falomir?

—De algo que solo sabemos, por el momento, mi socio, usted y yo.

—¿Por el momento? ¿Se trata de una amenaza?

—Por ahora, no creo que nadie más tenga que saberlo.

—¿Por ahora?

—Eso he dicho, señorita.

Gloria estiró una sonrisa sarcástica.

—¿Está intentando chantajearme, señor Falomir? ¿Qué es eso tan importante que nadie más debería saber?

—Que tenía una cita con un hombre que iba a ser asesinado. Y que, a las cinco de la tarde de antes de ayer, llamó a su móvil para anularla.

Se puso tan roja que me di cuenta de que había dado en la diana.

—¿Adivina por qué Jaime no pudo contestar a su llamada?

Su mirada se veló.

—¿Porque estaba...?

—Muerto, sí. ¿A qué se debió que cancelara su cita con él?

—Yo... No estaba segura.

—¿De sus sentimientos?

Gloria no contestó. Sin dejarla respirar, le seguí preguntando:

—¿Era su primera cita amorosa?

No contestó, pero yo pregunté:

—¿Por qué no acudió?

—No lo sé.

—Hasta entonces, ¿hubo algo entre ustedes?

—Él... me llamaba a todas horas.

—Y no siempre por trabajo, ¿no? Dígame, Gloria, ¿dónde estuvo en la tarde del crimen?

—Después de desayunar con él en Zaragoza cogí el coche y regresé a Castellón. Estuve aquí.

—¿Desde dónde hizo la llamada al móvil de Jaime?

—Desde mi habitación.

—¿Tiene algún testigo?

Se secó el pelo con la toalla para disimular su cólera, su turbación o ambas cosas, pero acto seguido su tono se moderó un tanto.

—Lo dice como si creyera que yo...

—En la policía no solo barajarían esa posibilidad, sino que actuarían en consecuencia —le aseguré con una certeza que no estaba muy lejos de albergar—. Pero comprendo que se sienta incómoda hablando con un desconocido, así como está, en bañador... ¿Quiere vestirse? Puedo esperarla el tiempo que precise. Únicamente le agradecería que me diera algo fresco para beber.

Alzó una mano como si fuera a golpearme.

—Le diré lo que quiero, señor Falomir: no verle nunca más. Tenga la relación que tenga con mi hermana Catalina, no me incluye para nada. ¡Olvídese de mí, ahora mismo y para siempre! Imagino que sabe por dónde se sale de El Espartal.

Ignoraba el nombre de la finca. Como a la mayoría de las urbanizaciones de Zaragoza, alguien debería cambiárselo.

Me despedí de Gloria Serret mucho más educadamente que ella de mí.

El tal Braulio me siguió a través de los jardines sin quitarme el ojo de encima.

Subí al coche y lo puse en marcha. La verja se abrió girando con suavidad sobre la arena. Al atravesarla, el ex policía Cerdán me despidió cariñosamente con un corte de mangas.

Aceleré en medio de una nube de polvo, alejándome de aquella entrañable y bien avenida familia, y de sus amables empleados.

Solo había recorrido unos pocos kilómetros plagados de curvas cuando me di cuenta de que tenía varios mensajes en el móvil. Durante mi entrevista con doña Anunciación, lo había mantenido en silencio.

Todas las llamadas eran de mi agencia. Necesariamente, tenía que tratarse de algo urgente.

En el coche llevaba un dispositivo de manos libres, pero me sentía bastante mareado y, a fin de recuperarme, y puesto que también quería llamar al comisario, y hacerlo con la mente despejada, me detuve en un alto de la sierra. Desde allí se divisaba una telúrica panorámica del valle, sin *masos*, sin casetas ni torres de electricidad. Como si la creación se hubiera detenido al principio, solo vegetación y cielo.

Devolví la llamada a Beni. Su voz sonó angustiada.

—¿Dónde estabas, Flo?

—En El Espartal.

—¿Dónde?

—¿Qué más da, Beni? ¿Qué pasa, por qué me has llamado media docena de veces?

—Ha venido la policía, Flo. *Dos* policías.

—¿A la agencia? ¿Están allí?

—Acaban de irse.

—¿Qué querían?

—¡Detenerte!

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por un crimen. El de un tipo que se han cargado en un motel de carretera.

Definitivamente, aquel acababa de dejar de ser mi día de suerte.

—No te pongas nerviosa, Beni, y cuéntamelo todo, sin omitir nada.

—¡Estoy frenética, Flo, y también tú deberías estarlo!

—¡Cálmate! ¿Qué hicieron esos agentes?

—Se metieron en tu oficina y la estuvieron registrando.

—¿Con qué autorización? ¿Te mostraron una orden judicial?

—No me enseñaron nada, ningún papel. Eran altivos, un par de chulos. Se comportaban como si yo fuera una empleada suya.

—¿Por qué no les impediste entrar a mi despacho? ¡Parece mentira que trabajes para mí!

—Es que mi especialidad en La Habana era...

—Investigación aeroespacial, lo sé, lo sé... Pero ¿cuándo Fidel Castro ha enviado un cohete al espacio?

—¡No sabes cómo lo siento, Flo! Todo lo he hecho mal, como siempre...

—Has intentado avisarme —me apiadé—. Fui yo quien no atendió tus llamadas.

—¡He estado telefoneándote sin parar!

—Está bien, Beni... no te agobies, no voy a quitarte la media paga de julio...

—¿Y la de diciembre?

—¿Quién puede ponerse a pensar en la Navidad con esta temperatura sahariana? Dime, Beni, ¿esos agentes se llevaron algo de mi despacho?

—Del de Fermín, el expediente del caso Pisano, y del tuyo tu bate de béisbol.

A pesar del bochorno, sentí el mismo escalofrío que si me hubieran acariciado la médula espinal con un punzón de hielo.

—¿Para qué?

—Dijeron que el bate tenía manchas de sangre y que podía haber servido para golpear a alguien.

Me eché a reír alocadamente, como si el sol me hubiera fundido los sesos.

—¡Sangre de hace treinta años, cuando jugaba al béisbol en el campus universitario y me sangraban las manos de tanto batear!

—¿Y eso cómo iba a saberlo yo, Flo?

—Nunca te has interesado por mis prácticas deportivas, Beni. ¿Crees que porque estoy un poco grueso no he ganado innumerables competiciones? Me minusvaloras y eso te hace incurrir en errores tácticos, porque los estratégicos, desde la óptica policial, estoy cometiéndolos yo, al haber sido incapaz de planificar el crimen perfecto...

—¡No hables así, Flo! ¿Van a meterte en la cárcel?

—Eso no me preocupa.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque vendrías a verme con una lima enterrada en uno de tus pasteles de coco, serraría los barrotes y huiríamos a Varadero.

Me pareció que soltaba un puchero y me sentí mal, como cuando desorientaba a Fortón con mis juegucitos de palabras. Intenté tranquilizarla diciéndole que no se preocupara, que yo era inocente de casi todo, salvo de ser un metepatas y un tocapelotas, pequeñas faltas por las que a nadie confinan en una prisión, y volví corriendo al coche porque acababa de darme cuenta de que, habiéndolo dejado en pendiente, no había puesto el freno de mano. Lo aseguré y, enervado como estaba, pues no dejaba de preguntarme si el registro policial de mi agencia, incalificable, injustificable, no daría paso a un futuro judicial poco halagüeño para mí, busqué desesperadamente un cigarrillo en la guantera. Solo encontré un pincho de multas sin pagar.

Mientras decidía qué iba contarle al comisario, me alejé del vehículo y trepé a un risco desde el que volvían a divisarse los valles interiores. Estuve contemplando el paisaje lujurioso y húmedo del Desierto de las Palmas y posé mis ojos en la mansión de los Serret, su piscina, la bodega y sus almacenes y, más allá, hacia la lejanía envuelta en el humo azul de caliginosa bruma, los verdes viñedos y el salvaje marco de las grisáceas colinas, coronadas de nubes púrpuras. Pensé en Jaime, en por qué se

lo habrían cargado, y en quién le habría dado el pasaporte. Cada vez tenía menos dudas, por no decir ninguna, de que había sido aquel curandero, El Sanador, el zarrapastroso, Juan Dragonara. ¿Lo habrían capturado? No tenía coche, y andando no podía haber huido muy lejos, pero mi instinto me decía que seguía libre y que nos iba a hacer correr a la policía y a mí.

Llamé a Jefatura y pregunté por Jerónimo Coscolín. Como de costumbre, tuve que pasar por varios subalternos, por un agente de guardia y una secretaria, antes de hablar con él. Me había prometido moderarme, pero en cuanto lo tuve al teléfono me desbordó la ira.

—¿Ya has mandado analizar mi bate de béisbol, Jerónimo? ¿Coincide mi sangre con la de la escena del crimen?

—Debo tomar precauciones, Flo. Hay detalles que no me encajan.

—¿Por eso registraste mi agencia sin orden judicial?

—Uno de mis inspectores se precipitó. Lo siento. Acepta mis disculpas, por favor.

—¿Estoy bajo sospecha?

—Todavía no tengo claro qué hacías en el motel.

—Te lo aclararé. Esa especie de milagrero loco tuvo una visión mística de niño y desde entonces...

—No dispongo de tiempo para perderlo, Flo.

—No lo perderás. Escúchame.

—Estoy en una reunión.

—¡Escúchame!

Sin darle respiro, le revelé que el nombre del sospechoso era Juan Dragonara, y continué con un resumen de lo que me había contado doña Anunciación, las apariciones de la Virgen a las hermanas Teresa y María Fairén y al propio Juanillo, su primo, por cuya intercesión Luciano Serret se había curado de una rara enfermedad tropical que lo habría llevado a la tumba muchos años antes de que abriera el Gran Casino de Castellón, y de lo que sus múltiples enemigos habrían deseado. Proseguí con los pretendidos milagros que, al parecer, Juan Dragonara había reeditado en el cabo de Gata y quién sabía en qué otros lugares. El comisario me escuchaba sin hacer comentarios. Cuando hube terminado, permaneció unos segundos en silencio y dispuso:

—A lo largo del día de mañana, lo más tardar, te citaré en algún momento en comisaría. Antes deberé confirmar ciertas informaciones... No te alejes, Flo... ¡Ni se te ocurra abandonar la ciudad!

—Si soy un buen chico y no os denuncio por allanar mi agencia, ¿me devolverás mi palo de béisbol?

Por toda respuesta, oí entrechocar sus muelas, choc-choc. Había colgado.

Esa noche dormí solo y como hacía mucho tiempo que no lo hacía, sin pesadillas y de un tirón.

Antes de acostarme, había cenado con Ana María y con su madre, Dulce, en la cocina de su piso de la calle Predicadores.

Fue un ágape ligero, pero muy sano y nutritivo. Apenas tomé un poco de paté, algo de queso, un huevo frito —¿quizá dos?—, beicon, un trozo de longaniza de Graus como a mí me gusta, bien torrado a la sartén con dos gotas de aceite para que suelte toda la grasa, más media hogaza de pan de pipas para mojar en una salsita de tomate natural y empujar unas lonchas de jamón de Teruel cuyo tocino a temperatura ambiente se deshizo en mi boca como un concentrado y reconstituyente jugo de carne... Ana María y su madre, en cambio, como personas insensatas que son, se moderaron con unas hojitas de lechuga y verduras crudas de la huerta.

Entre bocado y bocado, les fui refiriendo buena parte de los acontecimientos ocurridos durante aquella dramática jornada. La muerte de Jaime Pisano en El Corzo. La imagen de su asesino, Juan Dragonara, alias *El Sanador*, caminando por el arcén, junto a los coches, vestido de blanco y con el cabello de cuervo al viento. Mi entrevista con doña Anunciación Marés y con su hija Catalina en la delirante mansión de los Serret, bajo la ardiente luz de una anacrónica chimenea y de una esperanza religiosa de carácter místico. Les describí el decimonónico salón con sus cuadros de santos y la expresión de doña Anunciación al hablarme de los mensajeros de la Virgen, al contarme de qué modo aquellos benditos querubines o niños ángeles de Gavín que caminaban de espaldas en la oscuridad y levitaban sobre el manto de la nieve para elevarse hasta la inmaculada orla de la santa María habían curado a su marido y a otros enfermos, y cómo todos los testigos, incluidos los sacerdotes comisionados para investigar los fenómenos, habían acabado creyendo en la autenticidad de las apariciones. Y cómo, con el tiempo, año tras año, habían ido surgiendo adhesiones, legados, cientos, miles de fieles, una fundación y, finalmente, un caso criminal para mí.

Yo hablaba y hablaba, aprovechando para pensar en voz alta, lanzar hipótesis y atar cabos mientras Ana María y su madre me escuchaban con santa paciencia. Mi novia, con sus ciegos ojos francos hacia mí, sonriendo con cariño, con amor, mientras yo contaba, bebía, aventuraba, devoraba y, muy contra mi agnóstica razón, experimentaba una oscura atracción o sugestión al referirme a los hechos maravillosos de Gavín.

Dulce, la madre de Ana María, se mostró muy interesada en contactar con los gavinianos. Aunque no dijo para qué, malicié que sería para intentar curarse el reuma, y seguí comiendo y contando, abriéndome una cervecita tras otra y cortando fuet mientras mis anfitrionas masticaban despacio sus rodajitas de zanahoria y bebían agua mineral rica en sales minerales.

A las doce de la noche, un poco achispado por tanta cerveza, me despedí de ellas y me fui a mi casa.

Ala mañana siguiente me desperté a las ocho, tras un reparador descanso.

Ana María no estaba para prepararme el desayuno, por lo que, siendo yo incapaz ni de calentar la leche, me vestí y salí de casa dispuesto a hacer un alto para tomar un café y algo más sólido de camino al Hospital Miguel Servet.

Mientras me dirigía hacia el hospital localicé a un policía, Pedro Gil, un contacto mío. Le llamé y le estuve preguntando por el atropello de Fermín Fortón en la calle Costa, si creían que había sido intencionado o fortuito. El conductor no había dado señales de vida, y eso, unido a su rápida huida, podía implicar culpabilidad. Gil no quiso proporcionarme más información, si habían identificado el vehículo a través de las cámaras de los comercios cercanos, si tenían localizado a algún testigo, si se había interrogado a alguien... Pero a buen entendedor, pocas palabras bastaban. La policía sospechaba que no había sido un accidente, y eso, de momento, me sirvió.

Tomé café en un bar junto al campo de fútbol y crucé al hospital donde Fermín Fortón había pasado la noche.

Mi socio seguía en una de las habitaciones de la planta de Traumatología. Como compañero de cuarto tenía un anciano que permanecía sedado en la cama contigua, con los ojos cerrados, la boca abierta y cubierto hasta la barbilla con una sábana. El sol se iba elevando sobre las gradas del estadio, incendiando la persiana a medio subir. Hacía tanto calor como en la calle y olía a éter y a humanidad.

Fortón estaba hecho un Cristo, con un hematoma en un pómulos y una herida incisa en el cuello, protegida con un aparatoso vendaje que había dejado filtrar un borron de sangre. Su pierna derecha asomaba vendada hasta el muslo.

—¿Finalmente no han tenido que enyesarte, Fermín?

—Ya ves que no —me sonrió, tratando de animarse—. No tenía nada roto. Bueno, sí... Fibras, a capas, como las cebollas; pero huesos no, por suerte.

—¿Cuándo te darán el alta?

—Mañana o pasado... ¿Pensabas que te habías librado de mí? En unos pocos días, estaré fichando en la agencia.

Me ofrecí a trasladarle en coche hasta su piso de La Magdalena, pero me dijo que no me preocupara, que al hospital iría a buscarle una mujer.

—¿Quién?

—Una mujer.

—Eso ya me lo has dicho, Fermín.

—¿Vuelvo a repetírtelo, Flo? Vendrá a buscarme una mujer.

En Fortón se cumplía canónicamente la legendaria obstinación de los aragoneses; no valía la pena insistir. Yo había conocido a algunas novias suyas y pude imaginarme a la nueva. Seguro que sería otra real hembra, como invariablemente lo fueron las anteriores, aunque pasadas de vueltas y sin la estabilidad necesaria para proporcionarle otra motivación que la de seguir bebiendo la vida a grandes tragos,

apasionarse y deprimirse, tocar el cielo y volver a hundirse en otro infierno cada vez más hondo.

Le informé de que la policía no tenía datos acerca del conductor que le había arrollado, pero que estaban investigando y no descartaban nada.

Después de hacerle compañía un rato me despedí afectuosamente de él y me encaminé a la agencia, donde seguí trabajando en los archivos y vídeos de Luz del Cielo y repasé a fondo la carpeta sobre Juan Dragonara que me había proporcionado Catalina Serret.

Al ratito tuve una idea y localicé en la memoria de mi celular el número de otro amigo mío, Roque Medina, un ex legionario que había abierto una agencia de investigación en Almería, y le pedí información sobre la estancia de Juan Dragonara en el cabo de Gata. A Roque, exhaustivo conocedor de la zona, le sonaba que había un eremitorio en un paraje apartado y abrupto, con unas cuantas cuevas donde se alojaban vagabundos, iluminados, excéntricos y una variada clase de lunáticos, y no le extrañó que una de esas covachas pudiera haber estado ocupada por alguien como El Sanador, presunto vidente y milagrero. Roque se comprometió a hacer algunas gestiones y a ponerse en contacto conmigo.

Sobre la una y media, Beni me pasó una llamada de Jefatura.

Era un sargento, un tal Lucio Luna, a quien yo no tenía el gusto de conocer. No me pareció nada simpático, aunque pocos policías lo eran en acto de servicio. En los últimos tiempos se había impuesto entre ellos, por consejo de la superioridad, una cortesía distante, profesional, un lenguaje conciso e institucional, tan escueto y prudente como el del médico que ha cogido miedo a las denuncias de los pacientes. Intenté sonsacarle, pero fue en vano. Luna se limitó a citarme en Jefatura, por orden del comisario, a las tres en punto de la tarde.

«Adiós almuerzo», pensé.

A las dos picoteé algo rápido en el Mefisto, apenas una ración de ensaladilla, otra de pulpo y unas albondiguillas de merluza que me recomendó Vicente, todo ello empujado con un par de cervezas, porque beber vino a 40° C comenzaba a resultar masoquista. Apuré un café con hielo, pero ¡débil de mí!, no renuncié al aguardiente y emboqué el Coso sudando como un ballenato.

Mi móvil recibió una llamada de mi hermana Pilarcha.

—¡Hola, Flo! Tengo algo importante que decirte. ¿Te pilló en buen momento?

—Cuando la policía va detrás de uno no hay buenos ni malos momentos. Tan solo un margen de libertad que se va reduciendo.

—Te encuentro muy negativo, hermanito. ¿Estás metido en algún lío, para variar?

—Y tan gordo como yo. Pero te escucho.

—Seré breve. Te llamo a propósito de la consulta que me hiciste sobre la Virgen de Arenas de Huerva. La talla robada era, en realidad, original de la ermita de Gavín, una pieza románica del siglo XIII, tan antigua como valiosa. Acabo de descubrirlo hace un instante. Estaba cotejando mis archivos de vírgenes románicas con un nuevo

programa de tratamiento de imagen y el modelo de Gavín ha coincidido con la talla robada. En tamaño, volumen y forma ambas vírgenes son idénticas.

—¿Se trata de la misma?

—En efecto, Flo.

De ser aquello verdad, y no tenía por qué dudar del criterio de Pilarcha, resultaba muy sorprendente.

—¿Estás segura de que es la Virgen de Gavín, la misma de las apariciones?

—Absolutamente segura, Flo. La talla original se dio por perdida cuando ardió la ermita de Gavín, pero no hay duda de que se trata de la imagen que se veneró hasta el incendio del verano de 1978. Es la misma imagen que ahora han robado del santuario de Arenas de Huerva. De no estar convencida, no te habría molestado.

Sin dejar de caminar ni sudar por la soleada acera de la avenida César Augusto, retorcí mis meninges como los nudos de un enigma sin resolver y me arriesgué a lanzar la siguiente hipótesis:

—Eso implica que alguien tuvo que salvar la talla del incendio de Gavín, ocultarla todo este tiempo, restaurarla de modo que resultara irreconocible y, hace un año, trasladarla a otra ermita, la de Arenas de Huerva, como si fuese una pieza de nuevo cuño. ¿Estarías de acuerdo con esta tesis?

—Podría estarlo.

—¿Quién haría algo así?

—Eso ya no lo sé, hermano.

—¿El padre Valentín Vila, el secretario de la archidiócesis, que fue quien trasladó la pieza restaurada a la ermita de Arenas?

—Tal vez, pero ¿por qué?

—¿Para salvar la Virgen de Gavín de alguna clase de peligro, de alguien que quisiera destruirla?

—Me parece muy rebuscado, pero pudiera ser. Tendrás que averiguarlo tú, Flo.

—Lo intentaré, aunque estoy en cuadro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y Fermín?

—En un hospital, víctima de un atropello no sabemos aún si involuntario o deliberado.

—¿Una agresión? ¿Por algo que estaba investigando?

—No lo sabemos, Pilarcha.

—¡Escarmienta en cabeza ajena, Flo! No sea que estés revolviendo un nido de víboras, como ya has hecho otras muchas veces. ¿Me prometes que tendrás cuidado?

Lo hice.

—Gracias, hermano. Eres mi único familiar vivo. Bueno, tú y papá.

—¿A qué obedece semejante ataque de ternura, Pilarcha?

Ella rompió a reír, pero tuve la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar.

—Nuestro padre Adam me está mandando fotos desde Jerusalén. ¡Tenías razón,

Flo, ha aprendido a enviarlas y a hacerse *selfies*! Y se acuerda de mí...

Alas tres y diez, con española puntualidad, llegué a la sede policial.

En la puerta de Jefatura estaba apostado Felipe Oliveras, un periodista especializado en sucesos, que trabajaba para la agencia EFE.

Era un individuo bien parecido, pero siniestro, casado con una antigua prostituta a la que molía a palos cuando se pasaba de copas, cosa que ocurría con frecuencia. Ella no le denunciaba por miedo. Como ser humano, si es que llegaba a alcanzar esa categoría, Oliveras era pura escoria, pero desde el punto de vista estrictamente profesional acreditaba una habilidad sorprendente para conectar con lo más sórdido de la sociedad y extraer de esas cloacas brutales noticias de violaciones y crímenes que vendía a granel, tanto en la prensa local como en la nacional.

Al verme llegar por la acera de María Agustín, Oliveras se apresuró a acercarse a mi encuentro porque me tenía catalogado como un indirecto proveedor de carroña.

Pude oler su aliento, que efectivamente apestaba a vino.

—¡Hola, Flo! ¿Qué te trae por aquí? ¿Por casualidad no habremos venido los dos por el mismo muerto?

Oliveras podía tener información de la que yo careciera e hice un esfuerzo por mostrarme cortés con él.

—Jaime Pisano.

—¡Bingo! ¿Amigo tuyo, Flo?

—Conocido —me enroqué.

—Te acompaño en el sentimiento. ¿O en el fondo ni siquiera lo has lamentado un poquito? Ya conoces el refrán: el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Ahora mismo, lo que quede del tal Pisano estará en el Instituto de Medicina Legal, con más zurcidos que la bata de un niño expósito. Sé que lo han despachado de un estacazo en la cabeza y que el asesino estaba oculto en el hotel El Corzo. Me han *soplado* que fue una reyerta entre maricas. ¿Qué sabes tú, Flo?

—Solo una cosa segura: que no cobraré.

Oliveras se rio como la hiena que era.

—¿Pisano te había contratado? ¿Para qué?

—En el tuyo, no sé, pero en mi oficio se respeta el secreto de confesión.

—¡No seas tan pudoroso, Flo, ni vengas a darme lecciones de moral! Los muertos no se enteran de nada, ni siquiera de que están muertos... ¿Para qué te contrató Pisano? ¿Para evitar que le siguieran chantajeando? Porque estaba siendo víctima de algún tipo de extorsión, ¿no?

Oliveras era como uno de esos boxeadores correosos que, aunque los tiren a la lona, siempre vuelven a levantarse y al final de la pelea acaban ganando a los puntos. No me iba a soltar sin someterme a un nuevo asalto, pero aquel no era mi combate y bajé la guardia.

—Él, directamente, no.

—¿Entonces? Ah, ya comprendo... ¡Le estabas vigilando! Está claro... ¿Le seguiste al hotel? ¡Dime la verdad, Flo! ¿Estabas allí y lo viste todo?

—Lo siento. Tengo prisa.

—¿Quién te espera?

—El comisario.

—¿Coscolín? ¿Para qué?

—No lo sé.

—¡Vamos, Flo, no soy idiota! Si te ha hecho llamar es por algo muy serio. ¿No habrás sido testigo del crimen?

—Ya te he dicho demasiado.

—Tengo la impresión de que no quieres ayudarme. ¿Qué te ocurre, por qué te rascas la nariz? ¿Te has puesto nervioso?

—No puedo entretenerme, de verdad. Hablaremos después, si sigues por aquí.

—Y si no estoy, te encontraré. Sabré dónde hacerlo. Sé dónde vives y con quién.

Era una agresiva intromisión en mi círculo más íntimo y sentí que mi vida privada y mi hermosa historia de amor con Ana María se ensuciaban como si una repugnante zarpa hubiera posado su embarrada planta sobre nuestra intimidad. Pero me dominé y bromeé:

—Acabas de recordarme al título de una película de serie B.

Oliveras amagó un eructo.

—Me encanta el cine, Flo. Sobre todo, las películas de chivatos. Ve pensando en lo que vas a contarme porque tengo la costumbre de cenar todas las noches y hoy todavía no he escrito nada, cobrando, como sabes que cobro, a tanto la pieza. ¡No intentes escapar de Felipe Oliveras, es mucho más difícil huir de mí que de los maderos! Acuérdate de lo que te he dicho: antes del cierre de los periódicos sabré dónde encontrarte. Y aún te diré otra cosa, Flo: me gustabas mucho más cuando bebías. Sobrio como hoy no pasas de ser un tipo sin historia, la sombra de un detective. ¡Corre con el comisario, hermano, y cuando te suelte no te escabullas por la puerta de atrás, como ese donjuán de maricas que se cargó a Pisano! ¡Corre!

Entré en Jefatura. A esa hora, había escaso ajeteo.

Un policía de guardia me indicó que el comisario me estaba esperando en su despacho.

Subí por las escaleras porque padezco fobia a los ascensores y el del edificio policial, de marca Schindler (de cuando el fundador de la compañía se dedicaba a rescatar judíos de la amenaza de los nazis), estrecho y claustrofóbico, tenía algo de sarcófago volante. Me había quedado encerrado una vez en ese mismo armatoste y aquel aciago día tomé la decisión de disponer en cláusula testamentaria que se incinerasen mis restos. Todavía hoy sigue atormentándome la idea de morir sin haber muerto, despertarme, vivir unas horas o días de angustia y volver a palmarla dentro de un ataúd. Eventualidad inverosímil, increíble, improbable, pero no imposible.

Un grupo de agentes estaba conversando en el mostrador de recepción. Entre ellos, distinguí a Pedro Gil. Le hice un gesto para que se separase de sus compañeros y le pregunté si había alguna novedad en relación al atropello de Fermín Fortón.

—¡Hemos cogido al conductor! —Me adelantó—. Iba a llamarte. Acabamos de identificarle gracias a un testigo, un camarero que vio el accidente.

—¿Quién atropelló a mi socio?

—Un anciano con el carnet de conducir expirado hacía un montón de años. Le falta un tornillo y de vez en cuando coge el coche a su hijo. Vamos a proceder a su detención, pero seguro que saldrá sin cargos.

—Se lo adelantaré a mi socio. ¡Gracias, Pedro! Te debo una en La Taurina o en la Taberna del Gato, donde prefieras.

—¿Qué tal en La Sabina?

Era el restaurante del Gran Hotel, uno de los mejores de la ciudad. Me comprometí con Gil a rascarme el bolsillo y atacé las escaleras, que estaban terriblemente sucias, con una acumulada roña.

El despacho del comisario quedaba en la cuarta planta, al fondo del pasillo. No se veía a nadie. No había ningún agente, tampoco un solo administrativo, ni se encontraba en el antedespacho la secretaria de Coscolín, que debía haber concluido su turno. Sí se advertían, en cambio, en las vacías oficinas, abundantes señales de una rutina diaria que hablaba de un desorden permanentemente instaurado, ordenadores siempre encendidos, vasos de plásticos con posos de café y, aunque había entrado en vigor la ordenanza que prohibía el tabaco en espacios públicos, ceniceros rebosantes de colillas.

La puerta del comisario se hallaba entornada. Me disponía a entrar cuando oí voces dentro e, instintivamente, me quedé fuera, pegándome a la pared para escuchar.

Enseguida distinguí la voz de Jerónimo Coscolín. Estaba hablando con una mujer en un tono desacostumbrado en él, muy amable, casi piadoso, como esforzándose por consolarla. Masculló algunas frases que no entendí, pero debió acercarse a la puerta

porque le oí decir con más claridad:

—El informe provisional del forense sostiene que a su marido lo mataron de un golpe en la cabeza, señora Pisano. Un solo golpe, pero aplicado con enorme fuerza y precisión.

—Con enorme fuerza... —repitió en un soplo su interlocutora. Lógicamente se trataba de la viuda, María Fairén. Hablaba con tono de desesperación. Si tanto dolor se concentraba en su voz acaso fuera porque acababa de pasar por el trance de identificar el cadáver de su marido en el Instituto de Medicina Legal.

Su débil comentario corroboró mi intuición:

—Le he visto con los forenses... Era él, era Jaime... Pero su cabeza estaba, estaba...

Una entrecortada cadena de sollozos le impidió continuar. El comisario aguardó en silencio a que se rehiciera.

—Sé que anímicamente está destrozada, María, pero es muy importante que nos ayude en la investigación. Cualquier cosa que recuerde puede resultar decisiva. Si a su marido le acechaba algún peligro, si tenía enemigos o había recibido amenazas...

—Ya nos preguntó antes otro agente si a mi cuñado le habían amenazado —le advirtió desabridamente una voz masculina con un raro acento—. Y nuestra respuesta fue negativa.

Coscolín replicó con la misma aspereza:

—Entonces le consultarían a usted. Ahora le estoy preguntando a ella.

—No, señor comisario —repuso la viuda—. Ni mi marido ni yo habíamos recibido amenazas. Jaime nunca me comentó nada, y créame que me lo habría dicho. Jamás hubo secretos entre nosotros.

—De haber estado en peligro, lo sabríamos —subrayó su acompañante.

En esa voz, en la que ahora sí advertí el acento yanqui, me pareció reconocer a Jorge Evans. Supuse que el comisario lo habría citado como familiar de la víctima, por lo que su presencia allí tenía toda la lógica. Me interesaba saber lo que Evans iba a contar al comisario y me acerqué un poco más a la puerta, hasta pegarme al quicio.

—Y, sin embargo, señor Evans —siguió interpelándole Coscolín—, usted decidió contratar a una agencia de detectives. ¿Por qué?

—Yo... No estaba seguro del comportamiento de Jaime.

—¿En qué sentido? ¿Por qué motivo desconfiaba de él?

—Pensé que podía tener un lío.

—¿Qué clase de lío? ¿Amoroso?

—Sí, un lío de faldas. Una aventura.

A su cuñada María se le cortó el llanto en seco. Evans se apresuró a disculparse con ella.

—Lo siento, querida, perdóname... No es el momento para darte disgustos, ni explicaciones a nadie, pero...

—Al contrario, señor Evans —le contradijo el comisario—. No encontrará mejor

oportunidad para comunicarnos todo cuanto sepa. ¿Quién es esa mujer de la que usted pensaba que tenía una relación íntima con su cuñado?

—Gloria Serret, la dueña de unas conocidas bodegas. Jaime y ella se reunían para hablar de negocios. Sospeché que entre ellos había algo más y temí que esa relación pudiera perjudicar a nuestros intereses.

—¿Por qué? ¿Acaso estaban el señor Pisano y la señorita Serret urdiendo algún tipo de operación secreta, interesada, hostil? ¿Preparaban un desfalco, una estafa...?

—No, no... Nada de eso, comisario. No he pretendido insinuarlo y no me consta en absoluto. Simplemente quería decir que Jaime se distraía más de la cuenta y se interesaba por asuntos ajenos, alejándose de nosotros y de los propósitos de nuestra principal actividad...

—¿Se refiere a la Fundación Luz del Cielo?

—En efecto. Nuestra dedicación a la fundación, además de respetuosa y vocacional, debe ser exclusiva. Su prestigio depende en gran medida de nuestra capacidad para representar y gestionar el sagrado legado de santa María de Gavín.

—¿Su cuñado tenía algún enemigo dentro de la fundación?

—¡Ninguno! —descartó enérgicamente Evans. Y redundó—: ¡Imposible!

—¿Y fuera de ella?

—Eso no lo sé... Les hemos dicho por activa y por pasiva que Jaime no había recibido amenazas.

Coscolín insistió, martilleando el mismo yunque como él sabía hacer.

—¿El vínculo sentimental de su cuñado con Gloria Serret era real, señor Evans?

—¿Con pruebas en la mano? Solo tenía sospechas, por eso contraté a los detectives. Pero hay más, comisario. Siento tener que comentarlo, María...

Intuí que Evans se disponía a revelar algo desagradable que ella, desautorizándole, evitaría que saliera a la luz, pero María hizo todo lo contrario.

—No es momento de ocultar nada, Jorge. Informa a la policía de cuanto deba saber, como hemos hecho desde el primer momento. Es la única manera de que consigan resolver este... esta desgracia.

—Muy bien, querida. Verá, comisario. Últimamente, Jaime viajaba mucho al extranjero. A Sudamérica, en especial. Bolivia, Colombia, México...

—¿Viajaba solo o con Gloria Serret?

—Tengo razones para creer que al menos en una ocasión viajó con ella —apuntó Evans—. Pero ¿cuándo sabremos quién mató a Jaime? ¿Sospechan de alguien?

—No puedo facilitarle esa información, señor Evans.

—¿Con qué arma le golpearon? ¡Eso sí podrá decírnoslo!

—Creemos que con un objeto de hueso —reveló Coscolín, después de una pausa.

—¿Han encontrado ese objeto?

—No.

—Entonces, ¿cómo saben que era de hueso?

—En la habitación del hotel, en el entorno del cadáver, aparecieron esquirlas

óseas y también trocitos de madera, astillas —reveló el comisario, y en ese momento pude entender por qué habían decomisado mi bate de béisbol—. Se trata de información estrictamente confidencial, señor Evans. Les ruego que no hagan uso de ella.

—¿Podría tratarse de la quijada de un animal? —apuntó Evans.

—Tal vez —concedió Coscolín.

—¿Como la que usó Caín para matar a su hermano Abel?

—No creo que la Biblia tenga nada que ver en esto.

—¿Por qué no? ¿No se les ha ocurrido pensar que esa sería una de las formas en que los enemigos de Dios sacrificarían a sus enemigos? Un crimen ritual, diabólico, urdido por los adversarios de la fe mariana...

Coscolín replicó con rapidez:

—¿Lo insinúa porque su cuñado tenía rivales o enemigos de un determinado credo, de alguna otra confesión o secta? ¿Fanáticos interesados en quitarle de en medio por algún tipo de cuestión religiosa?

La respuesta de Evans se demoró unos segundos.

—No lo sé, comisario, pero Jaime estaba haciendo mucho por el triunfo de un nuevo cristianismo, opuesto a su tradición más degenerada. Mi cuñado fue un sincero y combativo denunciante de las viejas y enquistadas corruptelas de la Iglesia. Los mensajes de nuestra fundación, coincidentes con los que la propia Virgen comunicó a la humanidad por vía de los niños ángeles de Gavín, han levantado ampollas entre el clero y otras fuerzas, para decirlo con suavidad, oscuras. ¿Y si desde esas sombras hubiesen enviado un ángel exterminador, un demonio flamígero para acabar con alguno de nosotros, habiendo sido mi cuñado Jaime la primera víctima?

—¡Por favor, Jorge! —le rogó María—. ¿Cómo puedes hablar así? ¿Quién habría querido atentar contra mi marido? ¡Todo el mundo le quería! ¡Nunca he conocido una persona mejor!

—Tampoco yo... Lo siento, querida María —se disculpó Evans—, lo siento muchísimo... ¡Pero es que nos lo han matado y no sabemos quién lo ha hecho ni por qué! ¡Y aquí la policía —siguió despotricando—, tampoco parece saber nada!

—Cogeremos muy pronto al culpable, ya lo verán —les prometió el comisario.

Un agente acababa de aparecer por el pasillo. Me alejé del despacho y, fingiendo atender una llamada en el móvil, retrocedí hasta la máquina del café. Había tomado uno en el Mefisto, y el doctor Tortajada era taxativo respecto a mi capacidad diaria de absorber estimulantes, pero para despejarme con vistas a lo que se presentaba como una larga e intensa tarde en Jefatura saqué otro largo, americano y, como hay que cuidarse, sin azúcar.

Jorge Evans y María Fairén no debían de tener mucho más que contar al comisario porque abandonaron su despacho a los pocos minutos.

Primero salió Evans, alto, estirado, con sus flotantes alones de pelo rubio y el mismo traje celeste demasiado entallado que yo le había visto en la agencia cuando vino a contratarnos. Detrás de él, Coscolín sostenía por el codo a María, como si de un momento a otro fuera a desplomarse. Yo la había estudiado en los vídeos de Luz del Cielo que me había localizado Beni y que pude visionar en la agencia, con ella y con su hermana Teresa en el papel de depositarias de las apariciones de Gavín, de videntes distinguidas por la luz mística de la fe, auténticas protagonistas, iconos de la fundación y encarnación de las verdades supremas del cristianismo a los ojos de los gavinianos. A quienes una y otra vez hablaban en clave de apostolado. María Fairén era una mujer grande, atractiva, a su modo, con expresión de equilibrio y bondad, aunque tenía la cara hinchada y sobrepeso repartido por un cuerpo cuyos volúmenes se desdibujaban bajo un conjunto de lino que revelaba cierto estilo en el vestir.

El comisario había cerrado la puerta de su oficina y ellos avanzaron hacia el ascensor. Yo me había escondido en una oficina desierta y les dejé pasar sin que me vieran.

Mientras esperaban el ascensor, él se interesó:

—¿Estás mejor, Mari?

—No, Jorge, y nada de todo esto debería haber sucedido... ¡Nunca tendría que haber pasado! ¡Nunca, nunca!

—Intenté proteger a Jaime, Mari, lo intenté hasta el final...

—¿Protegerle de quién, Jorge, de esa mujer?

—No sé más, Mari, te juro que te he contado todo lo que sabía. Absolutamente todo, sin ocultarte nada en ningún momento, ni el más mínimo detalle... Pero ahora me doy cuenta de que había algo más...

—Si esa mujer, Gloria, no acudió a su cita en el hotel, ¿cómo pudo hacerle daño? ¿O es que Jaime iba a encontrarse con otra persona?

—No lo sé, Mari. Es algo que solo sabía él y puede que por eso precisamente lo asesinaran.

—¿Por algo que solo él sabía?

—No lo sé, Mari, ¡no lo sé!

—¿Qué podía ser, dime?

—¡No lo sé!

—¿La policía averiguará quién lo hizo?

—No tenemos más remedio que confiar en estos inútiles...

—¡Pudimos haberlo evitado, Jorge!

—¿Cómo? —se sublevó él, alzando la voz—. ¡Dime cómo!

—¡No grites, Jorge, te lo pido por favor!

—No volvamos a discutir, tienes razón. Pero es que a veces... ¡Perdóname! Sé que estás destrozada.

María abatió la cabeza. La de Evans, que sobresalía treinta centímetros sobre la suya, permaneció enhiesta frente a las luces del ascensor, su pelo color espiga de trigo cayendo uniforme a ambos lados de la raya.

En cuanto se metieron a la cabina, corrí a las escaleras haciendo equilibrios con mi vaso de café en la mano y bajé los cuatro pisos a toda prisa, para abordarles cuando abandonaban el edificio.

—¡Señora Pisano!

Se giraron a un tiempo y me presenté falsamente:

—Soy el sargento Rubio. Disculpen mi aspecto. Acabo de cambiarme el uniforme. Mi turno ha terminado y ya me iba a mi casa... cuando el señor comisario me ha pedido un favor. Ha olvidado pedirles un teléfono de contacto. Si fuera tan amable de darme su número, señora...

—¿No se lo había facilitado antes a algún otro agente? —Intentó recordar ella.

—El señor comisario no lo tiene. Si no le importa anotármelo...

Le tendí uno de esos trozos de papel inclasificables que suelo llevar por los bolsillos, y mi Pelikan. Para destaparla, le pedí a Evans que sostuviera mi vasito de café.

—Pocos agentes usan estilográficas —comentó, observándome con atención—. ¿Puedo? —Cogió la pluma y la estuvo examinando con aire entendido—. Oiga, ¿usted y yo no nos hemos visto antes en alguna otra parte?

—Pudiera ser, aunque ahora patrullo poco.

María tomó la pluma y me entregó el papel, con su número de móvil anotado. A su vez, Evans garabateó el suyo debajo.

—Aquí tiene, por si acaso.

—Gracias.

Evans me devolvió mi vasito de café.

—Gracias otra vez, caballero. Una última cosa, disculpen tanta molestia... También me pide el señor comisario que les pregunte si van a quedarse en la ciudad, y dónde se celebrará el funeral de su... ¿era su marido, verdad, señora?

—Lo enterraremos en Gavín —anunció Evans—. Jaime habría querido descansar allí, ¿no crees, María?

—Jamás hablamos de eso. Jaime nunca se refería a la muerte. Solo creía en la vida. Pero sí, supongo que no le hubiera importado descansar en el cemen... en Gavín.

—Les acompaño en el sentimiento —me despedí.

Bajaron las escaleras de Jefatura y salieron a la calle. Los seguí un trecho y me quedé observándoles desde el chaflán del Viri, el bar de los polis. Se alejaron por el paseo de María Agustín en dirección a la Puerta del Carmen. Evans llevaba a María cogida del brazo y caminaban al paso de su larga zancada, cada vez con más ritmo,

como si quisieran alejarse de Jefatura lo más velozmente posible.

«No hacen mala pareja», se me ocurrió pensar, mientras les seguía hasta las inmediaciones de la iglesia del Carmen.

Uno de los transeúntes del Refugio, con muy mala pinta, los abordó para pedirles dinero. Evans lo rechazó con un movimiento tan brusco que el mendigo trastabilló y cayó a la acera, desde donde les dedicó una andanada de insultos.

María y su cuñado siguieron andando como si nada. No me pareció un gesto muy cristiano, la verdad.

Volví a subir al despacho del comisario y llamé a la puerta. La imperiosa voz de Coscolín me autorizó a entrar.

Sentado a una mesa auxiliar se hallaba un hombre uniformado de unos treinta años, con una incipiente calvicie y una nariz marcadamente torcida por un golpe que le había desviado el tabique nasal. El comisario me lo presentó como el sargento Luna. Era el policía que me había llamado para convocarme a esa cita.

Detrás de él, en pie, cerca de la pared, pero sin apoyarse contra ella, vestida masculinamente con chaqueta y pantalón negros, y fumando un cigarrillo con la mano derecha, estaba una mujer de unos cuarenta o cuarenta y tantos años. Atractiva, muy blanca de piel y muy delgada.

El comisario me la presentó. Era la inspectora de Homicidios Martina de Santo.

Yo había oído hablar de ella y de algunos de sus casos, y tuve reflejos para felicitarle por sus éxitos y felicitarme por conocerla. No debía ser muy efusiva porque en su pálida y angulosa cara de princesa oriental, menos de papel de arroz que de piedra pulida, apenas se esbozó una sonrisa. No me dio las gracias, aunque sí un apretón de manos tan enérgico que casi me fracturó una falange. Su tacto era frío, como gélida la mirada de sus ojos grises, parecida al color de las hojas de los abetos cuando los tapiza la nieve.

Jerónimo Coscolín estaba en mangas de camisa. Debido al calor, el tupé se le había abombado. Parecía un vendedor de enciclopedias de los años ochenta.

—Permita, inspectora, que le presente a mi amigo, entre comillas, Florián Falomir. Puede llamarle Flo, así es como lo conocen en los bajos fondos. Compañero de colegio mío y detective con agencia propia, a pesar de lo cual no es mala gente del todo. Otra cosa es lo que estuviera haciendo en ese motel de carretera, asunto del que enseguida hablaremos. La inspectora De Santo acaba de llegar desde Madrid —explicó o justificó, no supe bien.

Le pregunté:

—¿Conocía a Jaime Pisano, inspectora?

—Le estaba investigando —repuso el comisario.

—¿Por qué?

—Enseguida lo sabrás —volvió a responder Coscolín, como si se hubiera convertido en portavoz oficial de la señora De Santo, cuya mirada, penetrante como la de un juez, parecía querer leerme el pensamiento.

Que, en ese momento, por cierto, estaba acordándose de mi abogado, en que no hubiera sido del todo absurdo haber acudido con él a aquella reunión —¿o emboscada?— policial. Pero, acto seguido, como si quisiera despejar mis temores, la inspectora De Santo me dedicó una sonrisa que dulcificó un tanto su severa, casi inquisitiva, expresión. Amablemente me dijo que aborrecía cualquier apodo y que en adelante me llamaría por mi «sugerente nombre».

—¿Florián?

—Así es, señora.

—Martina.

—Martina —repetí por el mero gusto de pronunciarlo.

—Falomir —silabeó ella, paladeando mi apellido como si fuera un bocado exótico—. ¿Turco?

—El que es armenio es mi segundo, correspondiente al paterno. Menusiam.

—Su padre, Adam Menusiam, es un anticuario de origen armenio —la ilustró el comisario, que conocía por encima mi historia familiar—. Y judío, ¿verdad?

—Con el tiempo terminaría abrazando la fe cristiana. Es muy amigo de los guardianes del Santo Sepulcro, no digo más.

—¿De confesión católica? Nadie lo diría —ironizó Coscolín, sin que esa nada velada alusión a las frívolas costumbres de mi progenitor me divirtiera lo más mínimo—. Durante muchos años vivió en Zaragoza, pero ahora creo que reside...

—En Jerusalén —le ayudé.

No podía haber un lugar más inapropiado que la Jefatura Superior de Policía para hablar de mi familia y me quedé callado esperando a que Coscolín retomase la iniciativa. Pero la mirada del comisario ya no era tan risueña. Peor aún, se había acerado como un cuchillo en la piedra de afilar. ¿Qué estaría pasando por su retorcido cerebro? ¿Por qué se hacía el colega conmigo después de enviar a sus hombres a registrar mi agencia en busca, de qué...? ¿De pruebas para incriminarme en un asesinato?

—¿Me harías un favor, Flo? —me pidió con una rara especie de pesada calma.

—Tú dirás.

—Volver a informarnos de tus movimientos entre las tres y media de la tarde de ayer, hora en que Jaime Pisano salió de su domicilio, y las cinco, hora en que fue asesinado. Queremos saber a quién viste, con quién hablaste, qué hiciste y hasta lo que pensaste, si es que alguna vez utilizas la cabeza para algo más que para lucir ese sombrero panamá.

«No me ha descartado como posible culpable —deduje aturdidamente—. Es más, está convencido de que lo soy. Ahora meterá la mano debajo del escritorio, sacará mi bate de béisbol y lo enarbolará como si fuera el arma del crimen». Pero no era momento de interesarme por mi viejo palitroque de pelota base y me limité a contar —a narrarle a Martina de Santo, más bien— cuáles habían sido mis movimientos desde que el Mercedes Compact de Jaime Pisano salió por la verja de Las cigüeñas, hasta que encontré su cadáver destrozado en aquella habitación de El Corzo.

Ayudándome con la serie de fotos del motel, que había pasado a la memoria del móvil, y que fui mostrando a la inspectora y al sargento —aunque el comisario se apresuró a aclararme que ambos ya las habían visto—, describí a los huéspedes que habían entrado o salido del motel. Incluida aquella hermosa mujer, la dueña del Mini Morris, cuya matrícula no había captado mi cámara (hecho que recordé en voz alta),

y a la que Coscolín había dado síntomas de reconocer (sospecha que me abstuve de mencionar). Me referí a los dos hombres que habían subido conmigo a la habitación 32, escenario del crimen. De ellos no tenía imágenes, lógicamente, por lo que me limité a describirlos, aunque apenas los recordaba. El comisario me aclaró que los habían localizado e identificado, y que se les estaba investigando, como al resto de los huéspedes del hotel. Concluí mi relato refiriéndome al personal de servicio, a Francisca Ruiz, Paca, la recepcionista, y a la otra señora de la limpieza, la que había descubierto el cadáver.

Aludí, para terminar, a las dos llamadas telefónicas para Jaime Pisano de las que yo había sido testigo en la habitación del crimen. A propósito de la segunda de ellas, desvelé que había sido hecha por Gloria Serret desde su móvil al celular de Jaime para disculparse por no haber acudido a su cita. Era una información relevante. El comisario, de nuevo y justificadamente irritado conmigo, y no sin recriminarme «mi demora en comunicar indicios o pruebas», descolgó el teléfono para facilitársela a un inspector. Este le confirmaría después que habían identificado el número y que, efectivamente, pertenecía a la aludida Gloria Serret. Respecto a la otra llamada, la que se había recibido en la habitación de Pisano estando yo presente, el comisario nos dijo que había sido realizada desde el teléfono público de una céntrica cafetería, por lo que no iba a ser fácil localizar a su autor.

—¿Hacía exactamente cuánto tiempo que no veías a Pisano, Flo?

—Exactamente...

—¿Días, semanas, meses, años?

—Algunos menos, seguramente, de los que tiene la sangre de mi bate de béisbol —repuse irritado porque no sabía a qué carta quedarme y empezaba a sospechar que todo aquello fuese una trampa para sorprenderme en alguna contradicción y meterme de cabeza en el lote de los principales sospechosos.

Coscolín no se inmutó. Ahora su mirada era serena, pero eso, paradójicamente, aumentó mi grado de inseguridad e inquietud.

—Dinos todo lo que sepas, Flo. Y todo es sinónimo de todo.

¿No les había adelantado que Coscolín sacaba buena nota en Lengua? Armándome de paciencia, volví a resumir mi relación con Jaime en el Liceo, más lo poco que había sabido de él a partir de nuestra etapa universitaria. Los dos habíamos estudiado Derecho. Al terminar la carrera, él se había casado con Roberta, su novia de toda la vida. Jaime se había puesto a trabajar en el negocio de su padre, el taller mecánico de la plaza de San Francisco, llevando la contabilidad. Más adelante, abrió un bufete de abogados especializado en asesoramiento mercantil a pequeñas empresas. Recientemente, se había divorciado y vuelto a casar en segundas nupcias con una mujer llamada María Fairén, de la que yo lo ignoraba casi todo, salvo que había estado relacionada con unas supuestas apariciones de la Virgen y que guardaba una estrecha relación con una organización o secta religiosa denominada Luz del Cielo. Como si no acabara de verle en el corredor hacía escasos minutos, volví a

referirme a su cuñado, Jorge Evans, que era quien nos había contratado para investigar una presunta infidelidad matrimonial de Jaime. Aunque yo sabía que ellos ya lo sabían, insinué que Jaime se estaba supuestamente viendo con Gloria Serret, directora de una conocida bodega, a la que asesoraba en materia de exportaciones a Centroamérica. Pero no les mostré la fotografía que mi socio, Fermín Fortón, le había tomado despidiéndose de Jaime a las puertas del Gran Hotel, ni esa otra foto que yo, estando Gloria en bañador, había conseguido tirarle disimuladamente en su piscina de El Espartal, con la microcámara incorporada a mis gafas de sol.

El comisario aposentó una nalga en el filo de su escritorio, balanceó una pierna y me consultó:

—¿Has terminado, Flo?

—Creo que sí.

—¿No tienes nada más que confesarnos?

—Creo que no. ¿Puedo irme?

—No tengas tanta prisa. Te espera lo mejor.

—¿Vas a devolverme mi bate de béisbol?

—En todo caso, lo haré después de invitarte a una sesión de cine de verano.

—Personalmente, prefiero el teatro. Voy a hacerte una prueba de memoria, Jerónimo. ¿Recuerdas aquella obrita que representamos en el Liceo? Tu papel era el de un presidiario. El mío, el de un poli.

Me pareció que Martina de Santo sonreía, pero Coscolín no lo hizo.

—La vida da muchas vueltas, Flo. Estoy seguro de que esta película te va a gustar. Además, es de riguroso estreno. Voy a apagar la luz. ¿Está listo el proyector, sargento Luna?

Mientras el comisario bajaba la persiana, el sargento abrió un maletín extraplano y extrajo de su interior un ordenador portátil. La penumbra solo perduró en el despacho hasta que el proyector emitió un brillante chorro de luz y una imagen tan inesperada como perturbadora se reflejó en la superficie de la blanca y lisa pared, a la derecha del retrato del rey.

Se trataba de una fotografía ampliada, pero de escasa calidad, que había sido tomada en algún lugar desértico, con altos cactus y una tierra amarillenta y plana extendiéndose hasta rozar un cielo rabiosamente azul, sin una sola nube.

En el centro de la imagen se veía a cuatro hombres. Tres de ellos llevaban sombreros.

El cuarto no, y era... ¡Jaime Pisano!

Mi amigo vestía un elegante traje, del todo inapropiado para el agreste y desértico lugar en que se encontraba, y sostenía un objeto que brillaba con una dorada intensidad, sobre el que los otros tres se inclinaban como para apreciarlo mejor.

—¿Adivinarías qué tiene Pisano entre las manos? —me consultó Coscolín con ese tono con que se pregunta a los niños cuando se da por supuesto que conocen la respuesta.

Le devolví la ironía, si lo era.

—¿Una caja de bombones de la pastelería Ascaso?

—Muy ingenioso —celebró el comisario, pero sin el menor atisbo de humor—. ¿Qué dirías que les va más a esos tipos, Flo, el dulce o el tequila?

—Es posible que prefieran las peladillas, pero de plomo.

La inspectora no sonrió. El comisario, tampoco.

—Dejemos los chistes para luego, Flo —aplazó Coscolín—. Fíjate con más atención. ¿Qué es lo que sostiene Pisano?

—¿Un lingote?

—De veinticuatro quilates y unos cinco kilos de peso —asintió Martina. Había apagado su cigarrillo pero de su ropa seguía emanando un aroma a tabaco inglés, que me recordó a la hebra de pipa que fumaba mi padre—. Su valor en el mercado ascendería a unos ciento cincuenta mil dólares.

—¿Y dónde están las cámaras del *reality show*? —Seguí chanceándome.

—¿Te parecen actores de una telenovela, Flo? —ironizó a su vez Coscolín, pero no estaba bromeando, ni mucho menos—. ¿Te da risa todo esto?

—Podrían ser arqueólogos. O miembros de Médicos sin Fronteras.

—Son traficantes de coca —evidenció Martina. En la penumbra, al contraluz del lumínico haz, su lívido perfil se recortaba como el de un mimo—. Integrantes de un cártel llamado Los Cruces.

—¿Habías visto antes a alguno de esos hombres, Flo? —indagó Coscolín.

—No.

—¿Estás seguro?

—Bueno, puede que a uno de ellos...

—¿Dónde?

—En la televisión.

Ahora fue el comisario quien finalmente rio, pero de un modo tan falso como si estuviera haciendo una imitación de sí mismo.

—Sigamos visionando el resto del material. Cuando quiera, sargento.

Luna cargó otro *pendrive* y vimos las primeras escenas de una película documental cuya acción transcurría en una típica cantina mexicana. Un no menos clásico camarero vestido de mariachi servía una mesa a la que estaban sentados los mismos cuatro hombres de la foto del desierto. Las imágenes eran un tanto difusas, como si las hubieran grabado a mucha distancia y con un equipo de baja definición, a pesar de lo cual se distinguía perfectamente a Jaime Pisano. Al que tenía al lado creí reconocerlo como Daniel Núñez, uno de esos narcos que salen en la prensa porque patrocinan equipos de fútbol y tienen exóticos jardines y zoológicos en sus mansiones. Ellos dos y los restantes comensales estaban bebiendo y dando cuenta de fuentes llenas de comida. Debido al ruido de fondo, no se entendía lo que hablaban.

Martina nos ilustró:

—Comida de negocios en Tijuana. Con Daniel Núñez, el jefe militar de Los Cruces. Con Enrique Mira, uno de los principales distribuidores de cocaína en Estados Unidos, el más moreno y con patillas. El de la izquierda es un agente infiltrado de la DEA. Y además está el abogado español, Jaime Pisano.

—¿Dónde se tomó la foto anterior, inspectora? —me interesé.

—Cerca de la frontera —repuso vagamente Martina.

—Tú has cruzado muchas, ¿no, Flo? —sugirió Coscolín con ese aire mefistofélico que estaba empezando a sacarme de mis casillas—. ¿La de Estados Unidos y México entre ellas?

—Nunca he estado en México —mentí.

—¿Tampoco cuando trabajaste para el Centro de Inteligencia?

Ahora fui yo quien adoptó un tono sarcástico.

—¿Sabes cuál es la mejor virtud de un ex agente de inteligencia, Jerónimo?

—No. ¿Cuál?

—La mala memoria.

—Sinceramente, creo que en estos momentos te interesaría recuperarla, Flo.

—¿Y a ti, no te convendría cambiar de tono?

—Lo decía en clave positiva, por lo de que tu ayuda nos pueda servir.

—¿En serio estáis buscando mi colaboración? —salté—. ¿Por eso me tratáis como a un sospechoso?

—Puede que sea mi manera de estimularte, Flo... —Pero mi protesta debió hacer su efecto, porque el comisario varió de registro—: ¿Te imaginabas que nuestro compañero Pisano se dedicara a negocios sucios?

—Claro que no. ¿Y tú?

—Tampoco, ¿cómo iba a imaginármelo? Pero, al parecer, venía haciéndolo desde hacía algún tiempo.

—¿Desde cuándo?

—La Unidad de Estupefacientes llevaba investigándole un año —desveló la inspectora—. La de Blanqueo, seis meses. La de Homicidios, a la que pertenezco, una semana.

—¿Homicidios? ¿Es que Jaime había cometido algún crimen?

—Igualmente abrimos una investigación cuando el sospechoso puede llegar a convertirse en víctima —matizó la inspectora.

—¿Iban a matarlo? ¿Por qué?

Nadie me lo explicó, si es que podía explicarse.

—Continuemos, sargento —indicó Coscolín, ignorándome.

Fijamos la vista en la pantalla. A lo largo de los minutos siguientes, en medio de un silencio apenas turbado por el ligero zumbido del proyector, la vida secreta y para mí inimaginable de Jaime Pisano fue pasando ante mis atónitos ojos.

Mi antiguo amigo aparecía a bordo de una motora, en medio de un lago rodeado de volcanes, conversando con un hombre que, a continuación, posaba esposado y fichado, de frente y de perfil, por agentes de la Policía Estatal de Tejas.

En la siguiente foto vimos a Jaime en una polvorienta calle de otra pequeña ciudad de aire colonial, mexicana o caribeña, bajo una luz cegadora, vestido en esta ocasión con un traje de color vainilla y con un purito entre los labios, accionando airadamente los brazos frente a un grupo de hombres armados que le escuchaban desde el remolque de una ranchera.

«¿Quién fue en realidad el bueno de Jaime? —me cuestioné, todavía bajo los efectos de una intensa y amarga incredulidad—. ¿En qué había llegado a convertirse? ¿En un narcotraficante, un mafioso, el jefe de una banda de narcos? ¿En un capo?».

Sonó un teléfono. El comisario lo cogió sin encender la luz.

—¿Teniente Cisneros? ¿Han localizado al exorcista y al historiador? ¡Felicitaciones! ¿Vienen de camino? Perfectamente a tiempo, todavía estamos en la reunión. En cuanto lleguen a Jefatura, suban a mi despacho.

Nada más colgar, el comisario recibió otra llamada. Su contenido debía ser confidencial, porque de una forma brusca, nada cortés, me conminó a salir al pasillo. Tuve el pálpito de que pudiera estar recibiendo información relativa a Juan Dragonara, pero, aunque intenté hacer oreja, nada capté.

En mi móvil, que había permanecido apagado, vi una llamada de Roque Medina. Se la devolví y tuve la satisfacción de recibir de su parte una muy interesante información relativa a Dragonara. El Sanador había permanecido algunos meses en un paraje del cabo de Gata llamado La Mesa, un lugar salvaje donde antiquísimas cuevas excavadas en acantilados de difícil acceso servían de refugio a eremitas, hombres y mujeres que buscaban en el retiro espiritual un descanso a sus almas.

—Una orden religiosa, Los Hijos de la Cruz —siguió detallándome Roque Medina—, rigen los eremitorios, encargándose de su mantenimiento y adjudicándolos a personas que les garantizan un comportamiento adecuado y el respeto a las normas de la comunidad. Pero parece ser que el tal Dragonara convirtió su retiro espiritual en un negocio, dedicándose a recibir enfermos y a imponerles las manos, recibiendo limosnas o llegando incluso a cobrar una tarifa por supuestas curaciones.

—¿Y qué hay de esa parálitica que rompió a caminar?

—Lo recuerdo... Es un caso bastante reciente. Pura invención. *La Voz de Almería* le dedicó un reportaje. La tal señora sigue en su silla de ruedas. Ni milagro ni leches en vinagre. Te envío el *link*, si quieres.

—Te lo agradeceré.

Al minuto, el comisario Coscolín me hizo entrar de nuevo a su despacho.

En breve se presentó otro agente con un pelo rubio muy corto —el teniente Cisneros— acompañado por un hombre de unos cincuenta años, con una camisa blanca de cuyo bolsillo asomaban varios bolígrafos, y por un cura de edad muy avanzada. El sacerdote pasaría de los ochenta años, tenía el rostro lleno de arrugas y vestía una ajada sotana y debajo un pantalón de tela.

—El padre José —lo introdujo el teniente Cisneros.

—José Damián Uralde, para servirles —agregó el religioso con una voz tan débil como una candela a punto de extinguirse.

El comisario le dio las gracias por acudir a su convocatoria y le explicó en pocas palabras que su testimonio iba a ser consultado en relación con la presunta implicación de un ex sacerdote, llamado Juan Dragonara, en un asunto delicado que requería del contraste de opiniones y de una gran discreción, dada la naturaleza del delito y la condición del presunto sospechoso.

Al oír el nombre de Dragonara, el padre Uralde se había quedado rígido. Abrió la boca como para decir algo, pero no llegó a hacerlo. El comisario agradeció igualmente su presencia al otro recién llegado, Pedro de Ramiro, a quien presentó como un historiador experto en las apariciones de Gavín y autor de varios libros y estudios sobre dichos fenómenos.

A una indicación de Coscolín, el teniente les arrimó dos sillas a la mesa auxiliar. El comisario volvió a apagar la luz y ordenó al sargento Luna que accionara el vídeo.

En cuanto lo puso en marcha, otro documental nos transportó a las afueras de una ciudad moderna —norteamericana, deduje por los rascacielos que se recortaban al fondo, a modo de *skyline*—, donde se estaba celebrando un acto multitudinario al aire libre, con los asistentes acomodados en hileras de sillas sobre una explanada de césped. Era una especie de misa oficiada por las hermanas Fairén, Teresa y María. Bastante parecidas entre sí, ambas vestían esas túnicas de pálidos tonos e inspiración helénica que yo empezaba a identificar como el uniforme oficial de Luz del Cielo. Encarnaban un cierto aunque anticuado carisma, pero su entregada parroquia las escuchaba con claros signos de devoción. En conjunto, los gavinianos eran hombres y mujeres de cierta edad, con aspecto de jubilados de clase media. Permanecían sentados con sus botellitas de agua entre los pies, las frentes protegidas por viseras o sombreros de paja mientras Teresa les hablaba de la Virgen, de su capacidad redentora, de sus milagros y de su infinita bondad. María se limitaba a permanecer a su lado, alcanzándole de vez en cuando una peticionaria misiva o una estampa o escapulario para que Teresa lo bendijese antes de restituirlo a su dueño. Cuando la vidente hubo terminado su predicación, los gavinianos se pusieron en pie para cantar la salve en latín.

Prosiguió un fundido y otro primer plano de Teresa. Ahora, como si la acción

hubiera regresado de nuevo a México, se encontraba frente al pórtico de una encalada iglesia de aire español, dirigiéndose a un grupo de campesinos, a quienes repetía, con voz pausada y machacona oratoria, mezclando profecías, parábolas, predicciones y sesgadas referencias a la Historia Sagrada, que el fin de nuestra época estaba tan próximo como el principio de una nueva era de esperanza. Pero el tránsito hacia una renovada espiritualidad, advertía Teresa, en un tono pasional, como una nueva Juana de Arco enfrentada a los poderes terrenales, no debía llevarse a cabo sin aplicar el escarmiento de la justicia divina. Cualquier condena o castigo serían justos porque demasiados prelados y sacerdotes habían abusado de la buena fe de los creyentes, entregándose al vicio de la pederastia, al interés material, al becerro de oro, al poder político, a una permanente hipocresía y doblez, pues ni los obispos ni el mismísimo papa de Roma creían en las verdades reveladas, en los mensajes de la Madre del Mundo, y tampoco en sus apariciones... Y porque, finalmente, la propia Virgen, santa María de Gavín, profundamente decepcionada por tanto paganismo, incuria y vesania, por semejantes dosis de materialismo e insolidaridad, había de manera expresa autorizado una nueva forma de fe, la que los gavinianos venían extendiendo por América y Europa gracias a los donativos con que los verdaderos cristianos e hijos de María sostenían la misión evangelizadora encomendada a Luz del Cielo.

En el despacho del comisario, el silencio era total. Frente a tan impactantes declaraciones, nadie hizo el menor comentario.

Un nuevo vídeo nos invitó a regresar al Maestrazgo turolense, a Gavín.

Era un hermoso pueblo, realmente, pero en el que yo nunca había estado. Debía de contar con poco más de medio centenar de casas. Doscientos o trescientos habitantes como mucho, calculé, mientras la cámara iba ascendiendo por las laderas cubiertas de bosques, hasta descubrir un serpenteante camino por el que ascendía una hilera de peregrinos.

Su guía no era otro que un Jorge Evans un poco más joven y con el pelo más largo, vestido deportivamente con una camisa arremangada y pantalón y botas de montaña. Portaba en alto con orgullo, en calidad de abanderado, un estandarte con un relieve bordado de la Virgen en plata y azul, alrededor de cuyo nimbo podía leerse en letras doradas: «Santa María de Gavín, Reina del Cielo y Señora Nuestra».

Cerrando la marcha, y asimismo ataviado deportivamente, con una gran sonrisa instalada en la cara, y enarbolando otro estandarte similar, ascendía el monte Jaime Pisano. Los peregrinos, alrededor de medio centenar, portaban cruces, flores, grandes escapularios prendidos al pecho y rosarios de gruesas cuentas cuyos misterios y estaciones iban deslizándose entre sus dedos a medida que ascendían la pendiente. Algunos enfermos eran penosamente transportados senda arriba en sillas y camillas. La cámara enfocó el rostro de uno de ellos. Reflejaba pura alegría, una expectación y una esperanza sin límites.

Coscolín quiso saber a qué fecha correspondían las imágenes que estábamos viendo.

—Al vigésimo quinto aniversario de las apariciones de Gavín —precisó el sargento Luna, con el tono de quien había aprendido bien el tema, tanto como para recitarlo de carrerilla, como una lección—. Las bodas de plata, por decirlo así. La efeméride se celebró con un masivo retiro espiritual y un recorrido completo por el itinerario de las apariciones, desde las calles del pueblo al río Arás y al Monte Sacro.

—¿Qué son esos jalones que se ven en la senda? —preguntó el comisario.

El sargento no parecía saberlo. El historiador Pedro de Ramiro acudió en su ayuda:

—Modestos altares alzados en los lugares donde tuvieron lugar las apariciones. La mayor parte del año están llenos de flores.

El plano siguiente había sido tomado en la cumbre del Monte Sacro. Al fondo se veían las ruinas de una ermita consumida por el fuego. Justo delante se había levantado otro santuario de dudoso gusto, que me recordó a esos raros y como absurdos monumentos funerarios de las autopistas, anónimos túmulos con paredes de vidrio, vigas de hierro a la vista y fotos de los muertos en accidente. En su centro, una mesa de piedra hacía las veces de altar. Tras él vimos de nuevo a las hermanas Fairén, Teresa y María. Ataviadas ambas con las preceptivas túnicas de Luz del Cielo, celeste la de Teresa, gris perla la de María.

Era Teresa quien se estaba dirigiendo a los peregrinos, cobijados del fuerte sol de la montaña por la sombra de los pinos. La película tenía un sonido muy defectuoso, que tampoco se limpió cuando Teresa se acercó a los fieles. Algunos cayeron de rodillas en un gesto de recogimiento, casi de adoración frente a ella.

—¿Por qué esa reacción con Teresa, pero no con su hermana María? —planteé.

El sargento comenzó a explicar:

—Teresa Fairén está considerada la líder espiritual de la...

«Secta», iba seguramente a añadir Luna, pero tuvo que callarse para dejar paso al padre Uralde, que acababa de interrumpirle con aire cortante.

—De los tres ángeles mensajeros de Gavín, Teresa fue la única en seguir disfrutando de la visión de la Virgen, de ahí su prestigio y el respeto que siempre ha inspirado. Su hermana María y su primo hermano Juan perdieron la gracia después de haber disfrutado durante un cierto período de la santa visión. Teresa, en cambio, proseguiría recibiendo los «avisos» de la Virgen y encontrándose cara a cara con María hasta el 1 de mayo de 1978, fecha de la última aparición.

—¿Estuvo usted presente? —indagó Coscolín.

—Así fue, señor comisario —ratificó el sacerdote—. Yo permanecí con ellos, mejor dicho, con ella, con Teresa, hasta el final. Hubo días en que Teresa vio a la Señora tres y cuatro veces. Sus éxtasis duraban horas, sometiéndonos a una angustiada incertidumbre porque temíamos que de alguno de esos intensos trances no fuese a despertar, tal era la profundidad de su divino sueño.

—¿Usted nunca dudó de que sus éxtasis fueran reales?

—Al principio, los primeros días, los consideré con mucha cautela, e incluso llegué a poner en duda su autenticidad —reconoció el exorcista con un ejercicio de sinceridad que, automáticamente, revalorizó su testimonio—. Pero las pruebas resultaron abrumadoras. Ningún niño de esa edad habría podido engañarnos. Y, mucho menos, tres pastorzuelos casi analfabetos de un pueblecito perdido en lo más hondo del Maestrazgo. Yo había trabajado en misiones en Oriente y en el África negra y visto casos de posesión demoníaca o de arrebatos místicos, que a veces se confunden. Disciplinantes a los que les brotaban estigmas, que convulsionaban, extraviaban el habla o se expresaban en lenguas muertas. Pero ningún caso tan claro, puedo asegurarles, tan conmovedor e indubitable como el de Gavín.

—Tengo entendido que usted, como exorcista, fue uno de los expertos a los que la Iglesia confió el estudio y evaluación de los fenómenos —comentó Coscolín, demostrando que, pese a haber dispuesto de poco tiempo, había estudiado el asunto—. ¿De quiénes más constaba la comisión?

—De un psiquiatra, el doctor Sánchez Merlo, y de don Dativo Otal, el párroco de Gavín.

—Ambos fallecidos —apostilló el sargento.

—Se equivoca, agente, Dativo vive —le corrigió De Ramiro—. Pero el doctor Sánchez Merlo murió por aquellos días en Gavín.

—De un ataque al corazón —confirmó el sargento Luna, intentando recuperar su prestigio como documentalista tras el patinazo anterior.

—El infarto le sobrevino nada más certificar la autenticidad de las visiones —precisó el exorcista—. Su corazón se desbocó mientras rezaba fervorosamente junto a los niños, rogando a la Señora por la redención de su alma. De repente, el médico se sintió indispuerto. Le vimos tambalearse y palidecer. Don Dativo y yo nos apresuramos a sostenerlo, porque apenas podía caminar, y a acostarlo en una de las alcobas de la casa del cura, donde nos alojábamos. El doctor Sánchez Merlo expiró en nuestros brazos, aferrando con sus convulsas manos la cruz bendecida por la Virgen que le había regalado Teresa, dando gracias a la Dueña del Cielo por el privilegio de haber estado tan cerca de Ella y sentido tan intensamente su amor... ¡Ah, miren, ahí en la pantalla aparece! El médico es aquel caballero del fondo, el más alto... ¡Qué buena planta tenía! Era el más preparado de todos nosotros, y bastante escéptico, por su formación científica, ante cualquier fenómeno o manifestación de índole supuestamente sobrenatural. Pero habló con los niños, interrogándoles por separado para que no pudiesen amañar sus versiones, preguntándoles por toda suerte de detalles, confrontando sus declaraciones y versiones e invitándoles a desvelar el juego que supuestamente se llevaban... Sin embargo, los chiquillos no mentían. En nuestro informe al obispado concluimos que decían lisa y llanamente la verdad. ¡Todo era verdad! Absolutamente todo lo que sucedió en Gavín lo fue, señor comisario.

—¿También era cierto que les clavaban alfileres? —Curioseé yo, recordando lo que me había contado doña Anunciación.

El padre Uralde me sonrió tétricamente.

—Muy cierto. Y les pellizcábamos los brazos... Pero los niños no sentían los pinchazos de las agujas, ni los pellizcos les dejaban marcas en la piel, como tampoco les sangraban las rodillas cuando caían sobre las piedras, ante la Virgen, abatidos por su luz cegadora, ni se les abrían las plantas de los pies si caminaban descalzos...

Pensé en mi novia, en Ana María, en su rodilla herida, en lo sola que debía sentirse porque yo, en medio de aquel lío, me había olvidado de llamarla. Resignado a intentar verla por la noche, si el comisario había tenido a bien librarme para entonces, seguí escuchando al padre Uralde, que ahora estaba comentando una nueva, extraña y casi diabólica secuencia en la que las dos hermanitas, Teresa y María, caminaban de espaldas por las calles de Gavín, evitando las esquinas y las aceras, obstáculos y muros como si pudieran verlos con ojos abiertos en la nuca, extendiendo los brazos hacia un cielo desde el que les llamaba, les hablaba, les iluminaba la Virgen.

—Manteníamos a los tres niños aislados, a fin de evitar que pudieran comunicarse entre sí —siguió exponiendo el exorcista con aquella voz suya que era como el susurro del viento en una casa abandonada—. Recuerdo haber estado con Teresa en el hogar de su casa, leyéndole un cuento, mientras su hermana María permanecía en la

planta de arriba, en la alcoba de sus padres. Sacudiéndome con fuerza, casi con violencia, la mano, Teresa me miró con sus grandes ojos inocentes y anunció: «La Virgen me está llamando». «¿Y qué te dice?», le pregunté yo. «Que nos espera en la huerta. Que nos andemos con prisa, que no nos retrasemos». Con la carita encendida de pasión, Teresa bajó las escaleras y salió de la casa al encuentro de la Señora, seguida a pocos pasos por su hermanita María, que había recibido «el aviso» de la Madre exactamente al mismo tiempo que Teresa, sincronizadas ambas por la misma y divina llamada. En la plaza se les unió su primo Juan. Entraron los tres a la iglesia, se arrodillaron frente al sagrario y salieron del templo caminando hacia atrás, como si, por respeto, no quisieran darle la espalda al Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo transfigurado en las hostias consagradas... Miren, ahí se les ve... ¡Qué frío hacía! Estaba nevando, pero ellos tan anchos...

A una señal del comisario, el sargento dio un golpecito a la pausa y la imagen se congeló en un primer plano en el que se veía a Juan de rodillas sobre la nieve, en el paraje de la vieja ermita románica, que aún no había sido pasto de las llamas. El niño a quien doña Anunciación, la madre de Catalina, llamaba familiarmente Juanillo tenía una cara afilada, flequillo de monaguillo y unos ojos abiertos como faros hacia el objeto de su visión, en una actitud de total entrega. Para el frío que debía hacer, apenas iba abrigado. Tan solo vestía una camisa a cuadros que le iba grande, como si fuese heredada, un pantalón corto, calcetines y botas con los cordones mal anudados. Sus dos primas permanecían junto a él, arrodilladas en profundo trance.

—Aquella no fue la primera ni la única vez que los niños caminaron de espaldas —recordó Pedro de Ramiro—. En varias ocasiones ascendieron al Monte Sacro de esa forma, sin caerse ni tropezar una sola vez.

—¿Hubo otros fenómenos, padre Uralde?

—Ya lo creo.

—¿De qué índole?

—Conversiones múltiples. Sanaciones. Levitaciones.

—¿Las vio usted?

—De un par de curaciones fui testigo —declaró con absoluto convencimiento el sacerdote—, pero hubo bastantes más. En mi informe inventarié los beneficiarios de los milagros, enfermos terminales que recuperaron la salud, cánceres y leucemias que remitieron inexplicablemente, un sordo que oyó, un ciego que vio, parálíticos que caminaron por primera vez... Los niños ángeles de Gavín habían sido distinguidos con el don de la clarividencia. Adivinaban los orígenes y los nombres de peregrinos a los que no habían visto jamás, los de sus parientes enfermos, o los de aquellos otros familiares que a mucha distancia de Gavín rogaban por su santa intercesión. Juanillo levitó ante personas que nos merecían la máxima confianza. Teresa citó a san Juan en griego clásico, lengua que nadie le había enseñado... Todo constaba en mi informe.

—¿Lo leyó el obispo?

—¿Monseñor Azofra? Por supuesto. Él fue quien lo encargó.

—¿Azofra? —repetí yo, pasmado—. ¿Se refiere al actual arzobispo de Zaragoza?

—Por entonces, era obispo de Teruel.

—¿Cuál fue su reacción? —indagó el comisario.

—Se lo contaré, pero espero que sean prudentes.

—Lo seremos —le garantizó el comisario.

—Cuando los milagros de Gavín se convirtieron en un fenómeno popular, monseñor Azofra nos convocó a la sede de la diócesis —recordó el exorcista—. Don Dativo y yo acompañamos a los niños al palacio obispal de Teruel. Fuimos en el coche del párroco de Gavín, uno de aquellos trastos que llamaban «Dos caballos» y que traqueteaba en los puertos de montaña como si en cualquier momento fuera a fallarle el motor. Los niños viajaron cantando, alegres como pajarillos, pero el señor obispo les presionó de lo lindo. Habló con ellos uno por uno, a solas, y debió emplearse a fondo porque Juan acabó reconociendo que todo había empezado como una divertida invención, pues se aburrían mucho en el pueblo. El chiquillo admitió que «el juego de las apariciones» había nacido como una broma sin mala intención, pero que luego, a la vista de las reacciones de la gente, y del bien que les hacía a todos aquellos enfermos que mejoraban de sus males, no habían tenido más remedio que seguir fingiendo.

Coscolín preguntó:

—¿Mintió el niño para salir del paso, diciendo lo que el señor obispo quería oír, o dijo la verdad?

El exorcista guardó un reflexivo silencio.

—¿Padre Uralde? —insistió Coscolín.

—Yo también me he formulado esa cuestión y nunca he estado del todo seguro de la respuesta, comisario. Puede que Juan mintiera para poner a salvo la verdad.

—¿Qué pasó luego? ¿El asunto terminó ahí?

—Al contrario, señor comisario —sonrió Uralde, o en la semipenumbra del despacho me pareció que, de forma un tanto siniestra, lo hacía—. A la salida del obispado, antes de doblar la esquina, en plena calle, Teresa volvió a ser visitada por la Virgen. Accedió a su luz, a su divino rostro, y cayó en trance. Se organizó un revuelo enorme y hasta vinieron corriendo periodistas con cámaras. Sobrepasado por la situación, el obispo optó por encerrarse y ni siquiera bajó las escaleras para comprobar el nuevo éxtasis, pero les aseguro que una fuerza superior mantuvo a Teresa durante horas clavada a la acera, con la cabeza erguida en una anómala y forzada postura, la nuca hacia atrás y la barbilla arriba, todo el rato franca su celestial sonrisa, los ojos fijos, sin parpadear, inmóviles en el pedacito de cielo abierto entre los aleros del palacio obispal... Cuando volvió en sí y se hubo recuperado del cansancio y debilidad en que la abandonaban los arrobos, regresamos a Gavín. Recuerdo, como si fuese hoy, lo fatigada y pesarosa que Teresa se sentía porque había encontrado a la Virgen muy abatida. Nadie le había contado nada, pero Teresa sabía perfectamente, palabra por palabra, cuanto su primo Juan le había contado al señor

obispo. Delante de nosotros, en el viaje de vuelta, ya dentro del coche, Teresa reprendió cariñosamente a Juanillo, como si fuera su hermana mayor, transmitiéndole que a la Virgen no le había gustado nada que se ocultara de Ella y la negara, y que por eso estaba muy disgustada con él. A partir de ese momento, le iba a negar la dulzura de su compañía. «¿Sabes cuál será tu castigo, Juan? Nunca más verás a la Virgen, esa será tu pena». En cuanto al papel de María, igualmente sabía Teresa que su hermana, pese a haber mantenido su versión, no lo había hecho con la debida firmeza, como si, en el fondo de su corazón, también ella vacilara sobre la gloriosa experiencia que habían compartido. En consecuencia, la Virgen se iba a pensar qué comportamiento tendría en adelante con ella.

El padre Uralde siguió recordando que, de regreso a Gavín, María volvió a ver a la Señora, pero solo una última vez, a modo de despedida. Teresa, en cambio, seguiría encontrándose y hablando con la Virgen durante varios meses más, hasta el 1 de mayo de 1978, fecha de su última visión. Sus trances advenían con una frecuencia prácticamente diaria y, a menudo, a razón de dos o tres «avisos» por jornada.

El comisario quiso saber qué había sido de los videntes después de todos aquellos acontecimientos. Tomando la palabra, Pedro de Ramiro se encargó de hacer un resumen:

—María Fairén no recibió nuevas «llamadas» y poco a poco, a medida que los curiosos abandonaban el pueblo, regresó a la normalidad. Siguió estudiando en la escuela y cursó Magisterio. Dio clases en varios colegios de la provincia, tuvo algún novio y finalmente, no hace mucho, se casó con un buen partido, el abogado Jaime Pisano.

Me di inmediatamente cuenta de que ni el historiador ni el cura, como si vivieran en otro planeta y ni siquiera hubiera leído los periódicos del día, sabían que Jaime Pisano estaba muerto. Por la razón que fuera la policía no se lo había comunicado, y en consecuencia tampoco yo me tomé la molestia de informarles.

—¿Y Juan Dragonara? —indagó Coscolín—. ¿Qué fue de él? ¿Se quedó en Gavín?

De Ramiro puntualizó:

—Después de una crisis que duró varios años, en los que apenas habló con nadie y tuvo que recibir ayuda psiquiátrica, Juanillo despertó a la vocación religiosa e ingresó en el seminario, con vistas a ordenarse sacerdote. En cuanto a Teresa, dejó de estudiar y se consagró a las labores del campo hasta que, ya con una cierta edad, se casó con un norteamericano, un alpinista que solía alojarse en la fonda de Gavín como base para sus excursiones en el Pirineo, del que era un gran conocedor.

—Jorge Evans —precisó Coscolín.

—Sí, ese es su nombre.

—¿Volvió usted a ver a Juan Dragonara, padre Uralde?

—En una única ocasión, cuando fue consagrado al sacramento sacerdotal.

—¿Qué edad tenía?

—No lo sé con exactitud, pero cerca de treinta años, si no alguno más. La ceremonia de ordenación se celebró en Gavín y fue muy emotiva. Asistieron sus primas Teresa y María, y concelebró la misa don Dativo.

—¿El párroco? ¿Aún vive?

—Sí, pero lo que ya no sé es cómo andará de salud...

—¿Dónde vive?

—Creo que en el propio Gavín, en una residencia.

—Habría que hablar con él —murmuró el comisario como hablando consigo.

—Es posible que asista al entierro —apunté.

—Perdonen, pero ¿a qué funeral se refieren? —preguntó el cura.

—El de Jaime Pisano, el marido de María Fairén —repuso el comisario.

El historiador y el exorcista se miraron y este último preguntó:

—¿Ha muerto?

—Y en extrañas circunstancias —dije yo, ante la reserva de los policías.

Pasados unos segundos, el historiador preguntó a su vez:

—¿Asesinado?

—Lo estamos investigando —dijo Coscolín.

—No sabíamos nada...

—¿Le conocían?

—Por mi parte, solo de vista —dijo el padre Uralde.

—¿Sabían que trabajaba en una fundación llamada Luz del Cielo? —cuestionó Coscolín.

—De esa fundación sí he tenido noticia —afirmó Uralde.

—¿Y qué opinión le merece?

—En conjunto, viene haciendo una cristiana labor.

—¿La que no hace la Iglesia? —le provoqué.

—¿A qué se refiere?

—A la negativa del Vaticano a reconocer las apariciones de Gavín.

—Puede que no le falte razón —asintió con prudencia el exorcista—. Tengan en cuenta que los procesos de verificación consumen años, a menudo décadas. Se debe extremar la prudencia, siendo el tiempo el mejor aliado de la verdad. Si lo que requieren es mi opinión, creo que Roma ha dudado en el caso de Gavín. Y, puesto que Roma duda, no resuelve. Es cierto que los devotos y peregrinos no dejan de aumentar, pero también lo es que desde 1978 no se ha vuelto a producir aparición alguna, aunque sí algunas curaciones de índole inexplicable.

—Vayamos concluyendo —decidió el comisario, tras comprobar la hora en su reloj de esfera nocturna—. Demos paso al último bloque. Fotos y vídeos de Juan Dragonara, sargento. Les ruego, señor De Ramiro, padre Uralde, que presten toda su atención.

El sargento Luna manipuló el teclado. Las calles de Gavín desaparecieron de la pantalla y el escenario cambió por completo.

Para mi sorpresa, acababa de aparecer la fotografía que yo mismo había tomado a Dragonara alejándose del hotel El Corzo.

El sargento se ensalivó los labios:

—Juan Dragonara Fairén. Cuarenta y tres años. Sacerdote hasta los cuarenta años en parroquias de la provincia de Teruel, Griegos, Cretas, Mirambel...

—Y Albarracín —añadió el padre Uralde.

—Y Albarracín —repitió Luna secamente—. Abandonó el sacerdocio debido a...

—Una crisis espiritual —aportó el exorcista.

—Una crisis espiritual —volvió a repetir el sargento fríamente—. A partir de ese momento, su pista no es fácil de seguir. Hay períodos de tiempo, meses enteros, en los que su rastro se pierde por completo. Desde que colgó los hábitos, Dragonara ha desempeñado diversos oficios y residido en distintos puntos de la Península y de las islas. Recientemente, ha sido empleado de hostelería en Baleares y en el cabo de Gata, donde practicaba labores de curanderismo, y fue denunciado por presunta estafa. Con anterioridad había sido citado a declarar en Ibiza por tenencia de drogas, y condenado, aunque no llegó a ingresar en prisión. En la actualidad...

—¿Sigue en busca y captura?

Era mi manera de preguntar si lo habían detenido, pero nadie me dio la menor información, para variar, y me quedé mirando mi propia foto de Juan Dragonara. En el laboratorio la habían ampliado y eso permitía apreciar más detalles. El Sanador iba arremangado y se le apreciaban los antebrazos, muy bronceados y con escaso vello, de una suavidad de líneas casi femeninas, palancas poco habituadas a cargar grandes pesos. Su zancada era, gracias a sus largas piernas, bastante más amplia que una normal. Vestía ropa blanca, muy rozada, de un tejido ligero que flotaba en el aire pegándosele al ahusado torso como una segunda piel. El fugitivo no parecía llevar nada en los bolsillos, cartera, llaves, ninguno de esos objetos que suelen portarse habitualmente por cualquiera que sale de su casa con intención de volver. «Como si no necesitara nada», establecí. Tan solo el sol encima de sus hombros, un camino enfrente y toda la soledad para perderse en un mundo que no era el suyo, pues ni parecía hallarse en él ni identificarse con nada que contuviera.

—¿Le han detenido? —porfié.

Sentía un profundo deseo de que así fuera y todo aquello acabara cuanto antes, aunque Dragonara no sanase a doña Anunciación de su enfermedad mortal y, en consecuencia, yo no cobrara un euro de la familia Serret. Como queriéndome recordar que no formaba parte del equipo de investigación, que estaba allí para contestar preguntas, no para formularlas, ni el comisario ni la inspectora se molestaron en contestarme.

Empezaba a preguntarme si eran conscientes de mi existencia mortal, si yo sería visto, oído, percibido por quienes tenía alrededor, cuando en la pantalla apareció la siguiente foto. Correspondía a la mano derecha de Dragonara, que se había ampliado para poder apreciar de qué modo aferraba la empuñadora de su bastón. El puño era muy extraño y parecía haber sido adaptado del cráneo de un animal. Dragonara utilizaba las vacías cuencas como agarradero para sus dedos. El bastón era de madera rústica, sin desbistar ni barnizar.

El padre Uralde exclamó:

—¡Si es el cayado de José Dragonara! ¡Con la cabeza del lobo!

—¿Lo reconoce? —se animó el comisario.

—¡Ya lo creo! Es inconfundible. El cráneo era de un lobo solitario que en el invierno de 1982, si no me falla la memoria, que a veces me falla, atacó los ganados de Gavín. José Dragonara, el padre de Juan, no paró hasta abatirlo. Organizó batidas, le tendió trampas, cepos... Finalmente, quien cobró la pieza fue un tirador de Onda. José lo despellejó, curtió la piel y con la osamenta se fabricó un cayado. ¡Ese, sin duda!

Noté un cosquilleo en el estómago y no me cupo duda de que estábamos ante el arma del crimen, de que las esquirlas óseas y las astillas halladas en la habitación donde habían golpeado a Jaime Pisano hasta la muerte, pertenecían a ese bastón, pero nadie, aunque yo creo que todos lo estábamos pensando, lo expresó en voz alta.

En cambio, el comisario sí dio por supuesto, como buscando la confirmación del padre Uralde, que el cayado perfectamente podía haber permanecido todos aquellos años en la casa familiar de los Dragonara en Gavín, «en un granero, en una caseta de herramientas», especuló, hasta ser recuperado y utilizado por el hijo, por Juan, en sus peregrinaciones, aparentemente sin sentido, de un extremo a otro de la Península. ¿En calidad de qué, como báculo de caminante, como arma asesina? Eso Coscolín ni siquiera lo apuntó, pero el exorcista nos confirmó que José Dragonara, el padre de Juan, había muerto, algo que el comisario ya parecía saber. El sargento Luna aprovechó para facilitarnos una breve ficha biográfica del sospechoso, ilustrándola con la siguiente fotografía, en la que volvía a aparecer Juan Dragonara en su pueblo, de niño, a los catorce años, en el tiempo de las apariciones.

—Nacido en Gavín el 12 de enero de 1964. Hijo único de José Dragonara y de Pilar Fairén, vecinos del municipio. El padre era dueño de unos pocos campos y de una punta de cabezas de ganado, además de la casa familiar. La madre, de nada o casi nada. Muy humildes ambos, sin estudios. Ambos han muerto. El padre, José, falleció en 1990, de las heridas que sufrió al despeñarse por las laderas del Monte Sacro buscando unas vacas que se le habían espantado. La madre, cinco años después, en 1995, en la planta psiquiátrica del Hospital Clínico de Zaragoza, donde había sido ingresada por trastornos nerviosos, provocados, al menos en parte, por los comportamientos de su hijo. Se cayó de un quinto piso.

—¿Se cayó? —cuestioné.

Nadie se tomó la molestia en contestarme. Yo estaba a punto de levantarme y largarme de Jefatura, despechado, cuando oí la voz de la inspectora.

—Oficialmente, Florián.

—Entiendo —me aplaqué—. Gracias, Martina.

El sargento hizo otro clic y pudimos ver a un Juan Dragonara muy distinto. Adolescente, flaco hasta la exageración, todavía imberbe, con los rasgos muy marcados y el cabello negrísimo. En esa nueva foto debía tener en torno a los dieciocho años. Posaba en lo que parecía el claustro de un convento, junto a otros jóvenes.

—¿Conoce a los acompañantes, padre? —preguntó el comisario.

—Son seminaristas —confirmó Uralde—. Jóvenes diáconos, como él. Creo que ahí estaban en el claustro del monasterio de San Pedro, en Huesca. Juan fue un buen alumno. Tenía facilidad para las lenguas clásicas y los estudios de Escolástica.

Nueva foto, ahora en la misa solemne de su ordenación en la parroquia de Gavín.

—¿Fue un buen sacerdote?

—Ejemplar.

Otro golpe al pulsor hizo aparecer, sobre un fondo de sucias baldosas blancas que resultaba particularmente lúgubre, el cadáver de un hombre, de medio cuerpo para arriba, tendido en la mesa de acero de un depósito forense.

—Los restos del individuo que ven sin vida pertenecieron a Javier Arrasti, un ingeniero navarro —nos informó Luna—. Miembro de la Orden de la Cartuja, en cuyo monasterio quiso recluirse tras un hundimiento personal similar al que aquejó a Juan Dragonara, quien también había ingresado en el mismo convento después de haber sufrido serios problemas, además de con su vocación religiosa, con el alcohol y las drogas. Un buen día descubrieron a Arrasti sin vida en su celda con un nudo corredizo alrededor del cuello. No hubo denuncias ni una investigación mínimamente seria. En apariencia, fue un suicidio. Dragonara había estado en la celda del ahorcado poco antes de su muerte. De hecho, fue el último en verle con vida.

—¿Se le practicó la autopsia? —inquirió Coscolín.

—No.

—¿Dónde está enterrado Arrasti?

—En el cementerio de los monjes cartujos.

—Conozco ese camposanto —recordé—. Estuve una vez, por otra investigación mía.

—¿Y en Ibiza, Flo, has estado?

—Claro que sí, comisario, ¿por qué?

—Siguiente imagen, sargento.

La explicación a la pregunta de Coscolín venía agregada a una nueva fotografía que se correspondía con la imagen de otro hombre, también muerto. Su cadáver estaba tirado en una playa, desnudo, salvo un mínimo bañador de competición que apenas alcanzaba a ocultar sus partes pudendas. La foto había sido tomada al

atardecer o al amanecer, con muy poca luz, aunque la suficiente para deducir que aquel desdichado se había ahogado en el mar.

—Esta foto fue tomada en un arenal ibicenco, cerca del pueblo de San Antonio —concretó Luna—. El ahogado se llamaba Publio Chacón. Trabajaba como camarero en el Musical Box, el mismo bar de copas playero en el que también fichaba, como servicio de mesas, Juan Dragonara. Eran muy amigos, al punto que compartían piso con un tercer varón. Un argentino llamado Daniel Hernández Losilla, también camarero, pero en otro local. Convivir con el tal Hernández Losilla no debía ser nada sencillo —siguió Luna, mostrándonos su ficha policial—. Amenazó a Chacón con un cuchillo de cocina y este le puso una demanda. El juez llegó a abrir diligencias por amenazas de muerte, pero en el acto de conciliación hubo buena voluntad por ambas partes, y la denuncia fue retirada. Losilla y Dragonara estuvieron con Chacón la tarde en que este se ahogó. Ambos declararon que su amigo había bebido demasiado en la comida, y que se había empeñado en ir a nadar para despejarse. Intentaron disuadirle, porque era evidente que estaba borracho, pero fue inútil y Chacón se dirigió solo a la playa. Una corriente lo alejó de la orilla. La autopsia reveló una alta concentración de alcohol en sangre e ingesta de drogas. No hubo denuncias y el caso se archivó.

Yo me estaba asfixiando de calor y no hacía más que pensar en Ana María. No iba a poder seguir soportando durante mucho tiempo más aquel juego. De pronto, como cuando cede un dique, dejé de controlarme y estallé:

—Dime, Jerónimo, ¿qué posibilidad estáis barajando en mayor medida, que el tal Dragonara sea un asesino psicópata o que sea gafe?

Mi salida de tono no arrancó sonrisa alguna. Para variar, nadie me contestó.

No había más fotos. Me puse en pie.

—¿Puedo marcharme? Tengo cosas que hacer.

—Con entera libertad —asintió Coscolín, encendiendo la luz.

De repente, el comisario volvía a ser amable conmigo. Me abrió la puerta y me acompañó al pasillo.

—Querría pedirte un favor, Flo.

—¿Otro?

—Que acompañes a la inspectora al funeral de Garvín. Voy a enviar a un par de hombres, pero ella preferirá mantenerse de incógnito.

—¿Crees que lo conseguirá viniendo conmigo? ¿Y cómo lo justifico?

—Puedes decir que es tu novia, o tu mujer.

—¿No protestará?

—No lo creo. Tengo entendido que no le interesan demasiado los hombres, y así la cubres.

—Te estás desmadrando, Jerónimo.

—Tú me entiendes...

—La verdad es que no entiendo nada.

—¿Qué tienes que entender?

—Por ejemplo, ¿qué gano yo?

—Mi confianza, Flo. Te conviene.

Su mirada volvía a ser agresiva y eso me decidió a seguir portándome como un buen chico.

—Probablemente habría ido al entierro de todos modos, por respeto a Jaime, a nuestra amistad y a lo que ha significado para mí, de manera que no me importa llevarme puesta a vuestra inspectora.

—Gracias, Flo. Le diré a Martina que la recogerás en su alojamiento a las ocho de la mañana. Hotel Cantábrico. Sé puntual, es muy maniática.

Aquella noche cené con Ana María en un restaurante japonés.

Mientras manejábamos los palillos, ella con bastante mayor pericia que yo, le referí lo que había sucedido en comisaría, confesándole la descabellada propuesta que se le había ocurrido a Jerónimo Coscolín, en el sentido de hacerme pasar por el acompañante de una inspectora de Policía, a fin de ayudarle —aunque yo no supiera muy bien cómo— en la investigación del crimen de Jaime Pisano.

—Espero que no te importe, cariño.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que no tendría que importarme?

—Esa supuesta relación entre la inspectora y yo. Habrá gente que creerá que realmente somos pareja.

—Se trata de eso, ¿no?

—Supongo.

—Imagino que es parte de tu trabajo.

—Yo también lo imagino.

Ana María apoyó los palillos chinos en el filo del plato.

—¿No se te ha ocurrido pensar que es la mejor manera de vigilarte?

Ahora fui yo quien dejó los palillos.

—No, la verdad, no se me había ocurrido. Me parece una observación muy perspicaz por tu parte, Ana María.

—¿Es guapa?

—¿Quién?

—La inspectora.

—No sería la palabra, exactamente, sino más bien...

—¿Interesante, inteligente, sexy y dispuesta a mirarte como lo que eres?

—¿Y qué soy, Ana María, qué ves en mí?

—Al hombre más atractivo de la creación.

—Solo soy un tipo del montón. Estás demasiado ciega por mí, cariño.

Era una de las bromas clásicas de nuestro repertorio y ambos reímos, pero ¿a qué vendría su irónico brote? ¿Estaría celosa de Martina de Santo? Pero ¿por qué iba a estarlo? Ana María vivía al margen de mi mundo y no debía haber oído hablar siquiera de esa mujer policía. No conocía sus casos, como no podía siquiera llegar a imaginar la clase de seducción que emanaba de ella, su misteriosa esencia de mujer tallada por la vida y, al mismo tiempo, su perfume salvaje, a savia, tronco y junco, a hoja y rama, a viento, barro y lluvia...

Puede, no sé, que un leve brote de celos hubiese anidado en su pecho porque esa noche Ana María se quedó a dormir en mi casa e hicimos el amor con más pasión de la habitual, que no era poca. Desde el momento en que nos metimos en la cama, ella tomó las riendas, y debo confesar que vi el cielo.

Desperté a las siete y cuarto de la mañana, con los riñones molidos. Hacía rato

que Ana María se había marchado para cambiarse e ir a trabajar a ese lugar con nombre de número.

Antes de salir de mi casa había dejado listo el desayuno en la mesa de la cocina. Mientras saboreaba mis tostadas con jamón, ajo y aceite, más una taza del hirviente café conservado en el termo, la bendije como a mi ángel custodio. No es que yo fuese un hombre de suerte, no... ¡Podía considerarme el tipo más afortunado de la creación!

Iba justo de tiempo. Me metí en la ducha, a toda prisa me puse el único traje negro que tengo, el que uso para las bodas y entierros, y corrí a por el coche para recoger a Martina de Santo.

Había mucho tráfico y me costó llegar al Hotel Cantábrico. Se trataba de un más que modesto establecimiento situado cerca de la Puerta del Carmen, a pocos pasos de la Delegación de Tráfico de la Guardia Civil. Martina de Santo tenía categoría para alguna estrella más, pero pagaba la policía y con eso estaba todo dicho.

No supe dónde aparcar y lo hice sobre la acera. Entré a recepción a preguntar por la inspectora. «Mi pareja», pensé divertido. No hizo falta. Martina estaba ante la puerta de la cafetería, donde supuse que habría desayunado, con una maleta a los pies, lista para partir.

—Se ha retrasado —fue su seco recibimiento.

Miré mi reloj. Eran las ocho y doce minutos. Me disculpé «por la demora» y puse su equipaje en el maletero mientras ella devolvía la llave en la recepción.

—¿No piensa volver al hotel, inspectora?

—Casi nunca regreso a un mismo lugar.

—¿Ni siquiera al del crimen?

Sonrió con una coquetería de índole estrictamente profesional. Tentado estuve de preguntarle si tampoco tenía la costumbre de caer de vez en cuando en los brazos de algún hombre, pero afortunadamente me contuve. Algo me advertía que, con aquella mujer, bromas, las justas.

—Tenemos por delante dos horas y media de viaje, Martina. ¿Quiere que ponga la capota? ¿Cómo irá más cómoda?

—También yo tuve un descapotable. Me gustará sentir el aire en la cara.

—No sabe cuánto me alegra esa respuesta —respiré aliviado.

—¿Por qué?

—Porque el aire acondicionado no funciona.

—Debería tener más confianza conmigo, Florián. Y fíjese que no le he dicho «en mí».

—La tendré, inspectora. Es un honor trabajar con usted. Y fíjese que no he dicho «para usted».

Sonrió hieráticamente, sin que me fuera factible discernir si con un principio de prevención, autosuficiencia o respeto hacia su nuevo y circunstancial compañero, y subió al Escarabajo.

En cuanto hube arrancado me pidió que conectara alguna emisora con información local. Localicé un dial y estuvimos escuchando un boletín de noticias hasta que abordaron la información del crimen de Jaime Pisano. Nada nuevo dijeron que no supiéramos y bajé el volumen porque Martina me estaba preguntando cuánto tiempo hacía que no trabajaba para el Centro de Inteligencia, y desde cuándo era detective privado.

Mientras nos alejábamos de la ciudad por la carretera de Castellón, con un tráfico infernal a esa hora, camiones que se dirigían a la papelera, a las comarcas mineras o a

las fábricas de cerámica, le resumí mis andanzas caribeñas, cómo, cuándo y por qué había decidido abrir una agencia de investigación, asociándome con un antiguo compañero de colegio, Fermín Fortón, que también lo era de Jaime Pisano, «la víctima de nuestro caso», me atreví a generalizar. Ella aceptó el plural con la misma naturalidad que nuestro emparejamiento de conveniencia y me escuchó sin interrumpirme, limitándose a fumar con delectación el cigarrillo que, por efecto de la libre circulación de aire en la abierta cabina del Escarabajo, y debido a sus profundas y frecuentes caladas, se consumía con rapidez.

—¿No fuma demasiado, Martina?

—Hoy solo llevo cinco pitillos.

—¿Solo?

—Hay días que, si no he dormido, a estas horas me he fumado medio paquete.

—¡Qué barbaridad! Desayunará fuerte.

—Jamás lo hago.

—Si la oyera mi médico, el doctor Tortajada...

Insólitamente nos replicó a los dos:

—Una prematura digestión perturba la transición natural entre el no-yo onírico y el yo consciente real. Prefiero transcurrir entre ambos niveles con la mente libre, sin contaminaciones derivadas de la actividad corporal.

La miré de reojo por si se estaba burlando de mí, pero aparentemente había hablado en serio. ¿Qué respuesta habría a eso? No se me ocurrió ninguna porque no me iba el zen, la nanociencia, el budismo, el rollo vegano o en lo que diablos andaré metida y seguí conduciendo en silencio. Ella fue a apagar la colilla en el cenicero, para lo cual tuve que sacar de un zarpazo las monedas que guardaba para las zonas azules. En la emisora estaban informando de otro crimen de violencia de género. Subí el volumen:

—¡Qué vergüenza, Martina! Vamos prácticamente a muerte diaria. ¿Cómo acabar con esta terrible y repugnante lacra?

—Combatiendo la frustración.

—¿Social?

—Del agresor.

—¿Me está diciendo que los crímenes por violencia de género se cometen por frustración?

—En su mayoría. El cambio de rol de la mujer ha modificado las relaciones de poder entre las parejas.

—¿De poder? ¿Esos vínculos no deberían ser de amor?

—El amor fluctúa, aflora, desaparece, se aviva y marchita, resucita y muere, pero la pasión por el poder, por el dominio, notoria o larvada, permanece siempre.

—Podría estar oyendo a Nietzsche. ¿O a Lou Andreas Salomé?

—Mujer que fue un género en sí misma.

—¿O quizás ambos géneros a la vez?

Se me quedó mirando risueñamente.

—Es usted un hombre peculiar, Florián. Incluso puede que interesante.

—Si me piropea es porque nuestra pareja ha emprendido su travesía con viento de popa.

—Y lo que tiene más mérito, sin noche de bodas.

Me entró un ataque de tos y me ruboricé como un chiquillo porque la idea de acostarme con aquella mujer había rondado mi calenturienta imaginación como el revoloteo de una mariposa primaveral que finalmente se aleja llevándose su misterio lejos del pobre espacio de nuestras vidas. Al hilo de la mención a Nietzsche le referí mi anécdota con Jaime Pisano en el Liceo, cuando el cura nos expulsó por hablar de la muerte de Dios. La inspectora me escuchaba con un claro gesto de simpatía y sentí que podía confiar en ella. Por primera vez en las últimas horas experimenté un cierto agradecimiento hacia el comisario Coscolín por permitirme trabajar con alguien a quien muchos consideraban una leyenda.

El denso tráfico no me dejaba correr, y adelantar era peligroso. Dejamos atrás el Ebro en su camino hacia el monasterio de Rueda y Sástago.

Un viento cálido hacía reflotar la suave y limpia melena de Martina de Santo. Le indiqué que tenía una gorra en la guantera, la abrió, cogió la gorrita y se la puso, junto con unas gafas de sol cuya funda sacó de un bolsillo de la americana, lo que me hizo ver que no usaba bolso. Al poco rato, reclinó el asiento hacia atrás y no supe si dormía o contemplaba el cielo, pero el hecho fue que la inspectora no volvió a hablar hasta que llegamos a Alcañiz. Se puso a preguntarme por la familia Serret y mi relación con ellos. Le hablé de don Luciano y de su fortuna, de mi empleo perdido en el Gran Casino de Castellón y de mi amistad con su hija Catalina, cuya madre me había contratado para buscar a Juan Dragonara y conducirlo hasta su lecho de enferma, a fin de que con sus milagrosos poderes la curase de un cáncer terminal. Acto seguido me embarqué en un minucioso relato de mi visita a El Espartal, junto con una descripción de los peculiares miembros de la familia de Catalina.

—Está usted absoluta, total, ciegamente enamorado de ella —me diagnosticó, a modo de sorprendente conclusión, emitida en el tono de un médico de cabecera tras estudiar detenidamente los síntomas de su paciente.

Me quedé atónito, pero no tanto como para no empezar a protestar.

—Yerra el tiro, inspectora. No hay diana en esa dirección.

—Es inútil que intente rebelarse contra su propia naturaleza, Florián.

—Se equivoca, insisto. Soy muy feliz con mi actual novia, Ana María.

—Hábleme de ella.

Lo hice largamente, glosando nuestra historia, nuestro amor. Cuando hube concluido mi relato, Martina abrió otra compuerta en mi corazón:

—¿Quién ha dicho que no se puede ser feliz con una mujer y estar enamorado de otra?

—¿Querer a dos mujeres a la vez y no estar loco, como en el bolero?

—Si no se ha demenciado aún, Florián, y de verdad creo que es usted un hombre lúcido, es porque solo ama a una.

—¿A Catalina?

—Usted mismo se ha respondido, o condenado. ¿Entiende ahora por qué yo no regreso nunca, y mucho menos a un lugar donde he sido feliz?

—No, Martina, no lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque el amor es una condena, y su cumplimiento la libertad condicional. Otra cosa es la pasión.

—¿El matrimonio, entonces...?

—Cadena perpetua.

Me eché a reír.

—Policialmente hablando, no me importaría estar encadenado a usted.

Ella también rio. Tenía una bonita risa.

—Si alguna vez cambio de opinión con respecto al vínculo legal entre dos personas adultas, puede que piense en usted.

—Llevo dos bodas a mis espaldas, de manera que estoy perfectamente entrenado para una tercera. Tengo muchos defectos, Martina, pero no ronco por las noches y dispongo de contactos en todos los gremios, por si se estropean el lavavajillas, la calefacción o la Thermomix.

—No sé quién sería peor, si usted como marido o yo como esposa.

A eso de las once de la mañana, llegamos a Gavín.

El paisaje era muy hermoso, con espesos bosques de pino negro y, al fondo, las dentadas sierras recortándose con la nitidez de un día claro, perfecto, aunque muy caluroso.

Durante la conducción, el sol me había fundido los sesos y se me debía de haber bajado la tensión porque me entró como un desfallecimiento de azúcares y propuse a Martina tomar algo. Aceptó y entramos en la primera taberna que encontramos, y que seguramente sería la única del pueblo. Bar Germán. Con una barra embaldosada, alta y desnuda, y tras ella un camarero igualmente espigado y nervudo, de esa raza de pastores de los valles de huesos grandes y cabeza pequeña, desprovisto en una primera instancia de otra iniciativa distinta que la de mirarnos con aire hosco a la espera de manifestar nuestras intenciones tras invadir un santuario que, si abría a los clientes, pensé, debía de hacerlo contra la intrínseca voluntad de su dueño.

Le encargué un par de cafés y, tras una desolada mirada al mostrador, «algo de comer».

—No hay —repuso torvo.

—¿Nada?

—Nada.

—¿De nada?

—La cocina está cerrada.

—¿A qué hora abre?

—Hoy no abrirá.

—¿Por qué?

—Porque mi mujer ha muerto, y era la cocinera.

Hacía tiempo que mi incontinencia verbal no me jugaba tan mala pasada y quedé tan corrido que yo mismo cogí las tazas y las llevé a la más apartada de las mesas. Martina y yo saboreamos los fuertes y negros cafés en silencio, mirando la plaza vacía y el pórtico de la iglesia, frente al que abría una tienda que a la inspectora le llamó la atención.

Al salir del bar, la visitamos. Era un oscuro tabuco sin ventanas ni ventilación cuyo aire viciado, mohoso y caliente se pegaba a la piel; una suerte de ultramarino para despachar toda clase de artesanías, cestos de mimbre, botas de vino, mapas con rutas para recorrer a caballo o a pie, pero también libros —los de Pedro de Ramiro—, vídeos —los de la Fundación Luz del Cielo— y recuerdos de las apariciones de la Virgen en Gavín.

—Buenos días.

—Buenos son.

La mujer que atendía el mostrador tenía aspecto de bruja y una edad indefinida entre los cuarenta y los sesenta años.

—Me gustaría adquirir alguna reliquia —dijo Martina en un tono muy suave—.

¿Están a la venta?

La mujer se la quedó mirando con marcada desconfianza.

—¿Habían estado antes en Gavín?

Ambos negamos.

—Claro que no —se ratificó—, o les recordaría.

—¿Lo dice por la buena pareja que hacemos? —Intenté bromear.

—La señora es una hermosura, eso no se puede negar... ¿Nos visitan por algún motivo especial?

Inesperadamente me vino un soplo de inspiración.

—Mi mujer padece una dolencia. Una amiga común, doña Anunciación Marés, nos habló de los milagros de Gavín. Permita que nos presentemos: Martina y Florián.

—Tanto gusto. Felisa Fairén.

Su apellido me impactó, pero más aún la mirada lobuna con que nos escrutaba con mucha mayor viveza que la de su cuerpo inerte, como alcanforado en aquel espacio donde el sofoco parecía brotar de abajo, de un subterráneo horno.

—Doña Anuncia... Le debemos mucho. Es una gran benefactora nuestra... Pero desean llevarse alguna reliquia, veamos qué tenemos por aquí... Un rosario bendecido, una cinta o cruz...

—¿Bendecidos por la Virgen? —pregunté.

—¿Por quién, si no?

—Me quedaré una de las cruces —se decidió Martina.

Saqué la cartera.

—¿Cuánto, Felisa?

—Sesenta euros. No debido a su valor en sí...

—Sino al hecho de estar bendecida por la Virgen —di por supuesto, tendiéndole los billetes y recibiendo a cambio una rústica cruz de madera de boj con tres clavitos.

—No dejen de visitar los lugares santos —nos recomendó la beata—. El Monte Sacro y la ermita. La mayor parte de las apariciones tuvieron lugar allí. ¿Piensan hacer noche?

Aproveché la ocasión para informarme:

—¿Está abierta la residencia Luz del Cielo?

—Solo cierran los meses de invierno, y a veces, dependiendo de la afluencia de peregrinos, que crece y crece, ni entonces... Aunque... —vaciló— como ha ocurrido semejante desgracia...

—¿Qué ha pasado?

—El marido de Mari ha muerto. Ha salido en las noticias. Dijeron que lo han... ¡Asesinado! ¿Quién ha podido hacer algo así? ¡Pobre Jaime! Era tan bueno, tan dispuesto siempre a echar una mano... ¡No quiero imaginar cómo estará la pobre María!

—¿María Fairén?

—Sí.

—Es la vidente, ¿verdad?

—En efecto.

—¿La conoce?

—¡Imagínese! Es prima mía por parte de madre. Nos criamos juntas y juntas crecimos hasta que ella se fue a América con su hermana Teresa, que se había casado con un extranjero.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará ya unos cuantos años. Ni Teresa ni María han dejado de venir por Gavín, y con mayor motivo desde que construyeron la residencia.

—Entonces —deduje—, usted estaba con sus primas cuando tuvieron lugar los éxtasis, en 1977...

—Esa gracia me tocó... Pero tan solo la fortuna de acompañarlas, porque la Virgen no tuvo a bien elegirme como mensajera suya.

—¿Nunca la vio?

Felisa no despegó los labios. Era un no.

—A pesar de ello, ¿cómo vivió la experiencia?

—Con una gran emoción.

Felisa tomó entre sus manos uno de los libros ilustrados con fotografías de Pedro de Ramiro y lo abrió por una página en la que se veía una calle del pueblo abarrotada de gente, y en el centro, arrodillados, los tres niños en actitud orante. Señaló una chiquilla detrás de María.

—Esa era yo con quince años, algunos más que mis primas.

Habíamos visto esa misma foto en el despacho del comisario, pero Martina y yo fingimos verla por primera vez.

—Dígame, Felisa. ¿En ese momento ellas estaban contemplando a la Virgen?

—Sí, señor. Y escuchándola.

—¿Qué les decía?

—Que llegaban tiempos difíciles porque la Iglesia y la humanidad se estaban alejando de Dios. Nuestra Señora se expresaba con mensajes nada complacientes y anunció grandes castigos y catástrofes si los obispos y sacerdotes no enmendaban sus comportamientos y se arrepentían de sus pecados.

—¿Qué contestaban los curas?

—Pregúntenle al padre Dativo.

—¿A quién?

—Al viejo mosén.

—¿Vive en el pueblo?

—En la residencia —asintió Felisa—. Desde que quedó impedido, ocupa una habitación en la planta baja, para evitarle las escaleras.

La prima de las videntes siguió un rato contándonos anécdotas de las apariciones, de las que se había convertido en cronista, en memoria viva. A su tienda, nos dijo, entraban fieles de medio mundo, españoles, mexicanos, australianos, filipinos,

portugueses y, por supuesto, muchos norteamericanos, todos ellos atraídos por la fama de los milagros y por la labor de la Fundación Luz del Cielo, en la que trabajaban, ¡y de qué manera!, Teresa, María y sus respectivos maridos...

—Menos Jaime, a partir de ahora —se lamentó la santera—. ¡Que la Virgen lo acoja en su divino seno!

Entramos un momento a la iglesia, en la que, curiosamente, no había imágenes de la Virgen.

Destacaba un sagrario de plata con un pelícano en relieve alimentando a sus crías con su sangre. Estremecido, recordé que de allí habían salido los niños ángeles caminando hacia atrás para no dar la espalda al cuerpo de Cristo...

El calor apretaba. Nos dirigimos hacia la residencia de peregrinos, sede de la fundación.

Quedaba en la parte alta del pueblo, justo donde arrancaba el camino hacia el Monte Sacro, a pocos metros del lugar de la primera aparición de la Virgen, señalada por un altarcito encumbrado con una talla de san Miguel. En la hornacina, a los pies de santa María de Gavín, había esquelas con escapularios, flores, cartas y versos.

La residencia ocupaba un edificio bastante grande y relativamente nuevo, de cuatro plantas, una altura más bien insólita en aquellos pequeños pueblos del Maestrazgo, con un diseño sencillo, elemental, y materiales igualmente simples. Nada de sillares de piedra, balconadas y aleros, sino ladrillo revocado y zócalos de cemento con un espacio libre alrededor para un desorganizado jardín con árboles frutales, sillas y mesas para tomar café o jugar a los naipes.

En la entrada había una recepción parecida a la de los hoteles, porque aquello realmente era un hotel, pensé, con su restaurante, sus servicios de habitaciones, su plantilla, gerente... y beneficios. Atendía una chica joven. Se llamaba Rebeca y era sumamente amable. Nada más vernos entrar nos sonrió y se puso a nuestra disposición, advirtiéndonos, únicamente, que a la una tendría que irse a un funeral en la iglesia del pueblo.

—Nos gustaría ver las habitaciones —dijo Martina—. Es para comprobar su capacidad, por si quisiéramos volver con el resto de la familia.

—A su servicio —volvió a sonreír la muchacha con una mansa expresión—. Síganme, por favor.

Lo hicimos a través de unas duras escaleras de hormigón cubierto con una capa de linóleo, hasta la primera planta, en forma de pasillo alargado con alcobas a ambos lados. Rebeca nos enseñó los cuartos. Eran espartanos, con camas estrechas, una mesilla de noche con los Evangelios y una imagen de la Virgen.

—Muy apropiadas —aprobé—. ¿No opinas lo mismo, querida?

Martina me siguió la cuerda.

—¡Como en casa! Desde que al pobre Florián lo operaron de la espalda, por culpa de su sobrepeso, dormimos en camas separadas.

Rebeca sonrió con recato.

—¿Tienen hijos?

Yo empecé a farfullar:

—Floriancito, el mayor, que es ingeniero, y Martina, la peque, que acaba de ingresar en... —Hasta que me di cuenta de que la inspectora se estaba espantando como una potranca salvaje al sentir el lazo que la pretendía domar.

—Son ustedes muy jóvenes para tener un hijo ingeniero —observo Rebeca, como intentando calcular la edad de mi supuesta pareja.

—Es que Floriancito va muy adelantado...

—Cambiemos de tema —zanjó Martina, como si la mera mención a la posibilidad de reproducirse la hubiera sumergido en un pozo de angustia.

—¿Se está mareando, señora?

Martina estaba más pálida que de costumbre y la saqué de allí.

Era casi la una.

Minutos después, la plaza de Gavín comenzó a llenarse de gente.

Distinguí la cabeza de Jorge Evans sobresaliendo del círculo de parientes íntimos. El cuñado de Jaime llevaba americana y corbata de respeto.

Entró a la iglesia y se colocó en el primer banco, entre su mujer, Teresa Fairén, cuyos rasgos, de una extraña pureza, como con aura, me impresionaron, y su cuñada María. Las restantes bancadas se abarrotaron y Martina y yo tuvimos que quedarnos detrás. En cualquier caso, nos habríamos colocado al fondo, junto a la pila de agua bendita, para evitar que nos reconocieran. A la inspectora no la conocían, pero a mí, sí. Evans había podido verme de refilón en la agencia, después de entrevistarse con Fortón. María Fairén y él habían hablado conmigo en Jefatura, cuando los abordé en mi papel de falso policía.

Dentro de la iglesia, el calor era asfixiante. Dos sacerdotes salieron de la sacristía para officiar el funeral. El más anciano iba en silla de ruedas, que un monaguillo ayudaba a desplazar. Cuando tomó la palabra estuvo acertado con la semblanza del difunto. Una feligresa me confirmó que era don Dativo, el antiguo párroco de Gavín, «el mosén de toda la vida». En su loa al finado, don Dativo se esforzó por dibujar un perfil de Jaime Pisano relacionado con el apostolado seglar y con los beneficios recibidos por el pueblo y su iglesia gracias a la Fundación Luz del Cielo, y a cristianos ejemplares como él, «capaces de ir a convertir devotos al otro lado del mundo, a los desiertos mexicanos, a la selva amazónica, a la Pampa argentina».

Don Dativo agregó desde el atril:

—El difunto, a quien Dios tenga en su gloria y la Santa Madre de Cristo en el rebozo de su manto, fue en vida un heroico adalid de nuestros milagros marianos. Pendientes, como sabéis, del reconocimiento canónico de Roma, que llegará, no lo dudéis...

Prosiguió perorando, pero se le iba la cabeza y confundió algunos nombres, casando al difunto con Teresa Fairén, en lugar de con su hermana María, y dedicando una inoportuna referencia a su trágico fin, dando por sentado que «había sido

asesinado vilmente por los enemigos de la fe mariana», lo que aportó negros nubarrones al funeral.

Al terminar el oficio, Evans y media docena de hombres cargaron el féretro.

Cuando la comitiva enderezaba el camposanto vi a Roberta, la primera mujer de Jaime. Iba detrás de María Fairén, pero parecía más conturbada y triste, como si la viuda fuera ella. Roberta no había cambiado demasiado desde nuestros tiempos del Liceo. Seguía teniendo el cabello pajizo y ese aire apaisado, como de recortable, un ser de una única dimensión que, sin embargo, frente al féretro de su ex marido se rompía a lágrima viva. Su mirada se cruzó con la mía, pero mi estómago había crecido en proporción inversa a la merma de mi antaño rubio cabello. Roberta no dio señal de recordarme.

También reconocí al sargento Luna, a quien no había visto hasta ese momento. Intercambió una señal de inteligencia con la inspectora, pero no se acercó a saludarla. Supuse que el comisario habría enviado algún agente más, e igualmente deduje que los cuatro guardias civiles que esperaban a la entrada del cementerio tendrían adjudicada algún tipo de misión informativa.

Con tantos ojos puestos sobre aquella escena yo tenía la impresión de que iba a suceder algo extraordinario, revelador, definitivo, pero nada, absolutamente nada destacable ocurrió durante el entierro.

Bajo un sol que en su cénit derramaba fuego, Evans leyó una despedida en nombre de la familia e invitó a los presentes a rezar tres avemarías para que la Virgen, por quien Jaime tanto había luchado, le acogiera en su seno.

Sin más, los empleados del camposanto procedieron a la inhumación del féretro.

Se acercaba la hora de comer. Los asistentes fueron dispersándose. Acompañados por sus familiares y amigos, Evans y las hermanas Fairén se dirigieron a la residencia.

Por mi parte, propuse a la inspectora subir al Monte Sacro para visitar la ermita, el lugar santo por excelencia de la geografía mariana de Gavín. Le pareció buena idea.

Martina estaba en buena forma y ascendió con ligereza, tiñéndosele apenas levemente de rosa el cutis, mientras yo me congestionaba y resoplaba a cada repecho.

Necesariamente, debía haber llovido en las horas anteriores porque la alfombra de pinaza estaba húmeda y se respiraba un vivificante aroma.

De los nudosos avellanos que crecían al borde del camino pendían cintas, medallas, bastones, muletas y prótesis que habían dejado de ser necesarias, pues sus dueños se habrían beneficiado de las telúricas fuerzas curativas acumuladas en las laderas del Monte Sacro. En aquellos lugares donde la Virgen se había aparecido se elevaban nuevos altarcitos, a menudo con la figura de Miguel Arcángel protegiéndolos con sus alas, y siempre, con la talla policromada, románica, de santa María de Gavín, idéntica en su forma, efectivamente, a la pieza robada en Arenas de Huerva.

En la cumbre se alzaban grandes pinos, y de sus ramas colgaban numerosos exvotos. Numerosos peregrinos habían clavado sus fotos a las cortezas de los troncos.

La inspectora atravesó un campo sembrado de cruces y desde la altura de la ladera quedó absorta contemplando el pueblo. Sus casas se veían diminutas ahí abajo.

—¿Lo nota? —me preguntó cuando me hube acercado a ella.

—¿El qué?

—En el ambiente. Algo maléfico.

Yo no percibía nada más allá de lo normal, pero de pronto me di cuenta de que el silencio era demasiado perfecto y la visibilidad tan nítida como si milagrosamente, de golpe, acabara de corregirse mi astigmatismo. No se oía nada, ni los rumores del pueblo, ni el piar de los pájaros, ni quejidos de la madera a causa del extremo calor, hasta que yo también noté algo, ¿cómo decirlo?, algo tóxico, venenoso.

Era, más que una presencia, un peso, una invisible cúpula de aire malsano sobre la montaña y el valle, una amenaza cósmica que mis sentidos no eran capaces de captar, pero que algo muy dentro de mí lo registraba en clave emocional, amargo y desbordante como una sucia espuma de melancolía, como una negra boca dispuesta a engullirme con nefastos presentimientos.

Martina seguía a mi lado, tan inmóvil que no parecía siquiera respirar. Yo lo hice profundamente y noté el aire más fresco. Su brisa me trajo un sonido de cascabeles que atribuí a un invisible rebaño de ovejas, pero enseguida comprendí que lo que realmente provocaba aquel prístino y lacerante sonido era una campanita atada al cayado de un peregrino.

Su badajo sonaba con mayor claridad a medida que su dueño se acercaba a nosotros avanzando con dificultad por la sinuosa senda, la espalda encorvada bajo el peso de una enorme mochila, unos cuantos bucles de pelo blanco cayéndole bajo un sombrero de paja nada convencional ni visto por aquellos pagos, de ala ancha y con una cinta verde atada a lazo.

Cuando estuvo algo más cerca de nosotros, se descubrió para saludarnos y pudimos comprobar que era una mujer. Y no de la edad que en un principio yo le había atribuido, sino mucho más joven, aunque su cuerpo, bastante más castigado que el rostro, tenía algún defecto, seguramente congénito, un tipo de minusvalía que, al apoyar mal, le hacía caminar con un pie torcido, retrasando su paso.

Al cesar la campanita había regresado el silencio y con él una sensación de paz, pero también inquietante, de una extraña majestuosidad, como el prólogo de algo que estuviera a punto de suceder y que tuviese que ver, no con nosotros, sino con las leyes del cielo. «O del infierno», pensé.

La peregrina se había quedado quieta, recuperando el aliento, y nos miraba de hito en hito, sonriendo sin decir nada, hasta que se dirigió a uno de los altares para arrodillarse frente a la Virgen y depositar a sus pies el ramito de flores silvestres que seguramente habría ido cogiendo por la senda. Rezaba con recogimiento, lo que me permitió observarla y darme cuenta de que su cabello no era estrictamente blanco, sino más bien como una pelusa de un rubio claro, como de muñeca antigua. Al concluir sus oraciones se incorporó con ayuda del bastón, sacudiéndose las rodillas con un clac-clac que resonó en el valle como un aplauso repetido.

Se llamaba Engracia. Lo primero que nos contó fue que, si su estado de salud lo permitía, acudía a Gavín prácticamente cada año, por gratitud.

—Ella hizo su trabajo, me curó levantándome de la silla —dijo, y sus ojos de color ámbar brillaron como miel líquida—, pero me quedó una secuela, seguramente porque quise correr antes de aprender a andar y a los pocos días de estar curada me caí disputando una carrera a mis hermanos.

—¿Cuál era su enfermedad? —le pregunté.

—Una polio de nacimiento. Mis padres, mi madre, sobre todo, eran los que tenían fe. Yo la había perdido hacía tiempo. Los niños de Gavín que con tanta facilidad y sencillez veían a la Virgen eran de mi edad. Hablaba con ellos, me animaban. Teresa me decía: «Mira, Engracia, la Virgen no te va a dejar ahí sentada. Vas a ver cómo el día menos pensado te levantas». Yo seguía sin creer, y sin rezar, pero una tarde me pareció que había alguien cerca de mí, una presencia que me hacía sentirme mejor, feliz y en paz conmigo misma. Dejé de despreciarme, de llorar y maldecir, y aprendí a esperar, a confiar y escuchar. Mis ojos se estaban abriendo hacia adentro, hacia una nueva luz. ¡Pero mis piernas seguían muertas y a menudo perdía toda esperanza! Cuando mis padres y yo tuvimos que marcharnos de Gavín, Teresa me dijo que no me preocupara, que la Virgen iba a curarme porque había puesto a prueba mi fe y salido airosa. Que podía irme, y que cuando Ella decidiera que de verdad estaba preparada, simplemente me pondría en pie y me levantaría de la silla para no volver a sentarme en ella. Y así ocurrió —concluyó Engracia, con esa extraña y ambarina luminosidad en su mirada.

—¿Así de repente, sin más?

—Fue algo tan natural que ni siquiera pareció un milagro. Vivíamos en Burgos.

Una mañana fui a levantarme de la cama con ayuda de los bastones y al apoyar los pies en el suelo noté el frío de las baldosas. Era una sensación nueva para mí, pues mis extremidades inferiores carecían de la menor sensibilidad. Noté tensión en las piernas, y la fuerza con que me sostenían al ponerme en pie por primera vez en mi vida. ¡Me eché a llorar y mi alma se desbordó de gozo!

Cerca de las tres de la tarde bajamos del Monte Sacro. El único restaurante era el de la residencia. Estaba saturado por los asistentes al funeral y optamos por dirigirnos al del pueblo más próximo, Amianto.

Yo estaba desfallecido por la excursión y me disponía a enjaretarme unas migas a la pastora y unos huevos con longaniza cuando la inspectora encargó una ensalada «con dos hojas de lechuga y un poco de pescado».

—¿Pescado aquí? —dudé—. No sé yo...

—Tenemos el mejor bacalao —me contradijo con orgullo el mesonero.

Era un hombre recio, con hombros cuadrados y un aire inexpresivo y sólido. Nos explicó que tradicionalmente se había producido un intercambio con los marineros del norte, cambiando al trueque el bacalao por productos de la industria soguera, maromas de cáñamo y cordajes muy apreciados por los patrones de las embarcaciones de altura.

—A cambio, los marinos pagaban con lomos de congrio o bacalao en salazón, que duraba inviernos enteros.

—Un poco de bacalao, entonces —aceptó la inspectora.

—¿Lo querrá con garbanzos?

—Naturalmente que no.

Por lo poco que la iba conociendo, me iba dando cuenta de que aquella mujer no era de por sí hosca ni arisca, sino reservada y dueña de sí hasta un extremo casi inhumano, a la manera de un soldado, un misionero, un juez. Di por supuesto que tendría otro lado, distintas facetas, una vida más entretenida o diversa, amistades con las que divertirse, salir a cenar y tomar unas copas para relajarse de su estresante actividad y soltar liberadoras risas. Tendría algún amante —¿un hombre, una mujer? —, o quizá no necesariamente, pues yo había leído sobre ciertas personas, y no precisamente místicas, ciertos músicos, por ejemplo, o científicos, capaces de dar lo mejor de sí mismos en un régimen de rutina y soledad, y no descarté que fuera ese el caso de aquella hermosa, sofisticada y obsesiva mujer.

—¿Cuánto pesa usted?

—¿En libras de carne?

—¿Shakespeare? —Sonreí—. ¿*El mercader de Venecia*?

—Ha acertado, Florián, pero no se lo había puesto tan fácil.

—No vaya a creer que valoro a las mujeres por el peso.

—En cualquier caso, le responderé: cincuenta kilos.

—Mi pregunta nacía de un interés por su salud, y estaba justificada...

—¿En base a?

—Su delgadez. Está usted en los huesos, Martina.

—No se preocupe tanto por mi salud, a mí no me preocupa lo más mínimo. —Y encendió un cigarrillo, dejando medio bacalao en el plato.

En todo el día no había preguntado a la inspectora por el estado de la investigación, pero me proponía hacerlo en el viaje de vuelta. A lo largo del día, Martina había recibido varios mensajes de texto, y nada me hubiera extrañado que fuesen del comisario Coscolín, manteniéndola informada de cuanto estuviera sucediendo con respecto a los avances del caso y el paradero de Juan Dragonara. Pero me extrañó que apenas le hubiese citado, ni preguntado por él a los posibles testigos que habíamos conocido en Gavín. Como si no lo considerase sospechoso. ¿A qué obedecería su pasividad? ¿Dónde estaban los dones, facultades e intuiciones de la famosa Martina de Santo? ¿A qué esperaba la célebre inspectora para poner en práctica su alabada capacidad de deducción, que le había llevado a solucionar casos mucho más complejos?

Con tantas preguntas en el tintero yo no iba a tener, sin embargo, ocasión de preguntarle. A la salida del restaurante, ella me acompañó hasta el Escarabajo, aparcado en un callejón de Amianto, pero no lo hizo con la intención de subir a mi coche y regresar conmigo a la ciudad, sino que me extendió rígidamente la diestra, a modo de despedida.

—Ha sido muy amable, Florián. Sin usted, la jornada de hoy habría sido mucho más aburrida y habría aprendido muchas menos cosas acerca de la Virgen de Gavín. ¿Me abre el maletero?

—¿Es un adiós?

—Tenemos que despedirnos.

Le tendí su equipaje con una torpe mueca, sintiéndome un poco como uno de esos pobres cómicos a quienes el público, al acabar su lamentable función, felicita con un flojo aplauso más por compasión que por habérselo ganado.

Vi acercarse por el callejón al sargento Luna y a otro tipo; también policía, seguramente.

—¿Lista, inspectora? —le consultó Luna.

—Cuando quiera, sargento.

Martina apoyó levemente sus manos en mis hombros, se puso de puntillas hasta enrasar con los míos sus ojos de plata líquida y me besó en una mejilla mientras me acariciaba la otra con sus helados dedos.

—Me ha gustado mucho ser su compañera durante unas horas.

—Todos los emparejamientos empiezan bien. Asunto distinto es cómo acaban.

—El nuestro perdurará. Hasta pronto, Florián.

—Le tomo la palabra. Hasta muy pronto, ojalá.

La vi subir al coche del sargento y alejarse por la carretera.

Entré en mi Escarabajo y encendí el motor con una sensación de ridículo. Durante todo el regreso conduje de manera atolondrada, sin entender cuál era mi papel en

aquella extraña función, o a qué estaban jugando conmigo.

Al día siguiente me levanté tarde y muy cansado, pero fui a la agencia para concentrarme en el trabajo de mesa y en una larga serie de llamadas que me proponía hacer desde mi despacho. Como estuve usando el teléfono fijo mantuve apagado el móvil y no volví a conectarlo hasta las dos de la tarde, cuando bajé al Mefisto para reponer fuerzas con un aperitivo-comida.

Tenía varios mensajes y, aunque seguía de muy mal humor y me daba pereza ponerme a leerlos, comencé por un archivo de mi padre que incluía nuevas imágenes, en forma de autorretratos suyos. Por primera vez desde que me había despertado, sonreí. Adam le estaba cogiendo el gusto a fotografiarse en los más bellos rincones de su amada Jerusalén y me enviaba una selección de sus últimos *selfies*.

Había uno con la Torre de David al fondo y el sol poniente dibujando un disco rojizo que era claramente un intento artístico, una foto bien encuadrada por alguien que sabía lo que hacía y que se habría ofrecido a hacérsela. La regia cabeza de Adam se erguía con el orgullo de un monarca hebreo. Su aspecto había mejorado con respecto a las fotos que nos había enviado en entregas y días anteriores. Se había afeitado y volvía a lucir un cutis sin otras imperfecciones que las huellas de la edad. Su piel, tostada por el sol, hacía pensar en el paso, en la sabiduría, en la piel del tiempo como envoltorio de un corazón que redoblaba en un latido apasionado y atemporal, alerta el espíritu a las señales de ese Dios con quien Adam mantenía una intensa relación, y a cuyo Hijo iba a ver a menudo al Santo Sepulcro, donde la huella de la Cruz le recordaba que la muerte nos aguardaba para librarnos de toda penalidad y regalarnos una vida puramente espiritual.

Había unas cuantas fotografías más de Adam a la puerta de su casa-tienda de la Vía Dolorosa. Mi padre estaba haciendo reformas y posaba orgulloso ante las antiquísimas piedras sillares del zócalo, tratadas con agua a presión para eliminar los parásitos y la suciedad.

De pronto, tuve que restregarme los ojos.

En el último de aquellos *selfies* se veía en un primer plano a mi padre y, tras él, en la Vía Dolorosa del viejo Jerusalén, a otro hombre, una estrambótica figura con una cruz auestas. Debía de ser uno de esos fanáticos que, creyéndose reencarnaciones de Cristo, recorrían penitenciados las Catorce Estaciones, hasta el Santo Sepulcro. El propio Adam, en alguna ocasión, me había hablado de ese tipo de fenómenos pseudomísticos que se daban con cierta frecuencia en la ciudad santa, basados en trastornos de la personalidad. No todos sus protagonistas, aquellos pobres perturbados, lo eran en base a su morbosa devoción hacia la figura de Jesús; algunos se creían el rey David, el profeta Jeremías, Abraham, Jacob, cualquiera, según les diese, de los padres del Antiguo Testamento, o de los evangelistas y apóstoles del Nuevo... Pero aquel loco casualmente captado por la cámara de Adam era una versión grotesca del Cristo icónico. Solo que no se había caracterizado con la

tradicional túnica desgarrada y manchada con los goterones de sangre derramada por los latigazos y torturas sufridas en el palacio de Pilatos, sino que llevaba una simple camisa blanca y un pantalón igualmente blanco, aunque bastante sucio. Su pelo negro y liso le caía sobre la cara, velándole parcialmente los rasgos, pero aun así... ¡le reconocí! ¡Aquel falso Cristo que pasaba con su cruz junto a la tienda de mi padre, junto a la Primera Estación del Calvario era Juan Dragonara!

Con manos temblorosas amplié la imagen. Solo se le veía la mitad de la cara, pues el pelo le tapaba parte del rostro, pero era él, o, al menos, podía serlo... Si se trataba, como parecía, del fugitivo al que la policía y yo, por distintos motivos, estábamos buscando, ¿cómo y cuándo habría llegado Dragonara a Jerusalén? ¿Y qué haría allí? ¿Pedir perdón por su crimen, suplicar la redención divina?

Para salir de dudas, lo mejor era llamar a mi padre y eso fue lo que hice de inmediato. Pero su celular no estaba disponible. Le dejé un mensaje para que contactase conmigo de manera urgente, y mi siguiente llamada fue para el comisario Coscolín. Como de costumbre, tuve que pasar por dos o tres filtros, hasta que oí entrechocar sus muelas, y enseguida su voz:

—¿Flo?

—Comisario, tengo algo...

—¿Qué tal con la inspectora, cómo os fue por el Maestrazgo?

—Ya te contaré, Jerónimo... ¿Sabemos algo de Juan Dragonara?

—Estamos en ello... Te noto tenso, Flo.

—¿Hay alguna pista?

—Te repito que estamos en ello.

—¿No se habrá fugado del país?

—¿Por qué me lo preguntas? —Coscolín acababa de hacer una pausa, como si la posibilidad de una fuga estuviera abierta—. ¿Tú sabes algo, Flo?

—¡Agárrate! Puede que Dragonara esté en Jerusalén.

No pareció en absoluto extrañado.

—¿Tienes alguna prueba?

Le remití el *selfie* de Adam con las fotos de la Vía Dolorosa, lo recibió al segundo, lo revisó en cinco más y, choc-choc, oí entrechocar sus muelas.

—¡Increíble! Realmente...

—¡Es él, Jerónimo! Es Juan Dragonara y está en Jerusalén.

—¿Quién te ha enviado esta foto?

—Mi padre.

—¿Has hablado con él?

—Acabo de dejarle un mensaje.

—Escucha, Flo, se me está ocurriendo algo... ¿Crees que nos ayudaría?

—¿Quién?

—Tu padre.

—Se lo podría sugerir...

—¿Y tú, estarías dispuesto a seguir colaborando con nosotros?

—¿Acaso no lo estoy haciendo?

—A tu manera, yo diría que sí.

—¿En calidad de qué, de chivo expiatorio, por si sois incapaces de solucionar el caso?

—Vamos, Flo, no te enfades. Sin que sirva de precedente, y para demostrarte que remamos en el mismo barco, voy a confiar en ti. Todo lo que a partir de ahora te diga es estrictamente reservado. Acabamos de recibir un mensaje de Europol. Juan Dragonara ha cogido un avión a Tel Aviv.

Contuve el aliento.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche.

Ahugué una exclamación. Encajaba.

—¿Lo han captado las cámaras del aeropuerto?

—Tenemos imágenes.

—La fotografía de mi padre es muy reciente, de esta misma mañana, a las doce y dieciséis minutos. Dragonara ha tenido tiempo de desplazarse en coche de Tel Aviv a Jerusalén.

—¿Tú has hecho esa ruta, Flo?

—Muchas veces.

—¿Qué distancia hay?

—Un par de horas. ¿La inspectora De Santo tiene esta información?

—Así es y ha decidido trasladarse a Israel en el vuelo que sale de Barajas esta noche. Dispondrá de un pasaje y de un visado diplomático. Escucha, Flo, y piénsalo... Puedo conseguirte otro pasaje. A Martina de Santo le serías de mucha ayuda en Jerusalén.

No lo dudé ni un microsegundo.

—Acepto, Jerónimo, pero viajando en las mejores condiciones con quien es mi compañera en la salud y en la enfermedad, hasta que las fuerzas del orden, que nos han unido, nos separen.

—¿Qué quieres decir con «las mejores condiciones»?

—Un poco de dinero, Jerónimo.

—¿Cuánto es «un poco»?

—Con diez mil euros bastará.

—Me parece que no te he oído bien, Flo.

—Sé razonable. Deberemos alojarnos en buenos hoteles, y yo tengo el defecto de cobrar por mi trabajo, qué le vamos a hacer. Paga esta ronda, Jerónimo, y deja el resto de la cuenta de la mía. No te preocupes, una vez en Jerusalén me ocuparé de todo... Si Dragonara se ha refugiado allí te lo traeremos atado de pies y manos.

—Más te vale, o quien saldrá trasquilado por meterte en esto seré yo.

Hice una pequeña maleta, le dije a Beni que estaría ausente algunas fechas, envíe

un mensaje a Ana María para explicarle mi nueva misión, fui al garaje a por mi Escarabajo y, aunque tenía un margen de cuatro horas para llegar al aeropuerto de Barajas, pisé el acelerador en dirección a Madrid.

Una vez en la carretera, llamé a Catalina desde el manos libres para, sin revelar tampoco ahora a mi clienta y amiga que nuestro hombre era sospechoso de un asesinato, informarle de que había descubierto una nueva pista del vidente. Sospechaba que Juan Dragonara estaba en Jerusalén, y me disponía a volar a Israel para localizarlo y traerlo de vuelta al *mas* de Castellón.

Catalina me escuchó con atención y me animó a hacerlo diciéndome que su madre había empeorado y que no hacía más que preguntar por Juanillo. Doña Anunciación había dejado de creer en los médicos y solo esperaba que las milagrosas manos de aquel curandero místico la alejasen de las garras del dolor y la salvaran de la muerte.

Prometí a Catalina que haría todo lo posible por encontrar al Sanador y le mandé todo mi cariño.

—¡Eres tan mono, Flo!

Estando, como estaba, solo en el Escarabajo, avanzando a ciento diez kilómetros hora por la ardiente autovía de Madrid, me ruboricé. Manoteando, descubrí un arrugado cigarrillo detrás de los cedés, lo encendí y me puse a pensar arrobadamente en Cata.

¿Tendría razón la inspectora, con ese instinto suyo, de policía y mujer, y estaría enamorado de ella?

En la Terminal 4 del aeropuerto madrileño de Barajas me encontré con Martina de Santo, que me estaba esperando.

También nos aguardaba un policía nacional de paisano, con rango de inspector, que nos facilitó los pasajes y los pasaportes, y habló brevemente con Martina.

Gracias a nuestros visados diplomáticos, no tuvimos que pasar el control ni soportar el habitual interrogatorio a que la seguridad hebrea somete a todo viajero que utilice sus líneas aéreas.

Durante las dos horas y media que duró el vuelo Madrid-Tel Aviv sobrevolamos el Mediterráneo y sus míticas islas, Malta, Creta, Chipre... Martina y yo fuimos charlando de temas culturales e históricos. Me sorprendió la sensibilidad y precisión con que se remontaba a las viejas civilizaciones y religiones. Su padre, Máximo de Santo, había sido embajador en algunos países árabes, por lo que ella conocía muy bien la región mediterránea y Oriente Próximo, aunque no había estado en Jerusalén tantas veces como yo.

La conversación giró hacia el caso que nos ocupaba. Martina se mostró especialmente interesada en cuanto le dije que, desde mi punto de vista, había llegado el momento de interrogar a María Fairén más a fondo de lo que lo había hecho hasta el momento el comisario Coscolín.

—Tengo su número telefónico, por si quiere llamarla.

—¿Cómo lo consiguió, Florián?

Consciente de que había sido una clara irregularidad, le revelé de qué modo había abordado a María Fairén y a Jorge Evans a la salida de Jefatura, presentándome como un falso agente y pidiéndole el móvil porque así, imaginariamente, lo requería el comisario.

Ella se abstuvo de hacer observaciones. Se lo agradecí.

—Con esta misma pluma me anotó el número —dije, sacando mi Pelikan y mostrándosela a la inspectora.

—¿Dónde?

—En un papel, una hojita de agenda. ¿Quiere verla?

—Se lo agradecería.

La llevaba en la cartera. Saqué y le mostré el apunte junto con los números correspondientes al móvil de Evans, que él había anotado justo debajo.

La inspectora me hizo ver la diferencia de rasgos. Los números de María habían sido reproducidos con trazos retorcidos en un confuso bosque, pero los de Evans se dibujaban con total claridad.

—Tales características —aseguró la inspectora—, unidas al cuerpo, presión, distancia, conclusión e inclinación de los signos determinan personalidades muy diferentes.

—¿Tormentosa la de María, ordenada la de Evans? —sugerí—. También yo he

estudiado un poco de grafología...

En el aeropuerto de Tel Aviv, al que arribamos pasada la una de la madrugada, nos estaba esperando otro contacto, un español de unos sesenta años, con traje, camisa blanca y corbata. Me habría jugado cien euros a que era funcionario y habría acertado. Estaba adscrito a la embajada española en calidad de consejero, pero no dijo de qué. En mi época de espía, yo tampoco solía decirlo. Tomó del brazo a Martina y cuchicheó durante unos minutos con ella mientras yo esperaba unos metros más allá.

Cuando se hubo alejado, la inspectora se limitó a indicarme:

—Nos han alquilado un vehículo. Haremos noche en Tel Aviv, en el hotel Quartz.

—Suenan bien. ¿Habitaciones separadas como en nuestra imaginaria casa? ¿Lo recuerda?

—Nada de lo que hablamos se me olvida, Florián.

—Nuestra comunicación oral funciona a placer.

—¿Se trata de un nada rebuscado juego de palabras, detective?

—¡Cómo se le ocurre!

—Porque es usted muy procaz. ¿Quiere que conduzca yo?

Me estaba entrando sueño y muy gustosamente le cedí el volante. A bordo del Toyota de color cereza con tracción a las cuatro ruedas que nos había facilitado la embajada salimos del perímetro del aeropuerto, fuertemente vigilado por tropas militares, y nos dirigimos a la capital israelí por una autovía en la que prácticamente, debido a la hora, no circulaba ningún otro coche. Martina no necesitó ayuda electrónica ni vaciló al coger la salida de las instalaciones aeroportuarias.

Tampoco, después de haber conducido a una velocidad media de 140 durante treinta kilómetros, dudó al desviarse directamente al centro de Tel Aviv. Y también acertó con el paseo marítimo, hasta estacionar el vehículo justo delante del hotel Quartz.

—Nadie diría que no lleva un TomTom en la cabeza —observé.

—Me había alojado otras veces en este hotel —se justificó ella—. Es perfecto para practicar surf.

—¿Surf, en Tel Aviv?

—Hay unas olas magníficas.

Eran las dos de la madrugada. Martina no quiso tomar nada y subió a su habitación mientras yo me quedaba en el bar luchando porque me hicieran una tortilla y bebiendo una cerveza que me supo a rayos. Tanto, que la cambié por una botella de tinto libanés, con el que tampoco pude lidiar, viéndome finalmente reducido a un clásico *gin-tonic* que, esta vez sí, me sentó divinamente, abriéndome las puertas del sueño.

Dormí como un toro en la planta quinta y desperté pasadas las diez de la mañana. No recordaba la habitación de Martina y bajé a recepción para preguntar por ella.

Me dijeron que había salido muy temprano, pero que me había dejado una nota. Garabateada con una eléctrica letra, cuyo estudio grafológico habría revelado a un ser

de extrema complejidad, decía simplemente: «La Terrace». El recepcionista me indicó que La Terrace era un restaurante de playa que permanecía abierto todo el día.

Me acerqué en medio de una esplendorosa luz. Unos cuantos surfistas se ejercitaban cabalgando las olas. Recordando que la inspectora era aficionada, pedí un café y me estuve fijando en ellos hasta que me pareció reconocer a Martina haciendo acrobacias.

La inspectora salió del agua minutos después y vino hacia mí corriendo por la arena con la tabla debajo del brazo. El ajustado traje de neopreno hacía destacar su figura delgada, ágil y, ¡Dios me perdone!, su trasero levemente respingón y un cuello que yo habría mordido en aquel preciso momento con la avidez de un vampiro. Se secó el pelo, pidió un Martini al camarero y me dijo que había madrugado para hacer algunas gestiones antes de surfear.

—¿Qué clase de gestiones, inspectora? —le pregunté tras disculparme por haberme quedado dormido hasta tan tarde—. ¡Póngame al día!

—Un par de consultas con la policía israelí, cuyo cuartel central visité brevemente, pero no saben nada de nuestro amigo. Al parecer, Dragonara no se aloja en ningún hotel convencional, y en cuanto a su particular *show* en la Vía Dolorosa, no se han recibido denuncias ni información alguna.

—El fugitivo está acostumbrado a pernoctar a la intemperie. Habrá dormido en cualquier sitio. ¿Alguna otra novedad, inspectora?

—Sí. He hablado con Adam Menuziam.

—¿Con mi padre? —me asombré—. ¿Cómo consiguió el teléfono?

—Poniendo en práctica una de esas tretas que gasta usted, Florián. Un poco antes del amanecer me tomé la libertad de entrar un momento en su habitación para consultar su móvil.

—Entró usted en mi habitación —repetí, estupefacto—. ¿Cómo entró?

—Con la llave maestra de nuestro hotel.

—¿De qué modo la consiguió?

—Explicando al responsable de seguridad que a mi ex marido, que se había quedado con mi tarjeta de crédito, sin la cual no iba a poder comprar nada en las tiendas del Quartz, ni visitar el hidromasaje y la peluquería, no lo despertarían ni de un cañonazo.

—¿Ahora soy su ex? ¿Tan pronto?

—Ya que es usted aragonés, le citaré a su mejor filósofo. Lo bueno, si breve...

—Entró usted en mi habitación... —Seguí farfullando, derrotado por su irónica seguridad y abochornado al recordar que la noche anterior me había quedado dormido desnudo sobre el cobertor—. Entró y vio usted, me vio usted...

—No se apure, no había gran cosa que ver...

—Pero encendería la luz...

—Es posible... El caso es que conseguí el número y hablé con su padre. Adam entendió perfectamente que su hijo estuviera en la cama, porque ya desde niño, me

dijo, además de no usar pijama, era usted muy dormilón.

—¿Un vago? ¡Verá en cuanto me ponga las pilas!

—Tendrá que ponérselas, Florián, porque nos espera dentro de un rato. A las dos de la tarde comeremos con él.

—¿Con Adam?

—Sí, claro.

—¿En Jerusalén?

—¿Dónde, si no?

No había tiempo que perder. Recogí a toda prisa mi equipaje y apenas tres cuartos de hora después estábamos los dos a bordo de nuestro Toyota, dirigiéndonos hacia la ciudad santa.

El tráfico era mucho más denso que la noche anterior, pero Martina conducía con pericia y a una velocidad que preferí no comprobar en el panel de mandos.

Minutos antes de las dos de la tarde, divisamos las murallas de Jerusalén.

Dejamos el coche en el aparcamiento del hotel Tryp, donde teníamos habitaciones reservadas desde España, y nos encaminamos hacia la ciudad antigua, a la que entramos por la Puerta de Damasco.

Hacía un calor espantoso, pese a lo cual la Vía Dolorosa era un hervidero de turistas.

Unos minutos después, yo estaba en brazos de mi padre.

—¡Mi querido Florián, qué sorpresa que hayas venido a verme!

—Y eso que, según tú, soy un perezoso y un indolente. Te dejé un mensaje advirtiéndote de que llegábamos...

—No sé muy bien cómo funcionan estas malditas mensajerías telefónicas...

—Pero *selfies* sí has aprendido a hacer.

—¡Es tan divertido! Y eso que salgo hecho un monstruo.

—Precisamente hemos venido para intentar atrapar al que aparecía en una de tus fotos, detrás de ti.

—La inspectora me ha informado, sí... ¡Cada vez hay más locos sueltos! Es usted realmente muy bella —la piropeó, mientras Martina lo contemplaba con una divertida sonrisa—. Y para mí, un honor conocer en persona a la famosa inspectora De Santo. He leído todos sus casos, absolutamente todos, uno por uno. Aquel de la mariposa de obsidiana, por ejemplo, era... ¡Inenarrable!

—Pues alguien debió de contarle, pero cambiemos de tema... No sabe cuánto le agradezco que esté dispuesto a ayudarnos, señor Menuciam.

—Le seré de mucha más utilidad que mi hijo, de eso no tenga duda. Florián es muy buena persona, pero como detective... Pasen a mi humilde morada, por favor. Usted primero, inspectora. Adelante, adelante...

Nos quitamos los zapatos y sobre gruesas alfombras atravesamos la tienda fundada por mi abuelo Kamo. Había tal cantidad de objetos a la venta que apenas se podía avanzar, y el ámbito de la abovedada cripta olía a incienso. En el mostrador, un muchacho estaba vendiendo joyas a unos turistas.

Subimos a la casa de Adam, en el segundo piso. El aroma a iglesia era más fuerte en sus habitaciones, tanto que me mareé un poco.

Adam jamás había cocinado, pero para esta ocasión había hecho preparar una comida copiosa, con una docena de platos alineados a lo largo de una mesa en forma de media luna, forrada en estaño y decorada con piedras semipreciosas.

El joven vendedor dejó el mostrador y subió a servirnos. Adam le hizo abrirnos un vino blanco y mientras matábamos el hambre, yo por lo menos, con los aperitivos, nos entretuvo poniéndonos al día sobre la compleja realidad política de Israel.

De vez en cuando, nos dijo mi padre, asumiendo ese papel de narrador que tan natural le era, la calma de la parte antigua de Jerusalén se veía alterada por una súbita deflagración y unos cuantos cuerpos inocentes volaban desmembrados por los aires. El propio Adam se encontraba en el Café Circasiano, donde había tenido lugar el último ataque palestino, y pudo evaluar sobre el terreno la magnitud de un atentado que, sin embargo, las autoridades israelíes calificaron de un nivel bajo con respecto a las grandes amenazas que, como espadas de Damocles, pendían sobre el destino de Israel, desde un bombardeo aéreo o una invasión terrestre o un ataque nuclear.

Adam insistió en su teoría —yo se la había oído exponer en anteriores ocasiones— de que lo que tenían ahora era lo más parecido a la paz, pues los conceptos europeos, occidentales, de convivencia y buena vecindad, alianzas y confederaciones, países que colaboraban en armonía y en comunidad de intereses no eran más que utopías por completo inexistentes en Oriente, e imposibles, como la propia democracia, de implantar con garantías en los países árabes.

Adam creía con firmeza que entre los descendientes de Fenicia y las Doce Tribus jamás hubo otra cosa que el culto a Dios y a su profeta-rey, siendo Jesucristo el único que había conseguido erigirse como símbolo universal, por encima de los padres del Antiguo Testamento, aunque con Mahoma siguiéndole de cerca los pasos. Este último, para Adam, no era sino una versión simplificada de Cristo, otro profeta-rey adaptado a las tradiciones del mundo árabe. Ese pétreo esquema, un solo Dios y un solo y profético gobernante que lo era por sanción divina se repetía, según mi padre, desde el principio de los tiempos, desde que Dios expulsó a Adán del paraíso, condenándolo a dejar de ser monarca de la creación para, reduciéndolo a un ser contingente y mortal, reinar únicamente sobre la tierra.

Nuestro anfitrión se levantó un momento a la cocina para indicar a su ayudante el modo de ligar una salsa *garum* para condimentar los mariscos. En cuanto volvió a sentarse, aproveché para dar por asimilada su perorata y preguntar a mi padre por el falso Cristo que nos había llevado hasta allí.

—Su nombre es Juan Dragonara, papá. Está en busca y captura por un crimen todavía caliente. La inspectora y yo tenemos que localizarlo y detenerlo cuanto antes. ¡Para eso hemos venido!

Adam no le quitaba los ojos a Martina. Fue a ella a quien se dirigió.

—Desde su temprana llamada de esta mañana, he hecho algunas averiguaciones, inspectora. Quizá no sepan ustedes que este tipo de fenómenos religiosos por los que se interesan no son tan raros en Jerusalén. Por la Vía Dolorosa se ven con frecuencia imitadores clónicos, patéticos, de Jesucristo, sin que nadie, en principio, salvo que alboroten o ellos mismos se infrinjan castigos de sangre, les impida revivir el calvario a su modo, en taparrabos, con túnica, con o sin cruz, con o sin cadenas, un poco al modo en que no tan antaño desfilaban los flagelantes en las procesiones de la Semana Santa española... Si, casualmente, y sin darme cuenta, he fotografiado a otro de esos Cristos, no voy a extrañarme lo más mínimo, porque ni siquiera le habría prestado

atención. No digo que por delante de mi casa pase un Nazareno con su cruz cada veinticuatro horas, pero hasta cierto punto es una imagen rutinaria. Los hay que ni siquiera se disfrazan, que penitencian en ropa de calle, tal como bajaron del avión... Se les distingue por su fanática actitud, sus llantos, paradas y rezos en las Catorce Estaciones, postrados o arrodillados, la mirada inmóvil, fija en algo que solo ellos pueden ver...

—¿Producto de la teatral atmósfera de la ciudad? —sugirió Martina.

—Que cualquiera podría provocar. Yo mismo, sin ir más lejos.

—¿Usted?

—Desde luego, inspectora.

—Póngame un ejemplo.

—Con mucho gusto. Cuando me hallo con un grupo de peregrinos en lo más profundo del Santo Sepulcro, delante del nicho que albergó el cuerpo de Cristo, y les invito a recrear su muerte con el sufrimiento de la tortura, pero también bajo la majestuosa esperanza de la resurrección, noto que se conmueven hasta los tuétanos y cómo su espiritualidad se desborda hasta convertirse en una fuente de energía tan ávida de elevarse al cielo que en esos supremos instantes podría ocurrir cualquier cosa, un milagro, un trance, una revelación o visión... Jerusalén atesora tal poder de sugestión que a menudo los peregrinos caen en alguna clase de arrobos o desmayos... Desde simples desvanecimientos hasta transformaciones o procesos psíquicos bastante más complejos, que incluyen desdoblamiento o anulación de personalidad, sustituida por otro yo más potente y legendario, un arquetipo, un mito, el mismísimo Hijo de Dios... Es lo que los médicos han designado como «síndrome de Jerusalén». Por esta Vía Dolorosa, insisto, no es tan excepcional ver pasar víctimas de dicho síndrome, torpes émulos de las grandes figuras de la Biblia... Después uno se entera de que eran diseñadores franceses, un antiguo espía alemán, un millonario mexicano que juró ante lo más sagrado revivir el Vía Crucis si un familiar suyo sobrevivía a una enfermedad incurable...

—Veo que dominas el tema, papá.

—Solo por encima, Florián. Quien de verdad sabe de esto es un amigo mío, el psiquiatra Gustav Horran. Es el director del Kfar Shaul Mental Health Center, especializado en enfermedades mentales de raíz religiosa. ¡Tengo una buena noticia para usted, Martina! Horran la recibirá en el hospital en cuanto termine su jornada clínica, a las cinco. Esto es, dentro de un par de horas. Hasta entonces, hará bien en alimentarse, está usted más delgada que una camella recién parida. Hamid —ordenó Adam a su joven servidor—, abre otra botella de mi mejor vino rojo, en honor a mi hijo más querido y a la famosa investigadora española. ¿Lo estoy haciendo bien, inspectora? No me gustaría que Florián se avergonzase de mí.

—Es usted un anfitrión maravilloso, Adam —le sonrió Martina.

—Que habría perfectamente podido perder la chaveta por una invitada como usted.

—Lleve cuidado con mi padre —advertí a la inspectora—, es un seductor nato.

—Un viejo seductor —se calificó él.

—¡No tan viejo! —lo animó ella, riéndose.

Adam no disponía de coche para llevarnos al hospital, y aunque hubiera tenido vehículo había bebido bastante más de lo conveniente para conducir.

Hacia las cuatro y media de la tarde, mi padre, mucho más alegre de la cuenta, interrumpió al fin lo que se había convertido en un monólogo por su parte porque tenía que volver a la tienda, y quedamos libres para dirigirnos al hospital.

Martina y yo nos despedimos de él, regresamos a nuestro hotel y cogimos el Toyota en dirección al Kfar Shaul Center.

Situado cerca de Har Nof, un antiguo asentamiento campesino, el hospital psiquiátrico era un edificio de los años sesenta, con una desordenada estructura de bloques de dos cuerpos y un redondo torreón que le daba un vago aire a torre fortaleza o presidio medieval. Todas las ventanas estaban protegidas por rejas. Un fuerte dispositivo de seguridad privada vigilaba la entrada.

Gustav Horran, el director, nos atendió con encomiable puntualidad, teniendo en cuenta que debía ser un hombre muy ocupado.

El psiquiatra sabía —por mediación de Adam, supuse— que Martina era una inspectora de policía, e igualmente me recibió como si yo fuese otro agente español, lo cual me enorgulleció, haciéndome por un instante sentir como cuando, a mi manera, y no siempre en decorosas misiones, representaba a mi gobierno con un sentido de la lealtad siempre disimulado bajo mi jocosos escepticismo.

El psiquiatra nos fue guiando por un aséptico corredor embaldosado de mosaicos blancos y nos invitó a sentarnos en un despacho que obviamente no era el suyo, sino una especie de sala de juntas, con una mesa oblonga para reuniones de grupo. Se acodó en la presidencia y volvió a sonreírme amistosamente, escudriñándome como un fisonomista que tratase de descubrir mi herencia genética.

—No puedes negar, Florián, que eres hijo de Adam Menuzian. Llegué a conocer a tu abuelo Kamo, y también te pareces a él.

Aseguré estar orgulloso de mi sangre armenia y Horran lo aprobó con una sonrisa, pues también él tenía ancestros armenios. El poco pelo que le quedaba era de color rojo y su cabeza enorme, con una frente de ballena y unos ojillos azules que lagrimeaban de conjuntivitis. Su piel era más pálida aún que la de Martina; lechosa como la de los nórdicos, plagada de benignas manchas de sol.

El móvil le sonó de improviso, pero lo apagó educadamente después de un vistazo a la pantalla.

—No dispongo de mucho tiempo, ruego me disculpen. Centrémonos, si les parece, en el asunto que les ha traído.

—Por supuesto, doctor —me apresuré a decir—. Estamos interesados en un paciente suyo, Juan Dragonara.

—Adam me lo adelantó —asintió Horran.

En ese momento, el móvil que sonó fue el de Martina.

—Disculpen, por favor. Me veo en la obligación de atender esta llamada.

La inspectora salió de la sala. Mientras la esperábamos, a Horran y a mí nos envolvió un incómodo silencio. Pasó un minuto, pasaron dos...

—Lo malo es que me espera otro compromiso —subrayó el psiquiatra—. ¿Podemos empezar?

—Cuando quiera. No se preocupe por la inspectora, yo le informaré.

Horran abrió la carpeta que había traído consigo y esparció delante de él, sobre la

mesa, cuantos papeles contenía su interior. Parecía un historial clínico. Se veían notas en los márgenes, escritas con al menos dos tipos distintos de letra.

—Antes de entrar en materia, tengo una pregunta que hacerte, Florián. ¿Cuál es exactamente el motivo por el que estáis investigando a Juan Dragonara? Adam no lo sabía, o bien no me lo quiso decir.

—El asesinato de un abogado en el que él se ha visto envuelto.

—¿Como autor?

—Como principal sospechoso.

—¿Conocéis personalmente a Dragonara?

—No, pero hemos reunido mucha información acerca de él.

—¿Qué opinión os habéis formado?

—Es un personaje contradictorio —opiné—. Fue sacerdote, pero en los últimos años ha combinado etapas de oscuridad y luz...

—¿Qué tipo de luz? ¿Mística?

—¿Lo dice por el episodio de las apariciones marianas?

El psiquiatra asintió, mirándome con una expresión tolerante, como la de un profesor satisfecho del esfuerzo que uno de sus alumnos, aún yendo en dirección errónea, está desarrollando para agradarle.

—¿Qué es lo último que habéis sabido de él?

—Que acaba de llegar a Jerusalén huyendo de España. Estoy absolutamente convencido de que es un asesino. Yo mismo le vi alejarse del lugar del crimen, donde había golpeado hasta la muerte a un amigo mío.

—¿Cómo se cometió ese asesinato?

—Encontramos a la víctima con la cabeza destrozada. Dragonara acababa de entrevistarse con él armado de un grueso bastón, arma con la que le reventó el cráneo.

—¿Qué relación tenía mi paciente con ese abogado amigo tuyo?

—Jaime Pisano estaba divorciado y se había casado en segundas nupcias con una prima hermana de Dragonara, una de las dos hermanas que, siendo niñas, compartieron con él la experiencia de ver a la Virgen en un pueblecito español.

—De modo que, para vosotros, Juan es indudablemente un asesino fugado de la justicia —concluyó Horran, moviendo pensativamente la cabeza de un lado a otro—. No estoy en absoluto dispuesto a admitir esa hipótesis, pero sí te diré que en Juan se estaba librando un feroz combate entre el bien y el mal. Que no son, ni mucho menos, elementos contrarios. A menudo, en mis clases cito un ejemplo que me parece revelador, el de un cuadro poco conocido de un pintor surrealista francés, Odile Redon. En dicho lienzo, el ángel y el diablo, san Miguel Arcángel y Lucifer son expulsados del Edén al mismo tiempo y por la misma causa. Bajo la colérica mirada de Dios, bajan juntos a la tierra, hombro con hombro, cogidos de la mano para, a partir de ese momento, convivir y conspirar en el mundo de los hombres.

—¿Esa batalla entre el bien y el mal —apunté— pudo comenzar en la infancia de Juan Dragonara, cuando experimentó las visiones?

—Lo sabríamos si supiéramos qué vio exactamente... ¿A la Virgen María o la oscura sombra de algo malvado y poderoso, tanto como para poner de rodillas a todos los habitantes de su pueblo natal, a los padres, maestros, sacerdotes que les acompañaron en los éxtasis...?

—En cualquier caso, algo vio o creyó ver.

—¿A Lucifer, quizás? —ironizó Horran—. ¿O a las brujas de Salem? —Y rio brevemente, como si esa posibilidad le divirtiera francamente—. Te recuerdo, Florián, que incluso la mismísima Teresa de Jesús llegó a dudar de la naturaleza de sus visiones. ¿Quién era aquel hombre tan hermoso que se le aparecía en un diamante de luz, Jesucristo o el Príncipe de las Tinieblas, Dios hecho hombre o el más bello disfraz del mal? No olvidemos que mi viejo conocido el diablo disfruta en España de una excelente reputación. Y eso que carece de la gravedad del demonio luterano. Sigue siendo un poco el diablillo cojuelo, pero no por ello deberíamos desdeñar su capacidad de seducción... Pero hay algo más en mi paciente español, una guerra bastante menos espiritual, una lucha carnal, sexual... Una latencia, un conflicto entre su naturaleza masculina y femenina, entre el hombre y la mujer que luchan por imponerse dentro de él. Como consecuencia de sus caídas y retornos a la fe, estamos ante un ser inseguro, ambiguo, amoral, sin amor, sin familia ni amigos y sin una ocupación clara, o misión, en la vida.

—O, en otras palabras, doctor —concluí—. Ante un asesino.

En ese instante, Martina regresó a la sala.

Tras disculparse nuevamente, la inspectora se sumó a la conversación.

—De momento, yo me limitaría a considerarlo un misógino —estaba diciendo Horran.

—Tiene razón, doctor —coincidí—. En la vida de Juan Dragonara no parece haber habido una sola mujer.

—¿La Virgen? —sugirió sibilinamente Horran.

Martina interpretó esa sugerencia del siguiente modo:

—¿Como símbolo de una femineidad pura, sublimación de la especie femenina?

—Ojalá la cuestión fuera tan sencilla, inspectora. El hecho de que un chico de catorce años, con apenas una formación básica, sufriera una experiencia de índole sobrenatural...

—¿Realmente cree que las visiones fueron auténticas? —le interrumpí.

—Para mí, es indudable.

—¿Juan Dragonara vio a la Virgen? —insistí.

—Lo creo, sí.

—Pensaba que los psiquiatras solo creían en Freud —bromeé.

Horran sonrió comedidamente.

—Juan vio a la Virgen con catorce años, no tengan la menor duda. Y eso que, fíjense, no hay un solo testimonio fiable, no hay hasta nuestros días, en toda la historia de la humanidad, una sola noticia de que un ser humano, uno solo, haya visto con sus propios ojos un espíritu, un demonio, un ángel, al Hijo de Dios o a la Virgen María. Las leyes físicas lo impiden. Ningún hombre, a través de la sola contribución de sus sentidos, ha logrado eludir esos principios.

—Se está contradiciendo...

—No, Florián... Me refería al poder de los sentidos. Otra cosa sería hasta dónde podría llegarse con ayuda de sustancias químicas, o lo que un cerebro debidamente inducido crea percibir o reflejar en un momento determinado. Me refería a otros tipos de visión.

—¿La mente de Dragonara tenía la capacidad de utilizarlos?

—Según mi criterio, no. Según el del propio paciente, sí... De hecho, cuando le dábamos el alta insistía en permanecer ingresado más tiempo, a fin de que pudiésemos estudiar mejor su cerebro...

—¿Como si fuese el de un ser superior?

—Ese tipo de enfermos presenta una fuerte inclinación al narcisismo —se limitó a generalizar Horran, sin establecer quiénes.

—¿Qué lugar ocupaba en Dragonara la devoción a la Virgen?

—Es una buena pregunta, Florián, pero no hay en Juan rastro de tal devoción. En su bagaje psíquico no existen iconos femeninos. Ninguno. No ya el de la Virgen, sino ni siquiera el de su propia madre.

—¿Ninguna novia, un amor?

—Ni siquiera una figura ideal, el sueño de una mujer perfecta en la que encarnar una ilusión afectiva o estética, y con ella la esperanza de llegar a conocer el amor entre la pareja humana.

—¿Dragonara odia a las mujeres?

—Verás, Florián... Los casos de misoginia radical van bastante más allá del aborrecimiento hacia el sexo contrario. La mujer, simplemente, pasa a no existir. Su presencia física, cuando es inevitable, se edulcora en un ser asexuado, y sus atributos eróticos y su capacidad de reproducción se equiparan en la mente del misógino con las de una especie animal. El coito es sustituido por el celo, de manera que lo corporal, lo vivo, la carne y el pelo, la pezuña y el músculo, la herida de la garra o la caricia del belfo, el beso y el orgasmo se limitan a postulados teóricos. Para Juan no existen prostituta ni virgen, esposa ni madre. Solo un mundo de hombres bajo la tutela de un único pastor, guía y amigo: Jesús de Nazaret.

Horran pasó a explicarnos que la variante del síndrome de Jerusalén padecida por Dragonara consistía en una proyección de su personalidad hacia un icono religioso de tal potencia que asumía dicho rol olvidando por completo, durante unas horas o días, quién era en realidad. Potenciada, exacerbada su enfermedad en el marco sagrado de la ciudad de Jerusalén, con la alienante carga de trascendencia y santidad acumulada en sus piedras y calles, el paciente vaciaba su memoria para, a través de un deseo latente de redención, colmarla con una suplantación mítica y transformarse en Cristo.

—Estadísticamente hablando, las reencarnaciones en la figura de Jesús son las más numerosas —indicó el médico—. En su mayor parte, aunque no siempre, coinciden con las efemérides del calendario cristiano y con las fechas más señaladas de la cristología, el Nacimiento, la Pasión, la Resurrección. No es en absoluto infrecuente que las personas afectadas —en un noventa por ciento hombres; pero también algunas mujeres, en especial entre las de religiosidad más extrema, las conocidas como «pentecostelias»— vaguen por las calles de Jerusalén cargando su cruz...

El psiquiatra miró disimuladamente la esfera de su reloj de pulsera. Nuestro tiempo estaba a punto de concluir. Martina puso una última carta encima de la mesa.

—¿Podría facilitarnos las fechas en las que Juan Dragonara ha estado ingresado en este centro?

Deduje que esa petición pretendía vincular sus periodos de estancia hospitalaria en el Kfar Shaul Center con las muertes violentas con las que nuestro sospechoso se había visto relacionado: la del ingeniero Errasti en el monasterio de La Cartuja, la del camarero de Ibiza y, por supuesto, el asesinato, todavía caliente, de Jaime Pisano.

—El historial clínico, de ningún modo —desestimó con rotundidad Horran—. La deontología profesional me lo impediría. En cuanto a las fechas de sus ingresos... bien, no tengo inconveniente.

Las localizó en el expediente y nos las comunicó. Martina y yo intercambiamos

una significativa mirada porque coincidían plenamente con las muertes del ingeniero y del camarero.

—¿Podría ayudarnos un poco más, doctor? —Postulé.

—¿Cómo, Florián?

—¿Dónde se aloja Juan Dragonara? ¿Qué amigos tiene, qué lugares frecuenta en Israel?

Horran permaneció pensativo mientras recogía el historial. Poniéndose de pie, nos reveló:

—El kibutz Golan, en el norte del país. Creo que suele refugiarse allí, como el campesino que era de niño y como el soldado de Cristo que cree ser.

La entrevista con el psiquiatra había concluido.

Yo no tenía ninguna duda de lo que debíamos hacer a continuación, y así se lo planteé a Martina en cuanto hubimos abandonado la clínica.

—Iremos a dormir a ese kibutz, inspectora.

—¿En camas separadas?

—Ya que nos hemos acostumbrado... Aunque tengo la espalda mucho mejor.

—Su problema no está detrás, Florián, sino delante.

—Como el de casi todos los hombres. ¿Quiere que conduzca yo, Martina? Serán tres horas y pico de carretera.

—Buena idea, querido colega. Mucho mejor que cualquier otra que se le pueda ocurrir como copiloto con manos libres.

—Hablando en serio, inspectora... Esa llamada que recibió estando con el psiquiatra era de España, ¿verdad? Vi el prefijo involuntariamente. ¿Noticias del comisario Coscolín, tal vez?

—En absoluto. Era mi peluquero.

—¿Cómo dice?

—Tenía hora para hoy en la peluquería y olvidé cancelarla. De paso, aproveché para preguntar a Bruno, mi peluquero, por cierto tipo de cabello sintético.

«¿Necesitará un implante o se habrá vuelto loca?», me cuestioné, totalmente atónito.

—Bruno piensa que debo cortármelo a lo *garçon*. Usted, Florián, que tan buen gusto tiene para las mujeres, ¿qué opina? ¿Debo cambiar de imagen o seguir como estoy?

La tarde seguía siendo muy calurosa y luminosa cuando, después de cancelar nuestra cuenta en el hotel, abandonamos Jerusalén rumbo al norte del país, a la frontera con Líbano.

Pronto terminó la autovía y una carretera de dos direcciones, agobiada de vehículos, me obligó a ralentizar la marcha. Aproveché para incrustarme el móvil entre la mandíbula y la clavícula y llamar por teléfono a Adam para decirle que no nos esperase a cenar. Mi padre salió por su tangente favorita.

—¿Has decidido raptar a la hermosa mujer inspectora y privarme de su estimulante compañía?

Explicué a mi promiscuo padre que habíamos encontrado una nueva pista derivada de nuestra visita a su amigo Gustav Horran y que, en principio, no regresaríamos en un par de días, dependiendo del resultado de nuestras pesquisas.

—¿Adónde vais?

—Es parte de la investigación, papá, no debería contarte más de lo estrictamente...

—¡Contesta!

Se lo dije y exclamó con emoción:

—¡Golan! Ese kibutz supone algo muy especial para mí, Florián. Cuando era joven pasé algún tiempo allí. Muy buenos ratos. Incluido mi bautizo de sangre, pues maté a un hombre, y acaso a más de uno... Nuestra familia acababa de llegar a Israel y aquella fue un poco mi contribución a la construcción de nuestro nuevo país... ¡Viejos y gloriosos tiempos de la colonización, cuando obligábamos constantemente a retroceder a nuestros enemigos! El administrador del kibutz era un judío armenio, William Urpeyan, que había hecho fortuna en Canadá y lo dejó todo para luchar por Israel. Se retiró no hace mucho, creo que dejando como administrador a su hijo; de manera que no es imposible que un miembro de la familia Urpeyan siga al frente del kibutz. Podéis preguntar por él, en cualquier caso.

Por la carretera del norte fuimos dejando atrás las ciudades históricas de Jericó y Cafarnaún, entre otras cuyos nombres evocaban la historia judía, desde Herodes el Grande a Flavio Josefo. Las vegas del Jordán daban fe de una agricultura floreciente en contraste con la desolada llanura de arena extendida al otro lado del río, en la ribera correspondiente a Jordania.

El sol nos golpeó inmisericorde durante la primera hora de viaje, pero poco a poco fue perdiendo vigor. Cuando llegamos a las orillas del lago Tiberíades declinaba sobre las aguas en una hermosa puesta.

La entrada del kibutz estaba protegida por una alambrada y un retén de guardia.

En forma de sorpresa nos esperaba un mensaje. Adam había llamado por teléfono al administrador. En efecto, el cargo lo ocupaba Esla Urpeyan, hijo de su amigo Will, e iba a atendernos en su oficina, situada junto al comedor comunal, en un patio que

hacía las veces de plaza.

Esla Urpeyan era un hombre de unos cincuenta y tantos años, ancho y chaparro, con el pelo cortado al uno perfilándosele prácticamente sobre las cejas, pues apenas tenía frente, y con unos ojillos pequeños y hundidos en sus órbitas. Me preguntó cortésmente por mi padre, muy amigo, era cierto, del suyo, que ya estaba retirado en una aldea de Cisjordania, y nos garantizó que podíamos ocupar una habitación durante al menos dos días.

—¿Una para los dos?

—Solo disponemos de una, Florián. Es doble. ¿Algún problema?

Martina y yo negamos y asentimos al mismo tiempo. El administrador tuvo la delicadeza de no hacer preguntas sobre nuestra relación, dio por zanjado el tema de nuestro alojamiento y se puso a proporcionarnos una serie de prolijas explicaciones sobre las actividades del kibutz.

—Todo lo que nos acaba de contar nos resulta fascinante, Esla, pero no hemos venido de turismo —le dije cuando terminó de hablar—. La señora De Santo es inspectora de Homicidios. Estamos buscando a un ciudadano español, Juan Dragonara. El médico que lo atiende en Jerusalén de sus trastornos mentales nos dijo que podríamos encontrarle aquí.

—¿Trastornos mentales? ¿De qué tipo?

—Padece el síndrome de Jerusalén. De vez en cuando sufre una crisis de identidad y se cree Jesucristo. ¿Le conoce?

—Ha estado aquí, con nosotros, un par de veces, pero jamás ha dado muestras de desequilibrio. El otro día...

Contuve el aliento con la fuerte sensación del cazador cuando un sexto sentido le avisa de que ha penetrado en el territorio de la pieza y está a punto de otearla entre la frondosa maleza. ¡Al fin iba a dejar de escapársenos de las puntas de los dedos!

—¿El individuo que buscamos está en el kibutz?

—¿Ahora? No. Hace meses que no viene. Un año, tal vez.

Esla se comprometió a buscar algún testigo de su estancia en el kibutz. Nos adelantó que Dragonara era muy reservado y apenas tenía relación con la comunidad, aunque desempeñaba con rigor sus tareas agrícolas y militares.

—Ha combatido contra las milicias chiíes. Puedo decirles que es de los hombres más bravos que he visto. Posee un valor temerario.

Martina y yo cenamos frugalmente en el comedor comunal. Éramos los últimos y apenas quedaban alimentos en el bufet. Las verduras tenían un intenso sabor y bromeé sobre la posibilidad de hacerme vegetariano. Ella me explicó que durante mucho tiempo lo había sido, pero que desde hacía poco, tras un episodio de anemia, había comenzado a consumir un poco de carne. No la toleraba mal, aunque solo de vaca, y muy pasada. El cerdo le sentaba fatal.

—¡A ver si se va a volver judía!

Con seriedad, me repuso que ya lo era, y pasó a hablarme del origen hebreo de su

familia. Uno de sus parientes se había ocupado en rastrear hasta allá donde había podido descubrir sus raíces genealógicas. El más antiguo de sus antepasados era un judío de la corte de Fernando II de Aragón, Josué Ibrahim, financiero de la propia corona y comerciante con casas en Zaragoza, Barcelona y Florencia. Cuando se decretó la expulsión de los judíos abrazó la fe conversa, pasando a llamarse José de Todos los Santos. En sucesivas generaciones, el apellido se iría asentando y simplificando hasta ese De Santo que ella ostentaba.

Después de un día tan ajetreado, Martina estaba cansada y la acompañé a nuestra habitación. O celda, a la vista de su espartano trazado, con las dos estrechas camas de un colchón más delgado que un corte de helado y una alfombrilla con olor a pies. Me apresuré a retirarla, sacándola fuera, y para respetar su intimidad le dije que me quedaría un rato en el porche fumando el último cigarrillo que me quedaba por los bolsillos.

—Coja un par o tres de los míos.

Lo hice y me quedé cerca de tres cuartos de hora admirando las estrellas sobre los Altos del Golam, cuyo perfil se recortaba en la clara noche. Cuando sentí frío, porque la temperatura había descendido drásticamente, entré y me acosté sin desvestirme en la cama libre.

Desperté en mitad de la madrugada, sobresaltado y con el cuerpo bañado en viscoso sudor. Mi vecina no estaba. Supuse que habría ido a dar un paseo para combatir el bochorno, abrí la ventana y me volví a dormir.

Cuando desperté, a las siete de la mañana, la inspectora aún no había vuelto. Me aseed y fui a por un café al comedor comunal. Martina se presentó a los pocos minutos. Traía el pelo mojado y se había cambiado de ropa. Le pregunté de dónde venía y me repuso con vaguedad que no podía dormir y que por eso había dado un bonito paseo nocturno «por las montañas». Al volver había estado nadando en la piscina del kibutz y tomado una sauna.

—Jamás habría pensado que en un kibutz habría baño turco.

—Al parecer, han ido incorporando algunas comodidades.

Estábamos acabando nuestros cafés cuando apareció Esla con un individuo al que nos presentó como el compañero de Juan Dragonara.

—Levi Marwan. Yo tengo que hacer, pero les dejo con él.

Levi era un tipo flaco pero muy fuerte, de unos cuarenta años, con la piel saturada de sol y unos desproporcionados antebrazos, capaces de sostener un ternero en vilo.

Antes de nada, nos pidió un cigarrillo. La inspectora le regaló su paquete de Player's. Levi encendió un pitillo y empezó a aspirarlo con delectación. No disponía de mucho tiempo, pues entraba de turno con su cuadrilla agrícola. Nos sentamos en un banco de la plaza y abrí bien los oídos a cualquier información que pudiera suministrarnos.

Levi describió al Sanador como a un hombre íntegro, absolutamente comprometido con el destino de Israel, lector de los Evangelios y discípulo de Cristo.

No tenía la menor idea de que había sido sacerdote. Era un camarada silencioso, discreto, trabajaba de buen grado y con mejor ánimo aún vestía el uniforme. Nunca hablaba de él ni de lo que hacía en España. Sus visitas al kibutz arrancaban de tres años a esta parte. La memoria de Levi consiguió fijar, aproximadamente, las fechas de dichas estancias, que coincidían con las de las muertes del ingeniero navarro en el convento de los Cartujos y con la del camarero en una playa de Ibiza. Concluí preguntando a Levi si Dragonara había tenido otras amistades en el kibutz, algún otro amigo, amigas, amantes, y me aseguró que no se relacionaba con nadie más. Cuando decidía abandonar el kibutz no volvían a saber nada de él, ni una carta, ni un mensaje. Nada, hasta que un buen día regresaba sin equipaje, con las manos vacías y sus ropas blancas manchadas por el polvo del viaje.

Esa tarde fui yo quien probó la sauna. No estuve solo, sino acompañado por media docena de soldados que habían dejado sus ametralladoras Uzi en el vestuario, casi al alcance de la mano, por si había alarma de combate y tenían que salir a defender la frontera o los asentamientos de colonos.

Pero el que me sobresalté fui yo porque mi móvil empezó a sonar y tuve que salir del baño turco en pelota picada.

La llamada era de España, de mi amiga Catalina Serret, y la atendí con gusto. No eran buenas noticias. La voz de mi clienta estaba embargada, pero no por la alegría de hablar conmigo, sino debido a la tragedia que acababa de destrozar a su familia.

—¡Han matado a mi padre! —me comunicó en un puro sollozo—. La policía está en el *mas*, Flo. ¡Decenas de policías! Quieren interrogarnos a todos, quién sabe si detenernos... ¡Dime qué debo hacer! —Cata se echó a llorar y sentí que se me desgarraba el corazón—. ¡Ven enseguida, Fío, por favor, no me dejes sola en este horrible momento!

Al día siguiente, una bomba explotó a menos de dos kilómetros de las pistas del aeropuerto de Tel Aviv. Como consecuencia, nuestro vuelo fue aplazado catorce horas, que Martina y yo, sin salir de la terminal, soportamos como pudimos.

Durante esa larga espera, hablé tres veces más con Catalina, mientras la inspectora lo hacía unas cuantas con el comisario Coscolín.

Sumando a las informaciones e impresiones de ambos aquellas crónicas periodísticas que pudimos recuperar en la red, junto con los reportajes, en vídeos, de dos agencias y una televisión local de Castellón, pudimos hacernos una idea bastante aproximada de lo que había ocurrido en El Espartal. De cómo Juan Dragonara, alias *El Sanador*, nos había burlado una vez más y cometido un nuevo crimen, asesinando en su propia casa, casi a la vista de los suyos, a Luciano Serret.

La violenta muerte de Serret había tenido lugar en su residencia del Desierto de Las Palmas, en el mismo *mas* que yo había visitado para entrevistarme con su mujer, doña Anunciación, y con mi amiga Catalina. El empresario había sido asesinado de noche y su cadáver había aparecido a última hora de la tarde siguiente en el pozo junto al que yo conversé con él por última vez. Allí lo había arrojado Dragonara, después de golpearlo sin piedad en su propio despacho. El Sanador había actuado impunemente. Le habían dejado entrar, ya casi de noche oscura, para que visitara a la enferma. Había llegado al *mas* caminando, con sus ropas blancas y su larga melena al viento. Nadie le preguntó desde dónde y él tampoco se lo dijo al guarda de seguridad que controlaba la verja principal. La propia Catalina le había franqueado la entrada y lo había acompañado a la alcoba materna. Su madre le había pedido que le dejara a solas con él, a fin de que Juanillo pudiera concentrarse en imponerle las manos e invocar a la Virgen para que la librara de la enfermedad. Pero cuando Catalina volvió a entrar al dormitorio, Dragonara ya no estaba. La alcoba tenía otra puerta que daba al área de servicio, y por allá había salido el visitante, dispuesto a atacar al dueño de la casa. El guarda de vigilancia siguió en su cabina, a la entrada de la finca, y no advirtió nada. Las cámaras recogieron la fuga del Sanador a través del jardín, en dirección a los viñedos. El cadáver de Serret lo descubrió uno de sus perros de caza, que no paraba de ladrar junto al pozo.

La familia decidió que don Luciano fuese enterrado en Zaragoza. Martina y yo llegamos justo para su funeral, uno de los más impresionantes que recuerdo.

La autopsia había decretado su fallecimiento por traumatismos craneoencefálicos originados por golpes sufridos previamente a que, ya sin vida, lo arrojaran al pozo de la casa. Tras el examen forense, los restos de la víctima habían sido incinerados de acuerdo a la voluntad del difunto, quien, según me había adelantado Catalina en una de nuestras conversaciones telefónicas, cuando hubo asimilado la tragedia y se calmó lo suficiente como para analizar los hechos con mayor frialdad, dejaba herederas de todos sus bienes a sus dos hijas, Catalina y Gloria, nombrando usufructuaria a la

madre y adjudicando a su hijo Fernando una mensualidad de por vida.

En la ceremonia fúnebre, que se celebró solemnemente en la basílica del Pilar, no había urna funeraria, ni por supuesto ataúd, pero sí una foto del magnate situada a un extremo del altar, rodeada de coronas de flores enviadas por particulares e instituciones públicas y benéficas, incluso por embajadas y consulados de países donde Serret tenía intereses.

Ofició el arzobispo, monseñor Azofra, y había en el altar mayor tal número de sacerdotes, diáconos y monaguillos como para colonizar un país pagano. Azofra se esforzó por investir de dignidad la definitiva despedida de quien, para muchos, había sido indignamente rico en vida. Para terminar el acto y poner una nota supuestamente humana, Fernando Serret leyó en nombre de la familia un folio escueto y tan previsible e insustancial como él mismo.

Muy relevante y nutrida fue la asistencia. En los primeros bancos había tantos millonarios que con sus riquezas se habría podido colonizar la luna. Algunos de esos potentados eran famosos banqueros, propietarios de cadenas de ropa, de comida rápida, grandes almacenes, restaurantes y discotecas que aparecían en las revistas porque sus fiestas se llenaban de celebridades del mundo del cine, el deporte, el espectáculo, y a cuyas puertas hacían guardia legiones de *paparazzi*... Casi tantos como vi a la salida de la propia basílica.

—Hay más guardaespaldas que agentes míos —me hizo notar con acidez el comisario Coscolín, con quien coincidí en la plaza del Pilar, bajo un sol de fuego.

—¿Eso no debería mostrarte el camino del futuro?

—Desgraciadamente, me jubilaré como un pobre policía de provincias.

«¿Y sin haber resuelto los casos Pisano y Serret?», estuve a punto de preguntarle yo malévolamente.

En mi lugar, lo hicieron los periodistas que se lanzaron sobre él. Rodeado de cámaras, Coscolín se llevó un dedo a la garganta, señal de lo atribulado que estaba, y contestó como malamente pudo a la densa rociada de preguntas que le llovían de los reporteros desplazados para cubrir la noticia. Muchos eran profesionales acostumbrados a lidiar con altos cargos de la administración, y para los que un simple comisario —como acababa de calificarse, sobrepasado por las circunstancias, el propio Coscolín—, no serviría para otra cosa que para documentar una escandalosa noticia, la de que el asesinato del magnate Luciano Serret, «dueño de media Zaragoza, de medio Castellón y de parte de Madrid», según había titulado un influyente periódico nacional, seguía, cuarenta y ocho horas después, impune; y su autor, Juan Dragonara, un ex sacerdote y vidente con antecedentes por consumo de drogas, en paradero desconocido.

Mientras el comisario lidiaba con la prensa, la familia Serret recibía los pésames delante del retablo de alabastro de Damián Forment, con decenas de patriarcas y santos tutelando el teórico tránsito de don Luciano hacia la eternidad. Yo fui una de las quinientas personas que hice fila para presentarles mis respetos. No tanto en

calidad de amigo de la víctima, que nunca lo fui, como de su hija Catalina.

Mi amiga estaba demacrada, pero muy bella con su vestido de luto, quizás algo atrevido, pues mostraba más centímetros de piel que los estrictamente apropiados para la ocasión. Su rostro reflejaba un sincero dolor. En una mujer hermosa, el dolor aporta una cualidad estética diferente a su manifestación en un hombre. La ternura femenina conjura las manifestaciones más agudas del daño y las interioriza para que, misteriosamente, embellezcan a su dueña. En el hombre, en cambio, el dolor es queja, alarido. Los hombres no están hechos para el dolor. Torpemente, lo identifican con las fuerzas externas, con las agresiones de otros, o de la naturaleza. La mujer tampoco —obviamente— está hecha para el dolor, pero por alguna razón se encuentra más próxima a él, lo tiene presente como compañero cercano, contiguo al amor, hasta la muerte, donde no hay sufrimiento.

—No sabes cómo lo siento, querida.

—Lámame —me susurró ella con la voz rota.

Rendí mi pésame a la viuda, doña Anunciación, sentada en una silla de ruedas y lógicamente mucho más abatida aún que en nuestro anterior encuentro. «De eso hace apenas cinco días», recordé con la sensación de que habían transcurrido bastantes más. El viaje a Israel había contribuido a ensanchar las costuras del tiempo, que se habían dilatado hasta detener el calendario en aquel esplendoroso 1 de julio, con un sol egipcio brillando en el cielo.

Me extrañó no haber visto a Martina de Santo en el funeral de don Luciano. Supuse que estaría ocupada trabajando con el equipo de expertos destinados al caso y la te que estaba «dando un paseo por aquella bonita ciudad y buscando un gimnasio donde hacer un poco de ejercicio», y me colgó dejándome con la palabra en la boca.

Llamé a Pedro Gil, mi amigo policía. No sin recordarme que le debía una comida en La Sabina, me sopló que aquella tarde se iba a proceder en El Espartal a un simulacro de la recreación del crimen de don Luciano.

—Gracias por la información, Pedro. ¿A qué hora?

—A partir de las nueve, a la caída del sol, hora en que se presentó el asesino.

—¿Qué tal si me paso por allí?

—¡Imposible, Flo! El juez no lo autorizaría.

—¿Quién estaba de guardia?

—Montesinos.

Saqué la agenda para anotar el nombre del magistrado cuando me di cuenta de que había perdido mi estilográfica Pelikan. ¡Qué rabia! ¿Dónde la habría extraviado? ¿En el kibutz, en el aeropuerto de Tel Aviv, en el avión...?

Muy disgustado, fui dando un paseo hasta La Taurina y me senté en mi rincón favorito. Estaba muerto de hambre, pero me dio miedo empezar a pedir desafortadamente un plato tras otro y traté de controlarme limitándome a una cañita y a unas aceitunas. No sé por qué, las olivas me ayudan a pensar.

Pero ¿a qué darle más vueltas al caso? No podía estar más claro. Ambos

crímenes, el de Pisano y el de Serret, habían sido cometidos por la mano de un mismo homicida. Y con idéntica arma, ese cayado que había servido para romper los cráneos de las víctimas en asesinatos inspirados en la venganza de Caín, como bíblicos ecos reunía el pozo al que arrojaron a don Luciano...

Una vez hube liquidado las modestas olivillas, despaché un almuerzo equilibrado a base de ensalada de ventresca, centolla, rabo de toro y melocotones con vino, regado todo ello con pajarilla de Almonacid y con un tintillo joven de Somontano que me hizo olvidar los caldos judíos... Seguía dándole vueltas a los móviles de los asesinatos, que cada vez intuía con mayor claridad, cuando en el televisor de La Taurina apareció Jerónimo Coscolín. El rostro del comisario revelaba una tétrica combinación de impotencia, fracaso y la tensión a que estaría siendo sometido por sus superiores, por el ministro de Interior y por la opinión pública. Su autoestima había caído por los suelos, aunque no toda la responsabilidad del fracaso policial descansara sobre sus hombros. Al haber sido cometido el crimen en zona rural, la Guardia Civil era la encargada del caso, pero para los medios el cabeza de la investigación —«o de turco», pensé— iba a ser Jerónimo Coscolín, culpable de que el peligroso Dragonara siguiera en libertad, tal vez amenazando de cerca a una próxima víctima, la tercera, si es que en su historial no sumaba alguna más...

En ese momento, tuve una gran idea. La mejor, sin duda, de las que había tenido en los últimos días.

Determinado a tomar la iniciativa, a jugar mis cartas con frialdad e inteligencia, llamé a mis clientes. Primero a Catalina. Seguía en la ciudad. Después del funeral, se había quedado por la ciudad con su madre y su hermana Gloria, sin ganas de hacer nada.

Inmediatamente después, localicé por separado a Jorge Evans y a María Fairén. Los cité a las cuatro en mi agencia, e informé a mi socio, Fermín Fortón, rogándole que asistiera. Acababan de darle el alta y estaba en su casa, pero no en condiciones de salir. Me comprometí a mantenerle informado y volví a llamar a Martina de Santo, invitándola, si lo consideraba oportuno, a asistir a lo que acertadamente, creo, me atreví a llamar «cónclave de afectados».

En torno a la hora acordada, con apenas unos minutos de diferencia, todos ellos se presentaron en mi agencia. Incluida, para mi sorpresa, doña Anunciación, en su silla de inválida, que iba conducida diligentemente por Catalina.

Les hice pasar a mi despacho. A punto estaba de tomar la palabra cuando mi secretaria, Beni, anunció que Martina de Santo estaba subiendo las escaleras. La inspectora entró en mi oficina con una disculpa que me pareció —y no fui el único—harto frívola. «La ducha del gimnasio donde he estado practicando pesas se estropeó y he tenido que esperar a que la arreglaran», alegó. Y, como si nada fuese con ella, encendió un cigarrillo y se quedó detrás, al fondo del despacho, contemplando distraídamente mis Gárates.

Me disponía a empezar cuando sufrí otra interrupción. Esta vez fue mi socio, Fermín Fortón. Finalmente, no había querido perderse la reunión y se presentó con un aparatoso vendaje, apoyándose en una muleta y, raro en él, con americana, pero tan arrugada como si acabara de sacarla del fondo de un baúl.

—Muchas gracias a todos por su asistencia —pude comenzar al fin, una vez les hube invitado a sentarse en círculo alrededor de mi mesa, aunque Martina siguió de pie junto a la biblioteca mirándome con una pasiva e indiferente expresión—. La presente reunión tiene como objetivo esclarecer el enigma en que nos hemos visto envueltos. O los misterios, diría más bien, en plural, pues muchas son las incógnitas y dos los crímenes que nos han asolado. El de Jaime Pisano, que ha afectado a la familia Evans/Fairén; y el de don Luciano, dejando huérfana a la familia Serret.

Hice una pequeña pausa para asegurarme de que había captado la atención general y proseguí:

—Con la valiosa ayuda de la inspectora De Santo, aquí presente, he investigado a fondo el asunto, llegando a la conclusión de que ambas víctimas lo han sido por la misma mano, el brazo criminal de Juan Dragonara. Un individuo esquivo, contradictorio, acomplexado, colmado de odio y rencor. Enfermo de un extraño mal, el síndrome de Jerusalén que, habiendo degenerado a locura desde los restos de su fe católica y de una infantil y confusa experiencia mística, le ha transformado en un asesino capaz de los más imprevisibles ataques, y de una extrema crueldad. La inspectora De Santo y yo fuimos capaces de localizar al sospechoso en Jerusalén, a donde nos desplazamos en misión oficial. Conseguimos entrevistarnos con el equipo psiquiátrico que había atendido a Dragonara en anteriores ocasiones, cuando, tras haber posiblemente cometido otros crímenes en territorio español, buscaba refugio en Jerusalén. Un prestigioso psiquiatra, el doctor Horran, nos confirmó que las condiciones psíquicas de Dragonara son las de un individuo inmaduro, perturbado y solitario con problemas de identidad, tendencia al aislamiento, ausencia total de empatía y proclive a la venganza ciega. Los pelos se me ponen de punta cuando imagino a este implacable criminal disfrazado de Nazareno en la Vía Dolorosa, o

escondido en un kibutz de la frontera con Líbano, donde, por muy poco, no logramos capturarlo... Para lograrlo, les pido un poco más de confianza, tan solo unos días más.

—¿Ese es el objeto de esta reunión, señor Falomir, ganar tiempo? —preguntó Jorge Evans.

—En parte así es, señor Evans.

—Por la nuestra, estamos de acuerdo con que continúe con las pesquisas, aunque de momento no hayan fructificado. Seguro que es usted más eficaz que nuestra policía, señor Falomir. ¡Ya se ve lo que todos esos comisarios e inspectores están haciendo por esclarecer la muerte de mi cuñado Jaime! Respecto a los costes de su investigación, es un tema que me gustaría hablarlo en privado.

—Por supuesto. Gracias, señor Evans. ¿Catalina?

—Por nuestra parte, tampoco hay inconveniente en que sigas con el caso, Florián. Cuando ese malnacido se presentó en nuestra casa...

—¿Te importaría contarnos —la interrumpí, porque era importante— cómo se introdujo Dragonara en vuestra casa, cómo pudo cometer el crimen y huir?

—Te debo una disculpa, Flo, y una explicación a los demás. Yo... no fui del todo sincera contigo, ni desde luego nada cauta. La otra agencia de investigación con la que veníamos trabajando consiguió conectar con Dragonara a través de un residente de los eremitorios del cabo de Gata. Este individuo se puso en comunicación con Dragonara y le trasladó nuestro angustioso mensaje. ¡Mi madre se estaba muriendo, yo no podía hacer otra cosa que intentar ayudarla trayéndole al único hombre en el mundo en cuya ayuda ella creía! ¿Cómo iba a saber que era un asesino?

Súbitamente, Catalina se derrumbó y se echó a llorar. También por las mejillas de doña Anunciación, que había clavado sus ojos en los míos como agujeros de una mortuoria máscara, resbalaron gruesas lágrimas. La anciana hizo un gesto de ir a hablar. Le costó unos angustiosos segundos tranquilizarse y encontrar las palabras.

—Juanillo me impuso las manos —articuló en roncros susurros la pobre mujer, mientras sus hijas, Gloria y Catalina, le colocaban las suyas sobre los hombros—. Tal como hace treinta años, cuando solo era niño, pero salvó a mi esposo, rezó conmigo y habló con la Virgen. Me aseguró que Ella nos estaba escuchando, que me sonreía y se apenaba con mi dolor. La Santa Madre le dijo que no me preocupara más, que pronto, muy pronto, dejaría de sufrir y me curaría de mi enfermedad... ¡Pero no ha sido así! ¡El dolor es más y más insoportable! ¿Cuándo me salvarás, Virgen mía?

—También yo os debo una disculpa, querida Catalina —dije, conmovido por el tono de aquella anciana en fase terminal de su cáncer que, pese a todo, se negaba a descreer de su fe—. Tenía que haberos advertido de que Juan Dragonara estaba siendo investigado por el crimen de Jaime Pisano.

—¿Y por qué no lo hizo? —me recriminó abruptamente Gloria Serret—. ¡Si llegaron ustedes a sospechar de mí!

—Porque temía perturbar la investigación tan brillantemente coordinada por la

inspectora De Santo —me justificué.

—¿Brillantemente dice usted, señor Falomir? —estalló María Fairén—. Nuestra policía se está mostrando incompetente hasta límites tercermundistas. ¡Son una panda de inútiles!

La viuda de Jaime Pisano se quedó mirando con rabia a Martina de Santo, pero la inspectora no se inmutó. Seguía fumando, impertérrita, apoyada en mi biblioteca con un aire indolente.

Hasta que, de pronto, hizo algo que nadie podía esperar. Con todas las miradas puestas en ella se dirigió a mi mesa, apagó el cigarrillo en mi cenicero de concha y anunció jocosamente:

—¿Sabe, Florián? Finalmente, he decidido cortarme el pelo a lo *garçon*, como le adelantaba en Jerusalén. Hace un rato he vuelto a hablar con mi peluquero, y me ha convencido.

«¿Se habrá vuelto loca?», temí.

—Bruno opina que me favorecerá bastante —insistió Martina, como si estuviera merendando con un grupo de amigas—. Para que me haga una idea de cómo me quedaría el nuevo peinado me ha enviado unas cuantas fotos de maniqués con pelucas. ¿Les gustaría verlas?

—¿Para ayudarle a elegir? —se mofó Gloria.

—No sé de qué va, inspectora —gruñó Evans—, pero le aseguro que no estamos para bromas.

—Al principio, yo también pensé que lo era, señor Evans.

—¿Qué es lo que era qué?

—Una diversión.

—Me parece que no la estamos entendiendo —intervine en el tono más conciliador que pude—. ¿A qué se refiere, Martina?

—Al único cabello de la escena del crimen que no era humano —dijo Martina colocándose a mi lado, frente al resto de los asistentes—. Si ese pelo se encontraba en la habitación número 32 del hotel El Corzo, en la escena del crimen, acaso fuera, me dirán, porque un huésped había gastado a otro una broma con una peluca, o había querido asustarlo. Esa peluca no era natural, de cabello humano, de pelo de oveja, de caballo o de yak, sino sintética. Cualquier experto en delitos o aberraciones sexuales les diría que en ese tipo de moteles de carretera, rodeados de clubs de alterne donde se practica la prostitución, no es extraña la presencia de perturbados sexuales, hombres que se disfrazan de mujeres, mujeres que se disfrazan de prostitutas, prostitutas que se disfrazan de señoras... Con gabardinas, faldas de cuero, esposas, gorras, cadenas, gafas de sol... o pelucas.

La inspectora sacó un cigarrillo y lo acercó a la llama de su mechero.

Y en ese instante, contemplando la llama, en mi cabeza se hizo la luz.

—¡Un disfraz! —exclamé, notando un cosquilleo de excitación en el estómago—. ¿El asesino actuó disfrazado? ¿Eso es lo que nos está queriendo decir, Martina?

—Desde el principio —continuó ella, nada dispuesta, por la razón que fuera, a responderme directamente—, pensé que en el crimen de Jaime Pisano había una parte de atrezo, un elemento teatral, un figurante... Porque hay algo muy teatral en el hecho de que alguien que llega caminando a un hotel de carretera situado a treinta kilómetros de la ciudad más cercana, y comete un asesinato, abandone el escenario con toda tranquilidad, caminando por el arcén de una carretera con mucho tráfico, y por lo tanto, con numerosos testigos. Y no lo hizo disfrazado de mecánico ni agricultor, o de cualquier otro rol susceptible de pasar desapercibido, sino con ropas blancas y melena al viento, ofreciendo a la vista una figura difícil de olvidar. Tan rotunda y excéntrica, tan predestinada, que inevitablemente habría de apoderarse de la imaginación de los testigos presenciales, y del posterior análisis de los investigadores.

—¿Con qué propósito? —preguntó Fortón, mi socio.

—El de adjudicarle el papel del criminal, obviamente.

—¿Ha usado el término «predestinado», Martina? —pregunté a mi vez con la vertiginosa sensación de que la inspectora había empezado a tirar de un velo que, aun estando siempre ahí, delante de nosotros, ninguno lo habíamos visto—. ¿Quién estaba «predestinado» y a qué?

—Quizás habría sido más exacto decir «preconcebido» —repuso ella, volviendo a eludir una respuesta franca—. Pues alguien, ciertamente imaginativo, concibió un drama en el que a Pisano le correspondía el papel de víctima, mientras su verdadero asesino se ocultaba en un fantasma... o detrás de otro muerto. Pero esta no iba a ser una obra teatral a puerta cerrada, sino abierta al público. El autor necesitaba espectadores en calidad de testigos. Uno de ellos fue usted, Florián, siento decírselo. Han estado manipulándole todo el tiempo, y se ha dejado engañar. Sin embargo, gracias a su involuntaria participación y, sobre todo, gracias a su pluma estilográfica, vamos a resolver el caso.

—¿Qué tiene que ver mi pluma?

—Desde que pasó a mi poder, mucho.

—¿Usted me... la robó?

—Se la tomé prestada —admitió Martina—, y le pido disculpas por ello. ¿Recuerda aquella mañana que visité a la policía israelí en Tel Aviv? Ellos sacaron las huellas de su Pelikan y las enviaron a España. En el pomo de la habitación número 32 de El Corzo se encontró una huella dactilar idéntica a otra impresa en su estilográfica, y que no era suya, Florián.

La tensión se podía palpar. Inquirí:

—¿Esa huella es del asesino?

La inspectora se había abierto la americana y del bolsillo interior sacó la estilográfica que «me había tomado prestada». Mi Pelikan estaba envuelta en una bolsita de plástico como las que se usan para archivar pruebas forenses. La dejó sobre mi escritorio, junto con un informe dactilográfico.

—Su cámara fotográfica, Florián —siguió explicando Martina, resistiéndose a poner nombre y apellido al enigma, a acusar a nadie—, captó a un hombre de largas melenas y blancos ropajes alejándose del hotel El Corzo apenas se había cometido el crimen, pero no su rostro. Que era el de alguien que se parecía a Juan Dragonara, de acuerdo, pero no era él. Como tampoco fue Dragonara quien mató a Jaime Pisano.

—¿Quién lo hizo, entonces? —saltó Gloria.

—El hombre que le suplantó después de haberlo matado —contestó la inspectora.

—¡Díganos de una vez quién! —la urgió Fortón.

—El único hombre que sabía dónde se guardaba un cayado con cabeza de lobo.

—¿Por qué no nos dice quién es? —bramó Evans—. ¿Quiere jugar con nosotros? ¿No? Dígame entonces por qué razón mataron a mi cuñado Jaime.

—Porque estaba chantajeando al resto de la organización.

—¿A qué organización?

—A Luz del Cielo, naturalmente. Juan Dragonara había amenazado con revelar el fraude de las visiones de Gavín y denunciar el montaje económico de la fundación, que ustedes crearon para lucrarse.

—¿Ustedes?

Martina concretó:

—Me refiero a las hermanas Fairén, las supuestas videntes, a Jaime Pisano y a usted. Pero no contaron con el tercer vidente, con Juan Dragonara, y a partir de ahí comenzaron sus problemas.

Evans la amenazó con el dedo.

—Tenga cuidado, inspectora. Se está metiendo en un buen lío.

—Al principio —siguió Martina, ignorándole y dando una calada a su cigarrillo—, ustedes, los patronos de Luz del Cielo, accedieron a las pretensiones del chantajista. No era dinero lo que les faltaba a Jaime Pisano, a usted, a sus mujeres, porque el resto de los gavinianos proveía con generosidad sus arcas, a modo de donativos y colectas. Dragonara sabía que en Luz del Cielo había dinero, mucho dinero. Se volvió ambicioso y empezó a pedir más, hasta que hubo que quitarlo de en medio.

Ahora fui yo quien estalló.

—¿Quién, inspectora, por todos los diablos? —Casi rugí—. ¿Quién lo hizo?

—El mismo hombre que acabó también con la vida de Luciano Serret.

—¿Quién? —la urgió María Fairén—. ¡Dígalo de una vez! ¿Quién mató a mi marido?

—¿Y quién asesinó a mi padre? —exclamó Catalina.

—Alguien que tenía mucho interés en que siempre hubiese al menos un testigo —

repuso, sin alterarse, Martina—. Alguien para quien Jaime Pisano, quien, por cierto, además de lucrarse con la fundación religiosa, se dedicaba a negocios menos píos, lavando con narcotraficantes, en drogas, armas y oro parte del dinero procedente de los fieles, y manteniendo además una aventura con otra mujer, se había convertido en un serio obstáculo, en un rival, en un problema... Alguien que...

—¡Suéltelo ya! —la conminó Evans, amenazándola con un índice.

—No estoy muy segura de que le interese saberlo, señor Evans.

—¿Por qué?

—Dígasele usted, Florián —me delegó Martina con una encantadora sonrisa—. Estamos en su despacho y, al fin y al cabo, este señor es cliente suyo.

Me quedé mirando a Evans sin dar crédito a la sospecha que, inducida por la inspectora, acababa de germinar en mi mente. Esa idea creció de golpe, como una planta maravillosa, como la habichuela del cuento, tan rápidamente que en fracciones de segundo pasaron por mi memoria una serie de imágenes del vagabundo y del falso Cristo vestido de blanco, tan altos los dos, tan delgados como el individuo que yo tenía enfrente y que me miraba con ojos desorbitados, como si estuviera leyendo lo que pasaba por mi cerebro, percibiendo también él esas reveladoras imágenes y queriendo congelarlas en el pasado, a fin de evitar a toda costa que viniesen a enturbiar su presente.

—¡Fue usted, Evans! —exclamé, y todo me daba vueltas—. ¡Usted mató a Juan Dragonara y le suplantó para cometer los crímenes de Jaime Pisano y de Luciano Serret!

Fue como si le hubieran dado un puñetazo. El cuerpo de Evans se inclinó adelante y atrás y su boca se abrió desmesuradamente. Pero no vino a por mí. Al contrario, estaba riéndose. Lo hizo un buen rato, hasta que casi se le saltaron las lágrimas.

—Liquidó a su cuñado porque se había convertido en un problema y hacía negocios sucios por su cuenta —seguí razonando, poniéndome en pie y caminando de una esquina a otra, tan excitado como un actor novel al estrenar un monólogo con la sala llena—. Antes o después se habría sabido que Dragonara les estaba chantajeando y esa era la mejor manera de quitarlos a los dos del medio y de dominar completamente la fundación. ¡Ahora lo veo todo claro, Martina! Usted, Evans, nos contrató a Fortón y a mí como a meros títeres para que viésemos abandonar la escena del crimen a aquel fante vestido de blanco... ¡que no era sino usted mismo, con los ropajes que solía usar El Sanador, y con una peluca! ¡Y también fue usted quien, con el pasaporte de Dragonara, que le sustrajo cuando acabó con él, voló a Jerusalén, se paseó como un Nazareno por la Vía Dolorosa y regresó a España para asesinar a don Luciano! Pero... ¿por qué?

—Sí, ¿por qué? —repitió Catalina—. ¿Qué conexión hay entre un asesinato y otro? ¿Qué tenía que ver mi padre con Jaime Pisano?

Como en sueños, volví a oír la voz de Martina, invitándome:

—Respóndale usted, Florián. Sea fuerte y demuéstrole que no tiene alma de

bolero.

Me quedé mirando los maravillosos ojos de Catalina Serret y volví a verla entrando a mi despacho seis días atrás y contratándome para buscar al Sanador. Pero no había sido Juan Dragonara quien había matado a su padre, sino...

—Tú, Cata —balbucí—. Estabas de acuerdo con Jorge Evans. Sí, ahora lo veo claro. Los dos lo urdisteis desde un principio. ¡Me engañaste, me mentiste, me utilizaste! Evans y tú... Evans asumió la personalidad de ese pobre loco de Dragonara, mató a Jaime para despejarse el camino y después, con tu ayuda, despachó a tu padre para despejártelo a ti... Juntos ibais a convertirlos en la pareja más poderosa y...

Evans se levantó como un resorte y, antes de que yo pudiese impedirlo, salió de mi despacho como una exhalación. Cerró la puerta y desde el otro lado la atrancó con algo pesado. Pero no iba a ir muy lejos. Inmediatamente oímos voces, gritos, algo que caía al suelo, un mueble o un cuerpo. Finalmente, cuando conseguí despejar la puerta, abriendo la doble hoja, todos escuchamos las palabras del comisario Coscolín, que acababa de materializarse en el vestíbulo de mi agencia.

—¡Enhorabuena, Martina, un brillante trabajo! Y gracias, Flo —agregó, palmeándome un hombro—, por prestarte a esta pequeña función.

Dos agentes custodiaban a Jorge Evans. Uno de ellos, el sargento Luna, lo había esposado a la muñeca.

El detenido permanecía en silencio, pero mordiéndose los labios en un estado de intensa agitación. Mantenía la vista fija en Catalina y a mi mente vino la imagen que por primera vez los puse en relación, aquella mañana, de la que parecían haber pasado siglos, en que Jorge Evans entró al despacho de Fortón y Catalina al mío para contratarnos al mismo tiempo. Al coincidir en la salida de la agencia, fingieron que no se conocían, que no se habían visto jamás. Pero aquello, columbré con el opaco resplandor de una revelación incómoda, no era cierto. Nada de lo que habían hecho ni dicho lo era.

—Sigamos hablando de la conexión entre ambos asesinatos —propuse, ansioso por cerrar todos los flecos—. ¿Catalina?

Mi amiga guardó silencio.

—¿Por qué no nos lo explica usted, señor Evans? —le invitó Martina.

—¡Pregúntenle a ella! —Escupió Evans.

—¿Cata? —le rogué.

—Yo... no puedo saberlo —murmuró Catalina.

—¿Qué es lo que no podías saber? —mascullé—. ¿El día y la hora en que tu padre iba a morir? ¡Porque el modo lo sabías perfectamente!

—¡Te juro que soy inocente!

—¡Perra mentirosa! —exclamó Evans, enarbolando hacia ella el puño que tenía libre.

Y todos los presentes pudimos imaginar que, si ese hombre alto y rabioso hubiese

tenido a mano el bíblico cayado de cabeza de lobo, la habría matado de un golpe.

—Supongo que para usted, monseñor, esta no es la historia de tres niños que vieron a la Virgen, sino la de una Virgen que ha decidido hacer milagros para ayudarnos a resolver el caso.

Nos encontrábamos en las habitaciones privadas del arzobispo Jesús Azofra, en la planta noble del palacio arzobispal, donde yo jamás había estado ni imaginaba que iba a entrar un día. El comisario Coscolín había llamado al prelado pidiéndole una cita urgente y el eclesiástico nos había recibido de inmediato. Un poco antes, la inspectora y el comisario habían introducido a Catalina Serret y a Jorge Evans en un coche celular, camino de Jefatura y de un nuevo interrogatorio.

—¿Cómo han sido capaces de averiguarlo? —preguntó el arzobispo, muy intrigado.

—Mi hermana Pilarcha nos puso en la pista —le desvelé—. Descubrió que la talla robada en Arenas de Huerva era en realidad la virgen original de Santa María de Gavín, una muy valiosa pieza románica que no llegó a arder en el incendio de la ermita, en 1978. A partir de ahí nos pusimos a investigar... Bueno, realmente fue la inspectora De Santo quien indagó en las supuestas apariciones, en sus protagonistas, en su fundación, y fuimos atando cabos. Usted era por entonces el obispo de Teruel y...

—Tomé cartas en el asunto —recordó Azofra, pero no se expresaba con su habitual facundia ni seguridad, sino con una profunda preocupación y con algo así como el filo de un arrepentimiento asomándole a la conturbada mirada—. Hice llamar a los niños videntes y los interrogué uno por uno. El chico, Juan, me negó la veracidad de las visiones, admitiendo que había sido un juego infantil. No tuve ninguna duda de que se trataba de una superchería, pero...

En ese instante, las altas hojas de la puerta de la estancia, decoradas con espigas y peces, se abrieron para dar paso a fray Valentino. A diferencia del obispo, que vestía una simple sotana, el secretario lucía un impecable clérigan.

—¿Conocen a mi secretario, el padre Vila? Sí, naturalmente. Siéntese, Valentín, por favor.

—Si no le importa, don Jesús, prefiero permanecer de pie.

Lo hizo detrás de su pastor, como guardándole las espaldas. A cubierto de su superior, fray Valentino me enfocó una mirada que echaba chispas y en la que yo pude interpretar en el acto toda clase de serias advertencias, incluida la excomunión.

—Y, sin embargo —prosiguió Azofra—, Teresa, una de las niñas, me prometió una y otra vez que veía a la Virgen. Me describió su rostro, su luz, el sonido de sus palabras dentro de su mente, y cómo, cuando estaba ante Ella, su cuerpo se inundaba de paz y solo tenía ganas de llorar de tanta felicidad. Y yo, ¡válgame el cielo!, la creí.

Detrás del arzobispo, la mirada de fray Valentino era un espejo oscuro. Si me hubieran dicho que el diablo se había encarnado en su sombra y en ese momento se

hallaba entre nosotros, vigilante, listo para actuar, lo habría creído.

—Cuando las llamas devoraron la ermita de Santa María de Gavín, el pequeño templo quedó destruido —siguió recordando el arzobispo—. Todo ardió, menos la Virgen. A su alrededor, el resto había sido devorado por el fuego, los retablos, los candelabros y libros sagrados, pero Ella permanecía incólume, sin la más leve quemadura... Cuando se extinguió el incendio y don Dativo, el párroco de Gavín, pudo entrar a las todavía humeantes ruinas, comprobó el milagro. Como obispo, no quise que en mi diócesis se instaurase un culto sobrenatural, esotérico, símbolo de algo más allá de lo religioso, de nuestros oficios y sacramentos, por lo que, obedeciendo mis instrucciones, Dativo bajó la talla de su altar y me la trajo a Teruel. La religión también está llena de paradojas... ¡Qué más pruebas de los milagros de la Virgen necesitábamos quienes, precisamente por hacer un servicio a la devoción mariana, íbamos a silenciarlos! La resistencia de santa María de Gavín al fuego del infierno era la constatación de que Teresa Fairén había dicho la verdad. Las apariciones habían sido reales, la santa Virgen se había encarnado en las calles y huertos de Gavín, en el río Arás, en el Monte Sacro y en su ermita cientos de veces, y todo, absolutamente todo, sus mensajes, los trances y arrobos de los niños ángeles, las curaciones y sanaciones, los fenómenos de clarividencia y levitación fueron reales, ocurrieron. Todo fue verdad y así un día deberá admitirlo y reconocerlo Roma...

—¿Qué hizo con la talla, monseñor? —le pregunté.

—Se quedó conmigo.

—¿Todos estos años?

Fray Valentino me previno ácidamente:

—Deje de interrogar de ese modo a su eminencia, Falomir.

—No se altere, padre secretario, le contestaré muy a gusto —accedió el arzobispo—. Sí, Falomir, la talla de santa María de Gavín me ha acompañado desde entonces. Estuvo conmigo en mis aposentos de Teruel y me la traje a Zaragoza cuando me nombraron pastor de la archidiócesis. Siempre estuvo conmigo, apartándome de la tentación y obrando cotidianamente en mí el milagro de la fe... Hasta que un día decidimos, decidí...

—Decidimos. Fui yo quien le convencí de ello —entonó su mea culpa fray Valentino, pero mirándonos alternativa y retadoramente, de hito en hito, a la inspectora y a mí—. La presencia de esa imagen estaba... confundiendo al señor arzobispo —prosiguió el padre secretario, con una violenta mezcla de altanería y humildad—. Don Jesús creía ver y oír cosas que no existían, que solo rondaban por su imaginación, fantasías, imágenes y palabras infundidas por esa milagrosa o milagrera imagen. Temí que tales manifestaciones acabaran perturbándole, perjudicándole, comprometiéndole, y le persuadí para apartarla de él y librarnos de su influencia. No había modo, sin embargo, de explicar en público tal comportamiento, por qué razón todo un arzobispo había actuado de aquella extraña manera. Tampoco podíamos, por otra parte, restituir la talla a su ermita original de Gavín, pues eso

habría supuesto revivir de golpe el fenómeno de los milagros, dando alas a los videntes y a esa fundación, Luz del Cielo, con la que unos cuantos picaros se estaban lucrando. Entonces se nos ocurrió...

—¿«Nos», padre Valentín? —pregunté irónicamente.

—Fue idea mía, solo mía —afirmó casi con furia fray Valentino—. Convoqué a mi personal de confianza, a los restauradores de la diócesis, y ellos sometieron la talla a una eventual transformación. Una vez restaurada...

—¿Restaurada, padre secretario? —le amonestó don Jesús—. ¡Diga más bien desnudada!

—El caso es que la destinamos a otra ermita, la de Arenas de Huerva —concluyó como pudo fray Valentino.

—Donde el señor arzobispo iba de vez en cuando a venerarla —recordé—. Especialmente en las fechas coincidentes con la primera y la última aparición de Gavín, ¿no es así, santidad?

—Santidad... ¡Lo adulator que es usted y las cosas que llega a decir! —Intentó sonreír el prelado—. Fui a venerarla, es cierto, y lo seguiré haciendo en cuanto aparezca. Porque usted trabaja en descubrir quién la robó, ¿no es así, Falomir?

—¿Para qué iba a hacerlo, eminencia? El trabajo para mí es una obligación, si no una maldición. En cuanto lo he concluido me dedico a descansar, como estoy haciendo ahora.

—¿Concluido? —saltó el eclesiástico—. ¿Es que ha resuelto el robo?

—En efecto, don Jesús.

—¿Fía recuperado a mi queridísima Virgen, a santa María de Gavín?

—Espero hacerlo con la ayuda del padre secretario.

Monseñor Azofra se giró hacia fray Valentino, que me miraba exactamente como si acabaran de abrir delante de él un saco de serpientes.

—Lo mejor será dejarles, para que puedan hablar, o confesarse, tranquilamente —dije con un punto de humor, que no pasó desapercibido a la inspectora, pues la vi sonreír de soslayo—. El padre Valentín le revelará en secreto de confesión por qué hizo sustraer la imagen de su nuevo emplazamiento y dónde la ha ocultado, pero no me sorprendería que, la próxima vez que vuelva a estas estancias, si es que hay próxima vez, santa María de Gavín haya regresado, señor arzobispo, a su mesilla de noche.

—Habrá próxima vez, porque todo va a aclararse —aseguró el arzobispo, acompañándonos a la puerta—. Usted quédese, padre secretario —ordenó con sequedad a fray Valentino—. Adiós, Falomir. Y dé las gracias a su hermana. Adiós, inspectora, igualmente le quedamos muy reconocidos por su brillante trabajo.

Epílogo

Eran las seis de la tarde. Sobre la plaza del Pilar caía un sol de fuego.

Coscolín se despidió de nosotros con la intención de dirigirse a comisaría para interrogar a Jorge Evans y a Catalina Serret. Faltaban por atar algunos cabos, como el paradero del cadáver de Juan Dragonara y las razones de fondo —¿amor, dinero?— por las que Catalina se había prestado a la complicidad de un crimen por el que, aun no habiéndolo cometido, se le iba a acusar de parricidio.

Por mi parte, propuse a Martina tomar algo fresco en la Taberna del Gato, que no quedaba lejos, junto a la calle del Temple.

La inspectora aceptó y de camino me soltó, no sin sorna:

—El amor es ciego, Florián, supongo que se habrá dado cuenta.

—¿Lo dice porque mi novia es invidente?

—No, aunque espero que me la presente. El que estaba ciego era usted.

—¿Por Catalina Serret?

—A la que sí me ha presentado, y se lo agradezco. Tenía muchas ganas de conocerla, desde que le pinchamos el teléfono.

—¿Eso hicieron? ¿Y me lo dice ahora? Es usted una caja de sorpresas, inspectora.

—Para mí también lo fue que Catalina hablase con su amante, Jorge Evans, poco después del crimen. Apenas unas pocas palabras desde su móvil para encontrarse con Evans al día siguiente en una cafetería del centro, la misma desde la que Catalina había llamado unos días antes a la habitación de Jaime Pisano en El Corzo, según recogió la cámara del establecimiento.

En ese momento identifiqué el ruido que yo había oído como fondo de aquella llamada, cuando descolgué el teléfono de la habitación 32 junto al cadáver de Pisano. Era el rumor de las bandejas y platos de la cocina del restaurante de la cafetería, situada en un sótano, junto a los lavabos. Yo había usado ese teléfono en alguna ocasión y al llamar siempre se oía ruido de vajilla, o las cisternas.

—¿Por qué llamó Catalina a la habitación de Pisano?

—Para asegurarse de que todo había ido conforme a su plan con Evans, y de que estaba muerto. Evans había hecho creer a su cuñado que Dragonara comparecería otra vez en el hotel El Corzo para cobrar el nuevo plazo de su extorsión, pero quien se presentó en su lugar fue el propio Evans, convenientemente disfrazado, con su peluca y su bastón. En cuanto Pisano le abrió la puerta de la habitación, lo derribó de un golpe en el cráneo. Cogió el dinero que Pisano había llevado para pagar el chantaje y se fue caminando tranquilamente por el arcén.

—¿Cómo se hizo Evans con el cayado de lobo? Porque había pertenecido al padre de Dragonara, ¿no?

—Evans pasaba muchas temporadas en Gavín y conocía perfectamente el pueblo, a los Fairén y a los Dragonara. Lo sustraería de la casa de estos, en cualquier momento.

—¿Jorge Evans mató a Juan Dragonara, está convencida?

—Y así se lo confesaré al comisario, puede estar seguro.

—¿Catalina sabía que Dragonara estaba muerto?

—Lo sabía.

—¿Cómo conectarían Catalina y Evans?

—A través de Jaime Pisano, que estaba liado con la otra hermana Serret, con Gloria. De una tacada, Catalina y su nuevo amante iban a hacerse con la Fundación Luz del Cielo y con una buena parte del imperio de los Serret, cuya herencia se liberaría a la muerte del tiránico padre y de la agonizante madre.

La miré. El sol arrancaba reflejos de plata a sus ojos grises.

—Además de Catalina hay alguien que me ha estado engañando todo el rato — me quejé.

—¿Quién?

—Usted, Martina. Pero debo reconocer que ha estado extraordinaria resolviendo el caso.

—También yo tengo que felicitarle por la excelente actuación que acaba de hacer con el arzobispo.

—Formamos una excelente pareja.

—¿Podría ser el principio de una buena amistad?

—¿Por qué no? Creo en Casablanca, en su único hijo...

—¿En la amistad no?

—Desde luego.

—Me refería a la amistad entre un hombre y una mujer.

Yo no tenía amigas y pensé en ellos. En Jaime Pisano, mi amigo muerto, y en cómo éramos nosotros, los antiguos alumnos, cuando aún creíamos en las brillantes promesas de un mundo nuevo.

—Realmente me gustaría ser amigo suyo, Martina.

—¿Habitaciones separadas, entonces?

—Siempre podremos encontrarnos en un nuevo caso. O en Casablanca.

Ella sonrió.



JUAN BOLEA (Cádiz, 1959). Escritor y periodista español residente en Zaragoza, licenciado en Geografía e Historia.

Su obra ha sido editada en más de una veintena de países y está en posesión de numerosos premios y reconocimientos. Está considerado como uno de los escritores españoles que ha renovado la novela de intriga.

A lo largo de su carrera literaria ha cultivado diferentes géneros: el relato de aventuras, la sátira política o el thriller psicológico. Su serie policíaca protagonizada por la inspectora Martina de Santo ha sido muy elogiada por los lectores.